
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01309135 0





EL HOMBRE DE LA ROSA BLANCA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

NOVELAS

Ganarás el pan... (Quinta edición.)
La Catorce. (Sexta edición.)
Corazones sin rumbo. (Duodécima edición.)
Un grito en la noche. (14 edición.)
Muñecos. (Sexta edición.)
Irresponsables. (Sexta edición.)

EN PREPARACIÓN

Madrid, 1920.

TEATRO

El deber. Comedia en dos actos. (En colaboración.)
La otra. Comedia en un acto. (Idem.)
En la boca del lobo. Drama en un acto.
La Goya. Drama en tres actos.
La sombra. Comedia en tres actos. (En colaboración.)
Uno menos. Drama en un acto.
El torrente. Comedia en cuatro actos.

VERSOS

Para ella y para ellas. (Cuarta edición.)

PEDRO MATA

EL HOMBRE DE LA ROSA BLANCA

HISTORIA TRISTE DE UNA NIÑA «BIEN»

NOVELA

SÉPTIMA EDICION

MADRID
EDITORIAL PUEYO
CALLE DEL ARENAL, 6.
1922

Imp. Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3. Madrid.

Yo quisiera escribir un diario. Todas mis compañeras de colegio tienen un diario. Lo tiene Fernanda Dubois y Margarita Clemencier y Evelina, y hasta esa rubia pava y antipática de Nicole, que no sabe escribir y vierte adrede un goterón de tinta cada vez que le ocurre una duda ortográfica. Ella dice que son borrones; pero es mucha casualidad que siempre caigan sobre las palabras difíciles. Una mañana se lo dejó olvidado en el pupitre; se me ocurrió hojearle, y más que cuaderno parecía un tratado de Historia natural abierto por el capítulo de los insectos. Los había de todas clases y de todos tamaños: desde moscas hasta orugas; desde hormigas hasta cucarachas. Pues, ¿y el texto? En mi vida he leído nada más soso, más aburrido, más insustancial ni más estúpido. Para escribir así yo no tendría diario. También he visto el de Fernanda Dubois, que ella misma me prestó una noche, porque horas antes, hablando en el recreo, le dije en un momento de expansión que sería fácil que yo también me decidiese a empezar uno. Me lo dejó como... modelo. Fernanda Dubois es muy lista, muy estudiosa, muy inteligente. Figura siempre en los primeros puestos de las clases; las madres no se rebozan en decir que es el orgullo del colegio. Y lo es. Yo reconozco que lo es. Tiene un talento enorme y escribe maravillosamente. Pero a mí no me gusta el diario de Fernanda Dubois. Lo encuentro, ¿cómo lo explicaría yo?, de-

masiado seco, demasiado reflexivo, demasiado... pedante; esa es la palabra, pedante. Le falta corazón y le sobra literatura. Se ve en el acto que Fernanda más que para ella escribe para los demás, para que si alguna vez, *casualmente*, se lo deja olvidado y alguien lo examina no tenga más remedio que decir: «¡Qué inteligencia tan portentosa la de esta muchacha! Qué bien escribe. Qué lista es. Y qué buena.» Porque también en esto de la bondad se me antoja que hay mucho en Fernanda de propósito preconcebido. Ni una frase incorrecta, ni una palabra cruda, ni un concepto escabroso, ni un equívoco que pueda ser pretexto a la más inocente suspicacia. Yo he llegado a pensar si Fernanda escribe su cuaderno con el único y exclusivo designio de regalárselo a la directora el día que abandone la pensión, o quién sabe, quién sabe incluso si por encargo de ella para que pueda servir de modelo y de pauta a las educandas futuras, como ahora sirve el diario de Eugenia de Guerín. Sólo pensando en esto o en algo parecido puedo explicarme satisfactoriamente este exceso empalagoso de literatura... y de moralidad. Qué diferencia, por ejemplo, qué diferencia tan enorme entre este diario meditado, pulido, sin un arranque de espontaneidad y las ingenuas procacidades de Evelina. No me gusta tampoco el diario de Evelina, que una tarde, más por aburrimiento que otra cosa, se me ocurrió atisbar unos instantes por encima del hombro de una amiga que lo estaba leyendo y que por cierto lo hallaba graciosísimo. A mí no me hizo gracia. Reconozco que algunas cosas puede que la tuvieran; sorprendí rasgos de verdadero ingenio, frases atinadísimas, de una observación y sobre todo de una originalidad maravillosas;

pero eran como flores cortadas, caídas en la inmundicia de un estercolero. Parece mentira que una muchacha de diez y siete años pueda tener el impudor de escribir semejantes porquerías, no ya para que sus compañeras se solacen, sino por propio decoro de mujer. A mí me daría vergüenza. Y no es que me las eche de santa. Yo esas cosas las pienso, pero no las escribo.

Mi diario no será como el de Evelina, ni tampoco como el de Fernanda Dubois, ni tampoco como el de Margarita Clemencier, todo él tan lleno de puerilidades y encantadoras ñoñerías... que no dicen nada. Mi diario no será como ninguno de esos, porque yo no lo escribo para que nadie lo lea, ni siquiera para releerle yo. Lo escribo por gusto de escribirlo; mejor dicho, porque tengo una absoluta, una imperiosa, una imprescindible necesidad de escribirlo, porque estoy segura de que si no lo hiciese me estallaría la cabeza y me reventaría el corazón. Las cosas que a mí me pasan no se las puedo referir a nadie, pero aunque pudiera no las referiría. Ni puedo, ni debo, ni quiero. Por eso voy a escribir este diario. Dicen que los moros, cuando tienen precisión de confesarse, hacen en la pared de la mezquita un agujero, vierten en él cuantos pecados tienen y después tapan. Este cuaderno, cuyas hojas acabo de empezar, será mi agujerito; en sus páginas iré anotando todo cuanto me ocurra, y cuando doble la página será para no volverla a releer. El día que el cuaderno se termine le arrojaré a las llamas de la chimenea y empezaré otro. O no le empezaré.

—¿Será verdaderamente un diario? No sé siquiera si será diario. Lo probable es que no. Desde luego no pienso someterme a la disciplina inflexible de escribir en él de manera forzosa. No, no, no... Esto sería muy molesto, muy desagradable, y me llevaría sin quererlo a parodiar las tonterías de Nicole, los enfantillages de Margarita o, lo que tal vez sería mucho peor, los primorosos alardes de Fernanda. No, por Dios, nada de literatura, la menor cantidad posible de literatura. Como ha dicho muy bien Rubén Darío,

> todo ascua, todo ardor, sensación pura
> y vigor natural; y sin falsía,
> y sin comedia y sin literatura...:
> si hay un alma sincera, esa es la mía.

Con la diferencia de que Rubén era un embustero y yo no lo soy.

Escribiré cuando guste, cuando me acomode y, sobre todo, cuando sienta la necesidad de escribir. Muchas veces he pensado que si yo tuviera una amiga, una amiga verdadera, una amiga del corazón, como deben ser las amigas, tal vez no escribiría este diario. Otras veces me digo que no es la amiga quien me falta, sino franqueza, confianza, sinceridad, expansión. Yo soy muy reservada. Yo soy, he sido siempre y quiero ser hasta el último instante de mi vida, como la Antoinette Montéran de *Le Fantôme,* de Paul Bourget. De todas las novelas que he leído, y cuidado si habré leído novelas, ésta es, de todas, la que más emoción me ha causado. Papá, que tiene muchísimo talento y una cultura enorme—¡ése sí que ha leído!—,

dice que no comprende esta insólita preferencia mía. Para papá, *Le Fantôme,* no sólo es la peor novela de Bourget, sino que, incluso, no acaba de explicarse que un hombre como Bourget, tan profundo, tan observador, tan analítico, tan esclavo de la realidad, haya podido cometer la torpeza de hilvanar un folletín como éste, tan absurdo y tan inverosímil. Y el caso es que, analizándolo en frío, no le falta razón. Verdaderamente son demasiado casuales las cosas que allí pasan. Como inverosímil sí que es inverosímil *Le Fantôme.* Pero, ¿acaso son verosímiles todas las cosas que ocurren en la vida? ¡Ay, Dios mío, si empezáramos a analizar! Pero aparte de esto, verosímil o inverosímil, lo que menos me importa en la novela es la novela en sí; lo importante para mí, lo emocionante, lo que me encanta y me subyuga es Antonieta Montéran. ¡Qué mujer tan interesantísima! Ella vale por toda la novela. ¡Como que es ella la novela!

Aunque viva cien años, nunca olvidaré la impresión que me causó aquel párrafo del primer capítulo en el cual aparece por primera vez Antonieta. Lo he leído y releído tanto, que algunas veces, cuando me encuentro sola y sin que yo misma me dé cuenta, vienen a mi memoria ciertas frases y las recito en alta voz. Por ejemplo, aquellas de... «Les larges barques plates, à tendelets roulés sur leur armature, qui passaient de la partie assombrie à la partie claire semblaient entrer tout d'un coup dans une gloire et glisser sur une nappe miraculeuse vers quelque côte enchantée où les façades peintes des villas rayonnaient parmi les feuillages à peine dorés par l'automne, tandis que la—haut la ligne du sommet des montagnes se détachait sur l'azur profond du ciel, avec le je ne sais

quoi de grandiose dans le dessin qui est la marque propre des paysages d'Italie. Et c'etait, dans le vaste soir, entre ces eaux apaissées, ces pentes boisées, ce ciel du couchant, un silence de toute la Nature—un des ces silences recuoillis des choses, comme il s'en produit en octobre, et qui, annonçant la mort de l'année, envahissent, enveloppent, baignent le cœur d'une mystérieuse mélancolie...» ¡Qué bien dicho está todo esto! Pues bien, fué en ese instante, en esa hora solemne del atardecer y ante la visión encantadora de este paisaje delicioso cuando el protagonista...—yo no estoy realmente segura de que Felipe D'Andiguier sea el protagonista de *El Fantasma*—en esa novela todos parecen protagonistas—; pero, en fin, sea lo que fuere, fué el momento en que Felipe D'Andiguier—que había cumplido ya cuarenta años, aunque tuviera un corazón de veinticinco—, fué el momento en que... ¡caramba, y qué trabajo cuesta decir algunas cosas que parecen tan fáciles! ¡Qué difícil es esto de escribir! Bueno, me agarraré a Bourget: fué el momento en que estando asomado al balcón «un bruit échappé de la chambre a coté de la sienne vint tout a coup le surprende dans cette espèce de songe attendri où l'ont est si peu maître de ses nerfs. Cela commença par un gémissement étouffé, puis distinct et achevé dans un veritable sanglot, comme de quelqu'un qui essaie de contenir une peine trop forte et que finit par éclater.» Ya está. Bueno. Pues como los sollozos continuaban mezclados con gritos de Ah! mon Dieu! mon Dieu!, avanzó de puntillas por el balcón (era un balcón corrido) y se acercó a ver qué sucedía. «Il put voir par l'entre-bâillement une femme assise sur un fauteuil, la tête renversée en arriére, les mains allon-

gées sur ses genoux, dans l'a attitude du plus complet desespoir, les joues inondées de larmes, les lèvres ouvertes et frèmissantes, le sein soulevé d'une palpitation convulsive.» Él avanzó sin saber lo que hacía, y ella entonces se incorporó y dió un grito. Esto bastó para que el indiscreto se retirase todo confuso y balbuciendo excusas. «Il rentra dans sa chambre bouleversé d'une èmotion où il ne voulut voir d'abord que les remords de son inqualifiable curiosité, tandis qu'il ecoutait l'inconnue refermer sa fenêtre d'une main évidentement tremblante d'indignation.»

Felipe D'Andiguier no logró saber nunca por qué aquella desdichada mujer lloraba aquella tarde tan desconsoladamente en su cuarto. Lo sospechó, lo presumió, lo confirmó por la marcha fatal de los sucesos; pero ella no se lo dijo. Obligada por sus padres a un matrimonio de conveniencia, fué al sacrificio heroica y resignada, sin un lamento, sin un reproche, sin que se pudiera traslucir en sus ojos la aflicción desoladora de su alma. Se casó sabiendo de antemano que iba a ser desgraciada. Y, en efecto, lo fué y no lo supo nadie, porque a nadie se lo contó. Tuvo un amante, y fué dichosa, y nadie en el mundo, fuera de su amante, sospechó este amor ni esta felicidad. Sus penas, sus dolores, sus zozobras, sus remordimientos y también sus deleites y sus alegrías fueron exclusivamente para ella. Y cuando más dichosa era y más contenta estaba; cuando, en pleno triunfo todavía de su juventud y de su belleza, el Destino, compensador al fin, empezaba a otorgarle la felicidad que merecía, una tarde, al volver de paseo, se desbocaron los caballos de su cupé; el coche se estrelló contra un camión y se hizo astillas, y la pobre Antoinette, lanza-

da contra las losas de la acera, quedó muerta en el acto. Así murió, inmutable y hermética, llevándose el secreto de su vida, sin que nadie pudiera profanar el sagrado misterio de sus intimidades.

Yo quiero ser como Antonieta Montéran.

Por eso escribo este diario. Este diario no es más que un pretexto que a mí misma me busco para vaciar mi corazón de todas las tristezas que le agobian y que, si no las echo, acabarán por envenenarme la vida.

He leído, no sé en dónde—he leído tanto que, a pesar de que tengo una memoria felicísima, llega un momento en que me hago una confusión de autores y de obras—, el caso de un amante muy vehemente que escribía a su novia unas cartas muy largas, muy largas... Las escribía y luego no se las daba. Entonces, ¿por qué las escribía? Y explicaba el autor: «Porque era necesario que las escribiese; porque era el único modo de exteriorizar sus ansias de querer.» No creo que el caso de ese amante sea insólito ni único. Me parece a mí, no sé por qué, que la mayoría de los amantes escriben la mayoría de las cartas más por el placer que al escribirlas se proporcionan a sí propios que por el deseo de que ellas las reciban. Pero, ¿por qué recurrir al ejemplo de los demás? Yo misma, yo misma en una ocasión escribí una carta de esas larga, larga... La comencé a las once de la noche al quedarme sola en mi cuarto, y eran las dos y media cuando la concluí. A la mañana siguiente, en buen hora lo diga, se me ocurrió leerla, y cómo sería la carta que, toda avergonzada, la rompí. Pero, ¡cuánto dis-

fruté al escribirla! ¡Qué tranquilo, qué sosegado, qué satisfecho se me quedó el corazón después de haberla escrito!

¿Me pasará ahora igual? Yo creo que sí. Lo creo porque no he empezado a decir todavía nada interesante y, sin embargo, sólo ante la ilusión de que voy a decirlo, me encuentro más fuerte, más animosa y más entera. ¡Qué diferencia entre mi serenidad de hoy y la tensión nerviosa de hace veinte días! ¡Qué veinte días de tristeza, de amargura, de llanto, de desesperación y de coraje! Porque es tremendo lo que a mí me sucede. Se mire como se mire, es una situacion verdaderamente tremenda.

Si en vez de ahora me hubiera ocurrido hace ocho años, qué digo ocho, tres, pues para mí, por lo que se refiere concretamente a mí, no habría tenido nada de particular. Calmado el berrenchín inevitable de los primeros días, estaría a estas horas tan satisfecha y tan alegre. Pero arrancar de su casa a una muchacha de diez y siete años, a una muchacha como yo, suelta, libre, independiente, todo lo independiente que puede ser una mujer soltera acostumbrada a hacer siempre su santa voluntad, sacarla de un medio tan divertido y tan alegre como el de Madrid para traerla a un convento de monjas... vamos, es que no puede ser, ¡que no hay derecho!

¡Y todavía si hubiera sido yo la que diera motivo! Pero si yo, pobre de mí, no soy culpable. Si yo no he tenido intervención alguna en el asunto. Si yo no he sido más que una víctima propiciatoria. Estoy tranquila, absolutamente tranquila de que no tengo en

absoluto nada que reprocharme. Yo habré podido ser un poco alegre, un poco atolondrada, tal vez me haya gustado divertirme con exageración; pero yo no he hecho más ni menos que lo que hacen en Madrid todas las muchachas de mi edad y de mi clase; y sobre todo, y esto es lo importante, si la vida que yo llevaba hubo un momento en que pudo juzgarse peligrosa, inconveniente por lo menos, impropia de mis años, en manos de papá y de mamá estaba el remediarlo. Yo soy obediente y me envanezco de sensata. Un consejo razonable y leal habría bastado para que yo me diese cuenta y en el acto tratara de enmendarme. A mí nadie me dijo nada. Yo iba al Ritz, al Palace, al cine, a las carreras, a todas partes, siempre sola con madame, y a papá y a mamá les parecía muy bien. Cierto que vestía un poco exagerada, como ahora viste todo el mundo; pero papá me encontraba muy linda. Cierto que me teñí de rubio el pelo; pero con autorización de mamá, y la primera vez que me pinté los labios fué por consejo de ella, que me dijo que los tenía tan pálidos que un poco de color me favorecería. No es, pues, mi conducta la que necesita corregirse y muchísimo menos castigarse. Mi conducta no tiene nada de particular. Entonces, ¿qué?, ¿mi educación? Tampoco. No creo que haya en Madrid muchas muchachas de mi edad que tengan una educación màs esmerada que la que tengo yo. No he ido nunca al colegio, es verdad, pero siempre tuve en casa profesoras magníficas, institutrices diplomées que me tuvieron exclusivamente a su cargo. Desde muy niña me hicieron estudiar, y como, gracias a Dios, yo soy muy lista y tengo para el estudio una facilidad asombrosa—todo el mundo lo dice—, aprendí

cuanto quisieron enseñarme. Sé inglés, un poco de alemán, el francés lo traduzco y lo hablo maravillosamente, y lo escribo, si no a la perfección, lo bastante bien para no ponerme en evidencia. Papá, que es un voto, se ha asombrado muchas veces de lo bien que lo escribo. Sé Gramática, Historia, Geografía, Literatura, rudimentos de Ciencias, dibujo, toco el piano y tengo una cultura general bastante grande, porque la biblioteca de papá es enorme, y papá me deja leerlo casi todo. El casi, además, sobra, porque las porquerías no me gustan. Tienen que estar muy bien hechas, magistralmente hechas, como las hacían Bocaccio, Picault-Lebrun, Maupassant y Prevost, para que las soporte. Y aun así, lo que me agrada de ellas no es lo que se dice, sino lo que no se dice.

En lo único que estoy floja, lo confieso, es en labores. En este punto soy verdaderamente una calamidad. Reconozco que me vería en grande apuro si tuviera que bordar un pañuelo, cortar una camisa o zurcir unas medias. No sé coser un dobladillo. Pero esto, en una muchacha de mi posición, no tiene trascendencia. No creo, Dios mediante, que me haga falta nunca; aun poniéndome en lo peor (claro está que nadie sabe lo que puede ocurrir), si algún día tuviera que ganarme la vida, no serían ciertamente estas habilidades caseras las que mejor podrían sacarme del apuro. Y no llegando, como supongo que no ha de llegar, este caso, ¿para qué me hacen falta? Por exigente que sea mi marido, por arraigado que tenga el criterio ridículo y arcaico de que la perfección ideal de la mujer estriba en remendar los calcetines, no es de presumir que esta aspiración pase de un tópico.

No creo, vamos, que me suceda nunca lo que a Rosario Albéniz.

Lo de Rosario Albéniz fué una cosa de muchísima gracia. Un poco dura, demasiado cruel y acaso un tanto expuesta si en vez de dar el hombre con Rosarito Albéniz da con una mujer de más arranque o, sencillamente, que hubiera tenido otro concepto de la dignidad y del decoro, por ejemplo, conmigo. Claro es que conmigo no habría pasado. Estas cosas no le suceden más que a Rosarito Albéniz.

Rosarito Albéniz es muy buena, pero muy pava. La pobrecita se cae de puro sosa; es una criatura que tiene la desdicha de no servir absolutamente para nada. Yo no me explico todavía ni cómo se casó. Pero, en fin, se casó, y es lo cierto que, hasta ahora, fuera de este pequeño incidente desagradable, ha sido en su matrimonio felicísima. Ella quería mucho a su marido, su marido la adoraba a ella y los dos vivían muy dichosos. Una noche, al volver él a casa se encontró con la sorpresa de que su mujer salía en persona a abrirle, pálida, desencajada, descompuesta, los ojos como de haber llorado y una excitación tan patente de congoja y de angustia que el pobre hombre se alarmó.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

Ella, nerviosísima, le contó que había tenido con las criadas un disgusto enorme; comenzó con la cocinera a propósito del gasto de la compra; la cocinera la contestó de malos modos; ella, naturalmente, no lo toleró; intervinieron las otras; la cuestión se fué agriando, llegaron las tres a faltarla al respeto, y ella entonces se puso tan nerviosa que les dió la cuenta y las echó a la calle.

—Bueno, mujer—contestó él tratando de calmarla—; no te disgustes...; no vale la pena... ¡Qué le vamos a hacer!

Y como ella, llorosa, acongojada todavía, insistiese en referirle pormenores, para justificarse, no la dejó acabar.

—No hablemos de eso. Ya ha pasado. Las pusiste en la calle... pues ya está. A otra cosa. Tranquilízate; dame un beso y vamos a cenar.

Rosarito le miró azorada y confusa.

—El caso es que...

—¿Qué?

—Pues... que no hay cena.

—¿Cómo que no hay cena?

—Que no hay cena. Como se han ido las muchachas...

—¿A qué hora se han ido?

—Pues... a las cuatro o cuatro y media; poco después que tú.

—¿Y desde entonces acá no has tenido tiempo para preparar una cena?

—¿...?

—Supongo que, por lo menos, habrá huevos en casa...

—Claro que los hay. Y merluza y filetes. Precisamente por el precio de la merluza fué la discusión.

—Entonces...

—Es que yo... no sé guisar.

—Pero, ¿no sabes freír un par de huevos?

—No.

—Pero, ¡ni siquiera un par de huevos!

—No, hijito mío, no sé... Como nunca creí que pudiera llegar este caso...

Ignoro, porque Rosarito no se lo ha contado a mamá, que es a su vez quien a mí me lo ha dicho, la cara que el pobre hombre pondría al oír esto. Pero me lo figuro. Rosarito lo único que ha contado es que al cabo de un rato de silencio él exclamó muy afectuoso y muy tranquilo:

—Bueno, pues anda, vístete. Nos iremos a cenar por ahí.

—Sí, es lo mejor—contestó Rosarito encantada.

—Pues ¡hala!, avíate pronto, que son las ocho y media.

Ingenua y cándida la pobre chica se arregló en dos minutos. Ya en la calle, él se paró de pronto, miró el reloj y le dijo:

—Mira, como es temprano, nos vamos a llegar un momento a casa de tu madre, y si no ha cenado todavía, hacemos que se avíe y nos la llevamos con nosotros. ¿Qué te parece?

Naturalmente, a Rosarito le pareció muy bien. Tomaron el primer coche de punto que les salió al paso y se encaminaron a casa de la madre. La pobre señora se quedó un poco asombrada al verlos llegar.

—¿Cómo venís a estas horas...? ¡Tan tarde!

—Pues, mira, mamá, venimos porque...

Pero él, con un ademán expresivo, no la dejó acabar.

—Perdona, yo se lo explicaré. Verá usted, señora: Rosarito es buenísima, cariñosísima, encantadora. Yo la quiero apasionadamente: soy con ella el marido más dichoso del mundo; pero... pero su hija de usted, señora, no sabe freír un par de huevos. Esto que no aminora, que no puede aminorar en lo más mínimo el cariño enorme que yo la profeso, es, sin embargo,

algo desagradable, tan desagradable que yo he pensado dejársela a usted quince días, nada más que quince días, exclusivamente quince días, lo que la pobrecita tarde en aprender a freír un par de huevos y rebozar una raja de merluza. En cuanto lo sepa, usted me llama por teléfono, yo vengo por ella, me la llevo otra vez, y aquí no ha pasado nada.

Y antes de que las dos infelices mujeres pudieran reponerse de su asombro, se acercó a Rosarito, la abrazó cariñosamente, la dió un beso y le dijo:

—Adiós, alma mía, vida mía, corazoncito mío..., ya sabes: en cuanto aprendas a freír un par de huevos me llamas y acudo inmediatamente por ti. Conque... de ti depende... Aprende pronto, ¿eh...? Adiós, rica. Señora, buenas noches.

Y el hombre, ¡se marchó!

Claro es que a mí no me ocurrirá nunca lo que a Rosario Albéniz. Aunque se me vayan todas las cocineras mi marido no se quedará por ello sin cenar. Es más: puede que aquella noche encuentre la cena más sabrosa que nunca, solamente por haberla hecho yo.

No puedo admitir ni siquiera en hipótesis que mis padres me hayan traído a este colegio para hacer vainica ni encaje de bolillos. Ni uno ni otro se han preocupado nunca de estas cosas. La prueba de que jamás se han preocupado está en que no las sé. Si ellos hubieran creído que eran imprescindibles para mi educación, me las habrían impuesto como me impusieron la Gramática, la Geografía y la Literatura. Más que me aburría el inglés no me aburría nada, y,

sin embargo, lo tuve que estudiar: «Have you my brother's penknife? No, but I have the gardener's dog.» No hubo más remedio. En este punto papá y mamá fueron siempre conmigo de una severidad intransigente. Desde el tiempo más remoto que abarca mi memoria, es decir, desde muy chiquitina, recuerdo a mamá presente en mi cuarto de estudio, mientras la profesora me daba la lección. Precisamente para ejercer esta tutela no quiso nunca enviarme al colegio, y hubo siempre profesoras en casa. Por cierto que a la mayoría la intrusión de mamá les molestaba mucho. Hubo alguna que antes de consentirlo prefirió marcharse. Mamá la dejó ir. Mamá llevaba la exageración de su celo conmigo hasta el extremo de no dejarme dos minutos sola. Ella tenía que ser todas las noches la que me desnudaba para acostarme, y por las mañanas quien me lavaba, y me peinaba y me vestía. Ella me servía el desayuno y la merienda. Con ella iba a paseo. Hasta los diez y seis años no recuerdo haber puesto una sola vez los pies en la calle sin ir acompañada de mamá.

Fué el año pasado, a principios del año pasado cuando comencé a salir sola..., bueno, sola hasta cierto punto: con madame. Mamá se había puesto un poquito gruesa, o, como ella decía, muy pesada. Yo creo que más que pesadez era holgazanería, haraganería, horror al ajetreo de la calle, pereza de andar exacerbada por la comodidad del automóvil. A mí, naturalmente, me gustaba ir a pie. Esto originaba discusiones muy desagradables.

—Hija mía—me decía mamá—, yo no puedo ir contigo. Eres incansable; me destrozas; me rindes.

Yo protestaba humildemente:

—Ay, mamá, no exageres...; no es para tanto; pero aunque lo fuera, ¡qué le vamos a hacer! No pretenderás tenerme siempre metida en casa.

—Pero hijita mía, si salimos casi todas las tardes...

—En coche.

—Mejor.

—Para ti, que eres muy comodona. Para mí, no. A mí el coche me aburre.

Papá, ecléctico, propuso una fórmula de conciliación.

—Búscale a la niña una *carabina.*

Mamá tenía horror a las «carabinas». Rechazó la propuesta de plano.

—No, no; de ningún modo. Prefiero yo sacrificarme.

Y se sacrificó... una temporada. Durante algunos meses me llevó a todas partes: a la Castellana, al Retiro, a los teatros, a los cines, a los tes de moda... Pero, claro, yo iba siendo mayor. Vestía bien. Soy bonita, graciosilla, vistosa... Mamá es muy guapa. Hasta ese mismo empaque que tiene, y que a mí me parece que no he de tener nunca, de gravedad y de altivez un poquito afectadas, más que defecto es en ella un atractivo y un encanto. Mamá es una mujer que gusta mucho. Raro era el día que al volver a casa no nos seguía alguno, a veces dos, a veces tres. A mamá le hacía el mismo efecto que unas botas estrechas. Inmediatamente se desencajaba.

—Ya llevamos un imbécil detrás—me decía.

—Llevamos tres—contestaba yo sin levantar los ojos de la acera.

—¿Tres? ¡Qué barbaridad! Pues haz el favor de no enterarte, ¿eh? Como si no existieran. No mires. Como yo vea que miras te doy un sombrillazo.

—Pero mamá...

—¡No se puede ir contigo!

—¡Ay!, y yo qué culpa tengo.

—La tienes, porque si tú no dieras pie...

Estas exageraciones de mamá me sacaban de quicio. Un día me puse tan nerviosa, que no me pude contener, y le dije:

—Sí, ¿eh?; pues mira: de esos dos que nos siguen uno viene por ti.

—¿Por mí?

—Por ti, por ti. No te quepa duda.

Como si quisiera confirmar mi aserto, el individuo aceleró el andar, se adelantó a nosotras, se detuvo ante un escaparate, y al pasar mamá le deslizó un requiebro. Mamá se encogió de hombros desdeñosa y altiva.

—¡Qué idiota!

—Todo lo idiota que tú quieras; pero ya lo has visto. Y no será que le hayas dado pie.

Mamá comprendió la ironía; pero en lugar de recogerla, le sirvió de acicate para arremeter de nuevo contra mí.

—Eso te probará que en Madrid por la calle no pueden ir señoras solas.

—Y nosotras ¿qué culpa tenemos? Con no hacerlos caso.

—El que lo haya visto, juzgará como más le acomode.

—Mamá, por Dios, no seas exagerada.

Durante la cena siguió la discusión. Papá se reía. Le hacían mucha gracia los escrúpulos de mamá. Entre veras y burlas, volvió a formular su propuesta de la «carabina».

—No hay otra solución; no le des vueltas; es la única. Si cuando te lo dije la primera vez me hubieras hecho caso, ya estaría este asunto satisfactoriamente resuelto. Infórmate bien de quién escoges, toma todas las garantías que sean necesarias; pero busca alguien que te sustituya. Ni tú puedês sacrificarte por la niña, ni es justo que la niña se fastidie por ti.

Mamá no contestó; pero algo debieron convenir luego a solas, porque a los ocho días la «carabina» estaba en casa. ¡Pobre madame Duval! Con qué ternura y emoción la recuerdo. Qué buena fué conmigo, cuánto llegó a quererme, qué pronto conoció mi carácter, qué bien se amoldó a él y con qué tino, con qué seguro y delicado acierto supo compaginar la seriedad con la dulzura, el respeto con la confianza, el rigor de su cargo con las tolerancias de su natural amable y complaciente. ¡Pobre madame Duval, qué carreras la he dado por Madrid! ¡Lo que yo la he hecho andar por esas calles!

—No tienes consideración—decía mamá riendo—. Vas a acabar con ella. Buena le ha caído. Pobre mujer; la compadezco.

Sin embargo, se veía que en el fondo estaba satisfecha. Fuese porque hubiera tomado «todas las garantías necesarias» de que hablaba papá, fuese por la egoísta satisfacción de haber podido liberarse de mí, fuese por lo que fuese, lo cierto es que estaba muy contenta. Al principio, algunas tardes salía a nuestro encuentro, nos exigía previamente un itinerario preciso y nos venía a buscar para volver juntas a casa; después, poco a poco, se hizo cada vez menos visible, y acabó por dejarnos en libertad absoluta. Últimamente, ni siquiera me preguntaba ya dónde había

ido. Y si yo lo contaba—por regla general, yo lo contaba todo—, me decía:

—Sí, hijita, sí, diviértete; aprovecha, que ahora estás en la edad.

Una tarde me llamó, y a boca de jarro, inopinadamente, sin venir a cuento,

—¿Tienes novio?—me preguntó.

Yo debí enrojecer hasta la nuca.

—No, mamá—balbucí.

—¿De veras?

—De verdad. No tengo novio.

—No me engañes.

—No te engaño, mamá.

Me cogió la cara, me dió un beso, y me dijo por fin:

—Te lo pregunto porque no tendría nada de particular. Eres ya una mujer. Vas a cumplir diez y siete años. Eres muy linda; vistes bien; se te ve en todas partes...; es natural que ya te digan cosas y que tú las escuches. Si hoy no tienes novio, le tendrás cualquier día. Yo no me opongo a que lo tengas; pero lo que te pido, lo único que te ruego, es que antes que a nadie, me lo digas a mí; quiero ser yo la primera en saberlo. ¿Me lo dirás, nenita?

Yo estaba tan emocionada, que apenas pude contestar:

—Te lo diré, yo te juro que te lo diré.

Mamá volvió a besarme, me sentó en sus rodillas, y en voz baja, muy baja, prosiguió:

—Nadie te quiere como yo, hija mía, y nadie mejor que yo te aconsejará en este terreno. Eres muy niña, y no sabes aún lo que es el mundo, ni lo que son los hombres. Déjate guiar por mí, que nadie como yo tiene interés por tu felicidad. Yo no te impondré

nunca un marido, óyelo bien, ¡nunca!, jamás contrariaré los impulsos de tu corazón; pero te aconsejaré bien y te abriré los ojos para que no confundas un capricho con la felicidad. La felicidad sólo pasa una vez en la vida, y hay que conocerla bien para no equivocarse. ¡Ay del que se equivoca y la deja pasar! No hay nada más doloroso que arrepentirse de las cosas cuando las cosas no tienen ya remedio.

Me dijo mucho más, que no recuerdo ahora. No es que no lo recuerde porque lo haya olvidado; es que no lo sabría decir como ella me lo dijo. Nunca había oido a mamá hablar de esta manera. Me emocioné mucho. Ella también estaba conmovida. Lloraba. Llorábamos las dos.

Para tranquilizarla, la abracé y le dí muchos besos.

—Yo te juro, mamita mía, que el día que tenga novio, antes que nadie has de saberlo tú. Yo te juro que te lo diré. Ahora no tengo novio.

Era verdad; no lo tenía. Lo que se llama novio, verdaderamente novio, no he tenido ninguno. He flirteado bastante, ¿cómo no? He sostenido largas conversaciones que en algunos momentos parecían preliminares de noviazgo, pero que se quedaron en los preliminares; he recibido muchas cartas; he escuchado muchas declaraciones, mas a todos les contesté que no, y todos se quedaron tan contentos. Ninguno podrá vanagloriarse de que le di la menor esperanza ni quejarse tampoco de que le despedí con malas formas. Para todos fuí igual; sincera y frívola, insensible y amable. ¿Será que me guste coquetear? No. Yo no creo que esto es coquetear. A mi entender, coqueta es

otra cosa. Coqueta es la mujer que no tiene otro afán ni más preocupación que gustar a los hombres; es la vanidosa y la presuntuosa, que sólo quiere que se ocupen de ella; coqueta es la que finge, la que engaña, la que se contradice, la que tan pronto otorga como niega, y hoy rechaza lo que ayer pretendió. Yo no soy así. Yo soy más seria. Yo tengo otro concepto de la dignidad. Yo no procedo por estudio ni cálculo. Yo no sé fingir. Si hasta ahora a todos los muchachos que a mí se han dirigido les he dicho que no, no ha sido por el gusto de burlarme de ellos, ni muchísimo menos, Dios me libre, por hacerlos sufrir; no fué por liviandad ni por orgullo ni por temor de hipotecar mi independencia; fué, sencillamente, que hasta ahora ninguno consiguió interesarme. Son tan poco interesantes la mayoría de los muchachos que se dirigen a nosotras... Qué tonterías, qué groserías, qué estupideces, qué insustancialidades tiene una mujer que oír a todas horas si no quiere exponerse a que la tachen de arisca y de antipática. Pero soportar no es inducir. Yo no me he insinuado nunca la primera; yo no he provocado a nadie con miradas, ni con sonrisas ni con gestos; en ninguna conversación ha partido de mí la iniciativa. Y, sin embargo, me gusta flirtear. Me gusta mucho. ¿Por qué voy a negarlo? Es lo que más me gusta. Por lo mismo que la mayoría de los hombres son tan groseros, tan insustanciales y tan ordinarios, cuando me encuentro con alguno que no se parece a los demás, un hombre que habla bien, inteligente, espiritual, bien educado, me cautiva el oírle. Hay ciertos hombres que dicen ciertas cosas de una manera tan bonita, con una inflexión de voz tan dulce, con una fuerza de persuasión tan grande, con un matiz

tan delicado de deseo, que yo me estaría oyéndolos hablar horas y horas sin atreverme a interrumpirles para no romper con una frase mía el encanto delicioso de su conversación. Pero hay tan pocos, tan pocos, tan poquitos que sepan ser así... Hasta ahora no he encontrado, verdaderamente, más que uno; uno solo. ¡Qué hombre aquél! ¡Qué cosas me decía! Yo tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para no mirarle y al mismo tiempo para mantener abiertos los ojos porque los párpados se me cerraban y la cabeza se me desvanecía, y todo el cuerpo me temblaba con una vibración nerviosa indefinible, una vibración muy suave y muy tenue y muy agradable, que no sé explicar bien y que se parece un poco, un poco nada más, muy vagamente, a la que causa un buen trozo de música o un perfume exquisito. Aquel hombre me trastornaba. A los cinco minutos de hablar, yo había perdido la noción de todo. Hubiera hecho de mí lo que hubiera querido.

Y, sin embargo, aquel hombre nunca me habló de amor. Nunca me dijo una palabra que se pudiera interpretar como declaración expresa de cariño. Nunca fué mi novio. No lo podía ser.

Le conocí una mañana en Recoletos, el día de la Fiesta de la Flor. Mamá presidía una mesa petitoria y yo era una de tantas muchachas postulantes. Tenía quince años. Llevaba el pelo suelto; no me lo había teñido todavía, ni todavía me pintaba los labios. No me hacía falta. Fué después, cuando empecé a ponerme paliducha. Entonces tenía una boca muy fresca, unos colores que daba gloria verlos y, como estaba

un poquito más gruesa, un escote precioso. Iba sola, completamente sola, la primera vez en mi vida que me habían consentido ir sola, con mi cesta de flores en el brazo y en la muñeca la bolsita de la recaudación. Había recaudado muy poco; era tímida, cortita de genio, me daba vergüenza acercarme a los hombres.

De pronto vi venir hacia mí, por el andén, a un caballero con la solapa llena de margaritas. Era un hombre de treinta y tantos años, ni muy alto ni muy grueso, pero fuerte; moreno, con los ojos grandes, muy bien vestido y de aspecto simpático. Yo no sé qué había en la expresión del rostro de aquel hombre que inspiraba a la vez respeto y confianza. Le salí al encuentro con una florecilla en la mano. Él se detuvo al verme y se echó a reír.

—Pero, señorita, por Dios... ¡Todavía más! Todavía le parece a usted que no llevo bastantes... Pero, en fin, ya que ha venido usted, póngamela, si es que encuentra usted dónde... ¿Qué es eso? ¿Qué le sucede a usted? ¿Es que no hay sitio?

Sitio sí había; es que el alfiler no clavaba porque no tenía punta. Yo, que estaba ya un poquito nerviosa, al hacer un esfuerzo me pinché con otro. Di un grito, solté la flor y retiré la mano.

—¡Hija de mi alma!—exclamó él sin poder contenerse, con un acento tan sincero de lástima que me conmoví toda—. ¿Se ha pinchado usted...? ¡Pobrecita mía! A ver, a ver qué ha sido...—Me cogió la mano, sacó el pañuelo y me enjugó un goterón de sangre que brotaba de la yema del índice.—¡Pobrecita! Pues ha sido un pinchazo tremendo. ¿Le duele a usted?

—No..., nada; si no es nada.

—Claro está que no es nada; pero es desagradable.

Qué contrariedad tan molesta... Y que le haya a usted pasado precisamente conmigo... Crea usted, señorita, que nunca me lo perdonaré.

—Eso no; ¿usted qué culpa tiene?

—De todos modos, es para mí un remordimiento. Le aseguro a usted que estoy apenadísimo.

—Bueno; pero a todo esto—dije yo—no le he puesto aún la flor en la solapa.

—Ni me la ponga usted. Ya no la quiero. Líbreme Dios de otro pinchazo. Además, que con la intención basta. Y además, que ya me dió usted una.

—No.

—Sí, sí, ¡ya lo creo! Esta: esta gotita de sangre que llevo en el pañuelo vale más que todas las flores que haya usted vendido esta mañana, más que todas las que pueda vender. No la cambiaría yo, no ya por esas pobres margaritas de trapo, por el jardín más hermoso del mundo.

Un poco azorada, le di las gracias por la galantería y me quise marchar; él me contuvo.

—Señorita, que no la he pagado a usted.

—Es verdad.

Abrí el bolso y me echó en él un puñadito de pesetas nuevas, lo menos nueve o diez.

—Gracias.

—¿Ha vendido usted mucho?

—No; muy poco.

—¿Y eso?

—No sé...

—Pero, hombre, es extraordinario. ¿Qué hacen esos muchachos que no se han enterado todavía de que está usted aquí? ¿Son tontos, ciegos..., qué les pasa? Ahora mismo voy a cazarlos uno a uno y a obligar-

les a que acudan convictos y confesos a otorgar su ofrenda en devota peregrinación. ¡Pues no faltaba más! No comprar flores a una criatura tan... tan..., iba a decir tan bonita, y no es eso; usted no es bonita, es usted mucho más que bonita, es usted interesante. Bonita lo es cualquiera. Para ser bonita basta tener una corrección de líneas impecable y un conjunto de facciones perfecto. Usted, por fortuna, no es así..., por fortuna. No hay nada más vulgar, más anodino, menos interesante que una mujer absolutamente bonita. Usted no lo es. Usted no será nunca una mujer hermosa en la acepción clásica del concepto. Le falta a usted estatura, le falta a usted proporción y armonía. Sus ojos son bellísimos, de una belleza soberana, grandes, rasgados, almendrados, serenos..., no se los puede pedir más; la boca es primorosa, linda, linda; pero entre los labios y los ojos se alza una naricilla respingona y feucha, sí, sí, feucha, no se indigne usted..., ni lo sienta... Precisamente esa naricilla respingona y fea es la que rompe la monotonía de la belleza insulsa y da a su cara esa expresión de picardía, de gracia, de travesura, de donaire, que tanto contrasta con la serenidad un poco triste de los ojos y la inocencia demasiado infantil de la boca. Esa naricilla respingona es la que le hace a uno pensar: ¿Qué clase de chiquilla será ésta? ¿Es seria, alegre, tímida, desenvuelta, inteligente, tonta, insensible o apasionada? ¿Cómo es? ¿Cómo será? Gracias a la imperfección estética de esa naricilla respingona, posee usted el privilegio más preciado que puede conseguir una mujer: interesar. Es usted una criatura interesantísima.

Yo no sé cuántas cosas me dijo. Estuvimos ha-

blando cerca de una hora, es decir, hablando él, porque yo no hacía más que escucharle arrobada. Dos o tres veces intenté despedirme, y cuantas lo intenté me retuvo. Hubiera estado con él toda la vida. Me separé muy desasosegada. Aquella noche no pude dormir pensando en él.

Luego estuve mucho tiempo sin verle, meses..., todo el verano. Cuando ya ni por asomo me acordaba, una tarde de octubre, en el Hipódromo, le volví a encontrar. Iba yo con mi prima María Luisa, una muchacha muy simpática, muy inteligente y muy buena, algo mayor que yo. Su madre y la mía—aquella tarde había salido con mamá—se quedaron en la tribuna, y nosotras paseábamos solas por el stand. Le conocí en seguida. Él también me reconoció y vino a saludarme. Dimos juntos los tres cuatro o cinco vueltas. Cuando se despidió me dijo María Luisa:

—Es muy simpático este señor.

—Muy simpático.

—¿Quién es?

—No sé.

—¿No sabes? ¿Pues de qué le conoces?

Se lo referí.

—¡Qué curioso Nunca me habías dicho nada. Parece un encuentro de novela. Y qué simpático es, qué agradable.

—Mucho.

—Lástima que sea tan viejo.

—Yo no le encuentro viejo.

—Mujer, no digas; tiene lo menos treinta y cinco años.

—¿Y qué?

—¿Cómo y qué?

—Pues que a mí un hombre de treinta y cinco años no me parece viejo.

—Para nosotras, sí.

—Para mí, no.

—¿Te casarías tú con un hombre de treinta y cinco años?

—¡Ay, hija, no lo sé! Como no ha llegado el caso, no lo he pensado todavía.

—Figúrate que llegó.

—Ah, pues según quien fuera y como fuera.

—Con éste, concretamente con éste. ¿Te casarías con él?

—Si estaba enamorada.

—Pues esa es la pregunta, precisamente esa. ¿Serías tú capaz de enamorarte de un hombre que tiene veinte años más que tú?

—No sé...; te repito que no sé... Sería preciso que él se enamorara antes de mí.

—Puede que lo esté.

—Mujer, no digas tonterías. Cómo se va a enamorar un hombre hecho y derecho de una chiquilla como yo.

—Ah, de manera que te parece absurdo que un hombre se enamore de una niña, y encuentras natural que una chiquilla se enamore de un viejo.

—Ni es viejo, ni yo estoy enamorada, ni ese hombre me importa, ni aquí hay más que ridículas suposiciones tuyas.

—No te enfades, que voy a concluir por creer que es verdad.

—¿El qué?

—Que estás enamorada.

—¿Yo? Pero mujer, si es la segunda vez que le veo.

—Por lo menos te gusta; no lo niegues.

—Toma, y a ti también. Tú misma acabas de decir que es muy simpático.

—Demasiado. ¿Quieres que te dé un consejo? No hables mucho con él.

—Sabe Dios cuándo volveré a verle.

—Ojalá no le veas.

Le volví a ver a los tres meses; en el Palace. Iba yo con madame. Me sacó a bailar, me acompañó a mi sitio, me dejó en él, volvió a buscarme y me llevó a un rincón. ¡Qué cosas me dijo! Qué cosas tan bonitas, tan profundas, tan espirituales. De qué manera se metió en mi alma, qué bien conocía todos mis sentimientos, cómo adivinaba mi manera de ser. Sus frases me hacían vibrar desde los pies a la cabeza, y, sin embargo, no me decía una palabra que no debiera oír. Nunca me habló de amor concretamente. Divagaba, generalizaba en términos ambiguos, imprecisos, con unas sutilezas tan encantadoras que algunas veces, en lugar de oír me parecía que soñaba. Nos veíamos casi todos los viernes. Madame llegó a inquietarse; me regañó, me amenazó con referírselo a mamá. Un día me dijo: «Pregúntele usted si es casado.» Yo se lo pregunté.

—Sí—me contestó—, soy casado; hace mucho tiempo que lo estoy, y vivo muy contento y muy feliz. Mi mujer no es guapa, pero es inteligente, distinguida, muy cariñosa y, sobre todo, muy buena. Yo la quiero muchísimo. Tengo también una nena preciosa; esa sí que es preciosa, casi tan alta como usted. Tiene ya once añitos. El martes las voy a traer para que usted las conozca.

Cuando se lo conté a madame se quedó turulata.

—¿Pero este hombre es un canalla o es un tonto? ¿Un imbécil o un cínico?

Yo me encogí de hombros.

—No lo sé, madame.

¡Quién podía saberlo! Desde el viernes al martes me pasé los cuatro días y las cuatro noches pensando en ello y sin poder pensar en otra cosa. Si este hombre era casado, ¿para qué me buscaba?, ¿por qué venía a hablarme?, ¿qué pretendía de mí? Fuera cual fuese el concepto que de mí tuviera, él podía suponerlo todo menos que yo era una cualquier cosa, que sólo una mujer que sea una cualquier cosa puede complacerse en hablar con un hombre casado. Esta deducción tan sensata y tan lógica me irritaba, me sublevaba de tal modo que me ponía a llorar de rabia, de indignación, de coraje, de ira. Más que la acción villana de aquel hombre me dolía la opinión equivocada que tenía de mí, me dolía mi propia candidez, el haberme dejado engañar tan infeliz y tan incautamente. Luego, calmada la indignación, ya más serena, reflexionando en frío, me decía que aquel hombre no me había engañado. Aquel hombre no había pretendido de mí nada que no fuera decoroso ni honesto. Sólo una excesiva susceptibilidad por parte mía podía encontrar en la diafanidad de su conducta una doble intención que acaso no existiera. ¿Qué motivos había para suponer con fundamento que aquel hombre iba de mala fe? En realidad, ninguno. Nunca, en ningún momento, conmigo se extralimitó. Yo he hablado con otros y sé bien cómo eran.

Yo sé las cosas que me han dicho, tremendas, enormes, verdaderas atrocidades. Cuántas veces al hablar he sentido la presión torpe de una mano, el roce procaz de una rodilla, contactos groseros que me estremecían de repugnancia y de vergüenza; insinuaciones atrevidas que me ruborizaban, más que por la expresión, correcta a veces, por el aliento de deseo y de sensualidad que trascendían. Aquel hombre jamás. Jamás oí de sus labios un concepto que pudiera ofenderme; nunca su mano se excedió en un movimiento que no fuese de una castidad irreprochable. Mas entonces, ¿qué pretende de mí?, ¿qué es lo que quiere?—me preguntaba yo—. Él sabe que me tiene dominada; que espiritualmente estoy toda vencida; que me daría entera a él si me pidiera un beso, y no me lo ha pedido. Y, sin embargo, me persigue, me asedia, me trastorna, me aturde. ¿Por qué me excita, por qué me aturde si sabe, ¡cómo no ha de saberlo!, que estoy loca por él?

Cumplió su promesa. El martes fué al Palace con su mujer y con su hijita y me las presentó. La madre, alta, esbelta, un poco pálida, con los ojos claros, el pelo rubio, muy elegante, muy distinguida, muy vistosa, muy chic. La niña, una preciosidad; blanca como la madre, pero con los ojos del padre, grandes, negros, el cabello ensortijado en bucles, y una expresión de inteligencia y de bondad cautivadoras. Muy obediente, muy bien educada y, sin embargo, nada vergonzosa; al contrario, graciosa y desenvuelta; un encanto.

Tomamos el te los cinco juntos en la misma mesa.

Ella estuvo muy amable conmigo. Me habló de mamá, a quien conocía de referencias por ser amiga de unas amigas suyas; me habló de la abuelita, amiga también de su difunta madre; me habló de muchas cosas, me hizo muchas preguntas y me trató como a una niña. Charlaba bajito, muy despacio, con un deje muy tierno y muy mimoso, una sonrisita muy dulce... Sin embargo, cada vez que nuestros ojos se encontraban leía en los suyos una hostilidad que me cohibía. No me fué simpática.

Después del te nos encaminamos al salón de baile y nos sentamos juntos. La chiquilla me preguntó:

—¿Tú bailas?

—Sí; pero esta tarde, no.

—¿Por qué?

—Porque no tengo gana.

—¿Pero sabes bailar? ¿Tú bailas bien?

—Regular.

—Entonces, baila. ¡Anda, baila!, que yo te quiero ver.

—Otro día.

—No, hoy; anda, ahora. ¿Es que no tienes con quién?

—No.

—Pues baila con papá. Papá baila admirablemente. Y mamá también.

—Ah, ¿sí?

—Ya lo creo; mamá, ¡muy bien!

—Pues entonces diles que bailen ellos. Nosotras los veremos. Bailen ustedes.

—¡Qué locura!—dijo la madre—. Hace ya mucho tiempo que pasé de estas cosas. Eso usted, usted, que es una niña.

—Sin embargo, su hija dice que baila usted muy bien.

—Nunca he bailado bien—me contestó con tono que me pareció de gran sinceridad—. No he tenido nunca afición por el baile. He bailado por complacer a mi marido, por agradarle a él, porque a él, sí, a él le gusta mucho. Estoy por decir que es lo que más le gusta. Baile usted con él. Anda, Fernando, sácala a bailar.

Él se levantó de la silla.

—Con muchísimo gusto.

Y como yo vacilase, un poquito azorada, ella insistió:

—No sea usted niña; baile con él..., si le gusta. Después de todo no será la primera vez, según me ha dicho.

Me escoció la ironía, pero no contesté. Como si no lo hubiera entendido me levanté muy digna y acepté.

—Cuando usted quiera.

Salimos a bailar. Dimos toda la primera vuelta sin decirnos una sola palabra, sin mirarnos. Cuando por segunda vez nos acercábamos al extremo opuesto me preguntó:

—¿Qué tiene usted?

—Nada.

—¿Está usted disgustada?

—No; ¿por qué?

Y como él callara le volví a preguntar:

—¿Por qué? ¿Me ha hecho usted algo para que me enfade?

—¿Yo...? ¡Pobre de mí!

—Entonces...

—Usted sabe—me dijo bajando aun más la voz,

con un temblor y una emoción en ella como nunca le oí—usted sabe que yo daría la vida por verla a usted contenta.

—Sin embargo, no puedo estar contenta.

—Ya lo sé.

Pasábamos ante el grupo de su mujer, la chiquilla y madame. La chiquilla levantó los brazos y juntó las manitas como para aplaudir. Madame me miró severísima. Ella también me miró. Había en sus ojos una pena tan grande, una expresión de sufrimiento y de tristeza que tuve avergonzada que bajar los míos. Cuando pasamos se lo dije a él.

—Su mujer de usted tiene los ojos muy tristes.

—Sí—me contestó—. Y usted también.

—Usted tiene la culpa.

—¿Yo? No. Ni usted tampoco. Ni ella.

—Entonces, ¿quién la tiene?

—Nadie. La vida. La vida, que es así.

Volvimos a callar. Estuvimos callados mucho tiempo. Yo fuí la primera que rompió el mutismo.

—He pensado una cosa; ¿quiere usted que se la diga?

—No me la diga usted porque la he adivinado.

—¿Qué es?

—Que no nos volveremos a ver más. ¿Era eso?

—Eso era.

—¿No quiere usted que nos volvamos a ver más?

—No.

—¿Por qué?

—Porque su mujer de usted tiene los ojos muy tristes.

—¿Nada más que por eso?

—Nada más.

Él me miró; quiso decirme algo, pero no pudo decírmelo porque en aquel momento terminó precisamente el baile y estábamos delante de su mujer. Volvimos a sentarnos todos juntos, reanudamos la charla general y poco después nos despedimos.

Todo el trayecto, desde el hotel a casa, fué madame sermoneándome. Nunca la vi más indignada y más severa. Me dijo que era una loca, una coqueta, una desaprensiva, que no tenía vergüenza, que la estaba poniendo en ridículo, que se lo iba a contar a mamá, todo ello envuelto en largas disquisiciones ético-religiosas acerca del honor, el decoro, la virtud, la honradez y demás fundamentos sociales sobre los cuales debe descansar la educación de una muchacha buena. Yo no la oía. Tenía dentro de la cabeza demasiados pensamientos propios para atender al mosconeo de aquel enjambre de lugares comunes. Por fin, compadecida, interpretando, sin duda, mi mutismo por aquiescencia, remordimiento y pesadumbre, concluyó por decirme que si le daba palabra de «no volver a hacerlo» no se lo contaría a mamá. Yo se lo prometí. No volvimos a hablar más del asunto. El viernes al salir de casa, me preguntó:

—¿Adónde vamos, señorita?

—Adonde usted quiera, madame.

—Es... viernes.

—Ya lo sé.

—¿Vamos al Palace?

—No; al Palace, no.

De esta manera terminó mi conato de idilio. Fué un fracaso sentimental que me dejó aplanada para

mucho tiempo y que transformó radicalmente mi manera de ser. Yo, tan abierta, tan expansiva, tan alegre hasta entonces, tan ligera, me hice meditabunda, reflexiva, desconfiada y recelosa. Me quedé más delgada y perdí los colores, aquellos colores que constituían mi mayor atractivo. Papá y mamá, como me veían a todas horas, no advirtieron el cambio, y si lo advirtieron no le otorgaron importancia; lo creyeron un fenómeno natural de mi evolución crítica. Mamá se limitó a aconsejarme que me diera un poco de colorete, y papá me compró jugos de carne, hipofosfitos y glicerofosfatos, Nadie adivinó lo que pasaba dentro de mí. La única que podía sospecharlo era madame, y madame, discretísima, no dijo una palabra.

Además, de todo esto hacía ya muchos meses. No hay fundamento razonable para suponer que, aun en el caso improbable de que hubiera llegado a descubrirse, fuera motivo ahora para adoptar contra mí una resolución de semejante índole. Ahora menos que nunca. Precisamente ahora es cuando empezaba a reponerme, a recobrar mi tranquilidad y mi alegría. Los tres meses de San Sebastián me sentaron muy bien. Había vuelto a Madrid transformada.

No, no ha sido por eso por lo que me han traído a la pensión. Yo sé bien por qué ha sido. Ahora que en frío analizo detalles y logro compulsar observaciones, puedo reconstituir perfectamente lo que ocurrió hace veinte días. Qué bien lo recuerdo todo. Qué bien lo veo. Qué bien me veo yo. Me veo con un traje lindísimo de tafetán azul nathier que me hace muy esbelta porque recoge mucho; la faldita corta, acaso demasiado corta; unas medias lindísimas de torzal de seda con espiga bordada y unos zapatos de ante,

primorosos, que acabo de estrenar. Es viernes, y como viernes he pasado la tarde en el Palace bailando como nunca, alegre como nunca y causando, como nunca, la desesperación de madame, que no hace más que decirme: «¡Señorita, que son las ocho y media! ¡Señorita, que son las nueve menos cuarto! ¡Señorita, por Dios, que en una de éstas hace usted que me juegue la plaza!» Al fin, más por piedad de ella que por temores míos —yo sé que a última hora nadie me dice nada, y si me lo dicen es por cubrir las formas—, hemos dejado el baile, y en un coche, para llegar más pronto, madame me ha traído a casa. Me ha dejado, como de costumbre, en la verja del ascensor y yo he subido sola. El gesto grave con que me ha abierto la doncella me ha sorprendido mucho, y más que el gesto todavía cuando la he oído decir:

—Su papá que pase usted en seguida a su despacho.

—Me la gané—me he dicho; pero dispuesta a jugarme el todo por el todo he puesto la cara más alegre posible, he ido corriendo a él, le he dado un beso y, poniéndole las manos en la boca:

—No me regañes, papá, no me regañes: sé que es muy tarde, más de las nueve; pero, verás; ha sido que...

Papá no me ha dejado concluir.

—No, hijita de mi alma; si no te regaño.

Ha pronunciado estas palabras con un tono tan triste, tan abatido y tan solemne que, sin saber por qué, se me ha sobrecogido el corazón... He levantado la cabeza para mirarle y le he visto muy pálido, muy pálido.

—¿Qué pasa, papá?

—No pasa nada, hija mía.

—Entonces, ¿por qué estás asi, tan... descompuesto...? ¿Para qué me has llamado?

—Te he llamado únicamente para decirte que tu madre no viene a cenar. Han mandado recado de casa de tu abuela diciendo que está mala, y ha ido a ver lo que tiene. Probablemente no vendrá a dormir.

—¿Qué es lo que tiene?

—No sé... ¡Los años!

La noticia me ha entristecido, porque yo quiero mucho a la abuelita. Ella tiene su genio, su carácter, hay veces que se pone verdaderamente antipática; pero, a pesar de todo, yo la quiero. Me apena y me acongoja la noticia de su enfermedad. Siento incluso hasta como un poco de remordimiento al pensar que mientras ella está quizá para morirse yo he pasado la tarde divirtiéndome. Papá me saca de mis reflexiones.

—Anda, desnúdate, que vamos a cenar.

La cena ha sido triste. Papá no habla. Dos o tres veces que he intentado suscitar un principio de conversación me ha contestado con monosílabos tan secos que, acobardada, no he osado insistir, tanto más cuanto que yo tampoco tengo ganas de hablar, y si lo hacía, más era por distraer a papá que por mi gusto. La enfermedad de la abuelita no se me va de la memoria, y la falta de noticias concretas me aviva la ansiedad de tal modo que se me hace como un nudo en la garganta y no puedo tragar. Papá tampoco come, y Joaquina, cada vez que retira los platos nos contempla a los dos con un gesto tan lúgubre que yo, al verla, no sé si echarme a reír o a llorar. En este ambiente de tristeza, no hay que decir que la co-

mida dura un cuarto de hora. Cuando terminamos le pregunto a papá:

—¿Vas a salir?

—No sé—me responde.

—¿Cómo—insisto extrañada—, no vas a ir a casa de la abuela?

—Luego, más tarde; cuando tú te acuestes.

—No pienso acostarme todavía—protesto—; ¡sabe Dios cuándo me acostaré! De manera que por mí no lo dejes.

—Vuelvo a repetirte que saldré cuando estés acostada.

—¿Es que quieres que me acueste ahora mismo?

—Nadie te ha dicho nada. Puedes hacerlo cuando te parezca.

Da media vuelta y se va a su despacho. Y yo tras él. Coge un libro y se pone a leer. Yo cojo otro. Y así pasa un gran rato. Me levanto, me aproximo a la mesa con intención de coger el teléfono y papá me le quita.

—¿Qué vas a hacer?

—Llamar a casa de la abuela para ver cómo sigue.

—No te molestes; es inútil. No funciona. Han descolgado el auditivo para que no incomoden los timbrazos.

—Entonces, ¿cómo vamos a saber...?

—Si pasa algo importante ya llamarán de allí. Si no llaman es que no ocurre nada.

—¡Ah...!

Volvemos a leer; él en su libro; yo en el mío. El silencio es tan grande que, a pesar de que está la cocina en el extremo opuesto de la casa, oigo perfectamente el tintineo de los cubiertos y el ruido de la loza

que las muchachas friegan. Papá sigue callado, por entero embebido en la lectura, y yo no sé qué hacer. He tenido la desgracia de escoger un libro aburridísimo; pero me encuentro tan cansada que no tengo alientos para levantarme y cambiarlo por otro. Cierro el libro, me encojo en el asiento, apoyo la cabeza en el respaldo y poco a poco se me cierran los ojos. Papá me dice:

—¿Tienes sueño, nena?

—Sí, tengo un poco de sueño. Me voy a la cama.

—Como quieras.

—Que descanses, papá.

—Igualmente, hija mía.

Le doy un beso.

—Buenas noches.

—Adiós.

He dormido como una tonta. Ni la enfermedad de la pobre abuelita, ni la ausencia de mamá, ni el gesto huraño y triste que ayer tenía mi padre me han causado el menor desasosiego ni la más ligerísima inquietud. No me he acordado absolutamente de nada. Me he despertado a la hora de costumbre, contentísima y con unas ganas tan locas de cantar y reír que hubiera dado un espectáculo si, afortunadamente, al sentarme en la cama, ya del todo despierta, no hubieran surgido en mi memoria los recuerdos de la noche de ayer. Avergonzada de mí misma he recapacitado un momento, y sin esperar a vestirme he tocado el timbre. A la llamada ha acudido Joaquina.

—¿Ha venido mamá?

—No, señorita; no ha venido.

—¿Han ido a preguntar cómo sigue la abuela?

—Como no haya ido Pepe...

—Pero, hombre, por Dios, que vayan en seguida si no han ido... ¿Qué abandono es éste...? Estas cosas no pasan más que en esta casa... Pronto, pronto, entérate en seguida de si han ido; y si no han ido, ve tú.

—Se lo diré al señor.

—¡Sí, sí...! ¡Como haya que esperar a que papá se levante...!

—El señor se ha levantado ya.

—¿Que papá...?

—El señor está en su despacho.

¡Papá vestido a las ocho de la mañana! No he visto en mi vida nada más insólito. Oprimida por una angustia que no sé definir me tiro de la cama, me visto en dos minutos, y en zapatillas, sin recoger siquiera el pelo, voy al despacho de papá. Le encuentro sentado ante la mesa, con los codos en el tablero y la cabeza entre las manos. Está tan abstraído que no me oye entrar.

—Papá...

Al oír mi voz se estremece, se incorpora, vuelve la cabeza y me sonríe. Su sonrisa da frío. Está todavía más pálido que ayer.

—Buenos días, hijita de mi alma. ¿Has dormido bien?

—Muy bien, ¿y tú?

—Pch..., regular.

¡Regular! No hay más que verle para comprender que el infeliz no ha pegado los ojos. Los tiene hinchados, irritados, hundidos. Hay en ellos una pena tan honda, que siento en el corazón la sacudida angustiosa de un presentimiento.

—Ha muerto la abuelita.

—No—me responde—, no ha muerto.

—Entonces es que está peor que ayer...

—Ni peor ni mejor: igual.

—¿Fuiste por fin anoche?

Él vacila, desvía la mirada, y me contesta:

—No, no fuí; pero me lo han dicho. Por ahora no hay peligro inminente. Puedes estar tranquila.

—En ese caso me dejarás que vaya a verla.

—Bueno.

—Pues me voy a vestir.

—¿Es que piensas ir ahora mismo?

—Claro.

—No, ahora no. A la tarde.

—¿Por qué a la tarde?

—A la tarde es mejor.—Da media vuelta, se acerca a la mesa con el pretexto de buscar un cigarro, y sin mirarme: —¿Te has desayunado?—me pregunta.

—Todavía no.

—Pues desayúnate sin prisa, haz con toda tranquilidad las cosas que tengas que hacer y cuando termines vuelve aquí, que hemos de hablar muy seriamente.

—Hablar... ¿de qué?

—De ti.

—¿De mí?

—Sí, sí; de ti. Tengo que decirte algo desagradable que te contrariará, pero que no hay más remedio.

—Dímelo ahora.

—Luego te lo diré. No corre prisa. Ve a desayunarte.

Me he marchado a mi cuarto muy preocupada y muy confusa, tratando en vano de indagar qué cosa

será esta tan seria y tan desagradable que mi padre tiene que decirme. Por más que estrujo la imaginación y la memoria no vislumbro el más pequeño indicio que me pueda orientar. Trituro la conciencia, escudriño los actos más nimios de mi vida, pienso, pienso... y por mucho que pienso no se me ocurre nada. ¿Querrán casarme? ¿Me habrán buscado un novio sin que yo lo sepa? ¿Tratarán de imponerme un matrimonio? La sola duda de que pueda ser esto me crispa y me subleva de tal modo, que me dan tentaciones de ir a ver a papá para afrontar la cuestión cuanto antes y decirle que están equivocados si se figuran que yo voy a ceder. Ah, no, no; eso sí que no. De mí podrán hacer lo que quieran menos eso. De mí no se dispone. En mi corazón no manda nadie más que yo. Yo me casaré con el hombre que elija o no me casaré. Bastaría que trataran de imponerme uno para que me fuese, sólo por este hecho, odioso y antipático. En este terreno papá y mamá me conocen de sobra para saber a qué atenerse respecto de mi modo de pensar. ¡Pero si también ellos piensan lo mismo! Mamá desde la tarde aquella en que me preguntó si tenía novio no ha vuelto más a hablarme del asunto; pero aquella tarde me dijo bien claro que jamás, ¡jamás!, me impondría un marido y que su actuación se limitaría a aconsejarme. Papá es un paladín entusiasta de las prerrogativas del corazón. Siempre le oí decir que es inútil empeñarse en torcer las naturales inclinaciones, porque a la larga o a la corta las aguas van por donde quieren ir. Papá en este punto tiene un espíritu muy abierto y un criterio muy amplio. Si de algo peca es de ser quizá demasiado indulgente. No, no es posible que sea esto lo que quiere decirme. Seguramente, no. Mas si

no es esto, ¿qué es lo que puede ser? No siendo esto, ¿qué otra cosa le puede interesar que se refiera a mí? Porque él ha dicho que se trata de mí. No hay confusión alguna. Ha sido bien explícito. Se trata de mí. Y que el asunto, sea el que fuere, es grave, tampoco cabe duda. Lo dice el aspecto general de papá, su abatimiento, su tristeza, la expresión fatigada de sus ojos, el gesto de malhumor y de disgusto que tiene desde ayer. ¡Qué será, Dios mío, lo que me va a decir! Estoy excitadísima, nerviosa. Quisiera saberlo y no saberlo. Me devora la ansiedad de aclararlo y al propio tiempo no sé qué extraña angustia me oprime y me acobarda. Tengo miedo, miedo de no sé qué...

Me lavo, me peino, me avío un poco, hago que tomo el desayuno—no puedo tomar más que el café bebido—y me voy al despacho de papá. Le encuentro ante la mesa escribiendo una carta. Sin mirarme apenas me señala con un gesto el sofá y me indica que espere. Obedezco sin rechistar. Él termina la carta, pone el sobre, sale del despacho, vuelve a entrar a los pocos minutos, cierra la puerta y se sienta enfrente de mí.

—Bueno, hija mía... Pues verás...—Hace una pausa, cierra los ojos, se concentra en sí mismo y continúa: —Tú no puedes dudar de lo que yo te quiero.

—Papá...

—No me interrumpas. Haz el favor de oirme sin sorpresas y sin exclamaciones. Es la única manera de que acabemos pronto. Te advierto que te guste o no te guste lo que voy a decirte, mi resolución es irrevocable, inquebrantable. Te parezca bien o te parezca mal, no tienes más remedio que someterte. Tú eres muy buena, muy razonable, muy sensata y te haces

cargo de las cosas. Hasta ahora no tengo la menor queja de ti. No me has dado un disgusto. Espero que no me lo darás tampoco ahora.

—Por Dios, acaba ya. Me tienes en vilo.

Papá vacila, da un gran suspiro, se muerde los labios y con un gran esfuerzo, sin mirarme:

—Mañana vas a ir al colegio.

—¡Al colegio!

—Sí, al colegio; a un colegio francés. Estarás en él cinco o seis meses... lo que queda de curso.

Si esta noticia absurda me la suelta anoche a la vuelta del Palace, yo no sé lo que habría pasado dado mi carácter impulsivo y violento. Ahora me ha cogido tan aplanada, me han dejado tan deprimida los temores confirmados de mis tristes presentimientos, el gesto doloroso de papá, sus palabras solemnes, que no he tenido alientos para rebelarme. He cruzado las manos, se me han llenado de lágrimas los ojos y he roto a llorar.

Papá me mira compasivamente. Se levanta y empieza a pasear por el despacho con la cabeza baja y las manos en los bolsillos. Está tan conmovido y tan emocionado como yo. Y como yo sigo llorando cada vez más fuerte y más desconsolada se detiene.

—Nenita mía de mi alma, no te pongas así... No me aflijas más de lo que estoy... Yo no soy un tirano. Tú sabes que yo no hago esto por el capricho de martirizarte. Sécate esas lágrimas, tranquilízate y ve a preparar el baúl.

Hay una pausa muy larga. Él sigue paseando. Una de las veces que pasa ante mí, levanto la cabeza y le miro.

—¿Y mamá?—le pregunto.

—Mamá... ¿qué?

—¿Mamá sabe... esto?

—Naturalmente.

—¿Y le parece bien?

—Naturalmente.

—Yo quiero ir a ver a mamá.

—Esta tarde, después de comer, podrás ir con Joaquina.

—¿Y cuándo me vais a llevar al colegio?

—Mañana.

—¿Mañana?

—Mañana.

—Está bien.

Papá me mira. Le sorprende mi mansedumbre. Estoy segura de que hubiera preferido la resistencia franca, la protesta ruidosa a esta resignación dolorosa y sombría. Me mira, me mira, pero no me contesta.

—Está bien—vuelvo a decirle yo—. Desde el momento en que aseguras que tu resolución es irrevocable y que no tengo más remedio que someterme, me someto. Pero permíteme que te diga que lo que hacéis conmigo es una iniquidad. Yo no he dado motivo para que me tratéis de esta manera. Porque, vamos a ver: ¿qué motivos he dado yo? ¿Qué razones hay para que procedáis conmigo de este modo?

Papá no responde. Se ha sentado otra vez en el sillón, ha encendido un cigarro y con los ojos entornados se entretiene en mirar cómo se desvanecen en las franjas de sol que entran por los balcones las volutas del humo. Yo, un poquito exaltada por su silencio, insisto.

—Dime al menos por qué... Creo que a lo menos a que tengo derecho es a saber por qué...

Papá da un largo chupetón al pitillo y sin volver la cabeza:

—Vete a hacer el baúl.

Yo me descompongo; lloro, protesto, grito..., apuro cuantos argumentos se me ocurren, sobre todo uno, que es el que me parece de más fuerza: la precipitación del viaje, que, a mi juicio, está injustificada. ¡Cómo me voy a ir ahora, en estas circunstancias, sin esperar siquiera a saber en qué para la enfermedad de la abuelita!

—Mira, papá, tú dirás lo que quieras, pero a mí esto no me parece bien..., no es piadoso ni correcto. ¿Qué efecto causará cuando se sepa? ¿Qué pensará la gente de nosotros?

—No te preocupes. La abuela está fuera de peligro. Puedes estar tranquila en este punto.

A pesar de ello insisto, suplico, ruego, imploro... Todo es inútil. No logro convencerle. Vuelvo desesperada a mi cuarto, me encierro en él, y en él me estoy llorando hasta la hora de almorzar. Cuando entran a avisarme contesto que no quiero comer. Tiene papá que venir en persona a buscarme; me levanta de la silla, me abraza, me besa, me enjuga las lágrimas con su pañuelo, me coge del brazo y como a un corderito me lleva al comedor.

A las tres de la tarde, en cuanto he terminado de comer, he ido a ver a mamá, acompañada de Joaquina. Joaquina se ha quedado en el recibimiento y a mí me han hecho pasar al gabinete del piano, un gabinete muy chiquirritito, sumido en la dulce penumbra de unas cortinas verdes y con una calefacción exage-

rada. He tenido que esperar bastante rato completamente sola, y por fin ha entrado mamá, vestida con una bata azul marino que debe ser de la abuelita, muy pálida, muy mal peinada; con los párpados hinchados y marchitos, dos grandes ojeras acardenaladas y los labios secos como de haber llorado mucho. Me abraza muy nerviosa, me da un beso muy fuerte y antes de que pueda preguntarle nada me dice que la abuelita está muy grave y que no puedo pasar a verla porque el médico ha ordenado que se evite todo lo que pueda emocionarla, y mi presencia seguramente la emocionaría. En seguida me lleva a un sillón, me sienta en sus rodillas, vuelve a abrazarme, me da muchos besos muy seguidos y muy apretados y por fin me pregunta cuándo voy al colegio. Esto me demuestra que la decisión de internarme no ha sido, como yo sospechaba, inesperada y súbita, sino que estaba convenida entre ambos antes de la enfermedad de la abuela. He tratado, naturalmente, de indagar la causa, y todas mis preguntas se han estrellado en la inquebrantable—inquebrantable e inexplicable—reserva de mamá. No he conseguido más que agobiarla, entristecerla y hacer que se le llenaran de lágrimas los ojos. He tenido que callarme para no acabar de afligirla.

Ella entonces, un poco más serena, se ha puesto a darme consejos sobre la manera de hacer el baúl y lo que tengo que guardar en él: tantas camisas, tantos pantalones, tantas medias...; todo me lo explica minuciosamente, lo que debo y lo que no debo llevar. No se le va un detalle. Está en todo.

—Pero por qué no vienes tú conmigo—le ruego—, si tú lo harías muchísimo mejor. ¿Es que no puedes hacer una escapada?

—No puedo, hijita de mi alma, no puedo. No me es posible dejar sola a tu abuela. Pero mira, fíjate bien: lo que debes hacer es...

En estas naderías se nos ha ido la tarde. He vuelto a casa cerca de las ocho llena de confusiones. Papá me ha hecho pasar a su despacho. Estaba sentado delante de la mesa examinando un gran montón de cartas. Tenía todo el cesto lleno de papeles rotos. Con un ademán brusco, igual que esta mañana, me ha indicado que espere, y luego, dulcificando la expresión, me ha interrogado:

—¿Qué te ha dicho mamá?

—Nada, que la abuelita está muy grave y que no podía verla.

—¿Qué más?

—Nada más.

—Cuéntame todo lo que ha pasado.

Yo entonces se lo he referido sin omitir un gesto ni una coma. Él me ha escuchado sin interrumpirme. Cuando he concluído se ha acercado lentamente a mí, me ha puesto las manos en el pelo, me ha cogido la cara por las sienes, me ha mirado fijamente a los ojos, me ha besado en ellos y me ha dicho:

—Que te den de cenar.

—¿Tú no cenas conmigo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no puedo. Tengo mucho que hacer.

—¿Adónde vas?

—A casa de tu abuela.

—¡Pero tan grave está!

—Muy grave.

—¿Pues no decías que se encontraba fuera de peli-

gro y que no había nada que temer? ¿En qué quedamos?

Papá se encoge de hombros y me vuelve la espalda.

—¡Déjame en paz!

Me lo ha dicho tan hosco, con un tono de voz tan seco y tan rotundo que no me he atrevido a insistir y me he ido del despacho. Cuando ya estaba en el pasillo, me ha llamado otra vez:

—¡María Eugenia!

—¿Qué...?

—No te olvides de hacer el baúl, que salimos en el rápido de las nueve.

—Bueno.

No quería cenar, no tenía gana, pero ante los ruegos insistentes de Joaquina y porque no dijeran los criados que de todo murmuran, me he resignado a probar dos sorbitos de caldo, un poco de tortilla, una croqueta y un gajito de uvas. En seguida me he encerrado en mi habitación. Lo primero que he visto al entrar ha sido el baúl en medio del parquet, misterioso y vacío como una tumba abierta. Me ha causado el verle una impresión tan grande que he tenido que sentarme en el borde de la cama, y otra vez he vuelto a llorar. Al poco rato ha llegado Joaquina.

—¿Qué quieres?

—Me mandó el señor que en cuanto concluyese de cenar me pusiera a las órdenes de la señorita. La señorita me dirá en qué puedo ayudarla.

—¿Qué pasa en esta casa, Joaquina?

—Nada, señorita—me ha contestado la muchacha azorada y confusa—. ¿Qué quiere usted que pase?

—¿Por qué está disgustado papá?

—No lo sé, señorita.

—¿Por qué se ha ido mamá?

Joaquina se encoge de hombros.

—Pero tú debes saberlo. Tú debes saber qué es lo que ha sucedido. Papá y mamá han tenido un disgusto, ¿no es eso?

—No sé...; creo que sí...; pero no ha sido nada... Uno de esos disgustos que pasan entre los matrimonios y que no tienen nada de particular...; nada, una tontería..., nubes de verano...

—Pero, ¿por qué ha sido?

—¡Si no lo sé, señorita...!

Esta mujer me pone nerviosísima. No hay modo de sacarle una palabra. Está visto que no quiere hablar.

—Bueno—le pregunto agarrándome a la última trinchera—, pero vamos a ver: ¿la abuelita está mala o no está mala?

—No lo sé, señorita... Si dicen que está mala... lo estará.

—¡Eres una imbécil!—le increpo sin poder dominarme. La muchacha se pone muy colorada y baja la cabeza.

—¿Pero no comprendes que yo necesito saberlo? ¿No se te alcanza que si alguien puede todavía arreglar lo ocurrido ese alguien soy yo? Pero, ¿cómo voy a arreglarlo, si no sé lo que ocurre? Anda, no seas niña...; por el bien de todos..., cuéntamelo... Di: ¿qué ha pasado?

Ella se echa a llorar, vacila, tiembla y por fin se decide:

—Señorita, por Dios, que no sé nada..., que el señor nos ha prohibido terminantemente que digamos

una sola palabra..., sobre todo a la señorita. Mire usted que el señor tiene un genio muy fuerte y me va a costar el salir de esta casa...

—No tengas miedo, que nadie lo sabrá. Yo te juro que guardaré el secreto (Joaquina me mira suplicante). Te lo juro.

Ella entonces se determina a hablar, y por fin me refiere lo que sabe... Pero lo que sabe es tan poco, tan poco, que es como si no supiera nada. Papá llegó ayer tarde a casa a la hora de costumbre, y como de costumbre se encerró en el despacho. Poco después llegó mamá y entró en su gabinete. El gabinete y el despacho comunican por una puerta. Habría pasado próximamente como una media hora cuando Joaquina, al cruzar por el pasillo, creyó advertir que dentro del despacho papá y mamá reñían de muy mala manera, pero por más que se detuvo y aguzó el oído la disputa se mantenía en un tono tan bajo, eran las voces tan confusas, tan roncas y tan atropelladas, que no pudo comprender ni una frase. De pronto la puerta se abrió violentamente, mamá salió con el rostro todo congestionado, atravesó el pasillo, abrió la puerta de la calle y desapareció. Papá volvió a encerrarse en el despacho. Luego, al cabo de un rato, tocó el timbre y acudió Joaquina.

—La señora—le dijo papá—no viene a cenar. Cuando llegue la señorita hágala que entre directamente aquí. Y cuidado con decirle una sola palabra. Advierta usted a todos que el que cometa una indiscreción puede considerarse despedido.

Esto es lo único que sabe Joaquina. Estoy absolutamente segura de que no sabe más. Pero esto es mucho y no es nada. Es mucho porque confirma,

como empezaba a recelar desde esta tarde, que la pretendida enfermedad de la abuelita no era más que una burda comedia urdida atropelladamente para justificar ante mis ojos la ausencia de mamá y que yo ignorase las causas del disgusto. No es nada porque estas causas para mí siguen en el misterio. ¿Qué ha ocurrido entre papá y mamá? ¿Qué hecho tan grave se ha producido entre los dos para que mamá se haya determinado a marcharse de casa? ¿Y qué tengo yo que ver en todo esto para resultar la única víctima? ¿Por qué sin comerlo ni beberlo he de salir perjudicada? ¿Por qué he de pagar yo los vidrios rotos? ¿Habrá sido el disgusto por mí? Esta duda me conturba un momento; pero la desecho en seguida. No puede ser por mí, porque si lo fuese estarían enfadados conmigo, y no lo están. Ninguno de los dos. Papá me ha dicho bien claro que no tiene hasta ahora de mí la menor queja. Mamá no ha podido estar más cariñosa. El disgusto es exclusivamente entre ellos. Pero, entonces, ¿por qué lo pago yo? ¿Qué tiene que ver que ellos se enfaden para que yo me encierre en un colegio?

Joaquina me saca de mis divagaciones.

—¿Quiere usted que hagamos el baúl, señorita?

Me encojo de hombros.

—Bueno.

—¿Qué le parece a la señorita que ponga lo primero?

—Lo que quieras.

—La señorita me tiene que decir lo que quiere llevar.

—Ya lo veremos. Ve sacando.

Joaquina abre el armario, y yo, sentada en el borde

de la cama, miro cómo trasiega desde las tablas a las sillas toda mi ropa blanca: mis camisitas de batista de hilo, mis pantaloncitos enanos, mis cubrecorsés festoneados de encaje, mis combinaciones de punto de seda, mis medias transparentes. No obstante lo que me dijo ayer mamá, sospecho que nada de esto ha de servirme. Sin haber estado jamás en un colegio tengo por intuición y por instinto la evidencia de que no son ciertamente de esta clase los equipos de las educandas, y me imagino un poco avergonzada el alboroto de la directora cuando vea el escándalo de estas prendas demasiado... atrevidas para una colegiala de diez y siete años. Pero, ¡qué voy a hacer, si no dispongo de otras! Es inútil que elija, porque todas son iguales. Yo he tenido siempre el refinamiento de la ropa íntima, y mamá, que también lo tiene, no sólo no me ha coartado jamás en mis caprichos, sino que ha sido la primera en incitarme y alentarme. Tengo la ropa blanca más bonita que hay en Madrid. ¡Tengo unas camisas! Tengo, sobre todo, unos pantaloncitos cerrados, unos pantalones bragas tan chiquititos, tan chiquirrititos y tan monos, que cuando los tienden en el patio se asoman a verlos todas las mujeres de la vecindad. Estoy segura de que muchas, la mayoría, me los han copiado. ¿Qué dirán en el colegio cuando vean estos pantaloncitos? A pesar de todas mis preocupaciones, no puedo menos, al pensarlo, que echarme a reír. Joaquina, que en este instante tiene precisamente unos entre las manos, comprende la significación de mi sonrisa y se echa a reír también. Las dos reimos francamente. Y ya en este tono de cordialidad y de alegría, roto el hielo de la seriedad, olvidadas de todo, nos ponemos a hacer el baúl.

Pero cuando, acabada la tarea, ha acudido Pepe a una voz de Joaquina y los dos se han marchado llevándose el baúl cada uno de un asa y me he visto en mi habitación otra vez completamente sola, otra vez me ha entrado una pena muy grande, y sentada en el borde de la cama he estado llorando muchísimo tiempo. Como el llorar da dolor de cabeza y sentía además unos escalofríos que me crispaban todo el cuerpo, me he desnudado al fin y me he acostado, después de echar encima de la cama toda la ropa que he encontrado a mano para entrar en calor. No he podido dormir. Por más que cerraba los ojos y procuraba estarme quieta, era tan grande mi desasosiego que no hacía más que dar vueltas y vueltas entre las sábanas sin encontrar postura que me acomodase. Cada vez tenía más frío y estaba más nerviosa. En cuanto me quedaba un poquito traspuesta, me sacudía un estremecimiento y me despertaba toda sobresaltada. Encendía la luz; pero con la luz me dolía más la cabeza, y la tenía que volver a apagar.

Las palabras de Joaquina no se me van de la memoria. Papá y mamá han tenido un disgusto. Según Joaquina, no es nada de particular; una tontería, uno de esos disgustos corrientes que suceden entre los matrimonios. Pero Joaquina, ¡qué sabe! ¿Qué puede saber, si ella misma confiesa que no ha entendido nada? ¿Lo sabrá y no querrá decírmelo? No lo creo. Joaquina es una buena chica. Lleva en casa mucho tiempo. Está muy encariñada con nosotros. Ella comprende demasiado, sin necesidad de que yo se lo diga, y además se lo he dicho, que si en este asunto alguien está llamado a intervenir, si alguien puede mediar para re-

solverlo satisfactoriamente, ese alguien soy yo. Pero, ¿cómo voy a intervenir si ignoro lo que ocurre? ¿Qué voy a intentar si desconozco lo que pasa? Estoy segura de que Joaquina no sabe más que lo que me ha contado. Pero, si no lo sabe, ¿por qué supone que no tiene importancia? ¿En qué se funda?

Yo creo que la tiene, y muy grande. Conozco bastante a papá y a mamá para que no me alarme la trascendencia de este acto. No es ciertamente este disgusto el único que he presenciado entre ellos. Los han tenido, y gordos. Mamá, a pesar de su educación esmeradísima, de toda su bondad—mamá es muy buena—, tiene el defecto, yo lo reconozco, de ser muy orgullosa y muy empaquetada. Papá es un poco violento. Cuando se pone de malhumor no hay quien le aguante. Ocurre raras veces, muy raras, por fortuna, mas cuando se desborda es un torrente que no hay quien le contenga. Mamá gasta muchísimo. Es un espanto lo que gasta, sobre todo en vestir. La fortuna de papá es muy sólida, él es muy generoso y muy espléndido, no nos priva de nada, pero hay momentos en que se ve que le molesta lo excesivo del gasto, en que sin poderlo remediar le irrita la presentación de ciertas cuentas... y yo comprendo que le sobra razón. Es demasiado el gasto de mamá, demasiado derroche. Por eso ocurren generalmente los disgustos. En cuanto papá desliza una recriminación un poco fuerte ya está mamá engallada y contestando desabrida. Papá se exalta, las palabras se enredan y tenemos armada la cuestión. Pero estas cuestiones, hasta ahora, se habían desenvuelto siempre de otro modo, lo contrario de hoy, precisamente todo lo contrario. Papá cogía el sombrero, se marchaba muy furioso a la calle y era

mamá quien se quedaba en casita llorando. Si el disgusto ocurría por la tarde, papá aquella noche no venía a cenar, y si ocurría por la noche, al día siguiente era sabido que mamá y yo almorzábamos solas. Luego estaban dos o tres días sin hablarse apenas, hasta que yo me las ingeniaba para intervenir, y al fin, gracias a mí, concluían por hacer las paces.

El disgusto de ahora debe de haber sido tremendo. ¡Qué cuenta tan enorme no habrá hecho mamá para que papá, tan ecuánime, se haya indignado de este modo! ¡Qué cosas se habrán dicho para que mamá, en su rebotada de soberbia y de orgullo, se haya marchado a casa de la abuela y papá se resista a ir a buscarla! Y lo peor es que, puestas las cosas en este extremo de amor propio, sabe Dios cómo terminarán. Ni papá es de los que ceden ni mamá de las que se humillan. Cada día que transcurra en estas condiciones violentas será un obstáculo más para que la reconciliación se facilite. Yo soy la única que podría arreglarlo si no diera la maldita casualidad de tenerme que ir. ¡Pero de qué manera se complican las cosas! Qué combinaciones tan enmarañadas tiene el azar a veces para enredar los hechos más sencillos. Si yo llego a estar en casa anteayer por la tarde cuando surgió el disgusto, mamá no se va. ¡Qué se ha de ir! Me cruzo de brazos en la puerta y no pasa. La prendo del talle, me la llevo, quieras o no, a su habitación y la dejo que allí se desahogue; allí habría estado llorando todo el tiempo que hubiera querido, incluso haciéndome llorar a mí también, porque yo no puedo resistir que mamá llore sin que en seguida se me salten las lágrimas; pero no se habría ido. Ha sido necesario que yo no me encontrara en casa; ha sido preciso que como

una boba me tragara la burda comedia de la enfermedad de la abuelita para dejar transcurrir un día entero sin intervenir para nada, y sobre todo es necesario que se tenga que dar el caso absurdo de que mi viaje coincida precisamente con esta situación.

¡Si papá no fuera tan terco! ¡Si yo pudiera convencerlo de que lo retrasáramos siquiera un par de días, cuarenta y ocho horas! Malo había de ser que en ese tiempo no se me presentara ocasión de hacer algo. Pero cualquiera le convence; cualquiera discute con él estando como está de descompuesto y de nervioso. Cuando se pone de malhumor no se aviene a razones. Se le ha metido en la cabeza que me tengo que ir y me iré. Me iré sin arreglarlo, sin poder hacer nada. ¡Qué puedo hacer yo, pobre de mí...! Pensando, pensando, se me ocurre una fórmula: me voy a levantar a las siete en punto; voy a ir derecha a la alcoba de papá y le voy a decir: «Mira, papá: ya ves que acato tus órdenes, y me someto a tu decisión sin discutirla; iré al colegio, pero ha de ser con una condición; no, con una condición, no, con una súplica: que mamá y tú tenéis que hacer las paces.» Me escurro de la alcoba antes que me conteste, y como tengo tiempo por delante, tomo el automóvil, me escapo a casa de mamá y le digo lo mismo. Con mamá ya es más fácil discutir, porque conmigo no se empaqueta ni se pone bravía. Me la traigo a casa en el automóvil, le hago entrar en la alcoba de papá y les digo: «Ea, daos un beso, haced las paces y no seáis tontos. Os dejo dichosos y felices; me voy al colegio, y aquí no ha pasado nada.»

Creo que esto es lo más seguro y lo más acertado. Me parece que lo encontrarán razonable. ¿Y si me dicen que no? Si me dicen que no, yo tendré la con-

ciencia tranquila de haber cumplido con mi deber y de haber hecho cuanto podía para reconciliarlos. Si ellos, obcecados, por el amor propio, no quieren coger el cable que los tiendo y se obstinan a pesar de todo en seguir enfadados, allá ellos. Yo habré cumplido con mi obligación. Pero no creo que esto ocurra. Estoy segura de que, tanto uno como otro, a estas horas se hallan arrepentidos y deseando por igual que se les dé un medio decoroso para liquidar esta situación tirante y molestísima. ¿Y qué medio puede ser mejor que el que yo les ofrezco?

Me duele horrorosamente la cabeza. Ya no siento frío; al contrario, muchísimo calor, un calor insufrible. Me arden las sienes y las manos me abrasan. Juraría que tengo fiebre. Me busco la muñeca, me pulso y no me cabe duda: tengo fiebre; estoy mala. Puede que se me haya indigestado la comida. Siempre que me dan un disgusto me sucede lo mismo. Y el de ahora ha sido horrible. El más grande de toda mi vida. Estoy muy mala..., me lo noto yo. Lo menos tengo treinta y nueve grados... Y lo más raro es que la enfermedad no me preocupa... Casi me alegro de ella. Me alegro porque si cuando papá se levante sigo mala no se atreverá a ponerme en camino... ¡Cómo se va a atrever! Me imagino la escena... Joaquina entra en mi cuarto con el desayuno como todos los días, más temprano que los demás días, naturalmente... Yo le encargo que le diga a papá que no me puedo levantar porque estoy mala. Viene papá todo asustado: —¿Qué tienes? —Que estoy mala, papá.—Papá me aplica el termómetro y se convence de que es cierto. Avisa al médico en seguida; llega el médico, me reconoce y dice que tengo

un desarreglo gástrico, que no me puedo levantar; me pone a dieta... y se aplaza el viaje. ¡Cómo me va a meter papá en el tren con una fiebre de treinta y nueve grados...! ¡Imposible...! Paso el día muy mala, y por la tarde, como es natural, me entra el recargo... Yo entonces digo que llamen a mamá..., que yo quiero que me cuide mamá... Y viene mamá... ¡Cómo no va a venir...! Se instala a mi cabecera..., y como papá también está en mi alcoba, pues claro, tienen los dos que hablar, que decir algo, y en cuanto cambien dos palabras ya está arreglado todo. Gracias a la circunstancia feliz de esta enfermedad mía, todo se va a arreglar satisfactoriamente.

¿Pero y si yo me pusiera peor? ¿Si esta enfermedad fuera grave? Estas indisposiciones gástricas a veces son muy serias... Siempre lo he oído decir. Empiezan por nada, luego se complican y... Así comienza el tifus... ¿Dios mío, iré a tener el tifus...? Por lo pronto la fiebre es alarmante..., demasiado alta..., me duele la cabeza de manera horrorosa..., parece que se me va a partir... ¡Si me muriera...! ¡Dios mío si me muriera, qué remordimiento tan espantoso para papá y mamá...! ¡Cómo les carcomería la conciencia el pensar que habían tenido la culpa de que yo me muriese por haberme dado el disgusto de llevarme al colegio...! ¡Qué espina en el corazón para toda la vida! ¡Qué dolor el suyo! ¡Con qué desconsuelo llorarían los dos...! ¡Con qué desesperación y con qué pena asistirían a mi muerte, cada uno a un lado de mi cama, viéndome agonizar...! Yo abriría los ojos, extendería los brazos y los perdonaría... No lloréis—les diría—; vosotros no tenéis la culpa... Es que estaba de Dios... Todo lo que está de Dios tiene que suceder... Y me

moriría... Ellos se echarían uno en brazos de otro, y en esta postura, fuertemente abrazados, llorarían largo tiempo los dos... Yo me habría muerto, pero ellos habrían hecho las paces.

Esta idea me da un frío tan grande que me estremezco toda, y me parece que hasta el corazón se me hiela y se me paraliza; me zumban los oídos y la cabeza se me desvanece... Luego no siento nada, nada, nada... Llego a pensar si me he muerto de veras.

Me despierta una voz bien conocida.

—María Eugenia, hija mía..., que son las ocho menos cuarto... Anda, mujer.

Abro los ojos, y deslumbrada por la claridad que entra por las maderas del balcón, de par en par abiertas, veo en la alcoba a papá y a Joaquina.

—Joaquina, ayude usted a la señorita. Y tú, vístete a escape, que tenemos los minutos contados.

¡Los minutos contados! Y yo que pensaba levantarme a las siete. Todos mis planes por el suelo. A pesar de eso, intento todavía el último recurso:

—Perdona, papá, es que he pasado una noche muy mala. No sabes lo mala que yo he estado esta noche; la fiebre que he tenido.

Papá, que ya llegaba al marco de la puerta, se detiene.

—¿Qué?

—Que he tenido una fiebre muy alta. Creo que la tengo todavía.

Papá se aproxima a la cama, me toma una muñeca, me pulsa, me mira a los ojos, hace un gesto de incredulidad y me dice:

—Espérate un momento.

Sale de la habitación y vuelve a entrar con un termómetro en la mano. Me lo da sin decir una palabra; yo lo cojo, me lo pongo en la axila y espero. ¡Qué dos minutos de ansiedad! ¡Pensar que de la mayor o menor dilatación de una simple barrita de mercurio dependen tantas cosas gravísimas, mi viaje, mi tranquilidad, mi porvenir..., tal vez el de ellos! ¡Con qué impaciencia aguardo! Papá, los ojos fijos en su reloj de pulsera repiquetea con las uñas de la otra mano el mármol de la mesa de noche. También está él impaciente y nervioso.

—A ver...—dice por fin.

—No, deja que lo mire yo antes... ¡Treinta y seis y cuatro...! Pero si estoy muy débil. ¿Lo ves...? ¿No te lo decía yo?

—Treinta y seis y cinco—rectifica papá—. La temperatura normal de una persona como tú que acaba de dormir y no se ha desayunado todavía. Estás perfectamente. Anda, vístete.

Da media vuelta y sale de la alcoba. Me tiro de la cama, ¡qué voy a hacer!, y comienzo a vestirme. Joaquina me ayuda; pero la pobrecita está tan afligida, tan llorosa, tan azorada y tan torpe, que más que de auxilio me sirve de estorbo. Tengo en absoluto que prescindir de ella.

—Déjame..., déjame... ¿No estás viendo que así tardamos más?

Me lavo como los gatos, pasándome la toalla por la cara—a mí que tanto me gusta el chapoteo—, me peino de cualquier manera, me avío en dos minutos, me doy un poco de colorete, porque estoy palidísima, y bajo escapada al comedor con la esperanza de

encontrar a papá. Papá se ha desayunado ya y se ha ido. Está en su habitación, según me dicen, acabando de cerrar la maleta. Todavía veo sobre el mantel los vestigios de su desayuno: el tazón vacío, la servilleta desdoblada y el cuchillo manchado de manteca. Joaquina, que llegó antes que yo, me tiene el mío preparado ya. A pesar del disgusto, como anoche apenas cené, tengo apetito. Además, el pan está muy tierno y muy caliente, como a mí me gusta. Pero apenas he mojado la primera rebanada entra Pepe en mangas de camisa y con el mandil atado a la cintura.

—Su papá, que se dé usted prisa, que son las ocho y media.

—Di que en seguida voy.

—Le advierto a la señorita que su papá ya está en el automóvil.

—¡Jesús, qué angustia...! Ahora bajo... Ve llevando el cabás.

De dos sorbos, sin respirar, me trago medio tazón, cojo el resto del panecillo y echo a correr. En el pasillo me asaltan las muchachas, me besan, me aprietan, me estrujan. Es asombroso cómo conservo el panecillo.

—¡Señorita de mi alma!

—Adiós, señorita.

—¡Qué pena que se vaya la señorita!

—¡Qué disgusto!

Paca, la cocinera, en un arranque de indignación, me grita:

—¡No se vaya usted! ¡Diga usted que no quiere ir!

Y las otras, más humildes, llorando a chorros:

—Señorita María Eugenia, que no se olvide usted de nosotras..., que nos escriba usted...

Me desprendo de ellas, porque tengo el corazón en un puño y voy también a romper a llorar. En dos saltos bajo las escaleras. Joaquina me aguarda en el portal. Vuelven los apretones, los besos y las lágrimas. Papá, nervioso, golpetea con la mano la carrocería.

—Anda, nena, que es tarde.

Ruge el motor, ya en marcha. Me acomodo por fin en el asiento. Pepe cierra la portezuela y el automóvil sale de estampía. Me fijo en el reloj.

—Pero papá, si sólo son las ocho y veinticinco.

—No hagas caso de ese reloj, que atrasa.

—¿Pues qué hora es?

—No sé; más de la media.

—De todos modos queda tiempo sobrado. ¿Qué vamos a tardar en el coche? ¿Seis minutos?

—Pon un cuarto de hora. Ya sabes lo que son las calles de Madrid. En estas cosas más vale un «por si acaso» que un «quién pensara».

—¿Tienes que facturar?

—No, ha ido Luis por delante. Cuando lleguemos ya tendrá los billetes y lo habrá hecho todo.

—Entonces...

Me detengo porque se me acaba de ocurrir una idea y la expongo rotunda, sin vacilación:

—Yo quiero despedirme de mamá.

Papá frunce el entrecejo con un gesto duro, muy característico en él, de malhumor y de contrariedad.

—No puede ser. Haberlo pensado antes y haberte levantado más pronto. Ya no hay tiempo.

Yo insisto decidida:

—Sí, hay tiempo, sobra tiempo. Son cinco minutos. Yo no me marcho sin despedirme de mamá.

Papá vacila.

—Si no son más que cinco minutos...

—Nada más que cinco minutos.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Bueno.

Coge el tubo acústico, da la orden al chauffeur, el coche hace un viraje y acelera la marcha. Después de todo, apenas nos desviamos del camino porque la abuela vive en la calle de Ventura Rodríguez. Arribamos en un momento. Antes de que el chauffeur baje del pescante abro yo misma la portezuela y desciendo de un salto. Papá me advierte severísimo: «Cinco minutos nada más.» Yo no le oigo y echo a correr escaleras arriba sin preocuparme del ascensor; llego, llamo con un repiqueteo estrepitoso, salen a abrirme y entro por los pasillos adelante gritando con todos mis pulmones: ¡Mamá..., mamá..., mamá...!, hasta que en una habitación nos encontramos.

—¡Hija de mi alma! Ya sabía yo que tú no te marchabas sin despedirte de tu madre.

Enlazadas en un abrazo apretadísimo estamos largo rato sin decirnos nada, porque la emoción nos ahoga y no nos deja hablar. Mamá me besa en los ojos, en la frente, en las mejillas, en la boca... Sus lágrimas me mojan la cara y yo lloro también y la beso con igual frenesí.

—¡Mamita mía de mi vida, rica!

—¡Hija!

La abuela está delante de nosotras. No sé cuándo ni por dónde entró, pero está allí quieta como una estatua, con sus bandós de pelo blanco y sus grandes ojos tiernos, también llenos de lágrimas.

—María Eugenia, hija mía..., y para mí, ¿no hay nada? ¿No das un beso a la abuelita?

Me echo en sus brazos.

—¡Abuelita de mi vida! ¡Cómo no! ¡Ya lo creo!

—¡Pobre hija! Esta infeliz, sin comerlo ni beberlo, es la que está pagando inocente las culpas.

Mamá se ha sentado en una silla y llora. En la calle aulla la bocina eléctrica del auto estruendosa, apremiante.

—¡Adiós, abuelita! ¡Adiós, mamá!

Me acompañan hasta el descansillo de la escalera. Colgadas de la barandilla me están echando besos y diciéndome con los dedos adiós hasta que desciendo al portal. Desde allí oigo la voz de mamá gritar por vez postrera en un sollozo desgarrador de angustia:

—María Eugenia... ¡Hija mía!

—¡Adiós!—contesto—. Cruzo el portal y me meto en el auto. Ni papá me pregunta ni yo le digo nada. Con el pañuelo en los ojos me pongo a llorar muy bajito. Él da un suspiro y se sepulta en un rincón del coche. Y el coche sale de nuevo de estampía. Baja como una exhalación la calle de Ferraz, el paseo de San Vicente, y cuando quiero darme cuenta hemos llegado a la estación del Norte. Son las nueve menos ocho minutos.

Aunque pesado como siempre, se me ha hecho el viaje más agradable de lo que suponía, dada la texitura tan violenta en que iba con papá. Como en esta época del año—estamos a principios de enero—suele ser, por regla general, en la que menos gente viaja, sobre todo de día, pues es mucho más cómodo el se-

gundo expreso de las diez de la noche, que lleva sleeping-car, y se puede dormir de un tirón hasta las nueve de la mañana y quedan todavía dos horas y media para vestirse, desayunarse y componerse, me temí que íbamos a ir solos. Y la verdad, un viaje de trece horas, en estas condiciones, a solas con papá, después de lo ocurrido, no me hacía maldita la gracia. Si él tiene su carácter, yo también tengo el mío; si él, cuando está de mal humor, es muy violento, yo no soy ciertamente un prodigio de mansedumbre; estoy muy disgustada, muy excitada, muy nerviosa, y sé que a la menor palabra nos vamos a enzarzar y a dar un espectáculo. Y ya que la cosa no tiene remedio, ¿para qué agravar un disgusto con otro disgusto? Todo esto voy yo, preocupadísima, pensando para mí cuando cruzamos el andén. Afortunadamente, ni un solo instante, en todo el trayecto, nos dejan solos. En Madrid, en cuanto subimos al coche, papá tropieza en el pasillo con un amigo suyo, un ingeniero catalán que va a Bilbao a un negocio de minas y que no hace más que hablar de carbones y de hierros, con una pesadez inaguantable. Viaja en el departamento de al lado; pero al ver a papá se pasa al nuestro, traslado muy sencillo, porque toda su impedimenta se reduce a un portamantas. Es un hombre joven, moreno, muy moreno, curtido, con los ojos grandes y un bigote muy negro y muy presuntuoso. No es feo y viste bien; pero es tan pesado, tan pesado; habla con una suficiencia tan pedante, con un acento tan cerrado y tan duro, que se me hace antipático. En todo el viaje no cruzo apenas media docena de palabras con él. Bien es verdad que él tampoco se ocupa para nada de mí. No ha tenido conmigo una palabra

amable. Únicamente, cuando al encontrarnos le hizo papá mi presentación, se limitó a decir: «¡Oh, muy guapa, muy guapa; está muy bien; se ve que es hija de su madre», con el mismo tono con que añadió diez minutos después: «No está mal de calefacción este departamento. Se ve que han mejorado mucho los carbones de la compañía.» ¡Qué tío! ¡Qué antipático!

En cambio, enfrente de mí va un teniente de Caballería que el pobrecito no me quita los ojos. Es un hombre brillante. Todo en él es brillante; los lentes de oro, la nariz pulimentada por el frío, la dentadura muy limpia, los botones de la guerrera, las botas de montar, las espuelas, el sable, hasta el azul Purísima del uniforme. Viéndole se me ocurre que la fascinación que los militares ejercen sobre la mayoría de las muchachas quizá no sea en el fondo más que un fenómeno físico de deslumbramiento, como el que sufren las alondras ante los cristalitos del reclamo. No es la primera vez que se me ocurre esto. Siempre que he ido al Real a oír *Lohengrin,* he pensado que cuando Elsa ve descender del carro tirado por el cisne al caballero que viene a salvarla de la deshonra y de la muerte y en el acto, enamorada de él, le jura en aquellos gorgoritos tan lindos consagrarle su corazón, su mano y el trono de su padre, más que agradecida al favor que viene a hacerle, está deslumbrada por la blancura fascinadora del caballero. ¡Pobrecitas de nosotras si los hijos de Parsifal fueran todavía por el mundo protegiendo doncellas dentro de sus armaduras brillantes y sus yelmos de plata!

Yo no diré que mi compañero sea precisamente el caballero del Cisne, pero que «deslumbra» un poquito no tengo más remedio que confesarlo. Tiene muy

buen tipo y le sienta muy bien el uniforme. El uniforme de lanceros es muy bonito, hay que reconocerlo. A mí, de todos los que más me gustan, son éste y el de la Escolta Real. El capote es precioso; ¡qué distinción tiene, qué elegancia de líneas!; ¡qué bien le va ese cuello tan alto de terciopelo! No estaría yo mal con un capote de Caballería. Sonrío sin darme cuenta, y como le estoy mirando y él me mira también, el pobre hombre interpreta equivocadamente mi sonrisa; se figura, sin duda, que me estoy «timando», y, como movido por un resorte, se levanta, abre un maletín que lleva en la rejilla, saca una caja y me ofrece un bombón. ¡Dios mio!, ¡qué presuntuosos y qué tontísimos son todos los hombres! Estoy por mandarle a paseo a él y al bombón. Pero el hombre me ofrece la caja con un ademán tan distinguido y tan respetuoso; hay en sus ojos, a través del reflejo de los lentes, una invitación tan franca y tan sincera, que no puedo menos de aceptar el obsequio y tomar uno. La caja está impecable, intacta y además es buenísima; seguramente un regalo para las hermanas o para la novia, que el pobrecillo ha comprado en Madrid. Esto hace el obsequio más delicado... y más sabroso. Y es un pretexto muy digno para iniciar una conversación. Entre estar callada, escuchando aburrida la monserga intolerable del ingeniero, o charlar con un muchacho joven, la elección no es dudosa, tanto más, cuanto que la presencia de papá da garantía absoluta de lo inofensivo de la conversación.

Y el muchacho no hace más que mirarme. ¿Será posible que le guste con lo feísima que estoy? Debo de estar horrible. En cuanto lloro se me hinchan los párpados y se me ponen debajo de los ojos unas bol-

sas que da no sé qué verlas. Con las lágrimas se me habrá despintado el colorete. ¡Sabe Dios si incluso tendré chafarrinones! Y por si todo esto fuera poco, el sombrero que llevo no me favorece nada, nada, nada... ¡Si lo sabré yo! ¡Dios mío, cómo será posible que le guste a este hombre! A no ser que sea tan corto de vista que ni con lentes vea, no me lo explico. Seguramente es esto. Este infeliz no ve tres sobre un burro. Se ha encontrado con una mujer joven, y sólo por ser joven se ha hecho la ilusión de que es una preciosidad. ¡Qué desgraciadas deben ser las personas cortas de vista! Bueno, desgraciadas hasta cierto punto; porque si la equivocación, como en este caso sucede, es beneficiosa, no cabe duda de que salen ganando. Después de todo, ¿qué son la mayoría de las cosas del mundo más que pura ilusión? No obstante esta consoladora filosofía, me tiene disgustada la preocupación de que estoy fea. ¿Estaré muy fea, efectivamente? Me levanto, voy al tocador, me miro en el espejo y... me tranquilizo. No estoy tan fea como me figuraba; muy bonita... tampoco; pero puedo pasar. Las huellas del disgusto me han dejado una expresión bastante interesante. Tengo ojeras, pero me favorecen. La calefacción subida del vagón—hemos ido hasta ahora con la portezuela cerrada, porque en el pasillo hace un frío que corta—ha puesto en mis mejillas dos rosetas de fuego que sustituyen con ventaja a la pintura, descolorida por el llanto como yo me temía. Más que reforzarlas, puesto que no lo necesitan, me limito a igualarlas un poco; me paso la barrita de carmín por los labios; doy un toquecito muy discreto a los ojos, alboroto con los dedos los rizos de las sienes, para que rompan la línea dura

del sombrero, y me vuelvo tan contenta al vagón.

«Mi» teniente se me queda mirando de hito en hito un poquito asombrado. Se ha dado cuenta. ¡Toma si «ve»! ¡Ya lo creo que ve! Me contempla tan embelesado, con un aire tan satisfecho y tan presuntuoso, que tengo que bajar los ojos avergonzada y ruborosa al pensar que quizá por primera vez estoy coqueteando. Coqueteando porque sí, sin finalidad, como debe de ser la verdadera y refinada coquetería. Me justifico diciéndome que dentro de unas horas nos separaremos acaso para siempre. Y si, como es lo más probable, no hemos de volver a vernos nunca, ¡qué más da ni qué importa! Bien vale la amabilidad de sus bombones la amabilidad de una coquetería.

Al cruzar por Pozal de Gallinas, el maître del restaurante entra a advertirnos que va a dar principio la segunda tanda—papá no quiere nunca la primera porque dice, y con razón, que es muy precipitada, y a él le agrada la sobremesa del café—. El ingeniero catalán va con nosotros. Cuando volvemos al vagón, el teniente no está. Se ha quedado en Valladolid. En su lugar hay dos señoras que han debido subir en Medina, porque vienen de Portugal y van a Francia. Son francesas, hija y madre. La madre, alta, opulenta, rubia, frescachona, tiene, sin ser guapa, una expresión de simpatía que seduce. La cara no me es desconocida. Juraría que he visto a esta mujer detrás de un mostrador en Biarritz, en Bayona, en Pau, en San Juan de Luz, en cualquiera de estas ciudades encantadoras del Midi que he recorrido los veranos en nuestras excursiones desde San Sebastián. La hija es menos guapa que la madre, pero más distinguida y muy simpática también. Corriente y comunicativa,

en seguida toma y me da confianza; me cuenta que llegan de Lisboa, adonde han ido a pasar las fiestas de Noel con su padre, que tiene allí una joyería en la rua d'Ouro, la calle del Oro. ¡Qué nombre tan bonito para una calle! Me pregunta si conozco Lisboa, y como yo contesto negativamente, se pone a describirme la ciudad, de la que viene enamorada. La ciudad es pequeña, mais jolie, tres jolie, y sobre todo típica, personal, con fisonomía propia. Hay calles en cuesta tan empinadas, que los tejados se suceden en escalera, y para subir de unas a otras hay que utilizar ascensores, enormes ascensores públicos como los del Metro de París. Las ruas están empedradas con adoquines chiquititos, blancos y negros, que forman a modo de mosaico dibujos muy originales, generalmente una especie de ondas que perturban los ojos y marean, pero que hacen muy bien. Lo peor de Lisboa es que este piso es sumamente duro; a los veinte minutos de andar tiene una destrozados los pies, y el ir en coche resulta un poco caro, porque, dada la conformación especial de las calles, no los hay más que a tronco. Para ilustrar su conferencia, la francesita me enseña una colección interesantísima de postales, que examinamos apretadas la una contra la otra, enlazadas del talle y las cabezas juntas, como si fuéramos las mejores amiguitas del mundo.

En Miranda el ingeniero se despide. La francesita y yo nos acercamos a la ventanilla, y pegadas a ella, sin abrirla—¡cualquiera se atreve a bajar el cristal—, contemplamos la estación todo el rato que está parado el tren. Llueve torrencialmente, y aunque sólo son las cinco y media, la obscuridad es tan grande, que no se ve a diez pasos de distancia. Los faroles de los

mozos parecen luciérnagas, y hombres y carretillas se confunden en una misma sombra. Antes de llover ha nevado, y la nieve está sucia como si la hubiesen emporcado de hollín. Nunca me ha parecido la estación de Miranda más lúgubre y más fea. Un poco humillada en mi vanidad patriótica, pienso entristecida en la opinión que mi compañera formará de esta pobre estación española, tan destartalada y tan fea.

—¡Qué tiempo este...! ¡Qué asco!—digo para buscar una justificación que aminore el efecto desastroso del paisaje—. ¿No le entristece a usted?

Ella sonríe y me contesta que este tiempo no le impresiona nada, porque, desgraciadamente, se ha acostumbrado a él. En su país siempre está así: lloviendo.

—¿Pues de dónde es usted?

—De Lourdes.

—Ah...

Bien, de Lourdes, precisamente, no: ella es de Nantes; pero ha crecido y se ha educado en Lourdes, en donde su madre tiene una tienda (ya decía yo que la había visto detrás de un mostrador), una de esas tiendas tan pintorescas en las que se vende de todo, desde joyas hasta paraguas, desde medallitas y rosarios hasta cajitas de ágata y de onix. Charlamos de Lourdes, ¿cómo no?, hablamos de la Virgen, de la Basílica, de los milagros, de las grutas de Beteheram, y en esta agradable conversación se nos pasa el tiempo hasta que llega el maître del restaurante a repartir los tickets para la comida. Las dos se inscriben para la primer tanda, y papá y yo parlamentamos. Yo, que no tengo apetito ninguno, opino que dejemos la comida para San Sebastián, en donde cenare-

mos muchísimo mejor y más tranquilos. Papá me advierte que entre unas cosas y otras, aun suponiendo que el tren no vaya con retraso, mientras llegamos al hotel y nos preparan habitación y subimos y nos aviamos un poco y bajamos al comedor, son lo menos las nueve y cuarto o las nueve y media, y tendremos una debilidad espantosa.

—Mira—me aconseja—, vamos a comer; si verdaderamente no tienes gana, te haces cuenta de que es una merienda, picoteas un poco de lo que más te guste, y de esa manera aplacas el estómago, y resistes sin el menor esfuerzo hasta las nueve y media. Si a esa hora sientes apetito, vuelves a cenar, y si no, refuerzas con un vaso de leche con bizcochos. ¿Qué tal?

—Muy bien.

No me parece bien; pero transijo porque desde el primer momento he sospechado que lo que papá no quiere es quedarse a solas conmigo en el vagón. Como a mí tampoco me seduce la perspectiva de este tête-à-tête, me levanto y nos vamos todos al vagón restaurante. Nos acomodamos en la misma mesa, nos sirven la comida y me pongo a tragar con más apetito del que me figuraba. Es asombroso cómo el tren abre las ganas de comer. Papá sonríe—por primera vez en tres días observo que sonríe sin esfuerzo—y me dice:

—¿Lo ves, mujer? ¿Ves cómo tenías gana?

El comedor está casi vacío; sobran lo menos tres o cuatro mesas, lo cual demuestra que no hay segunda tanda. Esto nos permite comer más despacio y prolongar la sobremesa a gusto de papá. La señora, agradecidísima porque papá no le ha consentido que pague y lo ha abonado él todo—papá siempre es-

pléndido—, charla por los codos mientras saborea sibaríticamente su copita de *Marie Brizard*. La niña ha preferido *chartreux vert*, y yo, por no ser menos, he pedido lo mismo. Papá les ofrece cigarrillos de Oriente; la mamá toma uno; la niña vacila un momento, pero al ver que yo no fumo, no le acepta tampoco. Está muy mona. La digestión ha abrillantado sus pupilas, ha encendido su cara y ha puesto en su boca, acaso demasiado grande, una frescura y una jugosidad encantadoras. No es guapa, pero es simpatiquísima. Si yo fuera hombre, no tendría inconveniente en hacer el amor a esta mujer.

La tertulia transcurre tan agradable, que cuando volvemos al vagón son cerca de las ocho; casi el tiempo justo para despedirnos de nuestras compañeras, que se nos ofrecen muy amables dándonos la madre su tarjeta y rogándonos encarecidamente que cuando vayamos a Lourdes no dejemos de visitarlas. Se lo ofrecemos como si dentro de ocho días fuéramos a cumplirlo.

Por fin llegamos a San Sebastián, y el automóvil nos conduce al hotel. El comedor está desierto. En el hall no hay nadie. Subimos juntos en el ascensor, y en el segundo piso papá tuerce a la izquierda, y una camarera que sale a mi encuentro me acompaña a mi cuarto. Es un cuarto muy lindo, con las paredes estucadas, una cama de caoba y un armario de tres lunas, soberbio. A la entrada, a la derecha del pasillo, está el baño y, enfrente de la puerta, el balcón. Mientras la camarera prepara la cama abro las maderas y me asomo. El balcón da sobre la concha. No hace nada de frío; pero sigue lloviendo, una lluvia tan delgada, tan sutil y tan fina que más que lluvia parece niebla,

una niebla que lo envuelve todo, tan espesa que cierra el horizonte, tan baja que apenas se destacan en ella los tamarindos del paseo. A la derecha, bajo la claridad borrosa del Casino, rielan en el agua las lucecitas de unos barcos, y se adivina entre las sombras los puntos brillantes de algunas ventanitas iluminadas en el barrio de pescadores. Hay marea baja, y el mar está tan lejos, tan lejos, que no se le ve. Se diría que se ha ido para siempre, que no existe, que ha desaparecido si en el silencio profundo de la noche no se oyera reposado y solemne el aliento de su respiracion.

Aquí termina el primer cuaderno de María Eugenia Albrit.

CUADERNO SEGUNDO

Llevo cuatro meses en el colegio, cuatro meses que me están pareciendo cuatro siglos. Y no es precisamente porque en el colegio se esté mal. Aparte de que yo tengo un carácter muy flexible y muy dúctil, que en seguida se adapta y se acomoda a todo, la vida de educanda no es tan aburrida como la gente se figura, como me figuraba yo misma los primeros quince días de mi estancia en él. Claro es que entonces las circunstancias eran excepcionales; yo venía en un estado sentimental muy doloroso; excitada, irritada, contrariada, nerviosa. Todo me molestaba y me zahería. Estaba como en corral ajeno. No conocía a nadie. No veía por todos lados más que frialdad e indiferencia, rostros hostiles, miradas despectivas y sonrisas burlonas, antipatías manifiestas y humillaciones de amor propio. Siempre me acordaré del día de mi entrada. En cuanto papá se marchó, la directora me condujo a un cuarto, y en presencia de otras dos monjas, las tres muy rígidas, muy serias, me sometió a un verdadero examen. Yo respondí como pude y hasta creo que no lo hice mal, porque a cada contestación mía ella bajaba la cabeza afirmativamente.

—Ma fille—me dijo—, está usted muy bien en al-

gunas materias, y en otras algo floja; por ejemplo, en Religión y en Historia de Francia. Tendrá usted que apretar un poquito. Esto le será fácil, porque desde luego se ve que es usted estudiosa y muy inteligente. Por lo pronto ingresará usted en la sección de las medianas, sin perjuicio de pasar a la de mayores en cuanto se ponga usted al corriente. (Primera humillación.)

La segunda fué el traje. Como yo no había traído equipo, y mientras la costurera del colegio le confeccionaba a la medida, me vistieron de pies a cabeza con unas ropas de no sé quién. ¡Dios mío, qué ropas! Sobre todo ¡qué vestido! Me venía ancho por todas partes. Qué coraje sentí cuando me vi delante del espejo tan ridícula y tan fachosa; qué vergüenza al pensar que al día siguiente tendría que presentarme con él ante mis nuevas condiscípulas para ser la irrisión de todas ellas. Y, en efecto, lo fuí. Mi entrada suscitó tal alborozo, tales risitas y tantos cuchicheos que la sœur surveillante tuvo que imponer toda su autoridad y su energía para dominar el escándalo. En mi vida he sufrido un bochorno más grande.

Ahora que ha pasado me río y casi las disculpo, pensando en la triste figura que realmente debía yo hacer con semejante traje, mi actitud encogida y mi aturdimiento rídiculo. Entré tan azorada que tropecé dos veces y, al sentarme en el pupitre que me correspondía, estuve a punto de caerme porque, sin darme cuenta, en un movimiento instintivo en busca del respaldo, me eché hacia atrás. Gracias a que unas manos compasivas me sostuvieron; si no me doy la gran costalada. Esto provocó nuevas risitas y nuevos cuchicheos..., y acabó de aturdirme. Afortunadamen-

te, se me ocurrió abrir un libro y abismarme en él. A los diez minutos nadie en la clase se ocupaba de mí.

En el recreo me dejaron sola. Sentada en un banco de madera, bajo la copa de un eucalipto, estuve mirando cómo mis compañeras jugaban, transida de tristeza y de frío. Hacía un frío horrible. Una hermana, apiadada de mí, vino a buscarme, se sentó a mi lado y me hizo compañía. Y como yo siguiera quejándome del frío, me cogió de la mano y me llevó a una clase. Sentadas en lo alto de la tarima, cerca del chubersky encendido, solas las dos, estuvo haciéndome preguntas y prodigándome frases de consuelo. Sus palabras dulcísimas me hicieron mucho bien. Todo el dolor que sentía se me cambió en ternura, y toda la tristeza se me deshizo en lágrimas. Echada en su regazo estuve llorando no sé cuánto tiempo. Ella me miraba compasivamente; con sus manos blancas me alisaba el pelo, me secaba los ojos y me acariciaba las mejillas.

—Pauvre petite...! Oh, ma pauvre petite!

El llanto me calmó. Cuando, ya desahogada y confortada, levanté la cabeza, vi que tenía sus ojos llenos de lágrimas también. Conmovida por esta íntima compenetración de sentimientos, agradecida a su interés, me acerqué a ella para darle un beso; pero ella, entonces, retiró la cara y me puso sobre la boca el crucifijo que llevaba prendido en la cintura:

—No, a mí no; al Señor. Es Él quien, con su Divina Gracia, la ha confortado a usted.

Se llamaba—se llama, porque vive y quiera Dios que viva muchos años—sor Laurencia de la Consolación.

Nunca una Hija de María, al renunciar al mundo, ha sabido escoger un nombre más propio y más en armonía con sus inclinaciones. Sor Laurencia de la Consolación ha nacido exclusivamente para eso: para consolar. Es el paño de lágrimas de todas las desdichas, la confidente de todas las tristezas, la niveladora de las desigualdades, la reparadora entusiasta de las injusticias. Tan firme se juzga en este punto la rectitud de su criterio, se tiene una confianza tan ciega en la imparcialidad de sus actos que nadie, ni aun la superiora, se atreve a discutir sus decisiones.

—Cuando sor Laurencia lo ha hecho—dice todo el mundo—, ella sabrá por qué.

Es de todas las monjas del colegio la que inspira más respeto y más veneración. En su presencia no hay un escándalo, ni una riña, ni una palabra gruesa. Las alumnas más revoltosas, las más descaradas, las más cínicas, al pasar ante ella lo hacen humildemente y con los ojos bajos. Y, sin embargo, sor Laurencia no regaña nunca; jamás reprende en público ni humilla a nadie con el bochorno de una corrección. Cuando tiene algo desagradable que decir coge a la interesada, la lleva al rincón de una clase y allí, dulcemente, reposadamente, le habla muy bajito, con una voz tan tierna y unos reproches tan suaves, que la culpable acaba inevitablemente por conmoverse y por llorar. Entonces sor Laurencia le da unos golpecitos en la cara, le hace besar el crucifijo y la despide:

—Allez, ma fille. Soyez vous toujours bonne, serieuse et sage.

Toda la dulce tranquilidad de espíritu de que, gracias a Dios, disfruto ahora, se la debo exclusivamente a sor Laurencia de la Consolación. Ella fué quien en los primeros días de abatimiento y de tristeza, en los paréntesis tediosos de las interminables horas del recreo, cuando abandonada de todas, sola y sin amigas, me sentaba en los bancos bajo las copas de los eucaliptos, venía a mi lado a hacerme compañía y a consolarme con sus palabras buenas. Ella fué quien metió prisa a la costurera del colegio para que terminara mi equipo y quien me buscó las primeras amigas entre la sección de las mayores: Fernanda Dubois y Margarita Clemencier. Si con ellas no llegué a congeniar, no fué por falta de voluntad de sor Laurencia sino por el modo de ser que ellas tenían. Fernanda era dura, insensible, demasiado pagada de sí misma; Margarita muy sosa, demasiado infantil. Las dos muy buenas, pero incapaces las dos de comprenderme, de penetrar mi situación, que yo, naturalmente, tampoco les conté. La única persona del colegio con la cual llegué a transparentarme y a dejarle entrever algo, muy poco, pero algo al fin, de lo que me ocurría, fué sor Laurencia: ella fué la única copartícipe de mis angustias y mis confusiones. Sor Laurencia me escuchaba sin interrumpirme, muy atenta, los labios entreabiertos como si fuera a sorber mis palabras, sus grandes ojos clavados en los míos, unos ojos de una dulzura y una melancolía imponderables, serenamente claros, con las pupilas de color de ceniza espolvoreadas de chispitas de oro. Cuando no teniendo ya nada que decir o no queriendo decir más hacía una

pausa larga o me callaba definitivamente, ella a su vez tomaba la palabra y con su voz dulcísima, tan tierna que en aquellos momentos más que voz semejaba un arrullo, me exhortaba a no desesperarme, a rechazar los pensamientos malos, a tener confianza, a no perder la fe en el triunfo definitivo siempre de la Justicia, del Amor, de la Verdad y del Bien. ¡Qué fuerza de persuasión tenían sus palabras, en qué baño de serenidad y de fortaleza quedaba sumergido el espíritu después de haberlas escuchado, qué optimismo más sano y más consolador, qué alientos para no pensar mal! Y era el caso que analizándolas en frío, desmenuzándolas después con toda calma no tenían valor ninguno; la pobre mujer no había dicho nada...; todo su parlocheo no era más que una sarta de lugares manidos. Pero es que la fuerza no estaba en las palabras por las palabras en sí mismas, sino en la sugestión ideológica, en el tono, en la voz, en la convicción sincera y firme que ponía en ellas, en la caricia aterciopelada de sus ojos, en la expresión transfigurada de su cara de virgen. Es que cuando sor Laurencia hablaba, hablaba toda ella; hablaban sus labios y sus ojos, y sus mejillas, y sus manos, y hasta las albas alas de sus tocas parecía que hablaban al palpitar estremecidas a cada movimiento como las alas de una paloma blanca desorientada en medio de la noche. Jamás conocí una mujer de sensibilidad más exquisita, una criatura cuyos nervios vibrasen más dolorosamente a la más tenue e inofensiva sensación. Comprendo que sor Laurencia ingresara en el claustro. Le habría sido imposible convivir en el mundo. Se habría roto.

Otra de las razones que en los primeros días de mi estancia me hicieron repugnar la vida de colegio y me indujeron quizá con más afán a deleitarme en la intimidad de sor Laurencia y rehuir en lo posible el trato de mis compañeras de clase fué la opinión equivocada, equivocada hasta cierto punto, que yo tenía de los pensionados franceses, vistos al través, únicamente como yo podía verlos, de las páginas pecaminosas—deliciosas algunas, pero pecaminosas—de la media docena de libros que cogí a escondidas de los estantes de papá. Lindas colegialas de Marcel Prevost, inquietantes y desconcertadoras, idílicos arrobamientos, exaltaciones místicas, extravíos románticos, ternuras peligrosas de Chonchette, curiosidades malsanas de las educandas de las *Lettres de femmes*. Y sobre todo Claudina, esa Claudina tan ingenua, tan cínica, tan sinvergüenza y... tan encantadora; y esa Pierrette francamente cochina, sin emoción, sin belleza, sin arte, hasta sin gracia.

En este punto no soy una inocente. He leído mucho y me han contado en Madrid muchas historias reales, que si tuviera que reproducir no sabría cómo, aunque para ello me prestaran la pluma tan picarescamente escandalosa de Colette Villy. Si no por experiencia, puesto que nunca me vi metida en estos trances—me asquean estas cosas y siento por ellas una repugnancia invencible—, por referencias conozco lo bastante para no sorprenderme. Dios mío—pensaba yo recelosa y molesta—, ¿qué pasará en este colegio?

No pasa nada. No puede pasar porque se ejerce una vigilancia extremosa. En clase, el más leve murmullo de conversación está prohibido. En el recreo,

las miradas inquisitivas de las madres hacen imposible el menor movimiento sospechoso. Están vedadas las amistades íntimas. En cuanto se ve que dos muchachas congenian demasiado, en cuanto se advierte que se buscan, en cuanto se presume una predilección determinada se las separa con cualquier pretexto. El parque es enorme, tiene largas y espesas avenidas, con platabandas y parterres, rincones misteriosos y ocultos, pero está acotado por límites convencionales, de los cuales no se puede pasar. Más que el delgado alambre que lo cerca extendido desde tronco a tronco, lo guarda el miedo, los ojos vigilantes de las celadoras, siempre sobre aviso, la convicción de que el jardinero tiene orden terminante de detener a las intrusas. La escapatoria es imposible. Los dormitorios son amplios, espaciosos, bien alumbrados y hay en ellos guardia permanente. Las camas están suficientemente distanciadas y, además, en cuanto se ha acostado la sección las celadoras descorren las cortinas. Desde cada lecho se abarca perfectamente todo el dormitorio. Algunas roncan y sueñan en voz alta, y basta incorporarse un poco para saber en el acto quiénes son. Hay una que es sonámbula y se levanta algunas veces y echa a andar en camisa; en seguida se la detiene, con muchísimo cuidado, claro está, para que no se sobresalte, y se la vuelve a llevar a la cama, donde sigue durmiendo. Al día siguiente no se acuerda de nada.

Y, sin embargo, hay algo. Algo inconcreto, vago, indefinible, algo inmaterial que flota en el ambiente como el olor evaporado de un frasco de perfume, algo que no se puede puntualizar en una fórmula precisa, pero... algo.

A los ocho días de estar en el colegio, una mañana, en clase de Aritmética, oí detrás de mí una conversación en voz tan baja que sólo un oído tan fino como el mío la pudo recoger. Decía una voz:

—¿Qué tienes tú, bonita? ¿Por qué estás triste...? Cuéntamelo.

Y otra voz más baja aún, muy afligida y muy mimosa:

—Ella... Ya sabes tú..., ella... me ha dicho que no.

—¿Es posible?

—Sí. Yo le había hecho mi declaración por escrito..., le di la carta en el pasillo, al salir del almuerzo... Ya te lo conté. Ayer la encontré en el lavabo y... me dijo que no.

—¿Qué te dijo?

—Pues... eso; que lo sentía mucho, que yo era muy simpática y muy linda, pero que no podía ser porque estaba comprometida ya.

—Sí, con Louissette.

—Ah, ¿tú lo sabías?

—No, pero lo sospechaba. No hay más que ver cómo se miran...

Hubo una pausa larga, muy larga. Luego, al cabo de un rato:

—¿Y qué vas a hacer?

—¡Qué quieres que haga, pobre de mí...! ¡Nada!

—¿La querías mucho?

—¡Oh!

Otra pausa. Y después:

—Oye: ¿por qué no te declaras a Susana?

—¿A qué Susana?

—A Susana Delacroix. Está libre; me consta. Esa seguramente no te dice que no.

—No me gusta.

—Pues tiene unos ojos bien hermosos.

—Sí, pero es muy delgada, demasiado alta. No me gusta.

Un siseo imperativo de la celadora las hizo callar definitivamente. Con el pretexto de afianzarme una horquilla volví un poco la cara y las miré con el rabo del ojo. Estaban las dos inclinadas cada una sobre su libro muy graves y muy serias. Parecía que en la vida ninguna de las dos hubiera roto un plato.

Pocos días después, una tarde entré en la capilla para rezar un momento a la Virgen. Había recibido carta de mamá, la primera, y estaba muy desasosegada y muy nerviosa. Sor Laurencia me aconsejó que rezase una Salve y le pidiese a la Virgen que me librara de malos pensamientos. La capilla estaba sola y casi a obscuras. En el altar mayor unos pobres cirios que apenas alumbraban y a la derecha, colgada ante la imagen de la Virgen, una simple lamparita de aceite. Me arrodillé en este rincón de espaldas a un confesonario. Al poco rato oí pasos detrás de mí. Creí que sería sor Laurencia, y por la esquina del confesonario asomé la cara un momento. No era sor Laurencia; era una colegiala la que se arrodilló en un reclinatorio y a quien la obscuridad no me permitió conocer. No hice caso. Poco después oí como el murmullo de una conversación. Al principio supuse que mi compañera rezaba, pero el murmullo se hizo más perceptible y distinguí dos voces diferentes. Agucé el oído; ya dije antes que yo tengo un oído muy fino:

—Dos días sin hablarte, casi sin verte... Lo que yo he sufrido. ¡Qué angustia...! Eres una ingrata.

—Si no puedo... Tú no sabes lo que me vigilan.

—Y a mí. Pero cuando se quiere...

—¡Dios mío, puedes tú dudar de lo que yo te quiero!

—¿Verdad que sí?

—Te quiero con locura.

—¡Vida mía!

—¡Corazoncito mío!

Unas frases ininteligibles, un silencio muy largo en el que no se oye ni el vuelo de una mosca y en seguida:

—Anda, vete... Vete, que nos pueden ver.

—¿Vendrás mañana?

—No sé... Si puedo, sí.

—Aquí mismo, a la misma hora... ¿Quieres?

—¿Me has escrito?

—Sí, ¿y tú?

—También.

—Dame.

—Toma.

Aturdida, azorada, no me atrevía a salir de mi rincón, ni siquiera a moverme para no hacer ruido, pegadita a la caja del confesonario. Tenía más vergüenza de que me viesen a mí que de verlas yo a ellas. Cuando por fin me levanté, animada por el silencio, ninguna de las dos estaba en la capilla. Nunca he logrado saber quiénes eran.

¡Cómo saberlo si casi todas son iguales, si todas parecen poseídas de la misma locura! Es como un gas deletéreo que se filtrara por todos los rincones, como una epidemia que las hubiese contaminado a todas. Ahora que ya en antecedentes analizo detalles y me puedo fijar en pormenores, descubro, bajo la falsa gravedad hipócrita, bajo la indiferencia mentida

con que vienen y van por el recreo, las largas miradas acariciadoras, las sonrisas insinuantes, los furtivos apretones de manos, los mil pretextos que el ingenio busca para reunirse y charlar un momento. Sea cual fuere el grupo al cual me acerque, siempre, indefectiblemente, oigo lo mismo. No hay más conversación ni más preocupación que esa. Se habla de amiguitas con el mismo entusiasmo con que en Madrid charlábamos de novios en nuestros corrillos de la Castellana, con la misma ilusión, la misma fogosidad... y el mismo candor infantil. Son las mismas dudas, los mismos balbuceos y las mismas vacilaciones: «Me ha escrito... y yo no sé qué contestar. Oye: ¿Qué harías tú...?» Viéndolas y oyéndolas vienen a mi memoria mis primeros escarceos de niña, aquellos rubores deliciosos que enmudecían los labios, aquel dulcísimo palpitar del corazón cuando paseábamos de dos en dos o de tres en tres cogidas del brazo bajo el perfume de las acacias mientras las mamás descansaban en las sillas: «Paco, de parte de Mercedes, que sí.» Y a la otra vuelta: «Julio, de parte de Luisita, que sí.» Es lo mismo, lo mismo; no hay ciertamente más malicia, y, sin embargo, a mí esto me repugna.

Sor Laurencia, a quien expongo mis dudas, se ríe de mí.

—Niñerías, tonterías, enfantillages..., no haga usted caso—me dice—, no tienen importancia. Son desbordamientos de ternura, exaltaciones naturales originadas por el agrupamiento, ansias innatas de querer, deseos intuitivos de algo que no saben definir todavía, y que luego, más tarde, las encaminará por el mundo. Oh, las conozco bien a mis educandas; ¡po-

brecitas mías!, todas son iguales. Aquí mucho entusiasmo, mucha exaltación, muchos juramentos de fidelidad eterna, de no olvidarse nunca, y después, en cuanto el primer novio les dice cuatro cosas bonitas, se acabó para siempre toda la ilusión. En cuanto salen y se casan, no vuelven a acordarse de las amigas del colegio. No se ha dado el caso de que una, ni una sola, mantenga después de salir una correspondencia seguida con las que aquí quedan. Si alguna que otra vez, muy rara vez, tornan por el colegio porque vienen de paso, es a nosotras, exclusivamente a nosotras las hermanas a quienes hacen la visita. Además, usted sabe perfectamente que todos estos extravíos sentimentales no son más que delirios románticos, entretenimientos platónicos. Aquí no pasa nada.

No pasa nada, porque no puede pasar. ¡Ah, pero si las dejaran! No obstante todo el optimismo tranquilizador de sor Laurencia, de su indulgencia demasiado excesiva para juzgar estas cosas, justificada por su gran bondad, yo no transijo con el ambiente del colegio. No intimo, no quiero intimar con ninguna. Prefiero que me tachen de arisca, que se burlen de mí diciéndome, como ya me han dicho, que parezco una gata escaldada, que me pongan motes—sé que me llaman *le petite rat sauvage*—, a exponerme un día a los dulces requerimientos de cualquier compañera. Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza tan grande pasaría yo si alguna se me... declarase. Confieso sinceramente que no sabría qué contestar. Puede que lo tomara a risa. Puede que me cogiera en un momento de indignación y diéramos un escándalo. Lo mejor es que el caso no llegue. Todos los días se lo pido a la Virgen.

Hasta ahora el peligro parece que no existe, porque afortunadamente para mí, sigo en *medianas*, y las medianas entre ellas, salvo alguna que otra excepción, no intiman. La ilusión de las medianas es que las quieran las mayores, *les grandes*. Ser *l'amie préférée d'une grande* es toda la ilusión de estas chiquillas de ojazos cándidos y lazos en las trenzas. Se da el caso curioso de que las declaraciones parten siempre de menor a mayor. Son las medianas las que actúan de conquistadoras y las otras las que se dejan, ¡zangalonas!, querer. Yo por ahora creo que me encuentro segura. Además estoy fea. Como no me tiño, se me ha puesto el pelo imposible con unas vetas horrorosas; en la raíz, sobre todo en la raya, castaño, casi negro, y las puntas todavía rubias, y por todas partes unos mechones, ni rubios, ni castaños, ni negros. Sin colorete, parezco más pálida que nunca, y para colmo de desdichas, con el cambio de aguas y la primavera, me han salido unos granos en la cara. Estoy repugnante. ¿A quién voy a gustar, ni quién me va a querer...? afortunadamente.

Afortunadamente o desgraciadamente; no lo sé tampoco. Porque si bien es cierto que por una parte, dado el ambiente general del colegio, la amistad más honesta corre el peligro de que se interprete de mal modo y hasta se expone al riesgo de que, sin darse cuenta, pueda tener derivaciones reprobables, también es muy triste que por exceso de malicia, por una puntillosa y exagerada suspicacia tenga una que verse, como yo me he visto los primeros meses, apartada de todo el mundo, constantemente sola y retraída,

captándome la antipatía de mis compañeras y sentando plaza de arisca y de orgullosa. También esto es muy triste y muy desagradable, sobre todo para un carácter como el mío, tan corriente y tan llano. Porque una cosa es que yo sea reservada en los secretos de mis intimidades y otra que no me guste convivir con las gentes. Yo soy muy sociable; si de algo peco, quizá es de ser demasiado afectiva. Siempre oí decir a las personas que me han rodeado que yo soy muy simpática. En Madrid he tenido amigas que me han querido entrañablemente. Las criadas de casa deliraban por mí. Y en estos afectos no había nada de pecaminoso. Jamás me turbó la sospecha de que al dirigirme una lisonja o hacerme una caricia pudiera haber en ello una segunda intención inconfesable. Y, sin embargo, aquí estoy siempre suspicaz recelosa, sobresaltada, inquieta. Tienen razón cuando dicen que parezco una gata escaldada. Tienen mucha razón. Yo misma me doy cuenta del papel tan ridículo que hago.

Muchas veces incluso me pregunto si no estoy incurriendo en un pecado de soberbia. ¿Quién soy yo, ni con qué derecho puedo atribuirme una superioridad tan arbitraria de perfección sobre mis compañeras? ¿Por qué he de ser de mejor condición que las otras? ¿Por qué he de suponer que en esta muchedumbre tan heterogénea de muchachas de todas clases y de todos tamaños soy yo la única buena, y las demás unas perversas y unas locas? Verdaderamente, es demasiado presunción la mía. La mayor parte de las alumnas qne hay aquí, estoy por decir que la totalidad, han ingresado muy pequeñas, a los diez, a los once, a los doce años; venían todas con la santa ignoran-

cia de la primera edad. ¡Qué sabían ellas del mundo, ni de nada! Por pronto que en ellas el instinto se haya despertado—estas francesas son terriblemente precoces—, por mucho que la contaminación del mal ejemplo las haya pervertido, en el fondo siguen siendo de una inocencia candorosa que verdaderamente desconcierta. Cualquier niñita tobillera del Ritz da quince y raya en la salacidad de sus conversaciones a la más maliciosa de estas chicas. ¿No seré yo misma, acaso, más maliciosa que ellas? ¿No iré con mis recelos y mis suspicacias más lejos de la realidad? ¿No me estaré pasando de lista? Todo esto que yo juzgo extravíos reprobables y exaltaciones peligrosas, ¿no serán, como dice sor Laurencia, cariños pueriles, anhelos de ternura, ansias de mimo, chiquilladas, enfantillages...? No sé, no sé; estoy desconcertada.

Desconcertada y muerta de curiosidad. Tengo, ¿por qué no he de decirlo?, una curiosidad enorme de saber qué pasa. No es posible que todas, todas, todas, por desaprensivas que sean, por contaminadas que estén, hayan perdido en absoluto la noción del sentido moral. Aquí, como en todas partes, tiene que haber malas y buenas; algunas tienen que ser buenas, indudablemente lo son. Y entonces, ¿cómo no protestan, cómo no se rebelan, cómo no se indignan? Yo me digo que si padeciese la desgracia de ser así, si un día la fuerza de una pasión me llevara—que no me llevará—a uno de estos abominables extravíos, procuraría ante todo que nadie lo supiera, lo escondería en lo más recóndito de mi corazón como un crimen nefando, para que los demás no se enteraran. Y aquí todas lo saben y ninguna se oculta; nadie se indigna ni nadie se sonroja. Se habla de ello en voz

alta como de la cosa más natural del mundo. No es cinismo tampoco, no es alarde; es que no se le concede importancia. Una de dos: o todas, así, en absoluto, todas son unas sinvergüenzas, o verdaderamente aquí no pasa nada.

Y pasa, pasa, ¿cómo no ha de pasar si lo estoy viendo? Pero, ¿qué es lo que pasa? ¿Qué alcance, qué trascendencia tiene en la realidad este exaltado desbordamiento de pasiones? Estoy intrigadísima, rabiando por saberlo y, sin embargo, no sé cómo saberlo. Preguntarlo me parece una cosa demasiado violenta. Es ridículo que una mujer como yo, más mujer que todas ellas juntas, cansada de rodar por el mundo, venga a estas alturas a intentar semejantes interrogatorios. Me van a tomar el pelo. Además es que me da vergüenza; no se me ocurre cómo preguntarlo; no encuentro la fórmula; no sé cómo empezar.

Ninguna de mis compañeras de clase me inspira confianza; las grandes me infunden un poco de respeto. No conozco más que a Fernanda Dubois y a Margarita Clemencier. A Fernanda no se lo pregunto. Margarita, ¡es tan chiquilla, tan infeliz, tan boba! Y, sin embargo, necesito saberlo; estoy firmemente decidida a saberlo.

La casualidad me ha deparado una interviú deliciosísima con una informadora estupenda: Louissette. Louissette es la chiquilla más encantadora de toda mi sección. Acaba de cumplir catorce años, y representa lo menos diez y ocho, por lo desarrollada y por lo fuerte. Está contorneada como una mujer. Tal vez por esto la obligan a llevar los trajes un poquito cum-

plidos, y resulta un contraste muy gracioso estas púdicas precauciones con la pureza inmaculada de los ojos azules y las dos trenzas rubias, maravillosamente rubias, que ostenta por encima de los hombros, caídas sobre el pecho y atadas con dos lazos que parecen dos grandes mariposas. Estos días se ha organizado en torno de Louissette una conjura de hostilidad y de malquerencia. Como a mí, se la da de lado, se la rehuye, se la deja sola. En el fondo no es más que envidia y despecho. Se la envidia por guapa, por inteligente, por rica—su padre es uno de los propietarios más ricos de Toulouse—, y, sobre todo, porque es la preferée de la grande más bonita del colegio: Clementina de la Tour d'Isern. Esto de que Clementina, tan orgullosa, tan desdeñosa, tan presuntuosa, se haya dignado descender de su trono de reina inasequible para otorgar la merced de sus favores a Louissette, no se lo perdonan a Louissette ninguna de sus compañeras de sección. Todas están que trinan, alborotadas y revueltas, como las odaliscas de un serrallo ante el encumbramiento de una favorita. Louissette lo sabe y les paga a su vez con un desdén olímpico, muy satisfecha y muy envanecida de originar este revuelo. Segura de halagar su amor propio, me he acercado a felicitarla.

—Sí—me ha dicho—, es verdad; están todas rabiosas contra mí. Pero Dios mío, ¡yo qué culpa tengo!, ¡yo qué le voy a hacer si ella me ha preferido! ¿Voy a desdeñarla sólo por dar gusto a media docena de envidiosas?

—De ninguna manera—he contestado yo—. ¡No faltaría más! Que se fastidien. Ya se les pasará.

—Y si no se les pasa peor para ellas. No nece-

sito de su compañía. Me encuentro muy bien sola.

—Sola no, porque si usted quiere podemos ser amigas.

—Muy bien; esto les dará todavía más rabia. Seremos amigas. Y si a usted le parece empezaremos ahora mismo por tutearnos. ¿Quieres?

—Bueno.

—¿Te llamas María Eugenia, ne c'est pas? ¡Qué nombre tan bonito! ¿De dónde eres?

—De Madrid.

—¿Española? Nadie lo diría. No se te conoce. Hablas muy bien el francés, sin acento ninguno.

—Lo aprendí chiquitita.

—¿En otro colegio?

—No, en mi casa.

Siempre en este tono hemos charlado largo tiempo de mil frivolidades, y luego, poco a poco, he desviado hábilmente la conversación hacía Clementina.

—¿Hace mucho que os queréis?

—Oh, no, muy poco; con el de hoy diez y ocho días.

—¿Te declaraste tú?

—Sí, naturalmente, claro..., como todas.

—¿Por escrito?

—No, no, de palabra; no me gustan las declaraciones por escrito.

—Cuéntame cómo fué. Me interesa.

—Pues verás: a mí Clementina me gustaba mucho; nos gustaba a todas. Todas estábamos en la sección enamoradas de ella, locas con la ilusión de conquistarla. Ella no nos hacía caso. Clementina es muy presumida, muy presuntuosa, se hace valer mucho. A todas les decía que no. Yo estaba acobardada, sin

atreverme a decidirme; pero como a pesar de todo me gustaba extraordinariamente, no hacía más que mirarla y mirarla..., hasta que me di cuenta de que ella también empezaba a corresponderme. Me insinué entonces un poquito más claro, y ella también se insinuó. Estuvimos unos cuantos días mirándonos y sonriéndonos cada vez más expresivamente, y al fin una mañana la encontré en un pasillo, me acerqué a ella y le hice mi declaración.

—¿Qué le dijiste?

—Ay, Dios mío, no sé..., no me acuerdo. Estaba yo muy emocionada.

—Pero algo le dirías.

—Claro..., lo que se dice siempre en estas declaraciones.

—¿Y ella?

—Ella me contestó que lo pensaría. Al día siguiente volvimos a encontrarnos y me dijo que sí.

—¿Y desde entonces os queréis?

—Desde entonces.

—Bueno, ahora explícame *cómo os queréis*.

Louissette abre cuanto puede sus grandes ojos cándidamente azules y se me queda mirando con el gesto de asombro de un chiquillo que no ha comprendido lo que le preguntan. Como Dios me da a entender aclaro el concepto, y ella entonces me detalla con sincera minuciosidad todo el proceso de este idilio tan candoroso como encantador. Se miran, se sonríen, se buscan, se hablan, se escriben...; han cambiado ricitos de pelo; Louissette le ha dado a Clementina una medalla de la Virgen de Lourdes y Clementina a Louissette un frasquito con un poco de esencia de la que ella usa, una esencia ¡riquísima!

—¿Y qué más?

—Nada más.

—Pero, ¿nada más?

Louissette vuelve a mirarme interrogativa y curiosa. Y es tan pura la curiosidad de su mirada, hay una diafanidad tan serena y tan limpia en el fondo de sus ojos azules, que tengo, avergonzada, que bajar los míos y morderme los labios para no proseguir el interrogatorio. ¿A que resulta todavía que la mala soy yo? Con infinitas precauciones sigo bordeando el tema sin decidirme a atacarlo de frente. Exaltada por mi curiosidad, necesitada de un confidente en quien desahogar la felicidad que la inunda, me hace la apología de su amada en frases tan vehementes y en términos tan calurosos que en dos o tres momentos casi me ruborizo; pero son chispazos sueltos que en seguida se extinguen. Nada, no hay nada; no hay más que vanidad, vanidad infantil de tener una amiga; de que esta amiga sea una grande; de que esta grande sea la más bella y la más deseada; de que todas lo sepan y, como consecuencia, de que todas la envidien, de que se ocupen de ella, de ser la preferida, la primera...; vanidad, vanidad...

—Oye—le digo—, me tienes que dejar una carta de Clementina.

—¿Para qué?

—Para verla. Nada más que para verla. Te la devolveré en seguida. Y guardaré el secreto. Te lo juro.

Se resiste, pero al fin la convenzo.

—Esta tarde, después de la comida, te la daré. Pero tienes que prometerme que no se lo dirás a nadie. Ella se enfadaría.

—No tengas miedo, que nadie lo sabrá,

Fiel a su ofrecimiento, me ha entregado la carta. Con qué emoción he empezado a leerla y con qué desencanto la he concluído. Es una carta exaltada, apasionadísima, fogosa y... absolutamente inofensiva. Lirismo de oropel, retórica de pensión, literatura... nada.

Mas con no ser nada ha tenido una derivación graciosísima. Cuando al día siguiente, en el recreo, me he acercado a Louissette para devolvérsela, Louissette me ha contenido con un gesto y pasando a mi lado, sin pararse, me ha dicho en voz baja atropelladamente:

—No me la des ahora, no me hables... He tenido un disgusto horroroso... Ya te contaré.

Ha salido corriendo y no la he vuelto a ver más en el patio. Yo he pedido permiso para subir al estudio a escribir a papá. Al volver me ha detenido un siseo y he visto en un rincón a Louissette, que se hallaba acechándome. Me lo ha explicado todo. Clementina está furiosamente celosa. Alguien nos vió ayer cuando me dió la carta, le ha ido con el cuento y ella se figura que la carta era para mí y que las dos nos entendemos. Le ha hecho a Louissette una escena terrible; la ha insultado, ha querido pegarla y ha terminado por decirle que todo ha concluído entre las dos. La pobre Louissette me lo cuenta acongojada, llenos de lágrimas los ojos y haciendo pucheros.

—Ya ves... ¡Ya ves tú qué disgusto!

Procuro calmarla.

—No seas niña, no llores..., tranquilízate. Todo se arreglará. Yo te prometo que se arreglará. Ahora mismo hablaré con Clementina.

—¿Con Clementina...? ¡Tú!

—Sí, yo; ¿qué tiene esto de particular?

—No te hará caso; no te oirá siquiera. Clementina te odia.

—Mejor; así nos entenderemos antes.

—Es preferible que no le digas nada. Tú no sabes lo que es Clementina. Es una fiera. Es capaz de pegarte.

—¡A mí! ¡Vamos, mujer!

—No tienes idea de lo furiosísima que está.

—Yo la convenceré de su equivocación.

—¿Tú crees?

—Sí, nena... ¡Cómo no! Ya verás.

—¡Ay, si la convencieras!

—La convenceré.

—Si la convences y hacemos las paces te regalo lo que más te guste. ¿Qué quieres que te dé? ¿Qué necesitas? ¿Una caja de papel de escribir...? ¿Un frasquito de esencia...? ¿Mi pluma stilográfica?

—No quiero nada. Quiero únicamente que tú estés contenta.

—Figúrate si lo estaré.

—Pero, ¿tanto la quieres?

—¡Que si la quiero! Mira, la quiero tanto que si me dejase me moriría.

—¡Pero, Louissette!

—No te quepa duda, me moriría de pena. No lo podría resistir.

Y otra vez se le saltan las lágrimas.

Pues, señor, no lo entiendo. Declaro sinceramente que no comprendo una palabra de estas cosas. Cada vez me tienen más confusa y más desconcertada. O estas chicas están todas locas de la cabeza o yo ca-

rezco de sensibilidad para ponerme a tono. No es posible que Louissette me haya engañado. Por falsa, por hipócrita que sea, la considero en este punto incapaz de mentir. Estoy segura de que me ha dicho la verdad. Pero si no hay más que lo que me ha dicho, ¿a qué entonces estos disgustos y estas lágrimas y estos arrebatos y estas escenas ridículas de celos? ¿Será la pobrecita tan infeliz, tan inocente que no se dé cuenta ella misma del alcance de su... de su ¿qué?.... si ni siquiera sé cómo llamarlo, de su pasión? ¿Y la otra? Con la otra las suposiciones no pueden ser las mismas. La otra es una grandullona de diez y ocho años. No caben inocencias infantiles. Sabe lo que hace y por qué lo hace. ¿Qué se propone? Decididamente no tengo más remedio que hablar con Clementina.

No tengo más remedio, porque, aparte de mi curiosidad, tan enorme que ya por sí sola lo justifica todo, necesito aclarar la falsa situación en que las circunstancias me han puesto. No me da la gana de que nadie suponga de mí que ando metida en semejantes líos; no quiero que me juzguen como ellas. Si ellas a estas cosas no le dan importancia, yo sí. A mí, ya lo he dicho, me sublevan, me repugnan, me indignan. No puedo remediarlo. Cada uno es como es.

Cuanto más lo pienso más decidida estoy a hablar con Clementina. Lo único que me preocupa es la manera de empezar; no sé cómo abordarla. Es una criatura tan estirada, tan presuntuosa, tan tonta... Y con los antecedentes que me ha dado Louissette... ¡Sí que va a ser divertida nuestra conversación! A pesar de todo me atrevo. Me echo a buscarla, y aprovechando un momento que se queda sola me aproximo a ella:

—Señorita...

Hace que no me oye y sigue andando. Yo insisto:

—Señorita...

Ella se para, vuelve la cabeza y me mira despectivamente.

—¿Es a mí?

—Sí, señorita, a usted. ¿Quiere usted hacer el favor de escucharme un momento?

—Me parece que está usted equivocada. No tengo el gusto de conocerla a usted.

—Ni yo tampoco; pero es preciso que hablemos un instante.

—Creo que usted y yo no tenemos nada que decirnos.

—Yo, sí; por eso le ruego que me escuche usted.

Arquea las cejas, frunce los labios y con un gesto insoportable de resignación y de desdén, me contesta:

—Bien, usted dirá.

Yo entonces, secamente, crudamente, sin eufemismos, planteo la cuestión en el aspecto que a mí me interesa, es decir, relatando todo lo que ha ocurrido y haciéndole ver que no sólo no quiero inmiscuirme para nada en sus intimidades, sino que a lo único a que aspiro es a que no me mezclen en ellas. La sinceridad de mis palabras parece convencerla, porque poco a poco veo suavizarse la expresión de su cara.

—¿De manera que usted no ama a Louissette?

—No, no la amo. Yo sólo veo en Louissette una amiga y una compañera. Nada más.

—Sin embargo, Louissette es muy linda.

—No me he fijado. A mí la belleza de las mujeres no me interesa nada.

—Oh, no diga usted eso. Siempre será más interesante una mujer bonita que una que no lo sea.

—A mí me da lo mismo.

Decididamente no nos entendemos.

—Entonces, si usted no ama a Louissette, ¿por qué busca su compañía?

—Porque me es agradable su conversación.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y por qué le ha pedido usted que le enseñe mis cartas? Si a usted no le importaba, ¿qué interés tenía en ello?

—Interés... ninguno. Curiosidad.

—Curiosidad, ¿de qué?

Es un poco difícil explicarlo; no sé cómo decirlo.

—Curiosidad de... de saber qué pasa entre dos mujeres que se aman.

—¿Qué quiere usted que pase?—me contesta con toda naturalidad y como, si en efecto, fuese la cosa más corriente del mundo—. Lo que pasa siempre entre personas que se aman,¿Usted no ha amado nunca?

—A las mujeres, no.

—Bien; pero como aquí todas somos mujeres...

—Ah, pues lo que es por mí pueden estar tranquilas.

—¡Cómo! ¿No piensa usted dedicarse a ninguna?

—¡Yo!

Me mira asombrada.

—¡Es posible! ¡Dios mío, pero se puede vivir sin afectos! Usted no tiene corazón. Usted es insensible.

—No, protesto, yo no soy insensible; yo tengo mi corazón tan grande como la que más, pero no se lo daré nunca a ninguna mujer; le reservaré íntegro para un hombre, para mi novio, para mi marido.

—Oh, es otra cosa—me dice riendo—; yo también

tengo novio, un muchacho muy guapo que está ahora en Saint-Cyr. Cuando el año que viene yo salga del colegio, él será ya oficial; entonces me pedirá a mis padres y nos casaremos. Pero entre tanto yo no puedo vivir sin amor, yo necesito poner mi afecto en alguna persona, pensar constantemente en ella, saber que mi pasión se ve correspondida. Yo soy muy vehemente, muy apasionada, muy mimosa; yo necesito que me quieran mucho. Yo no podría vivir sin amor.

—¿Y Louissette satisface esas aspiraciones?

—Oh, sí, ya lo creo—me responde con el rostro radiante de felicidad y de alegría—. Louissette es una criatura encantadora. Usted no sabe lo buena y lo cariñosísima que es; lo que me quiere; qué cosas tan bonitas y tan dulces me dice.

—Bueno, pero vamos a ver, contésteme usted con sinceridad a una pregunta: a quién quiere usted más, ¿a Louissette o a su novio?

—Oh, son dos cosas distintas; no hay comparación.

—Pero un poquito más.

—Si no es posible. ¿No le digo a usted que no hay comparación? A mi novio le quiero para casarme con él; es guapo, es elegante, es distinguido, es noble, tiene mucho dinero, una casa magnífica en París; daremos grandes fiestas, brillaré en sociedad, viajaremos mucho. Me hará seguramente muy feliz. Sería una locura que no le quisiera. En cambio Louissette es todo lo contrario. Louissette no puede darme nada... más que su amor. La quiero por ella misma.

—Entonces la quiere usted más que a su novio.

—No, no; más, no; la quiero de otra manera.

—A su novio no le quiere usted.

—Oh, sí. Si no le quisiera no me casaría con él.

—Si usted le quisiera verdaderamente, como se debe querer a un hombre, no le engañaría, no compartiría con otra persona un sentimiento que le pertenece por entero a él. ¿Usted no comprende que si él se enterara de este devaneo le sabría muy mal, a usted no se le alcanza que acaso formaría de usted un concepto muy deplorable?

—Dios mío, ¿por qué? Yo creo que no. A mí me parece que no. Mi novio es un hombre de mundo. Él sabe perfectamente que estos devaneos, como usted los llama, no tienen trascendencia, son expansiones naturales de toda alma sensible. Yo estoy segura de que si él lo supiera, lejos de molestarle le satisfaría, porque es la mejor prueba de que yo no soy una mujer insensible ni indiferente, sino todo lo contrario, muy apasionada. A los hombres les gustan las mujeres apasionadas.

—Sí; pero apasionadas con ellos.

—Apasionadas con todo lo que merezca ser digno de pasión. Y Louissette lo merece. Usted no sabe lo que vale Louissette. Louissette es un encanto.

—Yo no comprendo los encantos de una mujer. No me explico qué placer puede usted hallar en querer a una amiga.

—El placer de sentirme adorada, de saber que hay un alma que vibra al compás de la mía, que adivina mis pensamientos y está a todas horas pendiente de mis actos, que ríe conmigo cuando me ve alegre y llora cuando me entristezco, que me extasía con sus palabras y me trastorna con las miradas de sus ojos y me enloquece con la exquisitez de sus caricias.

—¡Ah! – exclamo sin poder contenerme, deslumbrada por este rayo vivísimo de luz que va a desvanecer

la sombra de mis dudas—¡Ah!, ¿con que también...?

—Sí, claro es..., naturalmente...—me contesta con la mayor tranquilidad.

—Pues yo creí que esto no era posible... ¡Con la vigilancia tan extremada que hay en el colegio...!, ¿cómo puede ser?

—Siempre hay oportunidad, cuando se tiene interés en buscarla. La misma prohibición aviva y acrecienta el deseo y hace que su logro sea más exquisito. Usted sabe que estamos autorizadas para peinarnos, si queremos, las unas a las otras. Hay muchas que no saben. Otras que dicen que no saben. Yo siempre que puedo me las arreglo de modo que me toque Louissette de compañera. Usted no sabe qué placer tan delicioso es meter los dedos entre los cabellos sedosos y perfumados de esta criatura encantadora, cosquillear su nuca, jugar con los lobulillos de sus orejas, acariciarle la garganta y algunas veces, muy pocas, pero alguna vez, cuando no hay nadie, inclinarse un poquito y darle un beso. Si usted supiera qué cosa tan rica es un beso de éstos, instantáneos, furtivos, tan silenciosos que casi no son besos... Si usted viera a Louissette cómo tiembla, cómo vibra, cómo se estremece... No es posible en el mundo mayor felicidad.

—Pero esta felicidad, y mayor todavía, la puede dar un hombre.

—Yo no sé si la puede dar un hombre, porque yo con un hombre no la he sentido. Mi novio a mí no me ha besado nunca. No me he dejado yo. Y no ha sido por falta de ganas, Dios lo sabe. Pero no puede ser. Una mujer honesta no debe permitir que la bese su novio, por lo menos hasta que no esté oficialmente pedida. Y aun así. Los hombres son muy rudos,

muy groseros. Se excitan demasiado. Son muy peligrosos. Hay que estar siempre en guardia. Además, no hay franqueza, no hay sinceridad, no se puede decir lo que se siente; una mujer que estime su decoro no puede expansionarse con un hombre; tiene que medir sus palabras para no cometer una imprudencia y no comprometerse. Y así no hay manera de hablar, ni de quererse, ni de nada. En cambio, entre mujeres no hay reservas, ni compromisos, ni rubor, ni reparo. Todo puede decirse. Louissette y yo nos lo decimos todo; las dos nos vemos mutuamente el alma y nos abrimos el corazón de par en par sin que quede el más pequeño pensamiento oculto. ¿No es esto una delicia? Además, Louissette es más fina, más delicada, más espiritual, más exquisita que todos los hombres juntos. Ya le he dicho a usted que yo no me he dejado nunca acariciar de mi novio; no sé a lo que saben las caricias de un hombre; pero dudo mucho de que, por sabrosas que sean, valgan lo que una sola de Louissette. Si usted supiese cuando Louissette me peina y sus dedos resbalan por mi piel qué sensación tan deleitosa me producen..., cómo me estremezco cuando me coge un brazo y con la puntita de las uñas se pone a hacerme las patitas de araña...

—¿Las patitas de araña...? ¿Qué es eso?

—¡Cómo! ¿No lo sabe usted? ¿Pero es posible que no lo sepa usted? Pero si lo saben las pequeñas de doce años. ¡Dios mío, usted no sabe nada! Está usted atrasadísima.

Confieso sinceramente mi ignorancia. Ella entonces se aproxima a mí, me enlaza del talle, acerca su cara a la mía y me dice muy bajo:

—Hágame caso; atienda mis consejos. No sea usted

uraña y déjese querer. No hay nada en el mundo más dulce y más sabroso que amar y ser amada. No amar es no vivir; amar lo es todo. El día que usted se apasione de una chiquilla como Louissette, el día que tenga la fortuna de sentirse adorada como yo me veo, comprenderá usted que no hay dicha que pueda compararse a la felicidad de ser correspondida. Hasta ese día no sabrá usted lo que es felicidad.

—Me parece entonces que no lo sabré nunca.

—¿Por qué?

Me hace la pregunta con una entonación tan franca y tan ingenua, que no me atrevo a responder. Temo que interprete mi contestación como una grosería. Ella insiste:

—¿Por qué?

—Pues porque...—contesto urdiendo al fin el embuste más verosímil que se me ocurre—, porque yo le he jurado a mi novio no engañarle nunca.

—Si esto no es engaño... ¿Qué engaño puede haber con una amiga?

—Yo he jurado no engañarle ni con el pensamiento.

Clementina abre los ojos, entrelaza los dedos, se los lleva a la altura de la boca y se me queda mirando con un gesto tan patente de asombro, que me dan ganas de echarme a reír.

—¡Mon Dieu! ¡Pero es posible! ¡Cómo se conoce que es usted española! ¡Sólo una española es capaz de tal fidelidad!

Juraría que se burla de mí. Pero, no, no se burla. No hay ironía en sus palabras. No la hay, porque con las manos plegadas todavía añade dando un gran suspiro y poniendo los ojos en blanco:

—¡Dios mío, cuánto me gustaría que me amasen así!

Qué cosas tan extrañas ocurren en la vida. Quién me hubiera dicho cuando me separé de Clementina que aquella conversación comenzada de modo tan desabrido y tan violento iba a tener la eficacia maravillosa de despejar mi situación ambigua y modificar el concepto que tenían de mi carácter mayores y medianas. Gracias a la desbordada imaginación de Clementina, que ha tejido alrededor de mi embuste una historia encantadoramente romántica, he dejado de ser en cuarenta y ocho horas la criatura arisca, insociable y antipática que todo el mundo rehuía, para convertirme en una mujer interesante. Resulta que soy la alumna más interesante del colegio. Y todo porque tengo novio. Bien, precisamente porque tengo novio, no; otras también le tienen, o dicen que le tienen, y nadie se preocupa de ellas. Lo interesante en mí, lo extraordinario, según deduzco por las preguntas que me hacen—la novela de mi amorío ilusorio se ha propagado con la rapidez de un estampido, es el tema obligado de las conversaciones, no se habla de otra cosa—, lo extraordinario es que mi amor es un amor a la española, es decir, un amor ciego, impetuoso, avasallador, absoluto, con sus puntas y ribetes de trágico, un amor a lo Julieta de Capuletto o Isabel de Segura. ¡Qué gracioso! Yo, naturalmente, me guardo mucho de sacarlas de su equivocación, no sólo porque me da cierta importancia el destacar mi personalidad insignificante, sino, y esto es lo esencial, porque justifica ante sus ojos mi actitud hasta hoy retraída, incomprensible y misteriosa. Ya no hay misterio alguno. Si yo esquivo su trato, si no alterno con ellas, si me mantengo distanciada de sus intimidades no es

por salvaje, ni por orgullosa, ni por desafectiva, sino sencillamente —todas lo saben ya—porque le he jurado a mi novio una fidelidad absoluta y no quiero engañarle ni con el pensamiento. Esta manera de amar tan española—cualquiera pensaría al escucharlas que sólo las españolas somos capaces de amar de esta manera—ha causado, especialmente en las mayores, verdadera estupefacción. Lo adivino en sus gestos, en sus actitudes, en sus cuchicheos, en la manera particular que tienen de mirarme, en las insinuaciones más o menos veladas que me dirigen. Se me admira, no sé si como a una heroína o como a un bicho raro; pero se me admira. Y sobre todo se me comprende. Ya no soy una incógnita. Gracias a la feliz ocurrencia de esta historia fantástica mi situación se ha definido; han desaparecido mis recelos y se han deshecho mis preocupaciones. Ya no tengo nada que temer. Ya no me importa incluso que se me declaren. Casi me alegraría para darme el gustazo de la contestación: «Señorita, lo siento mucho, pero me es imposible complacerla a usted. Tengo novio.» Lo mismo que contestaría a cualquier papanatas del Palace o del Ritz. Convengamos en que es muy divertido.

Bromas aparte, estoy satisfechísima. Todas, medianas y mayores, roto el hielo de la hostilidad, simpatizan conmigo y me admiten en sus tertulias y en sus juegos. A medida que las trato y las voy conociendo íntimamente, me convenzo de que estaba en lo firme sor Laurencia cuando se reía de mis sobresaltos. Es verdad. Salvo alguna que otra lamentable excepción—¿dónde no habrá excepciones?—, estas chicas son unas infelices; muy sencillas, muy cariñosas y muy buenas. Su único defecto es tener demasiada

ternura en el corazón y demasiada literatura en la cabeza. Las pobrecitas están intoxicadas de amor y de literatura.

En grupos familiares de cuatro o cinco, cogidas del brazo o sentadas en los bancos de madera, pasamos dulcemente las horas de recreo contándonos quedito nuestras intimidades entre la algarabía ruidosa de los pájaros y el perfume de las lilas en flor. Porque estamos en plena primavera; finaliza abril; un mes de abril espléndido y benigno. Bajo la pompa de sus hojas nuevas, el jardín es una maravilla, tan frondoso, tan verde, con un olor tan exquisito a lilas, a violetas y a rosas, que es un encanto abrir por las mañanas las ventanas del dormitorio y sentir en el rostro, adormiladas todavía, la frescura embalsamada del amanecer. Madrugamos mucho. En cambio, como compensación, se nos concede después de almorzar dos horas para dormir la siesta, que unas aprovechan, efectivamente, en acostarse, y otras, como yo, en escribir. Al principio escribía por las tardes. Mientras mis compañeras se entretenían en el recreo, yo pedía permiso para encerrarme en el estudio, abría mi diario y, a solas con él, me sumergía en la tristeza de mis pensamientos, que, tristes y todo, tenían el adorable encanto de ser míos. En mes y medio llené un cuaderno de doscientas páginas. Ahora se me pasan días enteros sin coger la pluma, y cuando la cojo, muchas veces no sé qué escribir ni por dónde empezar. Me pierdo en divagaciones estúpidas, en tonterías a sabiendas de que son tonterías, en nimiedades que no me interesan, pretextos que a mí propia me

busco para distraerme y no pensar en lo que verdaderamente me preocupa. Si el ejemplo no estuviera tan manoseado, diría que soy como los avestruces, que esconden la cabeza bajo el ala cuando se ven delante de un peligro, o como las hijas de Lot, que caminan sin volver la cara para no mirar el pasado que dejan tras de sí. ¡Cuántas tardes he permanecido con el cuaderno abierto y la pluma en la mano sin escribir una sola palabra! ¡Cuántas he tenido desalentada que cerrarle y acudir en busca de cualquier compañera que me aturdiese con el charloteo insubstancial de sus chiquillerías! ¡Cuántas la pena se me ha roto en sollozos y he llenado de lágrimas las hojas!

Hoy estoy triste. Estoy muy triste. He recibido carta de mamá, una carta como todas, muy larga, que quiere ser efusiva y afectuosa, pero que desde el principio al fin no dice nada, nada absolutamente..., como todas también. Me habla del tiempo, de la abuela, de la vida de Madrid, de mis amigas, de todo lo que no me importa, y, en cambio, no me contesta a nada de lo que le pregunto. Sólo al final, en el último párrafo, incidentalmente y como de pasada, me dice que tiene muchas ganas de verme, pero que las cosas no se le arreglan para poder venir. No me concreta cuáles son estas cosas. A mí me parece que, sean cuales fueren, si yo estuviera en su lugar, nada me impediría tomar el tren y ponerme en camino. No creo que una escapada de cuarenta y ocho horas represente un sacrificio tan enorme que no lo compense la satisfacción de abrazar a una hija. Cuatro meses justos llevo en el colegio, y esta es la hora en que todavía ninguno de los dos ha tenido ese arranque. Al principio, cada vez que en la carretera sonaba

la bocina de un auto el corazón se me sobresaltaba y loca de ansiedad corría hacia la verja. ¿Será mamá? ¿Será papá? Tantos desencantos he sufrido, que ya no me queda ni la curiosidad de asomarme. Sé que no han de venir.

Está visto que no quieren venir. Les asusta encontrarse cara a cara conmigo, tienen miedo de la fiscalización de mis preguntas. No saben que estoy decidida a no preguntar nada porque, desgraciadamente, me lo imagino todo. Si en el primer momento de confusión y de barullo, aturdida por la sorpresa, pude obcecarme hasta el extremo de suponer que su disgusto y mi viaje eran dos sucesos aislados que coincidían casualmente, ahora, después de cuatro meses de soledad y de reflexión, no me puedo engañar; sé a qué atenerme. Papá y mamá se han separado. No me lo ha dicho nadie, pero yo lo sé. Y todavía sé más: sé que esta ruptura es total y definitiva. Si no tuviera otro dato, me bastaría el hecho de que mamá se ha quedado a vivir con la abuela y papá se ha marchado a París. Allí está desde que me dejó en el colegio. Desde allí me escribe todas las semanas. Para que un matrimonio como papá y mamá, tan razonables, tan sensatos, tan serios, tan esclavos de las conveniencias sociales y del respeto al mundo, den un escándalo como este, es preciso que haya surgido entre los dos uno de esos conflictos íntimos tan graves que no tienen reparación posible. No puede haber más que una causa, una sola. No soy tan niña que no se me alcance la seguridad de cuál es. Ahora bien; ¿quién de los dos la ha provocado? ¿Cuál de los dos ha delinquido? Quién es el culpable, ¿papá o mamá? Esta es la duda que me destroza y que por

más que estrujo el pensamiento no logro esclarecer.

El instinto me dice que es mamá. Tal como la sociedad se halla constituída, sólo la falta de la mujer lleva en el matrimonio a este final irremediable. Por bravía, por celosa, por orgullosa, por intransigente que sea, rara es la mujer que al sentirse engañada no perdone, o por lo menos no se resigne. Por muy a lo vivo que le llegue la ofensa, por mucho que le duela el agravio, sabe que todo es preferible al escándalo de una separación. Ninguna mujer que se respete un poco acude a esta violencia, como no sea que una concatenación de circunstancias rodeen el últraje y lleguen a agravarle de tal modo que la presenten a los ojos de todo el mundo como víctima indiscutible. Si esto hubiera ocurrido, estoy segura de que en la primer entrevista que tuvimos mamá no hubiera podido contenerse y me lo habría contado todo llena de indignación. Conozco bien el genio de mamá. No es de las que se avienen al papel de mártir. Para que ella se mostrara conmigo como se mostró aquella tarde, llorosa, humilde, doblegada, abatida, era preciso que la culpable fuera ella. Y, sin embargo, al mismo tiempo me parece imposible; no lo puedo creer. No es que me ciegue la pasión, no es que me ofusque el cariño de hija que se obceca en no reconocer las faltas de su madre, no; cuatro meses de reflexión me han dado la calma necesaria para discernir estas cosas con aboluta serenidad de juicio. Serenamente, fríamente, desapasionadamente, tengo la convicción de que no puede ser.

No puede ser. Yo conozco a mamá. A mamá podrá tachársela de vanidosa, de presuntuosa, incluso,

si se me apura un poco, de soberbía, pero nadie podrá decir que ha sido nunca una coqueta ni una loca. Mamá es muy guapa. Cuantos la han conocido de soltera aseguran unánimes que a los veinte años llamaba la atención. Hoy cuenta treinta y siete y está más hermosa que nunca. Pero la hermosura de mamá es... ¿cómo lo diría yo? demasiado severa, demasiado imponente. Mamá es una mujer que infunde muchísimo respeto. Deslumbra, pero no atrae; sobrecoge, pero no cautiva; en una palabra, mamá, a primera vista, de primera impresión, no es simpática. Si yo fuera hombre no me habría nunca enamorado de mamá. Quiero decir con todo esto, que el hecho de que una mujer sea muy hermosa no basta por sí solo para imaginársela constantemente asediada de adoradores y, por tanto, más expuesta a incurrir en debilidades que una que no lo sea. He observado siempre, y aquí en el colegio he concluído de comprobarlo, que las mujeres más solicitadas no suelen ser las más hermosas ni las más bonitas, sino aquellas, bonitas o no, esto es secundario, en cuya expresión se adivina una promesa de consentimiento. Cuanto más fácil y más inmediata se presuma la realización de esta promesa, más requerida se verá la mujer. Es natural. Aparte de que a nadie le agrada malgastar el tiempo en perseguir un imposible, el amor requiere un principio de simpatía, y la simpatía no se establece si no es mutua. Todo ese viejo juego de miradas, sonrisas, galanteos, asedios y declaraciones, de cuyo privilegio los hombres se vanaglorian tanto, haciéndose la ilusión, ¡infelices!, de que son ellos los conquistadores, no son más que exploraciones y tanteos para reconocer nuestro grado de debi-

lidad o de resistencia. Ningún hombre, como no sea tonto de la cabeza, se expone al riesgo de una declaración sin tener previamente la esperanza de ser bien acogido. Se me argüirá que es posible equivocarse, que son muchos los que se equivocan. Es verdad, son muchos más los tontos de lo que parece. Pero también hay muchas, muchísimas mujeres que alardeando de honradas y, siéndolo en el fondo, gustan de consentir en los primeros escarceos, sin perjuicio de dar el paso atrás en cuanto advierten que la diversión puede ser peligrosa. Las hay que les agrada bordear el peligro, jugar con él, aventurarse hasta el último extremo. Y las hay también tan altivas, tan orgullosas, tan enteras, tan inflexibles con las demás, y hasta con ellas mismas, que en ningún momento dejan entrever la menor esperanza. Mamá es de éstas.

Yo no diré que todo sea virtud. Sin incurrir, líbreme Dios, en el exabrupto materialista de que la virtud es cuestión de temperamento, no puedo, sin embargo, dejar de comprender que unas mujeres tienen mayor capacidad de resistencia que otras. Es indudable que una mujer sensible, tierna, sentimental y apasionada, siempre estará más en peligro de sucumbir a las solicitudes amorosas de un hombre que otra que sea altiva, indiferente, desdeñosa y fría. Yo no sé si mamá es mejor o peor que las demás mujeres; lo que digo y sostengo es que su temperamento, su indiosincrasia, su modo de pensar, su manera de ser, todo lo que constituye la característica fundamental de una persona es en ella hostil y refractario al amor y a la galantería. De mamá puede esperarse todo, todo menos la tentación de una aventura.

Pero es que aunque existiera, aun suponiendo que

mi madre, por una de esas absurdas contradicciones que tenemos a veces las mujeres, hubiera cometido el desatino incomprensible de interesarse por un hombre, no sé cómo ni cuándo, ni de qué manera ha podido ocurrir. Es que no lo sé, no se me alcanza. Mamá es una mujer que no va nunca sola. Hasta el año pasado no se había separado un instante de mí. Si se quedaba en casa, yo me estaba con ella; si salía, íbamos las dos juntas. Nadie mejor que yo sabe el esfuerzo que me costaba hacerla andar, la resistencia tan enorme que tenía que vencer para que me llevase a un cine, a un te de moda, a cualquier sitio de concurrencia masculina. Nunca sorprendí en ella un movimiento sospechoso, un gesto, un ademán, una mirada inconveniente; al contrario, si de algo adolecía era de demasiado seria, de un excesivo empaque de gravedad y de altivez. Todos los disgustos que teníamos reconocían por fundamento su exagerada susceptibilidad, la suposición, casi siempre infundada, de que a mí me gustaba insinuarme: «¡Si no coquetearas... Si no mirases... Si no volvieras la cabeza... Si tú no dieras pie!» Creo que ya he contado, y si no lo he dicho lo refiero ahora, que la razón decisiva que la determinó, cediendo a los consejos de papá, a buscarme una señora de compañía, fué precisamente el enojo que le causaba que cualquier hombre nos siguiera. Se ponía nerviosísima. Y si yo, echándolo a broma, me burlaba de sus escrúpulos, concluía por replicarme que no lo hacía por mí, sino por ella. «El que nos vea—me decía—no sabe si ese hombre viene por ti o por mí.»

Pero, ¿y después?—se dirá—; pero, ¿y después? Después lo mismo. Mamá apenas ha cambiado de

vida. Se le pasan días enteros sin salir de casa, y cuando sale lo hace en coche o en auto. Se sabe siempre adónde va y de dónde viene. No hay una hora en ella cuyo empleo no esté justificado. ¿Es posible que una mujer así pueda sostener una aventura? Prescindiendo de todas las demás consideraciones, a una mujer que hace esta vida, que lleva esta vida, ¿puede acusársela de infidelidad? Yo me digo que no.

Pero si no es mamá, entonces es papá. ¿Habrá sido el culpable papá? Papá es un hombre muy mundano, ¡ay!, excesivamente mundano. Guapo, elegante, muy buen tipo, todavía presume de buen mozo. Acaba de cumplir cuarenta y cuatro años, y si no fuera porque le platean los aladares y tiene los ojos un poquito marchitos, nadie diría que pasa de los treinta. Si se tiñese el pelo y se diese en los párpados masaje, la ilusión sería completa. Cuántos muchachos conozco yo de veinticinco que ya quisieran tener en el rostro la frescura, la expresión de juventud que tiene papá. Además, papá es muy simpático. Todo lo que hay en mamá de empaquetado y de soberbio, es en él atrayente, cautivador y sugestivo. Su conversación tiene una amenidad encantadora. Ha leído mucho, ha estudiado mucho, ha viajado muchísimo, y todo esto le ha dado un conocimiento del mundo y de las gentes que aprovecha muy bien para ganarse voluntades. Papá es lo que llamamos las mujeres un hombre peligroso. Yo no diré que sea un calavera, pero tampoco me parece que le calumnio si creo que su vida no es ciertamente la que corresponde a un marido modelo y a un honorable padre de familia. En

estas cosas soy muy justa y me agrada juzgar a cada uno como se merece. Mamá es altiva, seca, presuntuosa, antipática, pero es formal y seria; papá es encantador, simpatiquísimo, pero no creo que perdiese nada con que fuese un poquito más austero. Realmente no está bien lo que hace. A mamá y a mí nos tiene abandonadas. Raro es el día que sale con nosotras. Por las noches llega a las tantas a dormir, se levanta a las doce, almuerza y ya no le vemos hasta la hora de cenar, si es que viene a cenar. Alguna que otra vez nos lleva al teatro; lo frecuente es que se limite a ir a recogernos, traernos a casa y volverse a marchar; él dice que al Casino... ¡vaya usted a saber! Esta vida no es verdaderamente la más a propósito para inspirar confianza. Si yo fuera mamá no la tendría. Así como aseguro que mamá es incapaz de cometer una locura, por papá no pondría la mano en el fuego. No sólo no encuentro inverosimil que engañe a mamá, sino que creo que lo absurdo es que no la engañe.

Aceptemos, pues, como parece lógico, que el culpable es papá. Ahora bien: ¿qué engaño ha sido éste, con quién ha sido, qué trascendencia excepcional ha podido tener en la vida íntima y familiar del matrimonio para que mamá, tan desdeñosa siempre en estas cosas, tan indiferente, tan fría, haya llegado a exasperarse hasta el punto de provocar una separación? Mamá no es celosa. Por lo menos hasta ahora yo no había notado que lo fuese. Ella sabía mejor que nadie la vida que llevaba papá, y, sin embargo, nunca se le ocurrió reconvenirle con la más ligera recriminación. ¿Era exceso de orgullo? ¿Era que no quería darse por enterada? ¿Era que su soberbia, el

concepto extremado que tenía de su propio valer, le impedían doblegarse a la humillación de verse preterida? ¿Era que verdaderamente despreciaba estas cosas? No lo sé. Yo lo único que puedo decir es que jamás presencié entre ellos desavenencia alguna. Fuera de las cuestioues de dinero, papá y mamá se llevaban muy bien. Nunca hubo entre los dos rozamientos ni disgustos. ¿Qué ha sucedido ahora? ¿Qué resonancia social ha logrado el escándalo para que mamá haya salido de su actitud pasiva? ¿Qué ultraje ha sido éste que mamá no ha podido tolerarlo? No sé, no me lo explico. Papá es un hombre de mundo, muy correcto. Él podrá engañar a mamá, indudablemente la engaña, pero estoy segura de que la engaña bien, quiero decir que guardando las apariencias y cubriendo las formas; él es incapaz de ponerla en ridículo ni de afrentarla con una humillación. Entonces, ¿qué ha ocurrido? ¿Por qué se ha exaltado mamá? ¿Por qué mamá, que ordinariamente no es celosa, ha llegado en esta ocasión a un arrebato de celos tan violento y tan brusco? Y sobre todo, ¿cómo ha sido posible que todo esto sucediera sin que yo me enterase? ¿Cómo no me lo ha dicho mamá? ¿Para qué mantener esta reserva? ¿Por qué no confiarme su disgusto? ¿Quién mejor que yo la hubiera aconsejado?

Las faltas de los hombres no son irreparables. Yo me digo que si un día me caso y tengo la desgracia de que me engañe mi marido, por mucho que el agravio me duela no procederé como mamá, no llevaré las cosas a este punto. Si no le quiero, me tendrán sin cuidado; si le quiero, si verdaderamente le quiero, no seré tan loca que por un arrebato me exponga a perder la felicidad de toda mi vida. Yo creo que una mu-

jer que perdona, que tiene el tacto de perdonar a tiempo, se coloca en una superioridad moral tan alta que si el marido es bueno, no tiene más remedio que sentirse humillado. Y papá lo es. Papá podrá tener el genio un poco alegre; pero en el fondo es bueno y quiere muchísimo a mamá. ¿Cómo mamá, tan precavida, tan reflexiva, tan calculadora no lo ha comprendido? Si hasta por egoísmo debió de perdonar. Mamá es muy gastosa; necesita para vivir muchísimo dinero; no le tiene; la fortuna es toda de papá. ¿Que hará sin él? ¿En que situación se verá ahora? ¿No ha de ser para ella más depresivo, más violento, mucho más humillante verse en estas circunstancias obligada a pedirlo, a depender de él? Cuantas más vueltas le doy menos lo entiendo.

No, no, seguramente tampoco ésta es la causa. Papá y mamá no han reñido por esto. Mamá no da la campanada de un escándalo, mamá no se juega su porvenir, mamá no renuncia a su vida de ostentación, de vanidad y de derroche por un vulgar arrebato de celos. Es necesario un motivo más grave. Pero más grave, ¿cuál? ¿Qué puede ser? ¿Qué puede haber en la intimidad de un matrimonio más grave que una infidelidad? ¿Desavenencias afectivas, incompatibilidad de caracteres? Tampoco. Ya he dicho que fuera de los asuntos de dinero papá y mamá se llevan muy bien. ¿Habrá sido por cuestión de intereses? ¿Habrá hecho mamá el disparate de meterse en un gasto tan enorme que papá no haya tenido más remedio que pararle los pies? Esta fué la primera sospecha que tuve cuando Joaquina me refirió el disgusto. En esta

idea salí de Madrid, y en ella he persistido los primeros meses de mi estancia aquí. Luego, a fuerza de reflexionar, la he desechado por ilógica y por absurda. Ninguna mujer sensata se separa de su marido porque su marido la reprenda por la compra de un traje o no la quiera regalar una joya. Además, yo lo hubiera sabido. ¿Qué inconveniente había en que yo me enterara? Papá habría sido el primero en contármelo para justificarse ante mis ojos; ella también, aunque sólo fuera para que no sospechase otra cosa peor. Cada cual me lo habría dicho a su manera desvirtuando en su favor los hechos para buscarse atenuantes; pero me lo habrían dicho, como me lo dijeron otras veces. ¿Es que mamá en otras ocasiones parecidas no se desahogó siempre conmigo? ¿No me lo contó todo? ¿No se me lamentaba amargamente de esto que ella llamaba tacañerías de papá? Por muy grave que el disgusto fuera los dos iban cediendo poco a poco, y al fin se llegaba a una fórmula de concordia. Ahora no. Esto no tiene arreglo. Papá y mamá se han separado definitivamente. Si no, ¿por qué papá se ha marchado a París? ¿Por qué mamá se ha quedado a vivir con la abuela? ¿Por qué me han traído a mí al colegio? ¿No es esto la ruptura decisiva, no quiere esto decir que se ha deshecho para siempre el hogar? El día que salí de Madrid mamá debía saberlo como lo sé yo ahora. ¿Por qué entonces me dejó salir? ¿Por qué consintió que me fuera si yo era la única que podía evitar que la separación se consumase? Diríase que tanto uno como otro lo que querían era precisamente que no lo evitara.

Por eso me sacaron de Madrid. Por eso me han traído al colegio. Por eso no me vienen a ver. No quieren que me entere de lo que ha ocurrido; no quie-

ren que lo sepa. Y, sin embargo, lo tengo que saber. Tarde o temprano me llegaré a enterar. No voy a estar toda la vida en el colegio. Algún día saldré, y el día que salga, por muchas precauciones que tomen, la murmuración de las gentes me descubrirá la verdad. ¡La verdad! ¡La verdad! ¿Cuál será la verdad?

Pasan los meses. Lenta y cansada va desfilando la monótona procesión de los días. Hace mucho calor. Nos asfixiamos en las clases, y por las noches tenemos que dormir con las ventanas de par en par abiertas. Las pequeñas corren medio desnudas, sin más ropa que el delantal y la camisa, en sandalias y sin calcetines, y las mayores andan tiradas en los bancos o tumbadas sobre la yerba, desabotonadas las blusas, abiertos los escotes, desvaídas y desmadejadas. Parece que con el calor hasta las pasiones se han calmado y los deseos se han desvanecido. No se habla más que del final del curso, de los exámenes, de las vacaciones... De hoy en una semana, la mañana del primero de agosto, se celebrará la fiesta solemne del reparto de premios, y por la tarde comenzará la desbandada. Dentro de ocho días no quedará aquí nadie. Todas estarán con sus familias en sus casas, en el campo, en las playas de moda. Y yo, ¿adónde iré? ¿Quién me vendrá a buscar? He escrito a papá y a mamá, y ninguno de los dos me ha contestado todavía. ¿Me dejarán en el colegio? ¿Vendrán por mí? ¿Quién vendrá de los dos? ¿Será papá? ¿Será mamá?

Aquí acaba el segundo cuaderno. Quedan en él cuarenta y tantas páginas en blanco.

CUADERNO TERCERO

El itinerario no podía ser más sugestivo. Desde el colegio, en automóvil, a Avignon, de Avignon a Marsella, desde Marsella a Niza, y, como es natural, a Montecarlo, de Niza a Génova, de Génova a Roma, de Roma a Florencia, de Florencia a Venecia, de Venecia a Milán, de Milán a Turín, y de Turín, regreso a Francia, para estar en San Sebastián a últimos de septiembre o primeros de octubre; es decir, dos meses completos de turismo en Italia.

—¿Y después?

—¡Ah!—me contestó papá—, eso ya no lo sé. En San Sebastián lo decidiremos.

Yo hubiera preferido antes de nada ir a Madrid, para ver a mamá y pasar unos días a su lado; pero no fué posible.

—No hay manera—me dijo papá—. Tenemos el tiempo justo, tan limitado, que cualquier entorpecimiento que variase la ruta nos estropearía el viaje. Necesito estar forzosamente en París el primero de octubre, y en dos meses apenas queda tiempo para nada. Si prefieres pasar el verano con tu madre, allá tú, pero entonces no vienes conmigo; te llevo a San Sebastián, te meto en el sleeping, te marchas solita a

Madrid y te quedas sin conocer Italia. Con que tú verás. Decide lo que quieras.

—Bueno, una pregunta: ¿cuando volvamos de Italia, adónde iremos?

—A París.

—¿Y después de París?

—Ya te he dicho que a San Sebástián.

—¿Y después de San Sebastián?

—No lo sé.

—Supongo que no me volverás a llevar al colegio.

—Te repito que no lo sé. Dependerá de las circunstancias.

—Es que yo no quiero volver al colegio: yo quiero ir a Madrid.

—Ya veremos.

—¿Es que tú este invierno no vas a Madrid?

—Mira, nenita, suprime las preguntas impertinentes. Ni yo tengo idea de lo que haré este invierno, ni es ocasión de discutirlo ahora. Ahora de lo único que se trata es de saber si quieres o no quieres venir conmigo. De manera que resuélvelo, y resuélvelo pronto, porque el tiempo apremia y hay que decidirlo antes de que lleguemos a Avignon.

¡Qué iba a hacer! La actitud de papá estaba clara, perfectamente definida. No había término medio: o mamá o él. Me decidí por él. En primer lugar era lo justo. Verdaderamente él había sido el que vino por mí. Mientras mamá se limitaba a contestarme una carta llena de excusas y evasivas, él me avisó telefónicamente que lo tuviera todo preparado, y, en efecto, la misma mañana del primero de agosto, antes de que comenzase el reparto de premios, estaba en la puerta con el automóvil. Su comportamiento conmi-

go era, por tanto, mejor que el de mamá, muy de agradecer, y más de agradecer todavía la buena voluntad que demostraba para resarcirme en cierto modo de las amarguras del encierro con los atractivos de una excursión tan deliciosa organizada exclusivamente en honor mío. Porque a mí no me podía caber la menor duda de cuáles eran el objeto y la finalidad del tal viaje. Papá conoce Italia; ha estado en ella muchas veces; tenía prometido llevarme en la primera ocasión que se ofreciese, y ahora la aprovechaba para cumplir su ofrecimiento. No hacía el viaje por él, sino por mí, por darme gusto, por tenerme contenta, por demostrarme su cariño, y al propio tiempo, claro está, que para prolongar mi ausencia de Madrid, evitar la entrevista con mamá y seguir manteniéndome en la ignorancia de las causas que originaron la ruptura. Esto era evidente. Pero también lo era que lo mismo habría logrado dejándome aburrida en el colegio los dos meses de vacaciones, como por lo visto se proponía hacer mamá. Esto fué principalmente lo que me decidió. Por otra parte, mamá me decía en su carta que estaba con la abuela en la finca de Torrelodones, y que no pensaba en todo el verano moverse de allí. Y la verdad, entre Italia y Torrelodones la elección no era dudosa. Me marché con papá.

Me marché y heme aquí ya de vuelta. Qué pronto han transcurrido los dos meses. Con qué velocidad tan inaudita han volado las horas. Cuántas cosas he visto. Qué confusa y qué aturdida estoy. En vano intento concentrar la atención y ordenar los recuerdos que atropelladamente se me escapan como un enjambre de mariposas cada vez que intento sujetarlos. Ha sido todo tan rápido, tan precipitado, tan súbito... Te-

nía razón papá cuando me dijo que en dos meses no había tiempo para nada.

Recuerdo que al salir de Marsella me llevé dos cuadernos, uno chiquitito como un carnet, que cabía dentro del bolso, destinado a anotar las impresiones de momento, y otro grande para después, con toda calma, en la soledad de mi cuarto, ampliarlas y desarrollarlas, como hago en el colegio con los temas de composición. Tarea sencillísima. Precisamente, de todos los estudios del colegio es en composición donde más sobresalgo. Estabaségurísima de salir airosa. Qué cosas tan bonitas—pensaba deleitándome de antemano—, qué cosas tan bonitas voy a escribir. Ahora, ahora es cuando verdaderamente mi diario va a tener interés. ¡Sí, sí..., interés! Bueno está el interés. Todas mis notas no me han servido para nada. El carnet es un jeroglífico indescifrable. El cuaderno grande se ha quedado virgen. No he escrito en él ni siquiera una línea. Qué iba a escribir, pobrecita de mí, si en cuanto entraba en el cuarto del hotel caía en la cama rendida, destrozada, deshecha... Pero es que, además, aunque hubiera querido, aun suponiendo que por un esfuerzo sobrehumano de la voluntad hubiera tratado de sobreponerme, me hubiera sido imposible. No era sólo el ansia natural de reposo, el cansancio físico del cuerpo maltrecho y quebrantado por el ajetreo de la jornada, la laxitud de los nervios distendidos después de la violenta excitación tremante causada por el exceso de atención lo que me impedían ponerme a trabajar, era el revoltijo, el barullo, el aturdimiento de las ideas, imposibles de poner en claro. Yo he viajado bastante. Conozco toda España, desde Valencia a Extremadura y desde el Norte a

Andalucía; he recorrido el Mediodía de Francia; he estado en París, en Trouville, en Douville, en Bruselas, ¡qué sé yo en cuántas partes!, y en ninguna me había sucedido lo que ahora. Pero es que Italia aplana, abruma, aturde, desconcierta. Hay en toda ella una cantidad tan enorme de Poesía, de Belleza, de Arte, de recuerdos históricos, de aromas de leyenda, de sensaciones emotivas, que el temperamento más prosaico y más frío tiene a la fuerza que excitarse y que sobreexcitarse. Estas viejas ciudades de Italia son maravillosas. La iglesia más sencilla, el museo más insignificante posee una colección tan valiosa de tesoros artísticos que, distribuídos por el mundo, cada uno daría fama imperecedera a la nueva ciudad que alcanzara la fortuna de poseerlo. Creo que sería un gran bien para la Humanidad que estos tesoros se repartieran equitativamente. Acumulados se perjudican los unos a los otros, se menoscaban, se deslucen. Llega un instante en que la atención se fatiga y todo parece lo mismo. Yo he visto lienzos de Rafael, frescos de Giotto y esculturas de Benvenutto que me han causado menos impresión que el Arco de la Estrella. Y no es que carezca de sensibilidad; es que la sensibilidad, como todo, con el abuso se desgasta y se embota.

Además, para aquilatar en su justo valor las riquezas artísticas de Italia hace falta una preparación cultural de que yo carezco. Yo he leído bastante, tengo los conocimientos generales precisos para darme cuenta de estas cosas, mucha afición y hasta un poquito de intuición estética; pero reconozco que no es suficiente. Yo, por ejemplo, soy incapaz de estarme absorta dos horas seguidas en la contemplación de

un capitel, como se está papá. A mí los capiteles no me interesan nada. Sé distinguir, ¿cómo no?, unas volutas jónicas de unas hojas corintias, pero dentro del mismo orden arquitectónico, en la simetría de la misma edificación todos me parecen idénticos. No sé diferenciarlos. Aprecio más el conjunto que el detalle, que es todo lo contrario de lo que le sucede a papá. Papá, por ejemplo, sabe perfectamente que de los treinta y seis capiteles que ornamentan la fachada inferior del Palacio Ducal de Venecia, el diez y ocho es el más interesante, qué digo interesante, el más bello del mundo. A mí lo mismo me da el diez y ocho que el treinta y dos. Otro ejemplo más claro todavía: papá tiene horror invencible a las restauraciones. Fiel a este criterio, pasa a veces indiferente ante un cuadro de Tintoreto o de Tiziano, que a mí me parecen portentosos y, en cambio, se extasía ante una vieja pared desconchada en la cual, a fuerza de paciencia, se logra vislumbrar las manchas borrosas de una pintura primitiva. Para papá el Arte termina en el siglo XIV. A partir de este siglo, no hay más que efectismo, habilidad, maestría, academia. En cambio, para mí, el Arte empieza precisamente en el Renacimiento, en la asombrosa genialidad de Miguel Ángel, y, sobre todo, en la soberana ostentación de los maestros venecianos. Para papá, Cimabué, Giotto, Sandro Boticelli; para mí, Tintoreto, Tiziano, el Veronés y ese prodigio de Leonardo de Vinci.

Quiero decir con todo esto que a mí las cosas tienen que entrarme por los ojos. Yo juzgo una obra artística por la impresión que me produce en el momento y con independencia de todo lo demás. Todo lo demás, estilo, intención, originalidad, idealismo,

realismo, técnica, factura, me tiene sin cuidado. No diferencio un original de una copia. Me da lo mismo un cuadro restaurado que otro sin restaurar; es más, si la restauración está bien hecha, prefiero el restaurado porque me sugiere una idea más acabada, lo veo más claramente, me da más emoción. Aparte de que en arte, como en todo, me permito tener ideas personales; no me dejo arrastrar por prejuicios ni por sugestiones ajenas; no me intimida la consagración universal. Siempre he oído decir a todo el mundo que el *Lacoonte* es una maravilla. Pues a mí no me gusta el *Lacoonte*. Como no me gusta el *Moisés*. Es que el *Moisés*, se me contesta cuando aventuro este exabrupto, está emplazado mal; el *Moisés* se esculpió para ser colocado muy alto y, puesto al mismo nivel de la persona que lo mira, la enormidad de proporciones desconcierta. Será eso, será lo que sea, pero a mí el *Moisés* no me gusta. Dentro del propio Miguel Ángel hay otras muchas cosas que me entusiasman más, por ejemplo, *La Noche,* de la capilla de los Médicis.

Y aun, si se me apura, puesta a elegir entre el *Moisés* y *La Noche,* me quedo con... el *Mercurio,* de Juan de Bolonia. ¿Que esto son herejías artísticas? Ya lo sé. Por lo mismo que lo sé me alegro en el alma de que el cuaderno grande se quedara virgen y el carnet resulte indescifrable. De este modo, por lo menos me restaré en algo la posibilidad de decir tonterías.

De todo lo que vi, indiscutiblemente lo que más me gustó fué la Costa Azul, el viaje de Marsella a Niza, mejor dicho, desde Cannes a Niza, porque hasta Cannes fuí durmiendo. Serían las cinco o cinco y

media cuando desperté; descorrí la cortina de la portezuela, y qué emoción me causaría el paisaje que me lancé al pasillo sin lavarme la cara. Jamás he presenciado un amanecer más hermoso. Corría el tren entre jardines espléndidos de flores y palacetes ornados de palmeras, bordeando las olas, tan próximo a la orilla que no parecía sino que las espumas se deshiciesen debajo de las ruedas. Todo ante mis ojos era azul, intensamente azul, el cielo, el mar, la neblina que se iba disolviendo en el aire, los peldaños de las escalinatas de mármol que descendían hasta el agua, los abanicos desplegados de las palmeras que el viento mecía con un murmullo suave y rumoroso. Nunca el Mediterráneo se me había ofrecido con una entonación más luminosa, ni en Cataluña, ni en Valencia, ni siquiera en ese paseo encantador de Málaga al Palo, que es de cuanto he visto lo que más se asemeja. No hay nada en el mundo como la Costa Azul. ¡La Costa Azul! ¡Qué bien puesto está el nombre! Porque es azul, azul. Yo no sé en qué consiste, no me acierto a explicar qué refracción extraña y misteriosa tiene la luz sobre la superficie tersa de estas aguas para que el cielo, el mar, los mármoles, las flores, las ciudades erizadas de cúpulas, los bosques de pinos que ornamentan las cumbres, los picos gigantescos que se esfuman en la lejanía, todo parezca azul como un cuento de hadas. En el primer instante creí que el efecto sería circunstancial, debido únicamente a un fantástico juego de tramoya combinado por el sol y las nubes en el regocijo del amanecer; pero no, porque a las pocas horas, ya en Niza, volví a verlo desde la balaustrada del balcón del hotel, en toda la plenitud del mediodía y más tarde, al morir el crepúscu-

lo, acodada en la barandilla del paseo de los Ingleses y antes de acostarme bajo la diafanidad del firmamento tachonado de estrellas. Y al día siguiente desde la ventanilla del tranvía que nos condujo a Mónaco y al otro desde los jardines de Montecarlo y al otro desde el asiento del automóvil de alquiler que volaba vertiginoso por la carretera de la Cornisa, camino de Menton. Lo contemplé en Antibes y en el Cap-Ferrat y en Villefranche y en Beaulieu, en toda la cadena que eslabonan las estribaciones de los Alpes marítimos desde el Esterel hasta el golfo de Génova. Yo no he visto en mi vida nada más hermoso. Y no es que me deslumbre el prestigio elegante de estas ciudades nuevas improvisadas al calor de la moda y del vicio; bien sabe Dios que no. Precisamente lo que me maravilla de la Costa Azul, lo que a mi juicio le da supremacía indiscutible sobre todo el resto del litoral mediterráneo, no es el esfuerzo artificial del hombre, sino el prodigio de la Naturaleza, acaso profanada. Cualquier chalet olvidado en el declive de una escarpadura sobre el arenal de una lengua de tierra es para mí más envidiable que todo el artificio ciudadano de Montecarlo y Niza. Lo que menos me entusiasma de la Costa Azul es Montecarlo y Niza.

Claro es que nosotros arribamos a Niza en la peor época del año: en agosto. Ya me lo advirtió la camarera, una napolitana que parecía una andaluza cuando a los diez minutos de llegar al hotel nos hicimos amigas: —«¡A quién se le ocurre venir aquí en verano! ¡Pero si ahora no hay nadie, señorita! ¡Si no hay nada que ver! Está esto aburridísimo.»—Tanto como aburrido no diré; en seis días verdaderamente no hay tiempo de aburrirse y menos con las excursiones de-

liciosas con que todas las tardes papá me regalaba, pero un poquito defraudada sí es verdad que quedé. Me había imaginado a Montecarlo y Niza de otro modo, no lo sabría explicar, pero de otra manera, más estruendosas, más ruidosas, más refinadas, más exquisitamente perversas y, sobre todo, más artísticas, emporios del vicio, pero también de la belleza y del buen gusto, como debieron ser en otros tiempos Alejandría y Atenas, Babilonia y Nínive. Yo me imaginaba a Montecarlo y Niza verdaderos hormigueros humanos, todas las calles rebosantes de gente, las terrazas de los cafés atestadas de público, cortejos interminables de mujeres lindísimas ataviadas con deslumbrantes vestiduras, escaparates refulgentes de joyas, palacios majestuosos, maravillas de arte, trenes soberbios, un ajetreo mareante y exótico de población cosmopolita. Y... nada. Yo no vi nada de esto. Niza me dió la impresión tranquila y apacible de cualquier capital provinciana del Mediodía francés, pulcra, aseada, limpia, con sus calles en bulevar, sus plazas espaciosas, sus tranvías modestos y su vecindario pacífico y burgués. Ni una sola mujer elegante, ni un carruaje lujoso, ni un automóvil que llamara la atención, ni un solo escaparate que me deslumbrara. Indudablemente tenía razón la camarera. ¿A quién se le ocurre venir aquí en agosto? Lo cierto es que con los grandes hoteles cerrados, cerradas las joyerías y las tiendas de modas, cerrado el Casino, vacío el puerto y las calles sin gente, Niza tiene poco que ver. Y lo que digo de Niza digo de Montecarlo. Fuera de los jardines, realmente magníficos, espléndidos, lo demás no me interesó nada, ni siquiera el Casino, pesado, recargado, amazacotado y de mal gusto con su deco-

ración presuntuosa de molduras, pinturas, espejos, arañas, colorines y chafarrinones. Papá me dice que es una lástima que no haya podido ver, por hallarse cerrado en este tiempo, el Gran Casino Municipal de Niza, porque ese sí que es maravilloso. Yo no lo sé; pero habituada al alegre bullicio del de San Sebastián, a la franca jovialidad de un medio en el que todos se conocen, el de Montecarlo me pareció muy triste, demasiado solemne para su cometido. Ni una voz, ni un comentario, ni una risa. Todo el mundo muy grave, circundando las mesas con el gesto tedioso y fatigado del que cumple una obligación a la fuerza y aventurando con timidez paradisíaca fichas... de cinco francos. Bendita sea la alegría de los caballitos de San Sebastián. ¿Y las mujeres? ¡Dios mío qué mujeres! Qué colección de vejestorios tan ridículos y tan estrafalarios. Maquilladas, pintarrajeadas, repugnantes, grotescas. Yo no he visto en mi vida criaturas más lamentablemente desdichadas que las pobres cocotas estivales de Montecarlo y Niza.

La camarera, a quien comunico mis observaciones, me da la razón; pero insistiendo en que la culpa del desencanto es mía.

—La señorita ha venido en la peor época del año. En este tiempo no se debe venir. Si la señorita hubiera llegado en el mes de febrero, entonces y sólo entonces habría podido darse cuenta exacta de lo que es esta ciudad maravillosa como estación de invierno. Entonces habría visto si había lujo y animación. ¡Cómo estaba esto de gente! Sin contar las «maissons meubles» y las pensiones de familia, que son innumerables, hay en Niza unos doscientos cincuenta hoteles de primera, capaces de albergar, el que menos,

de doscientos a trescientos huéspedes. Todos estaban llenos, atestados. En el nuestro fué preciso habilitar los cuartos de servicio y a veces los de baño para improvisar camas y convertir en comedores los gabinetes de lectura. Y piense usted que los precios estaban recargados. Una habitación con dos camas, baño y pensión completa, no se encontraba por menos de doscientos francos. Y esto en el cuarto piso. Y todo estaba lleno, señorita; todo atestado. Los pobres viajeros iban de hotel en hotel, con las maletas en el pescante del coche, implorando por Dios que les dieran albergue aunque no fuera más que por una noche en la rotonda de un pasillo. ¡Y aun hay quien dice que con esto de la guerra se acabó el dinero! No lo crea, señorita. Yo le aseguro que en el invierno pasado se vió en Niza más dinero que nunca.

Y como yo no pudiera reprimir un gesto de sorpresa, insistió:

—Sí, señora, más dinero que nunca. Nunca se vió en Niza un número tan considerable de turistas como el que el pasado invierno nos visitó. Podría desmerecer la calidad, pero la cantidad los superaba. No han venido aquellos príncipes multimillonarios que llegaban al puerto en sus yates suntuosos; los grandes duques rusos, los archiduques austriacos que tomaban el piso entero de un hotel; los potentados ingleses que iban regando el camino de libras esterlinas; han faltado muchos, casi todos, pero cada uno que ha faltado ha sido sustituído por doscientos de los que han surgido al calor de la guerra. Los ricos de hoy son mucho menos ricos; pero hay más ricos que nunca.

En Génova estuvimos dos días nada más. Quizá por eso sólo conservo de ella una impresión borrosa y lamentable. Tenía aún demasiado reciente el recuerdo de Niza, tan aseada, tan pulcra, para que no me causara un efecto desastroso aquellos callejones angostos, pinos, unos en declive de rampa, otros empinándose en escaleras, todos mal olientes y sucios, cruzados de balcón a balcón por tenderetes de harapos amarillos, verdes, colorados, azules, que se destacaban rabiosos bajo la sombra proyectada de los aleros casi juntos. El contraste fué aún más violento porque la entrada me gustó. Deslumbradas todavía las pupilas por la diafanidad mediterránea, apenas bordeado el bosque de mástiles del puerto, que queda a la derecha y a la izquierda las colinas de los Apeninos esmaltadas de villas y fincas de recreo, surgió ante mis ojos, bajo la luminosidad de un cielo azul, azul de Córdoba, de Sevilla o de Málaga, el prodigio de una ciudad empinada en anfiteatro con altas casas de siete pisos, pintadas de colores alegres, entremezcladas de jardines, refulgentes de mármoles. Y después, nada; absolutamente nada. Una ciudad vieja, sucia, con calles estrechas, que hacen más estrechas aún y más sombrías la suntuosidad de los palacios, demasiado altos, demasiado ostentosos, excesivamente sobrecargados de mármoles, de estatuas, de cariátides y de frescos, deshabitados unos, convertidos otros en dependencias oficiales. Lo que me gustó más de Génova—no quiero incurrir en la vulgaridad de hablar del cementerio—fué un paseo magnífico al final del cual había una gran plaza limitada por una balaustrada de piedra, un balcón tendido sobre

el abismo de las olas. Hoy por hoy, esa plaza no es nada todavía. Dentro de diez años será, tal vez, el orgullo de Génova.

¿Y de Roma? ¿Qué diré yo de Roma? ¿Qué contaré de esta ciudad sublime y única, que siendo verdaderamente personal y sincero no me resulte aun a mí misma una botaratada intolerable? Qué arrepentida estoy de haber perdido el tiempo, qué pesarosa de mi holgazanería. No volverá a ocurrirme. El día que realice otro viaje, por mucho que el cansancio me rinda, aunque me caiga a pedazos de fatiga y de sueño, me prometo que no me acostaré sin escribir. Impresión que se pierde no se recobra más. Ahora que el mal no tiene ya remedio es cuando me doy cuenta. Qué pena la inutilidad de mis notas. En vano hojeo el carnet con el ansia febril de encontrar una que me evoque una idea; en vano cierro los ojos y me oprimo las sienes con las manos, y procuro concentrarme en mí misma, y estrujo la memoria en busca de un recuerdo que me oriente en el laberinto de mis confusiones. Nada... ¡Imposible! No me acuerdo de nada. Y, sin embargo, yo lo he visto todo. En los doce días que estuvimos en Roma no quedó monumento, ni museo, ni iglesia, ni ruina, ni fuente que dejase de ver; todo lo vi como lo pueda ver el turista más metódicamente dirigido, con el Baedeker en la mano y las explicaciones de papá, que valen por todos los Baedekers del mundo. Y, a pesar de eso, no recuerdo nada; me considero incapaz de escribir cuatro líneas con sentido común. ¿Ni siquiera una impresión general de conjunto? Ni aun eso. —«¿Qué te pareció Roma?»—me preguntan curiosas las amigas—. «¡Te gustaría muchísimo!»—Yo me muerdo los labios, titubeo y al fin, con el rubor

que cuesta siempre decir una mentira, respondo débilmente: —«Sí; muy bien.» —«¡Cómo!—contestan casi todas admiradas—. Parece que lo dices con muy poco entusiasmo. ¿No te ha gustado el Vaticano, la plaza de San Pedro, la Basílica...?» —«Oh, sí—digo yo muy confusa—. ¡Ya lo creo...! El Vaticano, la plaza, la Basílica... ¡Magnífico!, ¡soberbio...!, ¡colosal!» Y haciendo acopio de todas mis ideas procuro describirles del modo más perfecto que mi memoria me consiente el aspecto grandioso de la enorme elipse rota en el centro de las hileras de columnas coronadas de estatuas, el obelisco, las dos fuentes altísimas, la escalinata inmensa con sus esculturas gigantes de San Pedro y San Pablo, el prodigio arquitectónico de la cúpula maravillosa, el asombroso alarde de las equilibradas proporciones. Pero me guardo mucho de añadirles que toda esta soberana grandiosidad carece de belleza y de encanto; aplasta, pero no emociona; sobrecoge, pero no conmueve. No les digo, ¿cómo voy a atreverme a decirles que la primera catedral del mundo me ha dejado fría, que no he sentido en ella la religiosidad que yo esperaba, esa calma apacible, esa vaguedad solemne de reposo y silencio, ese dulce recogimiento del espíritu que la fe cristiana encuentra bajo las naves de una catedral gótica? La iglesia de San Pedro es un museo muy grande, asombroso; todo lo grande y asombroso que se quiera; pero nada más que un museo. Con toda su inmensa profusión de estatuas, sus maravillas escultóricas, los prodigios de sus mosaicos, su ostentación estrepitosa de luces y de oros, su derroche de mármoles, regalo entera la iglesia de San Pedro por la capilla del Condestable, de la catedral de Burgos.

¿Cómo voy a decir estas cosas sin que se rían de mí?

Hay cosas que no pueden decirse. Si yo tuviera la sospecha de que la ingenua intimidad de estos cuadernos míos pudiera un día profanarse con la divulgación y el comentario, por amigos que fuesen, en este mismo punto haría cruz y raya, borrón y cuenta nueva; cogería una guía, un Baedeker, un Diccionario enciclopédico, un libro cualquiera de los innumerables que hay escritos, y con ayuda de los recuerdos propios que la lectura me evocara, iría glosando descripciones en unas cuantas páginas convencionales y discretas, que si no salían muy brillantes tendrían, por lo menos, la garantía de no desentonar. Pero si son para mí, única y exclusivamente para mí, ¿voy a incurrir en la puerilidad de engañarme a mí misma? ¿Voy a ser como esos mentirosos que a fuerza de repetir el mismo embuste concluyen por creérselo? Me he propuesto ser sincera, y sincera he de ser. No me ha gustado Roma. Tampoco es esta la expresión exacta; no es que no me haya gustado, es que no me ha provocado la emoción que creía; esperaba otra cosa; Roma me ha producido una tremenda decepción.

A medida que conozco mundo voy aprendiendo que no hay sobrecarga más molesta, más inútil y más embarazosa que la cultura deficiente. Pasa con la cultura lo mismo que con ciertos venenos: en pequeñas dosis suelen ser tan terribles sus efectos tóxicos, que llegan incluso a producir la muerte; en cambio, en grandes cantidades resultan muchas veces inofensivos, porque la misma reacción del organismo los expele. No hay nada peor que los términos medios. O saberlo todo, para no sorprenderse de nada, o no saber nada, para maravillarse de todo. Yo estoy siem-

pre, por desgracia mía, en el término medio. Ni soy tan ignorante que las cosas me cojan de nuevas, ni tengo la cultura suficiente para acomodarme a la realidad y sujetar los vuelos desatados de la fantasía. Por eso quizá salgo siempre del choque quebrantada. Ejemplo: el Coliseo. Yo tenía del Coliseo la visión grandiosa, espeluznante y trágica del *Quo Vadis?,* de Sienkevich, reforzada con el plasticismo de aquella película tan interesante que se proyectó hace algunos años en los cinematógrafos del mundo; le imaginaba como debió ser en el esplendor de sus fiestas brutales, en toda la ostentación magnificente del Imperio Romano, ornado de estatuas, refulgente de mármoles, portentoso de fastuosidad y de belleza. Y me encontré en la realidad con la mole ruinosa de una especie de gran Plaza de Toros, resquebrajada y negra, metida en una hondonada y rodeada lamentablemente de vulgares casas de vecindad. ¿Cómo era posible que en estas condiciones me emocionase el Coliseo? ¿Cómo no había de decepcionarme? Lo propio me ocurrió con el Foro Romano. Desafío a cualquiera que vaya como yo de buena fe, con la imaginación un poquito exaltada, el ánimo cohibido bajo el peso abrumador de todo lo que en la Historia, en la Civilización y en el Arte representa aquel emporio de grandezas pasadas, para que al verse ante la fría realidad de las ruinas no sienta el fracaso de la desilusión. Porque no hay nada; es que no queda nada. Todo está roto, destrozado, disperso, como si hubiera sufrido un terremoto, o mejor todavía, la furia destructora de un castigo providencial. Qué importa que le digan a una: he aquí la piedra bajo la cual se supone la tumba de Rómulo; he aquí el templo de la

Concordia, en donde deliberaba el Senado; he aquí el Tabulario, y un poco más allá, la Escuela Xanta y el templo de Venus y el de Cástor y Pólux y el de Faustina y Antonino y la tumba de César, si una no ve nada, si por mucho que la fantasía se violente y la imaginación se torture, no hay manera de reconstruir nada en aquel montón informe de ruinas y de escombros, losas carcomidas, columnas truncadas, capiteles deshechos, bajorrelieves destrozados, bloques caídos llenos de yerba y comidos de musgo. Y por si todo esto no fuera ya bastante, el contraste grosero de la vecindad demasiado próxima, demasiado inmediata de las edificaciones modernas, la promiscuidad intolerable de lo viejo y lo nuevo. Yo me explico que en los primeros siglos de la Roma papal, cuando el fanatismo religioso, la barbarie artística, la incultura y la codicia de los hombres saqueaba los monumentos, arrebataba las estatuas, se llevaba de cuajo las columnas y arrancaba los mármoles para revestir las iglesias que habían de glorificar el Cristianismo sobre las ruinas de los templos paganos, nadie se preocupara de estos refinamientos de perspectiva y de contraste. Pero ahora, ¿cómo no? Ahora que todas las ciudades modernas tienden al ensanche y a la descongestión, ¿por qué consentir esta promiscuidad profanadora y antiestética? ¿Por qué no había de dictarse en Roma una expropiación forzosa que dejara completamente aislado el perímetro de la vieja ciudad? A un lado la urbe nueva con sus altas casas, sus vías populosas, sus transeuntes, sus tranvías, sus automóviles, todo el tráfago de la vida moderna, y en el otro calladas, silenciosas, dormidas en el reposo augusto de los siglos, en la melancolía de las cosas muertas, las rui-

nas venerandas de lo que fué, algo así como una tumba enorme labrada en el misterio de las cuatro colinas: el Esquilino, el Palatino, el Aventino y el Capitolio.

Y todavía hay algo en Roma que me molesta más: la explotación del forastero, el acosamiento del turista, esa pordiosería vergonzosa, pertinaz, insufrible que me ha hecho odiar Granada y aborrecer la mezquita de Córdoba. En Roma adquiere proporciones intolerables. En cuanto se llega a la plaza de San Pedro, se pisa la Vía Sacra o se desciende del coche ante el pórtico de San Pablo extramuros, acuden como moscas al azúcar bandadas de vendedores ambulantes de barajitas, cruces, esmaltes, mosaicos, vistas, postales y recuerdos. Es de todo punto imposible que haya en ninguna parte gente más pegajosa, más pesada y de cutis más duro. Con ellos son inútiles los medios de defensa. No hay modo de quitárselos de encima. ¡Pues y los Ciceroni! El cicerone es la plaga de Roma. Los hay en la calle, fuera de la calle, en los museos, en las galerías, en las iglesias, entre los escombros de las ruinas, en los jardines de los palacios particulares, hasta en el mismo Vaticano. ¿Os paráis en medio de una plaza a admirar una fuente? En el acto, de entre los adoquines, surge el cicerone en figura de transeunte. ¿Penetráis en un templo? Instantáneamente le veréis avanzar del fondo de la nave dentro de una sotana de sacristán. ¿Entráis en un museo? Sale a recibiros metido en su casaca de celador. ¿Pretendéis ver el Foro, el Palatino, las Termas de Caracalla? Allí está sonriendo entre las ruinas bajo su gorra galoneada de dependiente del Estado. Queráis o no queráis, habéis de soportar su compañía, sus ama-

bilidades hazañeras, sus solicitudes oficiosas, y, sobre todo, su charlatanería, sus relaciones de cotorra bien amaestrada, que es de cuanto tenéis que padecerle lo que más os molesta. Y no cabe siquiera el recurso de anticiparle la propina para quitárosle de en medio, porque os endosa a otro, y éste a otro, y el tercero a un cuarto, que se van sucediendo como eslabones de una inmensa cadena puesta allí para atar vuestros legítimos deseos de recogimiento y soledad. ¡Intolerable! ¡Y si el abuso terminara en esto! Pero es que a veces ocurre algo peor.

Siempre recordaré lo que nos sucedió en el Vaticano. Habíamos dejado esta visita, como era natural, para lo último, y digo «como era natural» porque papá, muy ducho en estas cosas como todo hombre culto que ha viajado bastante, tiene la excelente costumbre de organizar los itinerarios partiendo siempre de menor a mayor interés. Fiel a este criterio, dejamos, como digo, para los postreros días de nuestra permanencia en Roma la visita a las maravillas del Vaticano. Era un miércoles, lo recuerdo muy bien. Habíamos visto—bueno, nos habíamos hecho la ilusión de que habíamos visto—el Museo de Escultura, el Egipcio, el Etrusco, las famosas Estancias de Rafael y las célebres Logias. No obstante la precipitación con que lo hicimos todo, nos faltó tiempo para admirar la Capilla Sixtina. Como teníamos adquiridos los billetes, y se quedaron sin utilizar, se le ocurrió a papá preguntar al salir si serían valederos para el próximo día, es decir, para el viernes, puesto que la Capilla Sixtina sólo se ve los lunes, miércoles y viernes. Le dijeron que no. Pero lo grave no fué esto, lo grave fué que le añadieron que ese día no la po-

dríamos ver de ningún modo, porque iba a celebrarse la consagración de un obispo y no estaría permitida la entrada. Contrariados por la noticia, que desbarataba todos nuestros proyectos, nos quedamos un instante en la puerta perplejos e indecisos con el azoramiento del que no sabe qué partido tomar. En este momento se nos acercó un individuo sombrero en mano, y en un francés bastante suelto, yo no sé por qué nos tomó por franceses, nos preguntó en voz baja si en realidad teníamos muchísimo interés por visitar la Capilla precisamente el miércoles. Vimos el cielo abierto.

—Bueno, pues entonces—agregó bajando todavía más la voz—aguárdenme aquí cinco minutos. Voy a hablar con aquellos ingleses, que desean, como ustedes, verla también. Si formamos un grupo de ocho o diez y logramos ponernos de acuerdo, todos quedarán complacidos. Son veinte liras por persona.

Papá aceptó en el acto; yo me indigné. De ningún modo quise aceptar el trato.

—Pero, hija mía—exclamaba papá asombradísimo de mi arranque—, ¿a ti qué te importa, si no vas a pagarlas? ¿No comprendes que, después de todo, es lo más barato? ¿Vamos a cometer la tontería de estar en Roma cuatro días más sólo por el capricho de ahorrar cuarenta liras?

—No son las cuarenta liras, papá, es el hecho, es el timo, es la estafa. Porque una de dos: la Capilla el miércoles se puede o no se puede ver. Si no se puede ver, no se debe ver, y si se puede, sobran las cuarenta liras.

—Pero es que si no damos las liras no la vemos.

—Pues prefiero no verla.

La vi, porque dió la coincidencia—no me atreveré a llamar feliz, ya que tuvo por causa la indisposición repentina del prelado cuya consagración se iba a celebrar—de que la ceremonia se aplazase para otro día y estuviera, por tanto, el viernes permitida la entrada. Pero declaro que era tanta mi indignación, que hubiera renunciado a la visita sin el menor remordimiento. Es posible que luego lo hubiera sentido, seguramente después me habría pesado mucho; pero en aquel instante, lo mismo me daba verla que no verla. ¿Sería tal vez esta mala disposición de ánimo en que yo me encontraba aquel día la razón de que la joya más preciada del Vaticano no produjera en mí la admiración arrebatada, extática que me debía causar, que causa a todo el mundo que la ve? ¿Sería que no la vi como debe de verse? Cuatro horas estuve dentro de ella, y que no me pregunten cómo es, porque no sabría decirlo. Recuerdo vagamente una sala rectangular, muy alta, una balaustrada de mármol, un coro, un trono, un balcón, unos ventanales claros rasgados entre pinturas que bajan de la bóveda, pero sería inútil que pretendiera precisar en qué disposición se encuentra nada. No lo sé. Yo no hice más que entrar, y los ojos se me fueron derechos a la pared del fondo, y como imantados se quedaron allí, clavados, fijos en la concepción portentosa, abrumadora y tremebunda del *Juicio Final.* Desvanecidos de estupor, iban desde la figura terrible de Jesús—terrible como el Jehová del Sinaí—a la dulcísima de la Virgen llorosa que intercede arrodillada y trémula por los pecadores; desde los arcángeles, que en lo alto tocan las trompetas del Juicio, hasta los muertos que

a la invocación de la áurea llamada salen de las tumbas levantando las losas; desde los justos que ascienden a los Cielos por la escala luminosa de los elegidos abrazados a la columna de la fe y a la madera de la cruz, hasta los réprobos que se hunden en racimos en los abismos tenebrosos de la condenación. Deslumbrados por la grandiosidad de la visión dantesca clavábanse en los patriarcas, en los profetas, en las vírgenes, en los mártires vigorosamente destacados con los atributos sangrientos de su tortura: Santa Catalina, con la rueda; San Andrés, con la cruz; San Lorenzo, San Bartolomé, San Sebastián, y descendiendo por la masa palpitante de cuerpos estatuarios, de esculturas humanas, de aquella pagana y exaltada glorificación de la carne desnuda, deteníanse un momento espantados ante la feroz actitud de Caronte.

Pero, ¿verdaderamente llegué a ver todo esto? ¿Puedo asegurar que me di cuenta exacta del valor efectivo de esta obra sobrehumana y preternatural? ¿Podría reconstruirla con la imaginación? ¡Imposible! Yo vi el conjunto, me anonadó la grandiosidad de la masa, el prodigioso alarde del esfuerzo, el soplo genial de inteligencia, de vigor, de voluntad, de arte que representa todo aquello, pero nada más. ¡Cómo voy a decir que lo he visto si difícilmente conservo en la retina la impresión de media docena de figuras! Y son cuatrocientas. ¡Cuatrocientas! ¿Pero es que hay tiempo en cuatro horas de admirar cuatrocientas figuras? Ni en cuatro horas, ni en cuatro días, ni en cuatro semanas. Yo salí de allí aturdida, desvanecida, mareada. Me dolían los ojos de ver y la cabeza de pensar y todos los músculos del cuerpo de la tensión tremante a

que lo sometí sin darme cuenta. —Este hombre aplasta—decía papá. Es verdad; aplasta, aniquila; queda uno anonadado cuando piensa la cantidad tan enorme de genio, de fuerza, de potencialidad y de energía que es preciso tener para llevar a cabo la obra portentosa que este hombre acometió, solo, sin ayuda de nadie, encerrado meses y meses entre las paredes encaladas. Todo en él es grande: la concepción, la ejecución, el pensamiento, la actividad, la complejidad de su cerebro extraordinario. Es el espíritu secular de un pueblo encarnado en un hombre. Miguel Angel es Roma. Podrá haber nacido en Florencia, pero su alma, su temperamento, su genio, son romanos. Es la tendencia innata a lo colosal y a lo enorme; el mismo espíritu que llevó a las legiones a conquistar el mundo, que erigió el Palatino y edificó el Coliseo y las descomunales Termas de Caracalla, la tumba de Adriano y la de Cecilia Metella, inexplicablemente inmensa para encerrar el pobrecito cuerpo de una sola mujer; el mismo espíritu que, derrumbadas para siempre las glorias de la República y la ostentosa magnificencia del Imperio, alzaba con los materiales robados a las ruinas entre los escombros de los siglos las moles gigantescas del Vaticano, la Basílica de San Pedro y San Pablo extramuros; esos palacios particulares que todavía quedan en las calles de Roma, macizos, pesados, de una hostil severidad de fortaleza, de una regularidad uniforme y desnuda de convento, hospital o presidio.

Qué cosa más triste los palacios de Roma. Alguna vez un jardín colgante que rebosa entre las piedras de una tapia, el abanico de una palmera, la copa recortada de un pino redondo, unas rosas que caen,

ponen una nota jugosa de alegría en la uniformidad de las fachadas; pero en general, exteriormente al menos, qué negras y qué tristes. Hasta las fuentes, hasta las mismas fuentes, orgullo y gala de esta vieja ciudad por dos veces soberana del mundo, asombran más que por bellas por monumentales: la colosal de Trevi, la del Tritón de la plaza de Barberini, las tres fuentes de la plaza Navona, grandes en todo, en la proporción, en la altura, en el desmedido derroche de agua, millares y millares de hectolitros vertidos diariamente. Todo enorme, pero todo sin gusto, sin misterio, sin imaginación, sin poesía.

Una francesa muy elegante y muy simpática que vivía en el mismo hotel que nosotros y con la cual solía charlar algunas tardes en el hall mientras aguardábamos la hora de comer estaba furiosa conmigo.

—Por Dios, no diga usted eso—exclamaba escandalizada cada vez que me oía—, porque voy a formar de usted un concepto deplorabilísimo. Si alguna ciudad del mundo posee eso que usted llama misterio y poesía, esa ciudad es Roma. Si Roma no es más que eso: historia, tradición, gloria, grandeza, arte...; ¿qué es todo esto más que poesía?

—Sí—replicaba yo—, pero esta poesía no está en la ciudad sino en nosotros; somos nosotros quienes la traemos prejuzgada aun antes de llegar. Si Roma a unos, como a usted, les conmueve, es porque antes de verla la habían idealizado con la imaginación; si a otros, como a mí, nos desencanta y nos descorazona, es porque la fantasía había ido mucho más lejos de la realidad.

—No, no, de ninguna manera. Roma es bella en sí misma. ¿Usted no ha visto qué empaque tan señorial tiene de distinción y de nobleza?

—Yo no he visto ese empaque. Roma me parece una destartalada capital de provincia. Ni una avenida regia, ni una perspectiva suntuosa. Roma carece del sentimiento de la perspectiva, ese sentimiento intuitivo o calculado, yo no lo sé, pero maravilloso, que ha hecho de París la ciudad más hermosa del mundo. Aquí las plazas, aun la del Pópolo, tan alegre y tan clara, con su fondo admirable de las verdes florestas del Pincio; aun la de España, con su inconmensurable escalera; aun la de Colonna; aun la de Venecia, con su monumento a Víctor Manuel, tan teatral y tan efectista, son como boquetes abiertos en la negrura de las calles. ¿Dónde hay en Roma una perspectiva que pueda compararse a la de la Concordia o a la del Arco de la Estrella? Y en cuanto se abandonan las vías principales, en cuanto se tuerce a derecha o a izquierda, sin salir del corazón de la ciudad, ¿qué hay? Pendientes repentinas, rampas intransitables, esquinazos agudos, callejones estrechos en los cuales la luz baja encerrada entre paredes hasta el sucio enlosado de los arroyos sin aceras, como pudiera llegar hasta el fondo de un pozo. Y no es que yo reniegue de las calles estrechas. También las calles estrechas tienen a veces su belleza y su encanto. Lóbregas, tortuosas y estrechas son las calles de Toledo, de Sevilla y de Córdoba; pero en ellas está el júbilo de las rejas floridas, el misterio de los patios entrevistos un momento al pasar tras el enrejado de las cancelas repujadas. Aquí todo es sombrío, con la sombría frialdad del mármol viejo, empañado, gastado, deslustrado, un

mármol que más que de mármol da la impresión de piedra berroqueña.

—Aunque todo eso fuera verdad, que no lo es—me contestaba la francesa, un poco vencida por el reciente halago de mis elogios a París—, aunque hubiese un poco de verdad en lo que se refiere a las calles, a Roma le bastaría para ser soberanamente bella el encanto de sus jardines, la amplitud maravillosa de sus horizontes, la luminosidad de su cielo y la transparencia de su atmósfera. ¿Usted ha tenido, por ventura, el capricho de subir a la cúpula de San Pedro? ¿Se ha asomado usted sobre la terraza del Pincio? ¿Ha escalado el Juniculo y ha llegado a San Pietro in Montorio? Y sobre todo, ¿ha vuelto usted de regreso de las Catacumbas por la Vía Appia en esta hora deliciosa del atardecer, cuando parece que una niebla de ópalo envuelve la ciudad y se diría que todas las torres, que todas las cúpulas, que todas las estatuas que coronan los templos centellean como fundidas en la lumbre del sol? Si usted no ha visto esto no puede apreciar la belleza de Roma.

—Sí, señora, lo he visto y me explico perfectamente que le extasíe a usted. Usted es francesa; tiene usted grabadas en la retina las suavidades grises de París, las penumbras discretas, los tonos apagados, los contornos borrosos de las cosas difumadas en la lejanía, y esta crudeza de sol meridional, estos rudos contrastes de luz y sombra que en una calle hacen centellear una fachada y ennegrecen la otra, estos fondos luminosos de los ocasos, le sorprenden y la maravillan; pero yo, señora, soy madrileña, yo vengo de Madrid, en donde el sol es un incendio cada tarde y una orgía de luz a todas horas.

—Yo conozco Madrid.

—¿Conoce usted Madrid? ¡Ah!, pues si conoce usted Madrid no me hable usted, señora, de crepúsculos ni de atardeceres.

—No la haga usted caso — interrumpió papá —. Todo esto no es más que cansancio y malhumor. La pobrecita está cansada, horriblemente cansada del ajetreo de estos días; le duelen los pies, le duele la cabeza, le duele hasta el alma. Si la dejáramos, ahora mismo, aquí mismo rompería a llorar; ¿verdad, nenita?

Estaba tan enfadada que no le contesté. Ahora me parece que papá tenía muchísima razón.

De todos modos, ¡qué contraste entre Roma y Florencia! ¡Qué aspecto tan distinto el de las dos ciudades! ¡Qué impresión tan alegre y tan confortadora para el viajero que va de buena fe salir de la severidad imponente de aquel archivo de grandezas vetustas y encontrarse de pronto en medio de este prodigio de distinción, de pulcritud, de gracia y de armonía que se llama Florencia! Yo no he visto en mi vida ciudad más elegante, que cautive más pronto ni que subyugue el alma con un sentimiento más noble de equilibrio y de serenidad. Todo es bello en Florencia, todo, todo... Desde la estación con sus ventanas ojivales y sus vidrieras de colores, inundada de sol y de alegría, hasta las calles, rectas, empedradas con pequeñas baldosas, tan brillantes, tan limpias que parecen de mármol; desde la atrevidísima esbeltez de las torres—torre almenada del *Palazzo Vechio, Campanile de Giotto*—hasta el Arno, que se desliza

rumoroso y tranquilo bajo la gracia imponderable de sus viejos puentes; desde los palacios señoriales con sus cornisas erizadas de almenas y sus ventanitas angostas como ajimeces árabes, hasta las estatuas que, en medio de las plazas, se ofrecen a la admiración pública desafiando las inclemencias del frío, del aire, de la lluvia y del sol. En Florencia los monumentos no tienen verjas que impidan a los transeuntes acercarse, ni esos ridículos y grotescos jardines que se interponen como un veto entre el arte y la curiosidad. Están allí para que el pueblo los contemple, y el pueblo los contempla y los admira, pasa y repasa entre las bellas obras con la misma serena libertad con que los coetáneos de Fidias circularían en Atenas ante los frisos del Partenón. Bien es verdad que no hay pueblo en el mundo que por temperamento, por tradición, por culto y por instinto conserve más puro el sentimiento de la belleza, más altivo el orgullo de su ciudadanía.

Recuerdo una cosa que nos ocurrió en la *Loggia dei Lanzi.* Acabábamos de admirar en una rápida visita de impresión, la primera visita, aquella galería portentosa de obras definitivas expuestas en medio de la calle a la contemplación pública de las gentes, el *David,* de Miguel Angel; el *Hércules,* de Bandinelli; el *Rapto de las Sabinas,* el prodigioso bronce de *Judit y Holofernes,* de Donatello, cuando al ir a marcharnos se nos aproximó un pobre hombre más envejecido que viejo, bastante mal vestido, y muy respetuoso exclamó dirigiéndose a mí:

—Signorina: he visto con sincero placer la gran admiración que le producen estas obras, especialmente (era verdad) la maravilla del *Perseo,* de Benvenuto,

pero me voy a permitir enseñarle a la señorita algo que no ha visto, algo que, seguramente, no sabe y que no tiene nada de particular que no sepa, porque incluso en Florencia hay personas que lo desconocen; fíjese la señorita en la parte posterior de la cabeza del *Perseo,* ¿no ve una cara?, esa cara es el autorretrato del escultor.

En efecto; bajo el borde del casco, entre los alborotados cabellos de bronce, se adivina perfectamente un rostro.

—¿Y esa cara es la de Benvenuto?

—Sí, signorina.

—¡Qué curioso!

—Muy interesante.

Papá echó mano al bolsillo para gratificarle, pero el otro levantó las suyas y rehusó con un gesto dignísimo:

—Grazie, signore..., molti grazie..., tantisime grazie...

Y desapareció haciendo cortesías.

Lo que más me cautiva de Florencia, lo que más me asombró de cuanto vi, es el perfecto estado de conservación en que se encuentra todo. Florencia es quizá la única ciudad del mundo en la cual no ha hecho mella la labor destructora de los siglos. En Florencia no hay una sola ruina. Todo está igual, incólume, inmutable, como si el tiempo, asombrado, acobardado y conmovido por esta gran belleza, hubiera suspendido su acción para no profanarla. Así como en Roma el ánimo más sereno y más fuerte se contrista y se turba ante la fría desolación de las grande-

zas muertas, de tantísima gloria derrumbada, en Florencia, por el contrario, el espíritu más vulgar se eleva y se depura en la realidad palpitante de la Historia viva. Se anda por Florencia con la convicción profunda y firme de que estas calles, estas plazas, estos palacios, estos templos, son los mismos exactamente como eran cuando por ellos discurrían Petrarca, Dante, Alfieri, Donatello, Benvenuto Cellini, Miguel Angel, Bocacio, el Aretino, Américo Vespucio y Galileo... Es tal la sugestión que esto produce, que la mañana que por primera vez, asomada al balcón de los Médicis, contemplé bajo mis ojos la plaza de la Señoría, si de algo me extrañé fué de que la gente paseara por ella de americana y sombrero flexible. Me pareció que eran todos turistas, extranjeros como nosotros, y que los florentinos, los verdaderos florentinos, no habían llegado aún. Si en aquel preciso instante desemboca por cualquier esquina una capa roja y un birrete con plumas, juro por Dios que no me habría asombrado. Como no me habría asombrado nada absolutamente que el día que visité el convento de San Marcos hubiera salido un fraile de una celda y alguien me hubiese dicho: «Es fra Angélico.» «He aquí a Savonarola.»

¡Savonarola! Una noche, después de comer y mientras tomábamos café en el hall, papá nos refirió la historia dolorosa y trágica de este hombre admirable que pagó con su vida el anhelo sublime de redimir a un pueblo. Y digo que nos la refirió porque estaba sentada con nosotros aquella francesa tan simpática del hotel de Roma que de tal modo se indignaba

conmigo por lo que ella llamaba mi incomprensión artística cuando yo decía que no me gustaba la Ciudad Eterna. Llegó tres días después que nosotros, y dió la coincidencia de que se albergó en el mismo hotel. Yo me alegré mucho, porque de esta manera no sólo rectificó el concepto enojoso que de mí tenía y pudo convencerse de que mi falta de entusiasmo no se debía a insensibilidad ni a xenofobia—siempre molestan estos juicios ajenos, aunque vengan de un desconocido—, sino porque, y esto es lo principal, fué para mí desde el primer momento una compañera agradabilísima y una amiga muy útil. Gracias a ella pudo el pobre papá desprenderse un poco de la atadura de mis frivolidades y yo a mi vez librarme un tanto de la pesadez de sus erudiciones. Ya he confesado que en materias de arte papá y yo somos antagonistas, por no decir incompatibles. Claro que tenemos el tacto suficiente para transigir, y hasta sacrificarnos uno en aras del otro; pero es lo cierto que rarísimas veces coincidimos en nuestras aficiones. La intimidad con madame Claire de Bassigny fué una felicísima solución de concordia. Libre de cuidados, papá pudo marcharse impunemente a embelesarse en Santa Croce con las pinturas de Giotto o a admirar en Santa María Novella la Madonna de Cimabué, que llevó un día el pueblo en clamoroso triunfo desde el taller hasta el altar, mientras Clara y yo, enlazadas del brazo, nos lanzábamos al ruidoso trajín de la plaza del Duomo, siempre llena de gente, de luz, de movimiento y ruido. Yo no sé por qué extraña asociación de ideas la plaza del Duomo me recuerda a la Puerta del Sol. No se parece en nada, absolutamente en nada; no hay un solo detalle que coincida, y, sin em-

bargo, yo encuentro entre las dos analogías de ambiente que no he visto en ninguna otra parte. Desde el Duomo, por la vía Calzaioli, bajábamos andando a la plaza de la Señoría; desde allí al Puente Viejo, el puente clásico de los orfebres florentinos, los plateros, los joyeros, los cinceladores, y allí nos estábamos horas y horas prendida la atención en las maravillas de los escaparates; a veces llegábamos hasta el palacio Pitti y entrábamos a descansar en el jardín de Bóboli.

Clara de Bassigny era una mujer encantadora. Perteneciente a una familia ilustre y muy adinerada, tenía a la vez todo el empaque altivo de la aristocracia francesa y todo el mundanismo picaresco y gracioso de una trotín del bulevar, esa mezcla un poco complicada que constituye el tipo ideal de la parisiense perfecta, y que los hombres resumen en la fórmula expresiva de una femme du monde. Vestía admirablemente, y sin ser guapa había en la esbeltez de su figura, en la delicadeza de sus facciones, en la dulzura un poco triste de sus ojos azules, en la distinción de sus modales y en la clara viveza de su ingenio una simpatía arrebatadora. Intimamos muy pronto. Cordial y expansiva me refirió sus cuitas. Estaba divorciada y había venido a Italia huyendo del peligro de una aventura sentimental; una aventura sentimental que a ella se le antojaba demasiado ridícula y que a mí, en cambio, me parecía muy interesante. El caso era el siguiente: Clara de Bassigny se casó a los veintidós años, es decir, la casaron con un marido impuesto por conveniencias de familia, como se casan el noventa y cinco por ciento de las señoritas francesas. Este marido no era ni peor ni mejor que los

demás maridos; joven, guapo, rico, distinguido, elegante y muy entusiasmado de su mujer... el primer año. Después ocurrió lo que suçede siempre; llegó, como era inevitable, la desilusión, el cansancio, el hastío, la incompatibilidad de caracteres, las infidelidades, la separación amistosa, y, por fin, convencidos de que el hogar era un infierno, el divorcio legal. Mas he aquí que una vez divorciada, Clara de Bassigny empezó a sentir la nostalgia de su marido. Cada vez que el azar los reunía, y dada la condición social de ambos y la vida que los dos llevaban los encuentros tenían que ser frecuentes, ella descubría en él nuevos y deseables atractivos desconocidos hasta entonces; le hallaba más guapo, más distinguido, muchísimo más chic; llegó incluso a reconocer que tenía talento. Pero a medida que la ilusión iba poco a poco renaciendo en ella, él se mostraba más indiferente y más frío. Y un día se casó; tuvo la desfachatez de casarse precisamente con una amiga de ella. Clara soportó el golpe con admirable dignidad, y para demostrar a las gentes su elegante desdén siguió sosteniendo la amistad con ambos y frecuentando la casa de los dos. Y entonces fué cuando las cosas se complicaron verdaderamente. Entonces fué verdaderamente cuando ella se dió cuenta de que estaba enamorada de su antiguo marido. ¿Le sucedió a él lo propio? Al comprobar cuánto ella le quería, ¿tuvo remordimientos, sintió pena de la pobre mujer? ¿Revivieron los rescoldos de la vieja pasión, no consumida enteramente? ¿Fué un arranque de vanidad y de amor propio, curiosidad sentimental, delectaciones psicológicas o sencillamente capricho de gustar la aventura? Lo cierto fué que el ex marido se convirtió en el más fogoso

de los enamorados y en el más tenaz de los galanteadores, y que ella, perseguida, aturdida, acorralada, comprendiendo que la defensa era imposible y que iba a sucumbir, optó por fugarse y ganar la frontera como único asilo de seguridad. Esto es lo que ella llamaba su aventura ridícula, su situación ridícula.

—No, ridícula no—le decía yo—; sensible, lamentable, dolorosa, triste, el calificativo que usted quiera, menos el de ridículo. Cualquiera que conozca su caso no puede sentir por usted más que piedad, consideración y respeto.

Ella protestaba furiosa:

—¡Oh, por Dios, no diga usted eso! Es ridículo, absolutamente ridículo. Todavía si se tratara de otro hombre...; pero de un ex marido, de un marido de ayer, como quien dice, de un hombre que acaba de ser legalmente dueño de una, a quien se ha tenido que soportar y que sufrir..., y que dejar por imposible... Convenga usted conmigo en que es absurdo.

—Yo lo único que hallo absurdo es que ustedes se separaran cuando indudablemente, ahora se ha visto, ustedes se querían.

—¿Querernos? Nunca. Mi marido y yo no nos quisimos nunca.

—¿No? Entonces, ¿por qué se casó usted con él?

—Porque con alguno me había de casar. De todos mis pretendientes era el que más valía, el que más me agradaba. Me casé con la seguridad de llegar a estimarle, y, en efecto, le llegué a estimar. Pero amarle, no. Es muy difícil enamorarse de un marido. Por ignorante que sea una mujer, al casarse sabe perfectamente que matrimonio y amor son conceptos antípodas.

—Según eso, no hay ninguna mujer enamorada de su marido.

—Ninguna.

—Será en Francia, porque en España sí las hay.

—Ni en España, ni en Francia, ni en ninguna parte del orbe. Lo que sucede es que en España y en Francia y en todos lados hay mujeres buenas, tan sinceramente buenas, que prefieren renunciar al amor a que legítimamente tienen derecho en esta vida, antes que enturbiar el concepto sagrado de honradez que se merecen a sí propias. Usted, por fortuna, no sabe todavía lo heroico que es este sacrificio. Ya lo sabrá usted.

—Entonces no queda más remedio que renunciar desde luego al amor.

—O que no renunciar.

No dijo más; pero fué lo bastante para que me dejara pensativa. Después, muchas veces he recordado la conversación, y siempre, como entonces, me ha hecho reflexionar.

Burla burlando, llevábamos en Florencia cerca de dos semanas; papá, ensimismado en el estudio de sus prerrafaelistas, y Clara y yo, encantadas con el ambiente de la ciudad, que cada vez nos parecía más hermosa. Por las mañanas, generalmente, salíamos a pie, y anda que te anda, al azar, sin preguntar a nadie, con esa dulce e inquietante emoción de lo desconocido, nos arriesgábamos por vías extraviadas, rincones deliciosos, callejas solitarias y lindísimas, con los balcones llenos de macetas y de cuando en cuando, en una esquina, una madona blanca con un

niño en los brazos. No había siquiera el temor de perdernos, porque en cuanto nos aturdíamos un poco bastaba levantar la cabeza, y el reflejo tornasolado del campanile o las almenas doradas del Palacio Viejo nos orientaban en seguida. Corríamos la población de punta a punta; nos metíamos en las iglesias, entrábamos en los museos y en las galerías de pinturas, y en más de una ocasión, estimuladas por la amabilidad de algún portero, trepamos escaleras arriba para husmear en los salones de un palacio particular. ¡Qué jornadas tan interesantes! Parece mentira que una sola ciudad, y relativamente tan pequeña, pueda encerrar tal acopio de tesoros artísticos. Yo creía de buena fe que, después de admirar en Roma las maravillas guardadas en los museos del Vaticano y en el del Capitolio, en las galerías de Colonna, Barberini y Borghesse, ya no quedaba nada que ver, y me encontré en Florencia con el museo del Palacio Pitti y la *Galleria delle Uffici,* que me dejaron anonadada. ¡Madre de Dios, qué asombro! ¡Qué cosa más hermosa!

Por las tardes tomábamos un coche y nos hacíamos conducir a los muelles del Arno; seguíamos los lungo de la diestra del río, Lung'Arno Guicciardini, Lung'Arno Torriciani, Lung'Arno Gerristori, para llegar a San Miniato y al piazale de Michelangelo, la espléndida terraza desde la cual se admira el panorama entero de la ciudad tendida. Otras veces el coche nos llevaba a los bulevares de cintura—viales—o a pasear por Le Cascine hasta la puesta del sol, en que tornábamos al centro para tomar una taza de te en una tiendecita muy coqueta y muy aristócrata, siempre llena de ingleses, que habíamos

descubierto en la vía Tornabuoni, o presenciar una sección de cine en el Politeama Florentino.

Sin embargo, una noche, por una equivocada interpretación mía, estuvo a punto de deshacerse esta felicidad. Había subido un momento a mi cuarto con intención de cambiarme de ropa para la comida, y al volver me hallé con la sorpresa de que no estaban en el hall ni Clara ni papá. En ella no era extraño, porque aunque me dijo que aquella noche no pensaba vestirse, podía muy bien haber cambiado de criterio; pero en papá no, porque papá estaba ya vestido cuando yo los dejé. Entré en el comedor, subí a sus cuartos, recorrí los pasillos, interrogué a las camareras, y nadie me supo dar razón. Al fin, cuando, ya un poco inquieta, desesperaba de encontrarlos, los descubrí en un rinconcito del salón de visitas sentados en un canapé tras la sombra discreta del piano de cola y departiendo muy amigablemente. No les dije nada, pero no me gustó. Confieso que me molestó mucho y que ellos debieron de comprenderlo en la cara que puse. Pero tampoco me dijeron nada. Cenamos juntos como todas las noches, como siempre también tomamos café en el hall, y en seguida nos fuimos a la cama. Al quedarme a solas empecé a meditar, y no sé por qué maldita sugestión se me incrustó dentro de la cabeza la idea de que Clara y papá se entendían, pero no ya en una inteligencia inmediata y reciente, sino en algo más serio, muy antiguo y muy consolidado. En una palabra, para no andar con circunloquios, llegué a pensar, pero a pensar en firme, con el convencimiento absoluto de las cosas ciertas—¡qué ciego es el galope de una imaginación!—, llegué a pensar nada menos que Clara de Bassigny

era la culpable de la ruptura entre papá y mamá. ¿Fundamentos de esta suposición? En aquel momento, para mí, evidentísimos. Clara había estado en Madrid, según confesión propia, a principios del invierno pasado, es decir, poco antes de que surgiese el disgusto entre papá y mamá; papá se fué a París, y a los pocos meses ella logró el divorcio para quedarse completamente libre. Papá no se movió de allí en todo el año. Vinimos a Italia, y al llegar a Roma nos encontramos con Clara en el hotel; en seguida surgió el conocimiento, la amistad, las tertulias, las largas sobremesas con el pretexto del café... Caímos en Florencia, y en Florencia, a los tres días, en el mismo hotel que nosotros, Clara de Bassigny. ¿Puede darse número mayor de circunstancias coincidentes? Pues todavía había más: había la confianza inexplicable que papá depositó en ella para dejarnos ir solas a todos lados; el cariño tan repentino que a ella le entró por mí sin conocerme; su interés excesivo por tenerme contenta, sus amabilidades extremosas, sus obsequios constantes—nunca me consintió pagar un coche ni abonar el importe de una taza de te ni una entrada de cine—; ¿qué era esto, qué podía significar todo esto sino que ella trataba de halagarle en lo que más podía satisfacerle?; o, aun pensando más hondo, aun aceptando la sinceridad del afecto hacia mí, ¿no era este cariño un cariño reflejo, no es que me quería por ser la hija del hombre a quien amaba? Clara de Bassigny era una aventurera, no me podía caber la menor duda, una aventurera. ¿Qué otra cosa podía suponerse de una mujer que se arriesga a las contingencias de un viaje por un país extraño para ella, completamente sola, y en la estación menos pro-

picia para estas excursiones? Una mujer divorciada, divorciada sabe Dios por qué—cualquiera sabe cuál de los dos sería el que pidió el divorcio—; desde luego ella no ocultaba que no quiso jamás a su marido, que a los maridos no se los puede amar, que amor y matrimonio son incompatibles, que a una mujer casada no le quedan más que dos recursos: renunciar al amor... o no renunciar. Clara de Bassigny, por lo visto, era de las que no renunciaban. Y por una mujer de este fuste mi padre había reñido con mi madre, por una mujer así había profanado el santuario de su hogar y roto para siempre la tranquilidad de su familia.

Pasé una noche horrible. Dos o tres veces tuve la tentación de salir de mi cuarto y llamar en el de mi padre para comprobar si estaba en él; tal era mi convicción de que no dormía en su cama. No lo hice porque más que el escándalo del momento me arredraron las consecuencias que pudiera tener, dado el genio violento de papá y el lugar en que nos encontrábamos. Pero me prometí, con toda la fuerza que pongo siempre en mis decisiones, que, como fuera cierto, papá tendría que oirme. En cuanto a ella, con no volver a dirigirle la palabra estaba liquidado el asunto. No merecía otra cosa. Me dormí excitadísima.

A la mañana siguiente, un poco más serena, volví de nuevo a examinar el caso, y aunque en el fondo la indignación seguía siendo la misma, comprendí que la prudencia más elemental me aconsejaba refrenar mis impulsos antes de exponerme al riesgo de una resolución acaso irreparable. Puesto que al fin y al cabo estaba ya advertida, malo sería que si mi su-

posición fuese cierta los hechos posteriores no me la confirmaran. Todo se reducía a saber observar.

Decidida a no perder detalle, en lugar de desayunarme en mi habitación, como todos los días, bajé al comedorcito. Clara no estaba en él, y papá, con el sombrero ya en la mano, se disponía a marcharse para ver unas figuras maravillosas de no sé quién que había descubierto el día antes en la Capilla Española de Santa María Novella; me invitó a acompañarle; pero yo, que tenía mi plan, me excusé con el pretexto de que no quería aburrirme, y en cuanto se marchó subí escapada a su cuarto con la esperanza de que no hubiera entrado aún la camarera. En efecto, no había entrado aún. La llave colgaba del clavito y la habitación estaba lo mismo que cuando papá la abandonó: la cama deshecha, sobre la mesa de noche un libro a medio abrir; la ropa del baño todavía mojada y todo el suelo lleno de colillas. Este detalle de las colillas me sugirió en el acto una nueva comprobación. Papá fuma muchísimo. Si papá había estado en el cuarto de Clara, aunque no fuera más que media hora, era imposible que en estas colillas no quedaran huellas de su presencia. Me fuí al cuarto de Clara, llamé con los nudillos, y apenas contestó preguntando quién era, me colé dentro para sorprenderla desprevenida. La encontré peinándose, mejor dicho, acabándose de peinar, porque sólo le faltaba rizarse las patillas. Tal como estaba, con los brazos desnudos y las tenacillas en la mano, salió a mi encuentro, me abrazó, me besó y con aquella desenvoltura tan graciosa, tan distinguida, tan natural en ella, me pidió perdón por los tres minutos que tardaría en atenderme.

No sé si fueron tres o serían cinco; lo que puedo decir es que a mí me bastaron para averiguar lo que quería; esto es, que aquella noche, por lo menos, Clara de Bassigny había dormido sola; bastaba ver la almohada y la disposición de las ropas del lecho, apenas removidas. Sobre la colcha, desplegado, un periódico de París y en el mármol de la mesa de noche unos pendientes, tres o cuatro sortijas, un alfiler de pecho, un pañolito, y ni una sola colilla en todo el cuarto. Indiscutiblemente papá no había entrado allí.

Me he extendido, acaso con demasiada prolijidad, en estos pormenores para ver si, al revivirlos ahora con el recuerdo, consigo hallar la justificación que en vano busco de mi inconstante modo de proceder. Creo que acabo de dejar perfectísimamente asentado que cuando me asaltó la sospecha de que Clara de Bassigny podía ser la causante de la ruptura entre papá y mamá sentí por ella una aversión terrible, una explosión de odio que me hubiera hecho capaz de cualquier disparate. Luego, cuando me convencí de que por fortuna era mentira, de que no había en todo ello más que una concatenación de deducciones falsas tejidas sobre una urdimbre de coincidencias engañosas; en una palabra, en cuanto adquirí la certidumbre de que Clara era una persona decente que no tenía ni había tenido en la vida que ver con papá, fué tal mi remordimiento por haberla ofendido tan calumniosamente que estuve a punto de contárselo todo y pedirla perdón. Desde aquel día me pareció más buena, más simpática y más encantadora que nunca.

Muy bien, se dirá; perfectamente. Todo esto es natural y lógico. Hasta ahora no tiene nada de particular. Verdad; hasta ahora, no. Pero, ¿y después? Lo que ocurrió después ya es un poco más grave. Voy a ver si consigo explicarlo. Al decir que Clara no tenía nada que ver con papá se me olvidó añadir que no era ciertamente por falta de deseos de papá. A papá, Clara de Bassigny le gustaba muchísimo. No creo que sea preciso alardear de gran perspicacia para enterarse de que a un hombre le gusta una mujer. Yo me enteré en seguida y me supo muy mal. Me supo mal por tres razones: por la ofensa que le infería a mi madre, por la incorrección que suponía aventurarse a galanteos sin tener siquiera el pudor elemental de recatarse de mí y por la indelicadeza de no respetar que se trataba de una amiga mía, por lo menos de una mujer que me honraba con su confianza. Esta fué la que podríamos llamar la primera fase de mis sentimientos. La segunda ya he dicho que fué de una terrible indignación contra ambos cuando sospeché que los unía un vínculo culpable y que habían venido abusando de mi ignorancia y de mi buena fe. La tercera fué una retrocesión a la primera, agravada, en lo que a mi padre se refería, por su terquedad en insistir con una mujer que estaba decidida a no hacerle caso. Y a continuación llegó la cuarta fase, que es la que me abochorna. Yo no sé por qué absurdos y disparatados razonamientos, a medida que Clara se mostraba con mi padre más desdeñosa y más inasequible yo encontraba la actitud de él menos pecaminosa. Llegó a parecerme perfectamente natural. Clara de Bassigny, sin ser, ni mucho menos, ya lo he dicho, una belleza deslumbradora y arrebatadora, no

cabe duda de que era una mujer muy apetecible. ¿Qué tenía de particular que a papá le gustase? ¿Es que por estar casado no le iba ya a gustar? La equiparación de la fidelidad en ambos sexos será, sin duda, en teoría, un ideal sublime de justicia y de perfección ética, pero en realidad todos sabemos que ni ha existido, ni existe, ni existirá jamás. Ninguna mujer que esté en su sano juicio se atreverá a decir, sin que se burlen de ella, que su marido no la ha engañado nunca. Y si esto ocurre en la convivencia matrimonial, ¿qué no será en la ausencia de una separación? Con sinceridad, con absoluta sinceridad: por grande que fuese el respeto que yo debía a mi padre, ¿iba a llevarme mi candidez hasta el extremo de suponer que en todo el tiempo que vivió en París se mantuvo casto? ¿Iba a concebir, sin ponerme en ridículo con mi propia conciencia, que no seguiría pecando siempre que la ocasión se le proporcionara? Y todo esto, por mucho que me doliese en lo que se refería a mi madre, ¿iba a entibiar el cariño que sentía por él? No, ¿verdad? Bueno; pues si de todas maneras, necesariamente, papá tenía que engañar a mamá, ¿no era preferible que en lugar de ser con cualquier pelandusca que surgiera en un encuentro innoble de la calle fuese con una mujer tan exquisita, tan elegante, tan encantadora y tan buena como Clara de Bassigny? Precisamente el hecho de ser buena, precisamente eso era lo que a mis ojos avaloraba la aventura. Y lo que pensaba de él pensaba de ella. Si la pobre Clara de Bassigny, tan buena, tan sentimental, tan desgraciada, tan necesitada de amor, tenía más tarde o más temprano que rendirse a las solicitudes amorosas de un hombre, ¿no era preferible que este hom-

bre fuera un caballero tan delicado, tan correcto, tan espiritual y tan inteligente como mi padre? ¿No habrían hecho los dos una pareja deliciosa? ¿No parecían nacidos el uno para el otro? Y todavía iba más lejos en mis disparatadas deducciones. Si el divorcio, pensaba yo, estuviera establecido legalmente en España, si la separación de papá y mamá en lugar de una fórmula convencional y absurda hubiera sido un hecho sancionado por la costumbre y por la ley, ¿qué habría tenido de particular que Clara y él se casaran de nuevo y que yo conviviese con ambos junto al tabique de la misma alcoba? Si para que todo esto pudiera suceder no se oponía más que un obstáculo legal, un convencionalismo legal, ¿qué importancia tenía moralmente que el obstáculo se venciera y se llegase a la solución de la fórmula humana por el único camino que era dable emprender? Si papá y mamá no habían de hacer las paces; si, a juzgar por todos los indicios, la reconciliación era dificilísima, por no decir imposible, ¿qué traición ni qué ofensa, ni qué daño podía existir para mi madre con que Clara y papá se quisieran? Papá no había de volver a Madrid. Clara era una mujer independiente y libre. Ni siquiera le ataba la preocupación del porvenir, porque bien claro me dijo muchas veces que conocía demasiado la grosería de los hombres para cometer la torpeza de dejarse prender en otro matrimonio. Y aun me había dicho más: me había dicho que si huyó de París para sustraerse al riesgo de una debilidad con su antiguo marido no era porque su virtud fuese tan férrea que la llevase al horror de tener un amante, sino porque este amante era precisamente el ex marido, el mismo marido, la prolongación del mismo

matrimonio sin ninguna ventaja y con todos los inconvenientes.

—Créame usted, hijita de mi alma—me decía cuando hablábamos de estas cosas—, que no hay nada peor que las segundas partes. Si algún día quiere usted a un hombre y riñe usted con él, por mucho que le quiera, no se le ocurra jamás hacer las paces. Dicen los fumadores que cuando un cigarro se apaga y se vuelve a encender sabe muy mal. Pues lo mismo ocurre con el amor: cuando un amor se apaga no hay más remedio que tirarle y que encender otro.

Pues bien; si no era ciertamente la rigidez de su virtud lo que impedía a Clara desoír los requerimientos de mi padre, ¿por qué le rechazaba? ¿Es que no le juzgaba digno de ella? ¿Es que le parecía poco? ¿Es que esperaba encontrar otro que valiera más? Estas suposiciones me contristaban mucho por lo que tenían de ofensivas y de menospreciables para el pobre papá. No le conoce—me decía—; si ella le conociera no pensaría así. ¡Si ella le conociese! ¡Qué pena no poder demostrárselo! ¡Qué lástima no poder ser yo misma quien la convenciese de su equivocación!

Sé que todo esto es profundamente inmoral. Lo sé, lo reconozco. Ahora que después de haber pasado lo considero en frío, siento vergüenza de mí misma y no logro explicarme qué ráfaga de insensatez se metió en mi cabeza para llenarla de tan desatinados pensamientos. Lo cierto es que aquellos días yo pensaba así. Y si lo pensaba, ¿por qué no he de decirlo? ¿No son estas páginas como una confesión? Pues en la confesión hay que decirlo todo, lo bueno y lo malo, lo que nos realce y lo que nos denigre. Me he

propuesto ser absolutamente sincera. Si no lo fuese, ¿por qué ni para qué escribiría estos cuadernos?

Llegamos a Florencia con el propósito de estar unos diez días, y llevábamos diez y nueve sin que ninguno de los tres, papá, Clara ni yo, demostráramos la menor impaciencia por abandonarla. Es más: diríase que por una misteriosa telepatía los tres habíamos llegado al acuerdo tácito de no hablar del asunto. Pero como es irremediable que todo tenga término, al cabo sobrevino el instante de afrontar la cuestión. La planteó papá en la sobremesa de un almuerzo.

—¿Piensa usted permanecer todavía mucho tiempo aquí?—preguntó encarándose con Clara, y con un tono tal de indiferencia que se hubiera dicho que le tenía sin cuidado.

Clara, a quien la pregunta cogió desprevenida, se desconcertó un poco.

—¡Oh, Dios mío, no sé...! No tengo nada decidido aún. ¿Es que se van ustedes?

—Mañana.

—¡Tan pronto!

—Pronto, no; todo lo contrario; llevamos aquí mucho más tiempo del que nos proponíamos. Hace ya una semana que deberíamos estar en Venecia. ¿Verdad, hija mía?

—Sí—dije yo—, es verdad; ese era el propósito. ¡Pero se estaba aquí tan bien...! ¡Es tan hermoso esto...!

—¡Qué lástima que se vayan ustedes!—suspiró Clara.

—Anímese usted—le repuso papá—; véngase con nosotros.

—No puedo, no es posible; me perturbaría todo el itinerario. Me propongo, en efecto, ir a Venecia; pero mucho más tarde, a fines de septiembre, cuando ya seguramente ustedes no estarán. Antes tengo que ir a Bolonia y a Padua.

—Va usted a la vuelta. ¿Qué más le da a usted? No sea usted niña; anímese. Venecia en esta época está deliciosísima, porque todavía se coge la temporada veraniega del Lido, que es una de las playas más hermosas del mundo. Está usted con nosotros en Venecia; al regreso la dejamos en Padua, y nosotros seguimos a Milán.

—No sé, no sé...; no me decido. Déjenme ustedes que lo reflexione. A la noche les contestaré.

Papá no se atrevió a insistir. Pero yo sí. En cuanto nos quedamos solas, subí al cuarto con Clara, la cogí por mi cuenta, y yo no sé qué le diría, cuáles serían las razones que se me ocurrieron, qué fuerza de persuasión pondría en mis palabras, que no me dejó acabar.

—Es usted una criatura encantadora—me dijo prendiéndome del talle—. Tiene usted un modo de pedir las cosas, que no hay manera de negarle a usted nada. Lo que usted quiera; todo lo que usted quiera...

Me dió tal alegría convencerla tan pronto, que, sin poderme contener, la estrujé entre mis brazos y la llené de besos. Ella se me quedó mirando, un poco sorprendida. Súbitamente cambió de expresión, se puso seria, se mordió los labios y me dijo:

—¿Quiere usted que salgamos?

—Lo que usted diga.

—Sí..., vámonos a la calle. Hágame el favor de ponerse el sombrero.

Me empujó suavemente hacia el pasillo y cerró la puerta.

Toda la tarde la encontré muy triste y muy preocupada. No hacía más que suspirar y pasarse la mano por la frente, como si le doliese la cabeza. A pesar de eso, estuvo afectuosísima conmigo. Me llevó en auto a Le Cascine; me invitó a tomar una taza de te; por última vez recorrimos las joyerías del Puente Viejo, y, a pesar de todas mis protestas, se empeñó en que aceptase una sortija y un bolsillo de piel, uno de esos bolsillos de cuero labrado tan lindos y tan elegantes, delicadísima expresión del arte florentino. Yo, a mi vez, le regalé un alfilerito de pecho, un águila de oro con las alas extendidas y una esmeralda en el pico. Lo aceptó muy reconocida y me aseguró que siempre lo llevaría puesto.

Al día siguiente nos fuimos a Venecia.

De todas las emociones del viaje, la más intensa, la más fuerte, la que mejor conservo grabada en la memoria es la entrada en Venecia. De otras cosas me acuerdo mal o no me acuerdo; pero ésta la tengo tan presente, que con cerrar los ojos la revivo como si la estuviera viendo todavía. Era casi de noche cuando llegábamos a Mestre, la postrera estación de tierra firme, una noche estival, serena y clara, sin una nube en el cielo ni una mancha en todo el horizonte que rompiera la uniformidad de la llanura; ni un árbol, ni una casa, ni un pájaro...; nada más que la llanura inmensa, tan borrosa, tan gris bajo las som-

bras del crepúsculo, que no se sabía si era tierra, si era cielo o si era mar. Se respiraba el aire salitroso y húmedo. Hacía frío.

Estuvimos en Mestre parados mucho tiempo. Luego el tren echó a andar con lentitud desesperante porque estaban arreglando la vía tendida sobre el puente, un puente de cuatro kilómetros de largo, todo él de mármol de Istria, según nos dijo papá. Esta misma lentitud en la marcha acrecentaba la impaciencia y nos hacía, por lo menos a mí, abrir los ojos para sondear entre las sombras la silueta de la ciudad, que a medida que nos aproximábamos iba surgiendo como si brotase de las aguas dormidas llenas de reflejos, todas salpicadas de puntitos brillantes y lucecitas de colores. De pronto la entrada en la estación, una estación como todas las estaciones, con sus andenes, su techumbre de hierro y su trajín ciudadano y vulgar. Luego un pasillo, una puerta, una calle mitad calle mitad muelle, unas escalinatas de piedra que descendían hasta el agua y en ellas atracadas unas góndolas negras.

Clara de Bassigny, al verlas, no pudo reprimir un gesto de contrariedad y de disgusto.

—¡Cómo! ¿Hay que meterse ahí dentro?

—Naturalmente.

—Yo no me meto ahí.

Papá se echó a reír.

—¡Pero, señora!

—Yo no me embarco. ¿No hay otro medio de locomoción? ¿No se puede ir por tierra?

—Como poder sí se puede; pero tardaríamos un siglo. Habría que ir a pie; llegaría usted rendida, destrozada..., sabe Dios a qué hora...

—Es que yo en cuanto me embarco me mareo de una manera horrible.

El intérprete del hotel intervino:

—No tenga usted cuidado, señora. En la góndola es imposible marearse. No tiene movimiento ninguno.

—¿Usted me garantiza que esto no... se mueve?

—En absoluto.

—¿Ni hay peligro de que dé la vuelta?

—Nunca se ha dado el caso.

—Bueno, si usted me lo asegura y no hay otro remedio... ¡qué le vamos a hacer...!, vamos allá.

Con grandes precauciones, aceptando la mano que gentilmente le ofreció papá, saltó dentro de la góndola y se acomodó sobre los negros almohadones. Yo me senté a su lado, papá detrás, en la popa, junto al gondolero, y el intérprete delante, muy gallardo dentro de su levita azul y su gorra galoneada de oro. La góndola comenzó a deslizarse con una suavidad que tranquilizó completamente a Clara.

—¿Va usted a gusto?

—Muy bien.

—¿Se pasó el miedo?

—Sí; se va pasando; pero ¡qué triste es esto!

Verdaderamente era muy triste. Encallejonado el canal entre la doble hilera de edificios que emergían del agua, sin más claridad que las llamitas vacilantes de algunos faroles del alumbrado público que titilaban temblando sobre la tersa superficie, todo aparecía a nuestro alrededor sumido en sombras, en sombras y en silencio, un silencio profundo, el silencio más deprimente y más abrumador que he sentido en mi vida. El canal iba torciendo, y nosotros con él;

cuando faltaba ya muy poco para doblar por completo la curva, asomó la luna sobre los tejados y lo llenó todo de blanca claridad. Fué como el efecto sorprendente de un telón de teatro que se descorre. Inundadas de luz surgieron las fachadas, se recortaron los balcones, reverberaron los cristales, brillaron los mármoles de las escaleras y todo el canal se llenó de reflejos, de puntitos dorados, de irisaciones nacaradas, de estelas luminosas que se prolongaban hasta la lejanía en un largo trémolo seguido y palpitante. El agua se hizo más cristalina, más transparente, más diáfana, el reflejo más limpio, tan limpio que al inclinarnos sobre la borda parecía que íbamos navegando por un lago de ensueño en cuyo fondo durmiera una ciudad encantada. Luego apareció un puente, un puente muy extraño de un solo ojo, con la parte de arriba iluminada por el vivo resplandor de unas tiendas instaladas en él, bajo unos arcos, y una gran balaustrada de mármoles por entre cuyos barrotes se veía a la muchedumbre que bajaba y subía.

—El puente de Rialto—dijo papá.

En seguida el canal se ensanchaba; los edificios eran más suntuosos, las fachadas más bellas, la arquitectura más afiligranada, más frecuentes los palacios y las iglesias. Bañadas por la blanca claridad de la luna, se recortaban en el cielo los picos puntiagudos de las torres, las aristas graciosas de los campaniles. De trecho en trecho surgía como un obscuro callejón sin salida un canal estrechísimo, en donde el agua aprisionada y negra parecía estancarse. Cuando menos lo esperábamos, la góndola viró en redondo y se metió por uno de estos callejones obscuros. Y por él seguimos no sé cuánto rato doblando esquinas,

serpenteando curvas, pasando bajo puentes, rozando los zócalos húmedos de las casas, pegándonos a ellos para dejar libre paso a otras góndolas tan negras, tan tristes y tan silenciosas como la nuestra. Luego otra vez desembocamos en el Gran Canal; la góndola bordeó la orilla y se detuvo ante las escaleras de una hermosa terraza que daba acceso a un hall. El intérprete se encaró con Clara:

—El Gran Hotel, señora. Hemos llegado.

Decir que la característica peculiar de Venecia, que su encanto más grande estriba en que Venecia no se parece a nada, podrá ser una vulgaridad; pero, ciertamente, no es una tontería. Venecia es única. No hay más que ella en el mundo. Gustará o no gustará—hablo de los profanos, de los que van a ella con el alma limpia, ayunos de arte, de arqueología y de literatura, sin más prejuicios que los asteriscos del Baedeker—; pero es inútil buscarla analogías ni aventurarse a establecer comparaciones. A mí me pareció maravillosa... para vista una vez. Una vez vista considero imposible que nadie la recuerde sin emocionarse; pero vivir en ella toda la vida, para siempre..., ¡qué horror! Si me obligaran a ello, me moriría de pena antes de los tres meses. Venecia es la ciudad más triste que he visto. Y, sin embargo, al mismo tiempo la más romántica y la más hechicera. Venecia es una ciudad de ensueño y de melancolía, para poetas y para enamorados, la más propicia para exaltar los soliloquios de un alma apasionada, o para saborear los íntimos deleites de una luna de miel.

A mí Venecia me da la impresión de una ciudad

inconsistente. Todo en ella parece inconsistente, frágil, quebradizo; sus industrias, encajes y cristal; sus góndolas que apenas rozan con el centro de la quilla en el agua; las escaleras de mármol desgastadas y carcomidas por el constante batir de las ondas; los puentes que unen los canalillos; las torres tan audazmente altas; los campaniles tan prodigiosamente esbeltos; hasta la arquitectura, tan afiligranada, tan calada, tan delicadamente trabajada que es la piedra un tejido sutil, todo da la impresión de que se va a romper, a saltar, a desmenuzarse y a hundirse. Todo parece artificioso, falso, provisional. Hay momentos en que uno se pregunta si verdaderamente la ciudad existe, si no será todo una decoración de cartón piedra y escayola improvisada por una poderosa Empresa de espectáculos para impresionar una película.

Los exquisitos literaturizantes se indignan mucho contra los rebaños carneriles de Kook y demás caterva del excursionismo internacional que vienen, o venimos, a profanar con nuestra torpe curiosidad plebeya el santo reposo de estas piedras augustas consagradas por la Historia y divinizadas por la Poesía. Aparte de que si ahondáramos un poco, sería posible que los verdaderos profanadores no sean precisamente los turistas, ¡si no fuera por los turistas, qué sería de esta pobre ciudad!

Una mañana Clara y yo nos perdimos—¿quién no se ha perdido en Venecia?—; nos perdimos del modo más estúpido, buscando un embarcadero, que debía de estar a veinte metros de nosotras. Nos metimos en un laberinto de callejones, y cuanto más los recorríamos más nos desorientábamos. Al cabo tuvimos que recurrir a un transeunte. El hombre, muy amable y muy

fino, quiso llevar su galantería hasta el extremo de acompañarnos en persona.

—Dite a la mamma che aspette, che io torno subito —indicó a una chiquilla que le acompañaba; y echó a andar con nosotras para indicarnos el camino.

En una jerigonza muy pintoresca, mezcla de italiano, veneciano, castellano y francés, el hombre, para hacer más ameno el trayecto, o quizá llevado de su natural charlatán y expansivo, nos fué hablando de la situación lamentable de la ciudad en los días luctuosos y amargos de la guerra, cuando los cañones tronaban en el Veneto y los aeroplanos pasaban estremeciendo el aire con el zumbido de sus motores. El temor a las bombas despobló la ciudad; la gente huía aterrada; los monumentos fueron cubiertos con andamios y otros medios de defensa para resguardarlos de posibles ataques y las obras de arte trasladadas al interior de la península.

—¡Si hubieran ustedes visto, mis bellas señoras— nos decía—, qué aspecto de desolación y de tristeza presentaba esta hermosa ciudad con las calles desiertas, las luces apagadas, las góndolas dormidas en los embarcaderos de los canales silenciosos! Ni un ruido, ni un rumor, ni un transeunte... No tienen ustedes idea de nada más triste.

Yo me lo imaginaba. Sugestionada por la descripción, me representaba a Venecia tal y conforme nuestro acompañante la había visto, como debía de ser aquellos días: los hoteles cerrados, los palacios a obscuras, los vaporetos atracados en los muelles, los canales sin tráfico; la joya bizantina de la basílica cubierta de andamiaje, desmontados los caballos de bronce, resguardadas las cúpulas. Me imaginaba la

Piazzetta vacía; la inmensa plaza de San Marcos, con sus millares de palomas correteando por las losas sin tener quien les ofreciera un grano de maíz; los soportales, solos; los cafés, desiertos; los comercios, sin público; toda la triste desolación de la ciudad sin gente. Yo no concibo a Venecia sin gente. Si alguna ciudad hay en el mundo que necesite el trajín constantemente renovado del cosmopolitismo trashumante, no ya en su aspecto utilitario y financiero, sino incluso en el decorativo, esa ciudad es Venecia. Para los artistas, para los arqueólogos, para los emotivos dannunzianos y los apasionados de Ruskin, Venecia podrá ser la basílica, el Palacio Ducal, los tesoros artísticos encerrados en los cien joyeles de sus templos y sus pinacotecas; mas para nosotros los profanos, Venecia es la Piazzetta, el Gran Canal y el Lido. Y sobre todo la plaza de San Marcos. ¡Oh!, la maravillosa plaza de San Marcos con su basílica y sus palomas y su reloj y su campanile, y sus tres mástiles enhiestos y las cruces labradas de sus cinco cúpulas y el sol que cae a raudales y la techumbre inmensa de su cielo intensamente azul. Qué alegre en las horas luminosas de la mañana cuando los chiquillos van a dar de comer a las palomas y a extasiarse mirando cómo en el reloj los Reyes Magos saludan a la Virgen. Qué linda y qué poética en los rosados tintes de la tarde, y qué hermosa y qué animadísima después en plena noche, bajo el esplendoroso chaparrón de luz de los arcos voltaicos, con todos los comercios abiertos, los escaparates encendidos, los soportales atestados de gente, los cafés llenos, en cada café una orquesta, un sexteto, un terceto, por lo menos un piano y un violín, y todos tocando

al mismo tiempo, todo el mundo hablando, todos los dependientes de las tiendas deteniendo al transeunte e invitándole a entrar.

—Pasen, señoras y señores, pasen, sin compromiso. No es necesario comprar nada. Nos consideramos suficientemente honrados con que se dignen visitar la tienda.

En Venecia la gente es muy amable. Yo no sé si esta amabilidad alcanzará también al sexo masculino, mas en lo que a nosotras se refiere, por experiencia puedo atestiguarlo. Los venecianos son modelos de galantería. En Venecia, lo mismo que en España, el culto a la mujer se exterioriza en medio de la calle. No es posible andar diez pasos sin escuchar un requiebro.

—Como en Madrid—observó Clara el primer día que salimos solas.

—Verdad; como en Madrid.

Como en Madrid, en efecto, los hombres asaetean a las mujeres con miradas ardientemente codiciosas; como en Madrid, se detienen ante los escaparates para verlas pasar; como en Madrid, las siguen conquistadores y presuntuosos.

—Convenga usted conmigo—le decía yo a Clara— en que esto es muy molesto.

—¿Molesto? No, ¿por qué?—Clara me respondía—. A mí no me molesta. Yo no veo ofensa ninguna en el requiebro cuando el requiebro es culto; al contrario, me agrada; me parece la expansión natural de un deseo perfectamente humano; la exteriorización respetuosa de un sentimiento ingenuo y espontáneo de

franca admiración. Casi estoy por decirle que esto me reconcilia con los italianos. Yo me he llevado en Italia un chasco tremendo. Había oído hablar tanto de la vehemencia amorosa de las gentes de este país, de sus pasiones arrebatadas y violentas, de su romántica exaltación sentimental, que, la verdad, me imaginaba Italia un puro idilio, un jardín delicioso de amor y voluptuosidad, en el que sólo se oían besos y suspiros, balbuceos apasionados y palabras ardientes; un país de aventuras, citas, escalas de seda, mandolinas y serenatas. Y bien: ¿ha visto usted algo de esto en ninguna parte en todo el tiempo que llevamos viajando? Porque yo no lo he visto. Yo no he encontrado hasta ahora ni una sola pareja que no transite por la calle dentro de la corrección más exquisita. Lo mismo en Roma que en Florencia, en el Pincio que en Le Cascine, la mayoría de los novios van muy circunspectos bajo la mirada vigilante de una grave señora formal. ¡Pero si apenas se ven enamorados! ¡Si no hay parejas! ¡Si hasta los soldados pasean solos! ¿Quiere usted hacer el favor de decirme en dónde se esconde el amor en Italia, suponiendo que exista, porque yo incluso empiezo ya a dudar de si en efecto existe? Aparentemente al menos, Italia se me antoja el país más honesto y más casto del orbe. Yo no conozco ninguna nación en la cual el amor se exteriorice menos. No hablemos ya de Alemania, en donde el desenfreno sensual adquiere en público caracteres de verdadero escándalo. Yo he estado en Berlín, antes de la guerra, naturalmente, y le aseguro a usted que era un bochorno ver cómo las gentes se acariciaban en medio de la calle, en los cafés, en las cervecerías, en los paseos públicos. Por todas partes besos, suspi-

ros, frases entrecortadas, achuchones, retozos... Qué alamedas aquellas de Tiergarten. Qué bancos aquellos de la cuesta de Meetilstein. ¡Pues y en Holanda! ¿Usted no ha estado nunca en Holanda? En Holanda el erotismo raya en la locura. No tiene usted idea de nada más tremendo que un domingo por las calles de Utrecht, de La Haya o de Rotterdam. En París, con ser París, con toda la fama escandalosa de París, los amantes van por la calle cogiditos del brazo o, a lo sumo, prendidos del talle, pero siempre prudentes y tranquilos. Alguna que otra vez sorprende usted una frase demasiado expresiva, el crepitar de un beso, el ademán furtivo de una caricia rápida, pero nada más. En Holanda lo que desconcierta es el desenfreno desagarrado de la multitud, la algarabía escandalosa de centenares de parejas que a la vista de todo el mundo chillan, ríen, se abrazan, se besan, juegan y retozan, como si esto de amarse fuera la cosa más natural del mundo. Yo, que no me asusto de nada, le aseguro a usted que el espectáculo es demasiado fuerte. En cambio aquí, si de algo hay que admirarse es, precisamente, de todo lo contrario. Aquí no pasa nada. Por ninguna parte se vislumbra el amor. En esta misma Venecia, tan romántica, tan poética, tan soñadora, tan propicia al misterio y a la galantería, ¿ha visto usted nada que se parezca a una aventura...? Hasta las mismas góndolas. ¿Puede haber nada en el mundo más bello que amarse en la camareta de una góndola? ¿No parecen las góndolas construídas exclusivamente para esto? Pues siempre que dentro de una góndola vea usted a una mujer y a un hombre juntos puede usted asegurar que son dos extranjeros. ¡Ay, qué desencanto, qué desencanto tan te-

rrible en esto del amor me ha hecho sufrir Italia!

—Cualquiera pensaría oyéndola a usted hablar que es usted la que echa de menos personalmente la aventura.

—¡Qué locura...! Por Dios, no diga usted eso. Afortunada o desgraciadamente hace mucho tiempo que estoy a salvo de semejantes fantasías.

—De estas cosas no se puede hablar.

—Yo sí puedo hablar. No obstante mi carácter expansivo y alegre, soy en el fondo una mujer muy seria y muy equilibrada. Ya lo verá usted si, como sospecho, seguimos siendo amigas.

—No es necesario aguardar tanto. Desde que la conocí la tuve en ese concepto.

—¿De veras?

—¡Cómo no!

—Pues ya que la conversación se ha suscitado, dígame con entera sinceridad: ¿qué piensa usted de mí?

—¿Qué quiere usted que piense? Que es usted una señora muy agradable, muy simpática, muy inteligente, muy chic... Y usted, ¿qué piensa de mí?

—¿De usted...? ¿No se ofenderá si hablo sinceramente? Pues..., la verdad, de usted no he formado todavía concepto definitivo. Unas veces creo que es usted una criatura inocentísima, una chiquilla angelical; otras me parece usted una mujer muy peligrosa.

—¿Peligrosa? ¿Yo...? ¡Qué gracioso! ¿Por qué?

—¡Qué sé yo...! Tiene usted un modo de mirar..., una manera de decir las cosas...

—Ah, ¿sí? Pues le aseguro a usted que hasta ahora no me había enterado.

—Es posible.

—Pero ya que usted me lo advierte procuraré enmendarme.

—No, por Dios, no haga usted eso. Sería una hipocresía, y además, se expondría a perder con ello su mayor encanto.

—Pero, en cambio, tendré la garantía de que no me juzgue usted mal.

—No la juzgo a usted de ninguna manera.

—Acaba usted de decirme ahora mismo...

—Haga cuenta de que no dije nada. ¿Quiere usted que tomemos una góndola?

—Lo que usted guste.

—No, lo que usted diga.

—Es usted la que ha de decidirlo.

—Yo decido lo que decida usted.

—¡De manera que ha de ser siempre lo que yo disponga!

—Esta tarde por lo menos, sí.

—Esta tarde y siempre. Usted no tiene voluntad.

—Con usted, no.

Tomamos la góndola en el embarcadero de los Esclavones, una góndola nueva, por lo menos recién restaurada, acabadita de pintar, con los dorados muy brillantes y las púas de la proa relucientes como un rastrillo de plata. Yo creo que era la góndola más linda de Venecia. Por eso la elegimos. Por eso, y porque en vez de un batelero, como suele llevar la mayoría, aquella llevaba dos, dos mocetones altos, muy apuestos, como son casi todos. Desde el primer día que llegué a Venecia me llamó la atención la gentil apostura de los gondoleros. Casi todos son altos, bue-

nos mozos. Yo no sé si es la raza o si lo da el oficio. El oficio, desde luego, es muy duro. Por ligera que parezca la góndola, al cabo de un rato de navegación se los ve a los pobres cansados, sudorosos y jadeantes. Da pena. Y qué admirablemente manejan la góndola; con qué seguridad la conducen; qué bien enfilan los ojos de los puentes, con qué precisión doblan los esquinazos. Veinte metros antes de llegar a la esquina lanzan un grito agudo: *Oheeeeé...*, hacen una pausa, y luego: *¡Sia premi!*—dicen—. Otra voz les contesta desde lejos y en el mismo tono: *¡Sia di lungo!* Estas voces extrañas, en la soledad de los canales tienen, sobre todo de noche, una poesía intraducible.

Tomamos, como digo, la góndola en la Ribera de los Esclavones, y les dijimos a los gondoleros que nos llevaran por donde ellos creyeran que podía ser la excursión más agradable. Nos contestaron que comenzaríamos por bordear la Giudecca y San Giorgio Maggiore. Era una tarde deliciosa; una de esas tardes de fines de verano maravillosamente limpias. La laguna se dilataba despejada y azul. Tenía el agua una diafanidad imponderable.

Tendidas en el fondo de la camareta, resguardadas como dentro de un coche por los paños de las cortinillas, estuvimos yo no sé cuánto tiempo calladas, absortas y sobrecogidas por la hermosura del paisaje.

—¡Qué lindo es todo esto!

—Es ideal. Yo creo que no hay nada que se le parezca...

—¿Se acuerda usted qué ridícula estuve la noche que llegué...? ¡Qué miedo me dió entrar en la góndola! Ahora, en cambio, si me dejaran no saldría de

ella. No conozco medio más cómodo de locomoción. ¡Qué bien se va, qué a gusto, qué suave...! ¡Qué misterioso es todo esto, qué discreto, qué íntimo...! Le repito lo que antes le dije. Me parece que estas góndolas, más que para viajar, se han construído exclusivamente para amarse. ¿No cree usted que debe de ser una cosa deliciosa amarse aquí dentro? Vamos, con franqueza, dígame usted: si en lugar de una mujer fuera yo un hombre, o viceversa, ¿no sería esta excursión deliciosísima?

—¡Qué se yo! Según como se mire. Puede que si eso sucediera no fuéramos usted ni yo tan tranquilas como vamos ahora.

—¿Ha tenido usted muchos novios, María Eugenia?

—Ninguno.

—¡Cómo...! ¿Es posible? ¿No ha querido usted a ningún hombre? ¿Es que no le interesan a usted los hombres?

—Al contrario; puede usted estar segura de que es lo único que me interesa.

—Entonces...

—Es que las cosas no han venido así.

—Sin embargo, usted misma me ha referido que en Madrid ha hecho mucho tiempo vida de sociedad.

—En efecto.

—Y en todo ese tiempo, ¿no encontró usted ninguno que le interesara?

—Ah..., eso ya es otra cosa.

—Luego ha tenido usted novio.

—No fué novio.

—¿Qué fué, pues? Cuéntemelo. Sospecho que debe ser algo muy interesante. Estoy intrigadísima. Me tiene usted ya muerta de curiosidad.

—Pues nada; no tiene nada de particular. Es una cosa vulgarísima. Verá usted.

Y le referí mi aventura del Día de la Flor. Clara me escuchó muy atenta, sin desviar un momento sus ojos de los míos. De cuando en cuando me hacía una pregunta para dilucidar un concepto que encontraba dudoso o ratificar una frase que no había oído bien. Al terminar me dijo:

—Pero esto que usted me ha contado es una aventura encantadora, un idilio precioso... ¡Qué cosa más bonita! ¡Pero cómo rompió usted, criatura! ¿Qué temores le asaltaron, si no era más que un flirt, un flirt deliciosísimo...? Si el flirt no compromete a nada. A nada, a nada, no ponga usted ese gesto. Y si no, vamos a analizarlo. Si yo he entendido bien, aquel hombre no pretendía de usted nada absolutamente que no fuera decoroso ni digno. Me parece que estas han sido hasta las mismas frases que usted ha empleado. ¿No es eso?

—Eso es.

—Perfectamente; quedamos en que aquel hombre no se propasó nunca, que no se extralimitó en lo más mínimo, que siempre se mantuvo dentro de la corrección más exquisita y del respeto más escrupuloso. Ni siquiera—usted misma lo ha reconocido—, ni siquiera le hablaba a usted de amor, de amor, naturalmente, en el sentido expreso y terminante de aspirar a un compromiso de reciprocidad. Quiero decir que en ningún momento llegó a hacerle lo que llamamos una declaración. ¿Es verdad?

—Es verdad.

—Pues entonces, criatura, ¿qué le asustaba a usted? ¿Qué hallaba usted de vituperable y de arriesga-

do en mantener el idílico encanto de aquella intimidad tan deliciosa?

—Era un hombre casado.

—¿Y qué? ¿Qué le importaba a usted que fuera o no fuera casado? ¿Es que existe algún código social ni moral que vede a las muchachas solteras conversar con los hombres casados? ¿Es que los hombres casados, sólo por el hecho de casarse y desde el momento en que se casan han de renunciar a la amistad de todas las solteras? No; no era eso. Lo que ocurrió, sencillamente, fué que usted tuvo miedo de interesar demasiado su corazón en una aventura que, decorosamente, honestamente, se le antojaba que no podía tener finalidad ninguna. Las mujeres solteras somos—digo «somos» porque yo también lo he sido—de un egoísmo feroz y de un positivismo lamentable. Para una soltera, un hombre que no pueda ofrecer la garantía, cuanto más inmediata mejor, de un matrimonio conveniente, es un elemento peligroso con el cual no se debe convivir, ni siquiera alternar. Para las mujeres solteras la amistad con los hombres no es un fin, sino un medio, un medio para llegar al matrimonio, que es el único fin. Cualquier hombre que no lleve a esta finalidad es un obstáculo que se cruza en el camino de la mujer, un entorpecimiento que si no llega a desviar su marcha por lo menos la paraliza. Tan cierto es esto que, cuando llega el caso, todo el mundo lo sintetiza en una frase: «Estás perdiendo el tiempo.» Para las mujeres solteras, el tesoro del tiempo es más preciado que para todos los hombres de negocios. No hay que perder el tiempo, porque *time is money*. Lo que a usted le ocurrió fué, como antes le he dicho, que tuvo usted miedo de malgas-

tar inútilmente el tiempo en una empresa sin finalidad. Y esta fué la tremenda equivocación: supeditar a la ilusión de una dicha quimérica la realidad palpitante de una dicha presente. ¿Cree usted, hija mía de mi vida, que por grande que sea la felicidad que le otorgue un marido volverá usted a revivir aquellos momentos inefables de deleite espiritual que gozó usted en los íntimos coloquios de aquel flirt encantador? ¡Jamás, jamás, jamás! No lo sueñe usted. Hombres como el que usted me ha descrito sólo hay uno por cada mil de los que se tropieza una en la vida. Los hallará usted más vehementes, más apasionados, incluso que la quieran más de veras, pero del modo como aquél la quería es muy difícil que lo vuelva a encontrar. Aquel hombre sentía por usted algo que quizá no fuese amor precisamente, pero que era más fuerte que el amor, más fuerte aún que el deseo, porque no era siquiera el deseo de usted, sino el deseo del deseo de usted. Por muy dichosa que fuese usted escuchándole, aunque llegara usted al arrobamiento del éxtasis, la felicidad de él era mucho más grande, infinitamente más grande todavía, porque era la delectación del deleite de usted. Estas delicias, saboreadas con el refinamiento de un amor desinteresado, nítidamente puro, son emociones de una intensidad soberana que sólo consiguen paladear los exquisitos, los privilegiados, aquellos cuya potencialidad de idealismo es tan grande que han podido fundamentar con ella toda la base de su vida interior.

¿Qué poseemos de una persona sino las emociones que nos da? Y de todas las emociones que de una persona podemos recibir, cuál es la más intensa, la más fuerte, la que de manera más honda con-

mueve nuestro ser, la que mejor nos aisla del contacto molesto con las convivencias cotidianas: ¿es la emoción grosera y tosca de la caricia sexual? No; eso no vale nada. Eso no es emoción en el sentido noble de la palabra; a lo sumo es una sensación placentera, todo lo agradable que a usted se le antoje, pero que no supera a ninguna de las satisfacciones fisiológicas de las demás necesidades instintivas. La prueba de que no vale nada es que podemos obtenerla en el instante que lo deseemos. Depende de nosotros; está a nuestro arbitrio satisfacerla o denegarla. Basta para ello despojarse del sentimiento del pudor y del freno de la virtud. ¿Qué hombre, por insensible y temperado que parezca, será capaz de rehuir las insinuaciones de una mujer bonita? Pero la emoción psíquica, puramente psíquica, producida por lo que podríamos llamar *caricias de lenguaje,* esa emoción espiritual tan exquisita y tan intensa que llega a veces hasta dejar paralizada toda la actividad de la vida interior y a asumir el espíritu en las delicias del arrobamiento, esa no basta quererla recibir, es necesario encontrar quien la dé. Y todavía es necesario más: es necesario llegar a una compenetración tan estrecha y tan íntima de pensamientos y de sentimientos, a una identidad tan absoluta en el modo de ser, que las emociones del uno sean como movimientos vibratorios que al repercutir en el otro produzcan en él, de manera automática, otra emoción exactamente igual.

—Muy bien; todo eso está muy bien—le dije yo en cuanto hizo una pausa y me dejó un resquicio para hablar a mi vez—. Supongamos que estoy absolutamente conforme con todo lo que usted ha dicho so-

bre las excelencias del flirt y que desde luego acepto y reconozco la superioridad indiscutible de la emoción espiritual sobre todos los restantes medios de conexión íntima que pueden existir entre un hombre y una mujer. De lo que no podrá usted convencerme es de que el flirt es inofensivo, de que, como usted dice, no compromete a nada.

—A nada; a nada. ¿A qué puede comprometer?

—En primer lugar compromete la reputación. Un flirt mantenido con la asiduidad perseverante que es requisito imprescindible para sostenerlo, no puede conseguirse sin que la suspicacia de las gentes lo interpreten de modo malicioso. Las gentes no suelen entender de compenetraciones espirituales ni de sublimidades idealistas. Pero con ser esto ya grave es lo que menos importancia tiene. Lo peligroso, lo verdaderamente peligroso del flirt es que en el flirt se arriesga el corazón. ¡Y todavía dice usted que no puede comprometer a nada! Pues puede comprometer nada menos que la felicidad. ¿Le parece a usted poco?

—No, no, de ninguna manera; usted lo juzga así porque no logra sustraerse al prejuicio de ver en el flirt una segunda finalidad.

—Es que si esa doble finalidad no existe, por mucho que usted quiera idealizarle y sublimarle siempre resultará un placer incompleto.

—¿Y qué placer hay completo en la vida? ¿Cree usted que hasta la misma posesión de la persona amada es una felicidad absoluta y completa?

—No lo sé; mas por lo menos me parece que eso sí tiene una finalidad.

—Es usted demasiado carnal. Me da pena, se lo digo sinceramente, me da mucha pena que sea usted así.

Me molestó la suspicacia.

—Perdone usted; no es eso—le dije—. O usted no me ha entendido o yo no tengo la fortuna de expresarme bien. ¡Cómo voy a decir que encuentro preferible a la emoción intensa del espíritu la sensación de una caricia material si hasta el momento la desconozco en absoluto! ¡Cómo voy a hablar de memoria ni qué valor tendría en este punto una aseveración mía! No; no es eso. Lo que yo digo, o por lo menos lo que quiero decir, es que la posesión de una persona responde a un objetivo natural, a la necesidad de satisfacer un deseo; es el resultado de una serie de aspiraciones amorosas perfectamente humanas; mientras que el flirt es una lucubración artificiosa, un refinamiento alambicado del espíritu en pugna con las leyes de la Naturaleza. Aparte de que no creo tampoco que sea tan desinteresado, tan inofensivo, ni tan puro como a primera vista pudiera suponerse. Si la caricia espiritual, como usted la llama, llega a producir en nosotros esos estados deliciosísimos de arrobamiento que tanto a usted le encantan, es porque la exaltación sentimental agudizada provoca por reflejo una sensación física, un deleite voluptuoso, exclusivamente carnal.

—¿De veras le sucede a usted eso?

—Creo que le sucede a todo el mundo.

—A todo el mundo que sea como usted.

—Y como usted.

—¿Por qué supone que a mí también?

—Porque si no lo fuera no hablaría de ello con tanta exaltación.

—Es usted muy sutil.

—Soy franca nada más.

—Pues bien, sí; supongamos que sí. Supongamos que, en efecto, yo quiero el flirt por la sensación voluptuosa que me produce. Pues aunque así sea, reconozca usted conmigo que esta voluptuosidad es la más exquisita, la más excelsa de todas las voluptuosidades posibles. Convenga usted conmigo en que por lo menos sólo es asequible a los espíritus verdaderamente refinados.

—Eso usted lo sabrá mejor que yo. Para mí todavía no ha llegado el momento de establecer comparaciones.

—Pues yo le digo a usted que no hay ninguna, así, ninguna, absolutamente ninguna que pueda equipparársela en intensidad ni en delicia. Se lo aseguro... por experiencia. Es más—prosiguió exaltándose, acercándose a mí, prendiéndome del talle, acercando sus labios a mi oído y en voz tan baja que casi no la oía—, la prueba concluyente de la exquisitez de esta voluptuosidad, de su esencia ideológica, de su emancipación de la grosería carnal—emancipación, claro es, relativa, nada más que hasta el límite en que la voluptuosidad puede diferenciarse de la sensualidad –está en que sólo exige un requisito indispensable: la compenetración espiritual. Todo lo demás es accesorio e indiferente; no importa nada; ni la edad, ni el estado, ni el sexo... O si no dígame con franqueza, con la leal sinceridad con que siempre me habla: esta conversación que estamos sosteniendo, ¿qué otra cosa es en el fondo más que un flirt, un verdadero flirt, un flirt deliciosísimo de una exquisita y refinada voluptuosidad? Para que esta exquisitez haya podido subsistir incólume desde el comienzo de la conversación ha sido indispensable que ni por un momento

se detuviera usted a pensar que usted es una mujer y que yo soy otra mujer. En cuanto usted lo piense ya no hay flirt; ya no hay idealidad; no hay más que una grosería repugnante y odiosa, indigna de usted y de mí. Por eso no lo piensa usted, como no lo pienso yo tampoco. En este instante estamos las dos completamente desligadas de toda atadura carnal y sensual; no hay entre nosotras más que la satisfacción espiritual de sabernos mutuamente compenetradas. No hay nada que nos turbe, que nos alarme ni que nos avergüence. Estamos seguras de nosotras mismas... Absolutamente. ¿No es cierto, María Eugenia, que a usted no le ofende esta conversación? ¿No es verdad que, por el contrario, encuentra usted en ella una exquisitez deliciosísima, que la está usted, como yo, saboreando con una refinada voluptuosidad? ¿No es verdad, María Eugenia, que en este instante es usted muy dichosa?

Yo no sé en aquel momento lo que por mí pasó. No sé si fué la sugestión de sus palabras, la placidez serena de la tarde, el silencio solemne que nos envolvía, interrumpido sólo por el suave murmullo de los remos; la emoción del paisaje; la soledad del sitio; el perfume de los jardines—toda la Giudecca es un puro jardín—mezclado con el olor intensamente acre, ya demasiado fuerte, de la marea que empezaba a bajar; el misterio del camarín, discretamente recatado por las cortinas de merino negro; el suave balanceo de la góndola... Yo no sé lo que fué. Lo que sé es que le dije:

—¡Muy dichosa!

Y ella me contestó en voz baja, tan baja que apenas la entendí:

—Y yo... Y yo también.

Y después de eso ya no hablamos más. Enlazadas del talle, con los hombros juntos, estuvimos mucho tiempo calladas, no sé si por cobardía de decir lo que verdaderamente sentíamos o porque no encontrábamos palabras para traducir nuestra emoción. Era casi de noche. Apagado el incendio del crepúsculo, las aguas de la laguna habían perdido toda su transparencia; era como si navegásemos sobre un mar de tinta salpicado de pequeños reflejos, de sutiles estelas luminosas que dejaban tras sí los vapores que tornaban del Lido. Bruscamente se levantó una ráfaga de aire. Sentimos frío y les dijimos a los gondoleros que nos volviesen a Venecia.

Los gondoleros no nos hicieron caso. Fué necesario repetir la orden, y tampoco esta segunda vez nos atendieron. Los dos seguían bogando indiferentes, como si no nos hubieran oído. Clara los increpó:

—Pero ¿adónde vamos? ¿Adónde nos queréis llevar? ¿Qué camino es este?

—Vamos a Murano, señora.

—¿A Murano? ¿A qué?

—A ver las fábricas de cristal. Son interesantísimas. Seguramente les agradará mucho a las señoras.

—No es hora ya de ver ninguna fábrica. No tenemos interés por ver fábricas. Lo que queremos es ir a la otra orilla, que nos llevéis a la Piazzetta.

—¡Pero señora!

—He dicho que a la Piazzetta!

—Bien, bien; no se disguste la señora. Ahora mismo.

Viró lentamente la góndola en amplio semicírculo;

pero en vez de continuar hacia la izquierda torció otra vez y siguió remontando el canal.

—¡Pero adónde vamos!

—¡A la Piazzetta, señora!

—¿Por aquí? Nadie lo diría.

—Es que no podemos ir derechamente; no hay más remedio que bordear el camino que señalan los mástiles. ¿No ve la señora que está descendiendo la marea y podríamos tocar en un bajo?

Clara no se atrevió a insistir. Realmente podía ser verdad. Bajo la luz difusa del ocaso se veía surgir entre las aguas montoncitos de arena como islas diminutas. La góndola bogaba lentamente casi rozando los mástiles pintados de colores. En uno de ellos se alzaba una capillita con una lamparilla encerrada en un fanal emplomado. El pálido reflejo rielaba en el agua con una larga y temblorosa estela. Pero el rodeo se iba haciendo demasiado largo, el silencio cada vez más imponente, la obscuridad más medrosa, la soledad más inquietante. Sin darme cuenta levanté la cabeza para mirar al gondolero y le vi en la proa con la cara vuelta hacia nosotras y sus ojos clavados en los nuestros. No grité porque el miedo no me dejó gritar, pero instintivamente me apreté contra Clara y le cogí las manos.

—¡Ay, Clara de mi alma, estamos perdidas! ¡Qué va a ser de nosotras!

—¡Por Dios, cállese usted—me contestó muy bajo—; no hable, que es peor! En estos trances hay que tener mucha serenidad... Sobre todo serenidad... Domínese usted..., tranquilícese usted.

Ella estaba tan asustada como yo; se había puesto muy pálida, tenía heladas las manos, y a través de la

tela de mi falda sentía en mi carne el tiritar de su rodilla.

Por fortuna, en este momento la góndola hizo una larga curva y en seguida enfiló rectamente la orilla deseada. Cuando por fin arribamos al Molo y atracamos en la Piazzetta y me vi segura en las escalinatas, no pude contener un suspiro:

—¡Ay, Clara de mi vida, qué susto he pasado!

—Y yo.

—Hubo un momento en que me vi por completo a merced de esos hombres.

—Y yo.

—¿De modo que también usted ha tenido miedo?

—Yo tenía miedo por usted.

—¿Por usted no?

—Por usted sobre todo. Para mí, a última hora hubiera significado un incidente... muy desagradable, pero nada más que un incidente. En cambio para usted..., ¡usted a merced de esos bárbaros...! ¡Pobre hija de mi alma! ¡Pobrecita mía!

A la mañana siguiente Clara no bajó al comedor. La camarera a quien pregunté, extrañada de no haberla visto, me contestó que la señora había dispuesto que le sirviesen el almuerzo en su cuarto porque se encontraba algo enferma. Como era natural, subí a verla en seguida. La encontré sentada en un sillón pegada a la ventana, envuelta en un abrigo y entretenida en mirar, a través de los cristales, las aguas del Canal.

—¿Qué es eso? ¿Qué le sucede a usted?

—No sé; he pasado una noche muy mala, muy

desazonada, muy inquieta. Sospecho que debo de haber tenido un poquito de fiebre.

—A ver...—le cogí las manos y se las estreché. Las encontré normales de temperatura. Se lo dije—. Yo creo que no. Por lo menos en este momento no tiene usted fiebre, ni tan siquiera destemplanza.

—Ahora puede que no...

—¿A que va a resultar que es usted una aprensiva?

—No, bien sabe Dios que no. No lo fuí nunca. Es que esta noche me he sentido muy mal, tan mal que la verdad, llegué a preocuparme. Se habla tanto de la insalubridad de Venecia...: que si el siroco, que si los canales..., que las fiebres palúdicas, que la peste... Ya sabe usted que muchos veranos hay cólera en Venecia... Me daría muchísima pena ponerme enferma aquí.

—No diga usted esas cosas, ¡qué horror! ¡Quién piensa en ello! Ea, vístase y vámonos a dar una vuelta, que está la tarde deliciosa.

—No, no, perdóneme; no me atrevo...; de veras, no me encuentro bien.

—Pero, ¿qué siente usted?

—Me duele mucho la cabeza.

—Puede que con el aire se le despeje.

—No, no, de verdad; no tengo gana de salir.

—Bien; como usted quiera.

Cogí una butaquita y la arrastré hacia la ventana en donde estaba ella, con el propósito de sentarme a su lado. Clara protestó dulcemente:

—¿Qué va usted a hacer?

—Nada; ¿qué quiere usted que haga? Quedarme con usted.

—No, no, de ninguna manera..., muchas gracias.

—¿No quiere usted que le haga compañía?

—¡Qué cosas dice! Todo lo contrario. Ya sabe usted que sí.

—Entonces...

—Es que me violenta que por mí sacrifique una tarde tan hermosa, que se prive usted de salir.

—No es sacrificio. Además, aunque lo fuera, usted en mi caso haría exactamente igual.

—Claro que sí.

—¿Ve usted?

—De todos modos me violenta mucho.

—¿Por qué? ¿Qué más da? Yo no tengo interés en salir. Aunque saliéramos, ¿qué haríamos? ¿Aburrirnos un rato por las calles? ¿Sentarnos en la terraza de un café de San Marcos? ¿Llegarnos una vez más al Lido? Para eso bien estamos aquí, ¿no es verdad?

—Lo que usted quiera. Ya sabe usted que yo hago siempre todo lo que usted quiera.

Acabé de arrimar la butaquita y me senté enfrente de Clara. Toda la tarde la pasamos charlando prendidas en la trama de una de esas largas conversaciones amistosas, triviales y anodinas que pueden seguirse impunemente con el pensamiento puesto en otra cosa y la seguridad de que por ello no ha de incurrirse en la incorrección de una descortesía. Ni un equívoco, ni una malicia, ni un atrevimiento, ni una frase de doble sentido, ni una alusión siquiera a los incidentes de la tarde anterior; nada que no fuese absolutamente irreprochable. ¿Es que estaba, como yo, arrepentida de lo sucedido? ¿Es que se sentía, como yo, avergonzada y pesarosa de su debilidad y su vehemencia? ¿Es que quería que fuese yo la que se insinuase? ¿Es que esperaba que partiese de mí la ini-

ciativa? ¿Qué clase de mujer era aquélla? ¿Cuál su intención y cuál su sentimiento? ¿Era buena? ¿Era mala? ¿O por el contrario era la mala yo, únicamente yo la mala y la perversa? No sé. Ella hablaba, hablaba, y yo entre tanto la miraba a los ojos somnolientos y tristes hundidos en los surcos de dos ojeras acardenaladas. La miraba con el ansia ardiente de saber lo que tras ellos se escondía. Y una de las veces me dijo:

—No me mire usted así.

—¿Por qué?

—No sé; no sé...; tiene usted un modo de mirar que perturba.

Me molestó la frase.

—Es la segunda vez que me dice usted eso, y no comprendo por qué me lo dice. Le agradecería mucho que no insistiera en ello. Sepa usted de una vez para siempre que yo no acostumbro a mirar a las mujeres más que como debe mirárselas.

Se puso toda encendida y me contestó balbuciendo:

—Perdóneme usted si la he ofendido.

—No me ha ofendido usted; pero me ha molestado.

—De nuevo le pido a usted perdón. ¿Me perdona usted?

Y como yo callara insistió muy humilde:

—¿No me perdona usted?

—Sí.

—Gracias.

Hubo un silencio largo. Declinaba la tarde. Frente a la ventana los rayos oblicuos de sol incendiaban el campanile de San Giorgio. Ennoblecidas por la altura llegaban las notas de una orquesta ambulante

que a bordo de una barca se había detenido a tocar ante la terraza del hotel una música triste, llena de dulzura y de melancolía. Dentro de la habitación apenas había luz. Clara no había vuelto a despegar los labios. Conmovida por su silencio me atreví a alzar los ojos para mirarla y me encontré con los suyos clavados en los míos. Al ver que la miraba los bajó en seguida, y al bajarlos se le escapó una lágrima.

—¡Clara!

No me contestó. Yo insistí:

—¡Clara!

—¿Qué?

—¿Por qué llora usted?

Ella dió un suspiro muy hondo; se mordió los labios, inclinó la cabeza, se llevó el pañuelo a los ojos y no me respondió. Yo le cogí las manos.

—Clara, Clara...

—Déjeme usted.

—¿Pero por qué llora? ¿Es por lo que le dije? Pues perdóneme usted. Ahora soy yo quien la pide perdón por haberla ofendido.

—No me ha ofendido usted. Con usted yo no puedo ofenderme. No es por eso.

—Entonces, ¿por qué?

—Por nada.

—Dígamelo...

—Si no estoy ofendida.

—¿Pues por qué llora?

—No lo sé.

Y como a pesar de todo seguía llorando le separé las manos de la cara, le sequé con mis dedos los párpados, le alisé los cabellos de las sienes y, sujeta así de las sienes, le dije:

—Ea, se acabó. Ya no se llora más. No quiero que usted llore.

Ella se me quedó mirando muy fija, muy fija. De pronto, como si mis ojos la hicieran daño, cerró los suyos, echó la cabeza hacia atrás y todo su cuerpo se crispó con una sacudida. En seguida se levantó de la butaca, y encendió la luz. Luego se aproximó al espejo del tocador; se arregló un poco el pelo todo alborotado y se dió polvos en la cara. Falta le hacía porque tenía las mejillas rojas como carbones encendidos. Yo, avergonzada y aturdida, me acerqué a la ventana y me puse a mirar por los cristales. Ninguna de las dos nos atrevíamos a hablar. Para romper la situación violenta le pregunté:

—¿Está usted mejor del dolor de cabeza?

—¡Psch...! Lo mismo. ¿Por qué?

—Porque si estuviera usted mejor podríamos bajar a la terraza a tomar una taza de te.

—No estoy vestida.

—Pues vístase usted.

Lo dije ingenuamente; pero al ver que ella vacilaba azorada y confusa, me di cuenta en el acto de mi ligereza y la quise enmendar.

—Sí, vístase usted. Yo me voy un momento a mi cuarto, que tengo también que arreglarme un poquito.

—Pero si usted está vestida.

—No importa; así la dejo a usted en mayor libertad.

—No, si es por eso, no... Quédese. Yo me arreglo en el cuarto de baño. Además termino en seguida Nada más que ponerme unos zapatos y cambiarme de traje.

Mientras ella se vestía me acerqué al tocador y me retoqué un poco. Me asombré de mi misma al verme las mejillas tan ardiendo y las pupilas tan brillantes. Clara salió en seguida. Al mirarse en la luna del armario para colocarse el sombrero no pudo reprimir una sonrisa de amargura.

—¡Cómo tengo los ojos...! ¡Qué barbaridad...! ¡Qué ojeras tan enormes!

Yo la tranquilicé:

—Está usted muy guapa.

Como si no me hubiera oído me indicó la puerta.

—¿Vamos?

—Como usted guste.

¿Por qué me complazco en el recuerdo de estas cosas? ¿Por qué me deleito escribiéndolas? ¿Por qué al analizarlas ahora en frío, libre del influjo de toda sugestión pecaminosa, no sólo no las rechaza la conciencia ofendida sino que, por el contrario, gozo al revivirlas la misma voluptuosidad embriagadora, exquisita y perversa que de tal modo trastornó mis sentidos y nubló mi cerebro? Si entonces pudo valerme la disculpa de una ofuscación momentánea, ahora que ya ha pasado y estoy sola sin otra sugestión que mis recuerdos, no puedo alegar en mi defensa ni tan siquiera la justificación de la ignorancia. Sé perfectamente todo lo innoble de mi proceder, todo lo abominable de mi conducta bochornosa. Me siento avergonzada de mí misma, y, sin embargo, estoy segura de que si cien veces las circunstancias me colocaran en el mismo caso, las cien veces volvería a conducirme de la misma manera. Lo confieso con ru-

bor, con vergüenza, con amargura, pero lo confieso. Y ni siquiera sé si esta amargura que siento al confesarlo es por la conmiseración que me produce el concepto despreciable de mi propia flaqueza o por el dolor de que el deseo no se satisfizo.

Porque no se satisfizo. Ni ella ni yo tuvimos el valor de decidirnos; a las dos nos faltó fuerza de voluntad para atrevernos; ninguna tuvo el arranque de la resolución definitiva. No sólo no provocamos el momento sino que rehuimos el momento, dificultamos la ocasión, la estorbamos, temerosas de verla llegar, las dos espantadas de nosotras mismas. ¿Fué verdaderamente falta de decisión? ¿Fué que en la terrible lucha interna que las dos sosteníamos al fin triunfaron los últimos esfuerzos cohibitivos y refrenadores con que se defendían la honradez y el decoro, la dignidad y la vergüenza? ¿Fué el temor intuitivo de que la grosería de la realidad mancillara el sueño delicioso de ventura tan voluptuosamente concebido? ¿Fué el presentimiento de que la separación tendría que ser mucho más dolorosa? Es ahora que todo ya está lejos como una pesadilla que se ha desvanecido y todavía me pregunto a solas qué es lo mejor que ha podido pasar.

¡Pobre Clara de Bassigny, con qué emoción recibió la noticia de nuestra marcha de Venecia! ¡Qué desconsuelo el suyo tan sincero y tan grande! ¡Qué dolorosa la postrera entrevista en la terraza inundada de sol mientras los mozos del hotel embarcaban los equipajes! ¡Qué triste se nos hizo a las dos el trayecto desde Venecia a Padua con el vagón colmado de viajeros, sin poder cambiar una palabra a solas, sin atrevernos a mirarnos siquiera, confusas y cohibidas

por la presencia de la gente! Llegamos a Padua a las doce del día y estuvimos en ella hasta la misma hora del siguiente, en que tomamos un nuevo tren para Bolonia. Ni a papá ni a mí Padua nos interesaba lo más mínimo; papá accedió a quedarse porque yo se lo supliqué poniendo por pretexto a San Antonio y yo—San Antonio bendito me lo perdone—porque era la única manera de poder estar junto a Clara algunas horas más.

Almorzamos en la terraza de un hotel próximo a la estación, muy mal por cierto; luego tomamos al azar un tranvía que nos condujo a las afueras; dimos un paseo por un jardín público y regresamos a pie por la misma calle que el tranvía nos trajo; una calle recta, llana, inacabable, larguísima, con amplios soportales a derecha e izquierda en toda su extensión. Cuando nos cansamos de andar tomamos un coche de alquiler y nos hicimos conducir al Santo. ¡Qué impresión tan deprimente la de Padua, qué triste desolación de ciudad muerta, de esas pobres ciudades dormidas en el reposo de la tradición y del pasado! Yo me acordé de Ávila. Las mismas calles solitarias, los mismos soportales vacíos, los mismos escudos heráldicos sobre las ojivas de las puertas, las mismas rejas en los pisos bajos, los mismos visillos que se alzan impertinentes y curiosos cada vez que se oye en las aceras pisar a un transeunte.

Papá no nos dejó en toda la tarde. Mundano como siempre, procuró con su charla interesante y amenísima compensar nuestro estado de depresión y de tristeza, que él tomó, como era natural, por aburrimiento y cansancio. El pobre estuvo con nosotras más atento que nunca. Cenamos pronto y nos acostamos tempra-

no. A la mañana siguiente, en cuanto nos sirvieron el desayuno nos llevó a la *Madonna dell'Arena* a contemplar los frescos de Giotto, el prodigioso *Juicio final,* que papá juzga muy por encima del de Miguel Ángel. Volvimos al hotel, almorzamos y como la distancia era corta nos encaminamos a pie a la estación para tomar el tren. Clara se quedó en Bolonia y papá y yo seguimos a Milán.

¿Diré que a partir de Bolonia el resto del viaje careció para mí en absoluto de interés? Ni Milán con su bullicio de gran ciudad moderna, la maravilla de su Duomo, el espectáculo desconsolador de *La Cena,* de Vinci; la elegante suntuosidad de la galería Vittorio Emmanuele, toda llena de luz; ni Turin, en donde pasamos un día; ni París, donde estuvimos cuatro, lograron distraerme ni aliviarme de la obsesión tenaz del recuerdo de Clara. En París le pedí a papá que me dejara convivir con él, por lo menos pasar el invierno a su lado. Apuré súplicas, razones, argumentos, lágrimas y caricias. Llegué a conmoverle, pero no le convencí. Muy cariñoso, muy emocionado, me hizo ver la imposibilidad de complacerme en el momento y me rogó que tuviese paciencia, que aguardara unos meses, nada más que unos meses, los precisos para consolidar en París su situación definitiva. Y a pesar de todas mis protestas me volvió a traer al colegio.

Y aquí estoy otra vez. Nada ha cambiado. Todo está igual que el día que salí. La única novedad que concretamente pudiera afectarme es que la directora me ha pasado a *mayores,* en pago de mi buen com-

portamiento en el curso anterior. La decisión, ¿por qué voy a negarlo?, me ha satisfecho mucho, más que por vanidad, sería ridículo que a estas alturas sintiera vanidad de estas cosas, porque al fin las mayores, con todos sus defectos, son realmente las únicas con las cuales se puede convivir y alternar. Conmigo han ascendido algunas de mis antiguas compañeras, entre ellas Louisette, que, dicho sea entre paréntesis, ha vuelto más bonita que nunca. Los dos meses de vacaciones en pleno Pirineo le han sentado maravillosamente. Representa lo menos diez y nueve años. A su lado parece que soy yo quien tiene quince. Medio en broma, medio en serio, la primera tarde que en el recreo conseguimos charlar un rato a solas le pregunté cómo marchaban sus amores con Clementina. Se puso muy grave y me dijo que todo eso había definitivamente terminado.

—¿Habéis reñido?—le pregunté intrigada—. ¿Por qué?

—Nada, no hemos reñido. Sin reñir. Pero comprenderás que ya no puede ser. Soy una grande. Ahora debo ser yo la que me elija mi préférée.

—¡Ah...! ¿Y a quién vas a elegir?

—Pues no sé; ya veremos. Por lo pronto habrás visto que entre las medianas las hay este año muy bonitas. Hay dos o tres verdaderas preciosidades.

—Hija, la verdad; no me he fijado.

—Pues fíjate, porque vale la pena.

No me pienso fijar. Me tienen sin cuidado las medianas. Y las mayores. No hay en todo el colegio una sola mujer que me interese. Como el año pasado, me asquean y repugnan estas intimidades infantiles, amasijo complejo de perversidad y de inocencia. De

veras; me repugnan. ¿Parece asombroso que lo diga yo? Pues lo digo, y si lo pudiera probar lo probaría. Claro es que si alguien que estuviera enterado de lo que me ha ocurrido oyera de pronto esta rotunda afirmación se quedaría pasmado, y lo menos que de mí pensaría es que soy una hipócrita redomada. Yo, que me conozco mejor que los demás, sé que nunca he sido más sincera. Cuanto más escudriño el fondo de mi alma, más convencida estoy de la verdad de lo que digo. Pero entonces, ¿qué fué lo que sentí por Clara? Si no fué esto que antes me repugnaba y que otra vez, sólo el pensarlo, me repugna de nuevo, ¿qué es lo que pudo ser? No pretendo atenuar mi culpa, pero quiero explicármela, conocer las razones de esta incomprensible contradicción mía. Que yo he querido a Clara de una manera innoble; que he sentido por ella una pasión indigna y vergonzosa, no lo puedo negar. Ahora bien; esta pasión, ¿qué origen tuvo?, ¿cómo creció?, ¿en qué se cimentaba? Desde luego puedo afirmar rotundamente que no reconoció por causa la atracción material de los encantos físicos. Clara, como mujer, no me interesó nunca; estéticamente nunca me dijo nada ni a la imaginación ni a los sentidos. No encontré en ella ningún atractivo especial que la diferenciase de las demás mujeres. Morena en vez de rubia, más gruesa o más delgada, más fea o más bonita, el resultado hubiera sido el mismo. Yo no me apasioné de la mujer bonita, ni siquiera de la mujer; mi amor fué asexual, completa y absolutamente asexual. Si en vez de una mujer hubiera sido un hombre me hubiera apasionado lo mismo; no, lo mismo no; muchísimo más; ¿quién puede dudar de eso? Si se prescinde de la cuestión del sexo, ¿qué di-

ferencia fundamental puede existir entre mi flirt con Clara y mi flirt con Fernando? «¡Ah!—se me dirá— eso no; de ninguna manera; precisamente lo que no se puede aceptar es la premisa. ¿Cómo se va a prescindir de la cuestión del sexo?» Mas a esto yo respondo: «¡Cómo no se ha de poder! ¡Pues ya lo creo!» Fernando era un hombre; mas para el caso, aquilatando el asunto desde el punto de vista de mi situación de señorita honrada, tan imposible o más imposible que cualquiera mujer desde el momento en que estaba casado. Y, sin embargo, yo no me preocupé de ello; cuando, loca de voluptuosidad, me embriagaba en la delicia de sus conversaciones, yo no pensaba en si era o no era libre, yo no veía si era joven o viejo, yo no podría decir si me gustó físicamente. Reñí con él cuando me enteré que era casado, mas no por un impulso recriminador de mi conciencia, que en este terreno no me reprochó nada, ni yo la sentí sublevarse ofendida, sino por miedo a los demás, por temor de que los demás interpretasen de manera villana la pureza de nuestras intenciones. Yo, por mi gusto, habría seguido con él no sé hasta cuándo... indefinidamente. Y es que Fernando, para mí, no era un hombre, era un amor, el Amor, y un amor así, tal como yo lo siento y lo concibo, es exclusivamente cerebral y, como cerebral, no tiene sexo. Encarnado en una persona, ¿qué más da que se llame Clara o se llame Fernando?

Sutilezas—me arguye la razón implacable—. Todo eso no son más que sutilezas. Hasta aquí lo único cierto, lo verdaderamente indiscutible es que si entonces te condujiste mal, ahora has obrado muchisimo peor.

Pasan los días, y ni la actividad de los estudios reanudados, ni la vida agitada del colegio, ni las charlas con las compañeras, consiguen distraerme de mis preocupaciones. Sólo en el recreo de la tarde, cuando un corro de amigas sentadas en los bancos de madera alrededor de mí me piden que les cuente impresiones de mi viaje—era lo único que me faltaba para consolidar mi prestigio—logro aliviar un poco la tristeza con la evocación de los recuerdos gratos y el aturdimiento de mis propias palabras. Nada más. Después, cuando a solas se sobreponen los recuerdos tristes, otra vez vuelvo a reconcentrarme ensimismada y deprimida. Me abstraigo de tal modo en el bullicio de mis pensamientos, que hay instantes en que no me entero de nada. Una de estas mañanas, en clase de Geometría, la profesora me llamó dos veces y no la contesté. Fué preciso que la compañera de al lado me diese con el codo para que saliese de mi abstracción y levantara la cabeza. Y es que en aquel momento me encontraba Dios sabe a cuántos kilómetros de la clase de Geometría.

Y esto no puede ser. Es imposible que esto continúe. Voy a caer enferma. Me voy a volver loca. Cada día que pasa me encuentro peor. Duermo muy mal. Me despierto nerviosa, sobresaltada, inquieta, con una opresión en el pecho y unas palpitaciones en el corazón que me asustan. He consultado al médico; el médico me ha hecho un reconocimiento muy detenido, y después de tranquilizarme asegurando en firme que no tengo nada, me ha preguntado si en mi familia hay algún artrítico; le he dicho que papá se queja mucho de dolores cuando cambia el tiempo;

en vista de eso, me ha recetado unos sellos de no sé qué y no ha vuelto a ocuparse de mí.

No obstante lo que el médico diga, yo me siento cada vez más desasosegada. El ruido más pequeño me sobrecoge y me estremece; la emoción más ligera me impresiona hasta el punto de que en seguida el pulso se me altera y se me llenan de lágrimas los ojos. He tenido que dejar de tocar el piano, porque en cuanto pongo los dedos en las teclas me entra un desfallecimiento y una angustia tan grandes, que estoy segura de que, si siguiera, rompería a llorar. En cuanto es de noche no puedo andar sola por los pasillos, porque me da miedo, un miedo ridículo y pueril de no sé qué... Todo esto no es natural. Yo, por lo menos, no lo he sentido nunca. He tenido en mi vida, como todo el mundo, momentos de contrariedad y de tristeza, disgustos grandes; sin ir más lejos cuando el año pasado me trajeron aquí; pero era otra cosa, no era esto. Yo entonces sentía pena, una pena muy honda, ¿cómo no?; mas una pena franca, una pena que más que pena era protesta, rabia, rebeldía, coraje; no esta resignación mansa y callada que me deprime ahora, esta laxitud aplanante que me deja aniquilada para todo. Y lo peor es que no tengo ni la más remota esperanza de que la situación se modifique; no se me alcanza por dónde puede llegar el remedio que la solucione. Por no saber, ni tan siquiera sé lo que deseo. Sé que me falta algo, que echo de menos algo, que hay dentro de mí un vacío muy grande, una necesidad imperiosa que satisfacer; pero concretamente no puedo puntualizar qué necesidad sea. Porque Clara no es. Por muy obsesionante que su recuerdo me persiga, estoy segura de que en

el momento actual de mi estado de ánimo, más que aliviar mi situación, me la complicaría. ¿No ha sido ella la que ha tenido la culpa de todo? ¿Quién si no ella ha sido la causante de cuanto me sucede? Ella, únicamente ella. Yo vivía dichosa en la ignorante diafanidad de mi inocencia. ¡Qué sabía yo, infeliz de mí, de sublimidades idealistas ni de complejidades psicológicas! Ella y sólo ella fué la que rasgó el velo que cubría mis ojos y puso en tensión las cuerdas de mis nervios, y despertó en las alas hasta entonces inservibles e inútiles de mi fantasía, de mi pobrecita fantasía, que estaba encogida y temblorosa como un pichón en el nido, el ansia de volar por los países maravillosos de la voluptuosidad y del deleite. ¡Qué sabía yo de todas estas cosas! ¡Cómo hubiera podido atisbar que existían si ella, con sus exquisitos refinamientos, no me hubiera iniciado! Por eso, y a pesar de todo, no solamente no la guardo rencor, sino que la perdono todo el mal que me ha hecho. Cierto que le debo el dolor de haber perdido mi tranquilidad y mi sosiego; pero también le debo la gracia de haber abierto mis ojos a la felicidad. Ya me lo advirtió ella en el andén de la estación de Padua en un momento que nos quedamos solas. Yo le decía: «Sabe Dios si nos veremos más. Es posible que no volvamos a encontrarnos nunca.» Y ella me contestó: «¡Quién puede decir eso! Y además, ¡qué importa! Aunque no volvamos a vernos, usted siempre se acordará de mí. Yo podría decirle a usted como a Jorge Brandes le escribía Nietzche en una de sus últimas cartas, ya en las fronteras de la locura: «Desde que me has descubierto no es ninguna maravilla encontrarme. Lo difícil ahora es perderme.» Entonces no supe descifrar

el sentido de aquellas palabras. Ahora, sólo ahora es cuando verdaderamente he comprendido lo que querían decir.

Pero todo esto no corrige mi situación ni remedia mis males. Con lamentarme no consigo nada, como no sea acrecentar mi pena. ¡Si al menos pudiera desahogarme, si tuviera con quién! ¡Si yo encontrara un alma comprensiva a quien hacer partícipe de mis intimidades! Pero si no la hay. Aparte de que no soy materia propicia para cierta clase de confesiones—creo que antes desnudaría mi cuerpo que mi alma—, es que aquí no la hay. Yo al menos no vislumbro ninguna, no descubro una sola que me ofrezca en su trato la garantía de inteligencia y sensibilidad que necesitaría para ello. Tan abatida estoy, tan aplanada, que incluso he llegado a pensar hasta qué punto podría convenirme en los momentos actuales dejarme llevar por la costumbre y aceptar uno de estos pequeños idilios que en el colegio son moneda corriente. Conozco lo bastante a estas chiquillas para estar segura de que un idilio de este género no compromete a nada. Todas lo juzgarían natural, y a mí es posible que me sirviese de entretenimiento. No obstante, cuantas veces he sentido la tentación la he rechazado. Hay algo dentro de mí que se subleva y me repugna. No puede ser. Yo estas cosas en frío no las puedo aceptar.

Hay entre las medianas una chiquilla encantadora que hace ocho días me está haciendo el amor. Tendrá quince o diez y seis años y es un primor, un cromo, una preciosidad. No creo que haya en todo el colegio otra más bonita. Mis compañeras, que lo han advertido, me felicitan picarescas y un si es no es en-

vidiosas por mi buena fortuna. Louisette ha llegado a decirme:

—Vamos, que no te quejarás. ¡Hay que ver qué suerte la tuya! Te vas a llevar lo mejorcito del colegio. Pero date prisa. Mira que te lo digo por tu bien. Te estás descuidando, y como te descuides te la quito.

—Pues para ti—le he contestado yo—. Te la regalo.

—¡Cómo! ¿Es posible que no te guste?

—No, hija; no me gusta.

—Entonces, ¿cuál te gusta?

—No me gusta ninguna. A mí no me gustan las mujeres.

Entre tanto la pobre Cristina—mi enamorada se llama Cristina—, ignorante de mi falta de sensibilidad, o quién sabe si exaltada por mi indiferencia, no hace más que seguirme a todos lados, suspirar cada vez que la miro y lanzarme a su vez unas miradas capaces de ablandar una peña. Una de estas mañanas la encontré en medio del corredor de la capilla. Ella, que indudablemente me estaba acechando, al verme dió un gritito y vino hacia mí, toda trémula y toda palpitante:

—¡Señorita...!, ¡señorita...!, ¿tiene usted la bondad de escucharme un momento? Tengo necesidad de decirle una cosa...

Fué a cogerme las manos; pero yo, que observé el ademán, levanté las mías y la contuve:

—No, por Dios, ¡nada de declaraciones...! Ridiculeces, no.

Tengo mi diario abandonado por completo. Hace cerca de un mes que no escribo una línea. Cristina

me tiene embargada. Entre buscar combinaciones para entrevistarme con ella, leer sus cartas y escribir las mías, no me quedan diez minutos libres para dedicarme a mis asuntos. Es asombroso lo que perturban estas tonterías. Porque no hay que decir que es una tontería, sin trascendencia de ninguna clase. Me he lanzado a ella porque tengo la plena convicción de que no arriesgo nada ni me puede comprometer a nada; después, porque la pobre chica se quedó tan aturdida con mi desplante, que se echó a llorar y me dió mucha pena; por un poquito también de curiosidad malsana, y, sobre todo, por la necesidad apremiante que tenía de buscarme un entretenimiento que me distrajera de mis cavilaciones. Lo último, tengo que confesar que lo he logrado plenamente, acaso con más éxito del que yo misma esperaba. Cristina me divierte muchísimo. Es una chiquilla ingenua, sentimental, buenísima—sé que se dice bonísima, pero yo no lo escribiré nunca, porque fonéticamente me parece muy feo—, buenísima, de una inocencia y un candor verdaderamente angelicales. La pobrecita me quiere con locura, con la misma ceguedad inmaculada con que podría querer a su ama seca o a su hermana mayor. Algunas veces, viéndola tan sencilla y, sin embargo, tan apasionada, he sentido la tentación perversa de despertar su imaginación, haciéndole entrever los paraísos deliciosos de la voluptuosidad y del deseo; pero aparte de que sería un crimen perturbar a esta criatura, me falta para ello lo que Clara llamaría el «exquisito refinamiento», la indispensable «potencialidad de idealismo» para sugestionarla y autosugestionarme. Tendría que comenzar por exaltarme antes yo misma, y esto, aunque quisie-

ra, no lo podría lograr. A pesar de todos sus encantos, la pobre Cristina no me interesa nada, ni sentimental, ni física, ni siquiera espiritualmente. Reconozco que es muy linda, muy linda, bonitísima, una preciosidad, mas para mí como si fuese una muñeca. No me inspira otra cosa. ¿Y yo a ella? Pues... no lo sé. Ayer tarde, con toda su candorosa ingenuidad, me desconcertó. Estábamos charlando en un pasillo, arrimadas a la pared, en la dulce penumbra de un cortinón caído. Cristina me tenía sujetas las manos, y me decía:

—Parece mentira que en todo el tiempo que hace que nos queremos no me hayas dado un beso todavía. ¿Es que no te gusto?

—Sí, mi vida, ¡ya lo creo!, ¿no me has de gustar?

—Entonces dámele.

—Tómale, amor mío.

La estreché en mis brazos y la besé. En este momento se abrieron las cortinas y apareció en el hueco sor Laurencia de la Consolación. Cristina ahogó un grito y echó a correr. Yo me quedé toda paralizada. Sor Laurencia me cogió de la mano y me llevó a una clase; allí, solas las dos, junto al chouberski, me habló largo rato con dulces y suaves recriminaciones, que me llegaron al alma y me llenaron de confusión y de vergüenza. Me dió tanta vergüenza que ni siquiera intenté defenderme. No acerté a sincerarme. No supe qué decir. Me eché a llorar, y este llanto mío fué para sor Laurencia la prueba decisiva de mi completa culpabilidad.

Esta mañana me ha llamado la directora.

—¿Hace muchos días que no tiene usted carta de su padre?

Súbitamente he sentido en el corazón la sacudida dolorosa de un presentimiento:

—¿Qué sucede? ¿Por qué me dice usted eso? ¿Qué le ocurre a papá?

—Nada, hija mía; no se alarme usted. Tenemos noticias de que está un poco enfermo.

—¡Papá se ha muerto!—he dicho.

—No, no se ha muerto—me ha contestado la directora con un tono de sinceridad que por el momento me ha tranquilizado—. Está un poco enfermo nada más; pero quiere a usted verla.

—Yo también quiero verle en seguida.

—Sí, hija mía; le verá usted. Esta misma tarde se pondrá en camino. La acompañará a usted sor Laurencia de la Consolación.

Así termina el cuaderno tercero.

CUADERNO CUARTO

Hoy, 14 de marzo, hace un mes justo que abandoné la enfermería, en donde he estado cerca de tres semanas; diez y nueve días cabales, según la cuenta de Cristina, con unas fiebres tan altas que todo el mundo está maravillado de que las haya podido resistir. Ahora que ha pasado el peligro me cuentan que hubo una tarde en que llegué a tener cuarenta y dos grados y una décima. ¡Cómo no me habré muerto!

Salí de la cama hecha un esqueletito; se me doblaban las piernas, no me podía tener. Es ahora que llevo un mes convaleciente, que soy otra distinta, que he reflorido, como dice gráficamente sor Laurencia, y todavía me siento debilísima, sin fuerzas para nada. No puedo hacer nada. Bien es verdad que tampoco me dejan. Me han prohibido en absoluto que trabaje ni estudie. Como gracias a Dios el tiempo es muy hermoso, mientras las demás dan clase o están en el repaso, me hacen pasear por los reservados del parque acompañada de una hermana, generalmente sor Laurencia. En el recreo me reservan el sitio preferente, donde no haya corrientes de aire, en donde no se sienta humedad ni frío, adonde llegue acariciador y benigno el último rayito de sol. En lugar del banco me hacen sentar en un sillón de

mimbre, me traen una banqueta para los pies y una almohadita para que esté más blanda. Todo el mundo en el colegio se ha portado muy bien conmigo; la directora, las hermanas, las celadoras, todas las compañeras, todas..., todas... A todas les estoy reconocidísima. Todas se han conducido conmigo maravillosamente.

Tengo muchas ganas de ponerme buena, pero no sé cuándo será porque voy muy despacio. La otra mañana en el recreo quise empezar una labor, una labor sencillísima de crochet de estambre, y lo tuve que dejar porque me mareaba. Hoy, haciendo un esfuerzo, he querido escribir... y no puedo. Se me va la vista. Me duele la cabeza... Me fatiga pensar... Estoy muy mala.

Bendito sea Dios, bendito sea el sol y bendita mil veces la santa Primavera, renovadora y magnificadora de la vida. Más que todos los reconstituyentes y potingues que me ha mandado el médico, creo que lo que verdaderamente me ha tonificado, reconfortado y puesto buena ha sido esta explosión maravillosa de auras tibias, chaparrones de sol, perfumes, trinos, luces y colores con que este año se ha vestido el cortejo esplendoroso de la Primavera. Qué bello está el jardín, qué limpio el cielo, qué transparente el aire, qué oloroso el ambiente, qué sensación tan sana en todas partes de juventud, de fuerza y de alegría. Yo misma estoy alegre como no he estado nunca, con una alegría natural que me sale de adentro, que parece que me llena las venas de vida, me ensancha los pulmones haciéndome beber a bocanadas la pureza del

aire y me tensa los nervios y los músculos con unas ganas locas de saltar y bailar, y mezclarme en la algarabía ruidosa de estas bandadas angelicales de pequeñas que van de un lado a otro con las falditas infladas por el viento y las madejas de los cabellos desatadas sobre los hombros. Por el marco rectangular de las ventanas, de par en par abiertas, de la clase en que escribo, las veo correr y llegan hasta mí los ecos jubilosos de sus gritos y sus carcajadas. ¡Qué envidia me dan!; quién tuviera sus años y se volviera como ellas, para correr con ellas sin más preocupación que el anhelo inconsciente de retozar y de reír.

Porque es el caso que, sea el que fuere el punto de vista desde el cual analice mi situación presente, nunca he tenido menos motivos que ahora para estar contenta. Aun suponiendo que este contentamiento no fuera más que físico, la satisfacción intuitiva por el bienestar material que me produce el hecho de sentirme buena, siempre resultaría que la vida es de un egoísmo feroz. A estas horas, moralmente al menos, yo debería de estar hecha pedazos, llorando a lágrima viva, como se debe de llorar cuando se tiene la convicción desoladora de lo irremediable. Por desgracia para mí, el Destino me ha señalado demasiado pronto la senda dolorosa que en lo sucesivo tendré que recorrer. No me puedo hacer ilusiones acerca del triste porvenir que me aguarda. Sé lo que me espera desde el siguiente día en que tenga que dejar el colegio. Colegio mío querido, colegio de mi alma, qué pena me da pensar en el día que tendré que dejarte.

No puedo seguir. Estoy llorando... No puedo seguir...

19 de junio. Esta mañana he estado en la capilla, en donde el cura del colegio ha dicho una misa por el alma del pobre papá. Hoy hace cuatro meses que murió. Casi todas las hermanas y todas, absolutamente todas mis compañeras de sección, sin faltar una, la han oído conmigo. Lo mismo hicieron el mes pasado. Como el mes pasado, la directora ha tenido la atención de autorizar a dos o tres, las que juzga más íntimas mías, para que en lugar de ir a clase me acompañen y no me dejen sola. Toda la mañana la hemos pasado juntas en el recreo, unas veces sentadas, otras paseando bajo la sombra grata de los árboles y siempre charlando de cien cosas diversas. Me han distraído mucho. Dios se lo pague a todas.

Esta tarde, con el pretexto de escribir una carta, he pedido permiso para subir un momento al estudio. Me le han dado y me he puesto a escribir, aunque no precisamente la carta. Cuando llevaba siete u ocho líneas ha entrado sor Laurencia, quedita y silenciosa, con esa sensación que da siempre, tan suya, de sutileza y de incorporeidad. Se ha acercado a mí, y apoyándose en el pupitre se ha puesto—cosa que me ha extrañado mucho porque no lo había hecho nunca—a hojear el cuaderno. Como está en castellano no ha entendido nada.

—¿Qué es esto que hace usted?

—Nada—le he contestado—; ejercicios de español para que no se me olvide.

Lo he dicho con un tono tan ingenuo de sinceridad que se ha dado por satisfecha. Se ha contentado con advertirme cariñosamente:

—De todos modos, ma fille, no se esfuerce usted mucho. Está usted todavía un poco débil.—Ha hecho una pausa y en seguida ha añadido: —Sin embargo, si quiere usted seguir...

—No, no...; no tengo interés.

—¿De veras?

—De verdad.

—Entonces, ¿no le molesta que hablemos un ratito?

—¡Por Dios, sor Laurencia...! No diga eso... Ya sabe usted que no.

—Bien; entonces hablemos.

Se ha sentado a mi lado, y con su voz suave, persuasiva y dulce, ha ido encauzando hábilmente la conversación hasta venir a preguntarme qué propósitos tengo para las próximas vacaciones.

—Pues no lo sé—le he contestado con absoluta lealtad—. ¡Qué plan voy a tener, pobre de mí! Lo que quiera mi madre.

—¿Usted tiene interés en ir este verano con su madre?

—¿Yo...? Ninguno.

—Preferiría quedarse con nosotras, ¿verdad?

—Cien mil veces. De eso no hay ni que hablar. Pero si, como parece lo natural, mamá viene a buscarme...

—Podría suceder que no viniera.

—¿Por qué dice usted eso? ¿Es que ha escrito mi madre a la directora...? ¿Es que ha insinuado ella algo en este sentido?

—No, no; hasta ahora, no.

—Entonces...

—Como tuvieron ustedes aquella escena tan violenta..., como se encuentran en esta situación tan tirante..., pues... es posible que ella tampoco tenga gran

interés en verla a usted...; digo yo..., esto no es más que una hipotética suposición mía...

—No, no; no es eso; hay algo más. Usted sabe algo más. Dígamelo.

Sor Laurencia se ha puesto toda encendida y ha bajado los ojos ruborosa y confusa. Sor Laurencia no puede mentir. Es un sacrificio superior a sus fuerzas. Como en este terreno la conozco, he insistido:

—¿Por qué no me lo quiere usted decir?

—Bien; se lo diré a usted todo; todo... lo poquito que sé. La directora la quiere a usted muchísimo y está muy preocupada con la situación de usted.

—La directora ¿sabe...?

—Lo sabe todo.

—Se lo contaría usted...

—Naturalmente. Nosotras se lo contamos todo.

—Nunca me ha dicho nada.

—La directora es muy inteligente y muy discreta. ¿Qué le iba a usted a decir? Pero ella conoce bien la situación delicada de usted y está enterada de ella mejor que yo, acaso mejor que usted misma. Por eso quizá, no obstante la gravedad de usted, tuvo el enorme valor de arriesgarse a no llamar a su madre para que viniese. Tal vez juzgó que su presencia, más que de alivio y de consuelo, pudiera ser para usted peligrosa complicación. Fué para ella un caso de tremenda responsabilidad que resolvió con un acto de fe. Dios quiso oírla y calmar sus zozobras concediéndole a usted la vida y la salud, que todas considerábamos perdidas, y por eso, aun desapareciendo el peligro, no sólo no hizo la menor indicación para que pasase usted la convalecencia fuera del colegio, sino que en todas las cartas a su madre se expresó siempre en el

mismo tono absolutamente tranquilizador. Dios, que lee en el fondo de las almas y conoce el alcance de nuestras intenciones, nos perdona a veces estas pequeñas mixtificaciones de la verdad. Bien. La directora recibió el otro día la visita de un pariente de usted: el señor duque de Tavira...

—Sí; es primo hermano del pobre papá, que gloria haya, tío segundo mío. Llegó a París dos días antes de morir papá. Le vería usted en casa.

—Sí, le recuerdo. Un señor muy serio, muy simpático...

—Bueno, ¿y qué?

—Este señor es albacea y testamentario, y el que sufraga la pensión de usted. El otro día vino para liquidar los pequeños extraordinarios que ha motivado la enfermedad de usted, saber qué le hacía falta y, sobre todo, para enterarse personalmente de la marcha de su mejoría.

—¿Y cómo no le vi?

—Estaba usted muy excitada, muy aplanada y muy caída. Toda la noche la pasó usted llorando. La directora estimó preferible evitarle a usted la emoción que seguramente la entrevista le hubiera producido. Él lo encontró razonable y se satisfizo con verla a usted de lejos, desde las ventanas del despacho de la directora. Con este motivo sostuvieron una larga conversación.

—¿Y qué dijeron?

—Exactamente no lo sé, porque yo no estaba presente, y la directora no me ha hecho de ello más que una referencia muy ligera. Pero, en fin, tengo entendido que este señor no juzga conveniente que por ahora vaya usted con su madre.

—¿Por qué?

—No lo sé. Él cree que lo mejor sería que pasara las vacaciones en el colegio, y si usted no se aviniera a ello por temor de aburrirse demasiado, por miedo a los rigores de la estación o por cualquiera otra causa, él entonces se decidiría a venir por usted para llevársela a pasar el verano en donde usted quisiera.

—Suponiendo que mi madre no se opusiese y tratara de ejercer sus derechos.

—Él sospecha que su madre de usted no se opondrá.

—Pero ¿y si se opusiera?

—No se opondrá.

—Todo esto me parece muy raro.

—Me limito a contarle lo que sé.

—Bueno, ¿y qué debo hacer yo? ¿Qué me aconseja usted que haga?

—Por lo pronto reflexionar detenidamente sobre todo lo que le he dicho, y decidir si prefiere, cuando llegue el momento, quedarse aquí o irse con su tío.

—Yo preferiría quedarme aquí.

—Piénselo bien antes, porque hay tiempo de sobra.

—¿Y la cuestión de mi madre?

—La cuestión de su madre puede usted plantearla insinuándoselo desde luego en la primera carta que la escriba. A ver qué dice ella.

—¿Y si dice que no?

—Pues..., ya veremos. Por el momento, indíqueselo usted.

—Una pregunta, sor Laurencia: todo esto que me ha contado, ¿ha sido por encargo expreso de la directora?

—No, no, nada de eso. Ni expresa ni indirectamen-

te. La directora no me ha encargado nada. Incluso no sé si habré hecho bien o mal en decírselo a usted sin autorización de ella. Acaso me regañe. Pero, aparte de que no sé mentir, como la directora ha de llamarla cualquier día para hablar del asunto, he querido evitarle la impresión desagradable de la sorpresa. La directora, aunque es muy buena, muy buena, siempre impone un poquito, n'est ce pas...? Nosotras charlamos con mayor confianza, nos decimos las cosas con menos empaque y menos aparato, de un modo más sencillo, ¿verdad?

—Es usted muy buena, sor Laurencia, muy buena. Es usted un ángel. La quiero a usted mucho.

—Yo también. Yo también la quiero a usted mucho, ma fille.

La conversación con sor Laurencia me ha dejado preocupadísima. ¿Por qué sor Laurencia quiere que este verano me quede en el colegio? ¿Por qué lo quiere la directora? ¿Cómo es posible que la directora, tan inteligente, tan reflexiva, tan correcta en su trato con todo el mundo, tan celosa siempre de la obediencia filial y de las conveniencias mundanas, se atreva a aconsejarme nada menos que le escriba a mi madre que no quiero ir con ella? Porque diga sor Laurencia lo que le dé la gana, a mí no me puede caber la menor duda de que el consejo viene derechamente de la directora; es un acuerdo demasiado grave para que sor Laurencia se atreva a proponérmelo sin haberlo previamente consultado con ella. Las dos han hablado, y lo que sor Laurencia ha hecho conmigo es una exploración. Ahora bien; ¿por qué no quiere la

directora que vaya con mi madre? ¿Por qué también Tavira lo juzga inconveniente? ¿Por qué los dos, y sor Laurencia con ellos, suponen que no sólo mi madre ha de avenirse sin protesta a que prosiga la separación, sino que parece que dan a entender que la verá con gusto? Yo esto no lo comprendo. Por más vueltas que lo doy no consigo explicármelo.

Supongamos que, en efecto, mamá tiene razón para estar enfadada conmigo. Verdaderamente yo estuve con ella demasiado dura y le dije cosas que, en realidad, no se deben decir a una madre. Lo confieso y estoy arrepentida. Precisamente estos días, antes de que me hablase sor Laurencia, andaba yo con la imaginación amañando una fórmula para escribirla que me perdonase. Reconozco que fuí demasiado violenta. Pero también hay que hacerse cargo de las circunstancias; hay que comprender la situación en que yo me veía. Yo llegué a París cuatro días antes de que papá muriera. En el acto me di cuenta de lo gravísimo de su estado, presentí lo que iba a suceder; el médico no me lo ocultó; me dijo la verdad. Inmediatamente telegrafié a mi madre, y mi madre... no vino. Papá estaba solo... solo con el criado, la femme de chambre y una hermana de la Caridad que se relevaba por las noches. Sor Laurencia y yo fuimos quienes verdaderamente le cuidamos. Dos días antes de morir llegó Tavira. Se extrañó mucho de no ver a mi madre.

—Pero si yo sé la noticia por ella. Si ha sido ella la que ha venido a mi casa a decírmelo. Si yo entendí que iba a ponerse en camino inmediatamente. Si yo creía encontrármela aquí...

A ruegos míos, Tavira la dirigió un nuevo telegrama

con contestación pagada urgente, y desde Madrid contestaron que mamá había salido ya. Y, sin embargo, no llegó. Pasaron dos días, dos días horribles, sobre todo el último, de una agonía espantosa. Ni sor Laurencia ni Tavira se apartaron un momento de la cabecera de la cama. Allí estuvimos los tres hasta que papá exhaló el último aliento. Entre los tres le amortajamos. Y cuando estaba de cuerpo presente llegó mamá. Entró muy seria, sin decir nada a nadie, se detuvo ante la caja y rezó una oración. Y nada más. No le dió un beso, no tuvo una lágrima, no se le escapó un sollozo. Y yo, que adoraba a mi padre; yo, que era de todo en el mundo lo que más quería; yo, que estaba loca de dolor y de pena, aniquilada, destrozada; yo, que soy toda corazón y no podía explicarme que los resentimientos duraran más allá de la muerte, al verla tan fría, tan entera, tan impasible no pude contenerme; grité, lloré, me excité, me exalté, la increpé y me puse tan fuera de mí que Tavira tuvo que cogerme en brazos y sacarme de la habitación.

A la mañana siguiente, después del entierro, mamá volvió a venir. Yo me había echado vestida en una cama, porque tenía un dolor de cabeza que no podía tenerme. La recibió mi tío. Estuvieron hablando los dos: una conversación muy violenta y muy cruda, según me dijo luego sor Laurencia. Yo, desde la alcoba oía las voces, pero sin comprender lo que decían. Sólo a última hora me pareció entender que mamá venía a por mí, para que aquella misma tarde nos marcháramos juntas, y que Tavira se oponía a ello. La oí gritar enérgicamente: «¡Soy su madre y hará lo que yo quiera!» Entonces me tiré de la cama, me presente en la habitación y le dije:

—No te molestes. Es inútil. No me voy contigo. No quiero ir contigo. Me vuelvo al colegio. He venido con sor Laurencia y con sor Laurencia me volveré.

Mamá se puso muy pálida, pero no se atrevió a contradecirme. Acaso le dió miedo verme tan excitada. Tal vez la contuvo el temor al escándalo. No sé. Lo cierto es que bajó la cabeza y se marchó. Poco después el tío recibió una carta, en la que mamá le decía que en vista de mi actitud inexplicable, lo mejor, en efecto, era que, por lo pronto, volviese a la pensión, y que más adelante ya resolvería lo que había de hacer conmigo. Mi tío me tranquilizó y me dijo que no tuviera preocupación ninguna. Puso a mi disposición su automóvil, y aquella misma tarde sor Laurencia y yo salimos de París y regresamos al colegio. Llegué tan mala que tuvieron desde el coche que subirme a la enfermería.

Sor Laurencia no se apartó un momento de mi lado. Es asombroso cómo una naturaleza tan débil, tan emotiva, tan sensitiva y tan impresionable pudo encontrar energías para sobreponerse al cansancio, siquiera fuese físico, del cuerpo, y no entregarse rendida y agotada. Sobre todo los primeros días, que fueron los de extrema gravedad, sus desvelos por mí rayaron en lo heroico. Lo sé porque me lo han contado todas mis compañeras. Se constituyó a la cabecera de la cama, y allí estuvo perenne, noche y día, sin dormir, sin apenas comer, sin desnudarse, sin aceptar sustituciones, desobediente incluso a los mandatos de la directora, que inútilmente trataba de hacerle comprender la peligrosísima imprudencia de

aquella solicitud exagerada. Sólo cuando los médicos—hubo varias consultas—coincidieron con el de cabecera en que el peligro inminente estaba conjurado y que, de no sobrevenir complicaciones, no había ya nada que temer, se allanó a que la relevasen por la noche, y, àun así, era preciso que antes de despedirse tuviera la evidencia de que mi sosiego era absolutamente tranquilizador. Y de madrugada, a obscuras todavía, encendidas las luces de los corredores, otra vez estaba ya en la alcoba para preguntar a la enfermera cómo había yo dormido, cómo había pasado la noche, para estrecharme las manos a ver si tenia fiebre, arreglarme el embozo y mullirme la almohada. Todas las mañanas le oía decir lo mismo a la enfermera:

—Váyase, hermana; váyase a descansar, que buena falta le hace. Estoy yo aquí para todo lo que sea preciso.

Luego, cuando ya en franca mejoría me sentaba en la cama, ¡qué amenidad la suya para entretenerme; qué dulzura para soportar mis caprichos y mis impertinencias de enfermita mimosa; qué paciencia para peinarme, sobre todo el primer día, que se lanzó con la punta de una horquilla a desenredar la enmarañada madeja de mi pelo, cabello por cabello, hebra por hebra, sin un solo tirón; qué delicadeza para lavarme las manos con las suyas enjabonadas y arreglarme las uñas y perfumarme las ropas para que oliese bien! ¡Y qué ternura, qué dulcísima y confortadora ternura para consolarme cuando en los momentos de tristeza el corazón se me oprimía y me ahogaban los sollozos y se me desataba el dolor en raudales de llanto! Yo no he conocido jamás una

mujer más buena. Indudablemente, es algo más que una mujer. Sor Laurencia de la Consolación no es de este mundo.

No puedo tener, ya lo he dicho, queja de ninguna. Todas se han portado en el colegio a cual mejor conmigo. Durante los días en que estuve grave, ni uno sólo siquiera se jugó en el patio. No hubo un grito, una voz, una risa. Hasta las pequeñas, cuando iban a acostarse, cruzaban de puntillas el pasillo para no turbar el silencio, seriecitas y respetuosas. Las de mi sección se ofrecieron todas a cuidarme y propusieron a la directora que estableciese turnos. El día que corrió la noticia de que estaba completamente fuera de peligro fué tal el júbilo y la aglomeración en la enfermería, que no hubo más remedio que despejarla para que no me marease. ¡Qué alegría, qué felicitaciones tan sinceras la primera mañana que del brazo de sor Laurencia descendí al jardín, con la carita pálida y los ojos hundidos, y las rodillas temblorosas y las trenzas caídas sobre las espaldas! Me conmovieron tanto, que me hicieron llorar. Después, ya en tardes sucesivas, todas se disputaban la atención de llevarme del brazo, todas querían ser las primeras en acompañarme y atenderme. Cristina estaba desolada, desolada porque las grandes la daban de lado y, sobre todo, porque cada vez que intentaba acercarse a mí se encontraba con la mirada de sor Laurencia, y la pobre se avergonzaba y se sobrecogía. Como nò hallaba manera de abordarme a solas, me escribió una carta. En ella me decía, entre otras cosas a cual más deliciosamente apasionadas, que había hecho

una novena y ofrecido a la Virgen cortarse el pelo si yo me curaba; pero ahora que estaba ya buena le asaltaba la duda de si yo la seguiría queriendo sin pelo. Para disuadirla tuve que asegurarle que pelona estaría horrorosa no sólo para mí, sino para todo el mundo. Esto la convenció. Más trabajo me costó convencerla de la necesidad de romper nuestros amores por la situación delicada de mi salud y la dificultad de vernos como antes, ya que, como ella misma podía comprobar, no me dejaban un momento sola y me tenían prohibido en absoluto que cogiera la pluma ni siquiera para escribir a mi familia. Todo esto se lo dije en unas cartas escritas por Louisette y firmadas por mí, que la propia Louisette se encargó de entregarle. Ella me contestó por el mismo conducto, jurando y perjurando que tenía constancia para aguardar todo el tiempo que fuese preciso y que, pasara lo que pasara, no me olvidaría nunca, porque su amor era más fuerte que su voluntad. Rogué a Louisette que en mi nombre le hiciera comprender que yo estaba muy agradecida a sus sentimientos, pero que en una larga temporada me convenía tener tranquilidad de espíritu. Louisette cumplió el encargo tan a maravilla y las entrevistas menudearon de tal modo, que al cabo las dos concluyeron por entenderse.

Yo me alegré mucho, porque era una cuestión que estaba deseando liquidar definitivamente, y no encontraba cómo sin herir la susceptibilidad sentimental de la pobre Cristina, tan cariñosa, tan apasionada y tan buena conmigo. Pero es lo cierto que, aun sabiendo de antemano el disgusto que iba a proporcionarle, era una carga que me pesaba demasiado y

quería a todo trance desligarme de ella, no ya ahora, en que el estado moral de mi ánimo, embargado por gravísimas preocupaciones, no me dejaba espacio para solazarme en bagatelas, sino mucho antes de que la noticia de la enfermedad de mi padre me llevara a París. Desde la tarde aquella en que sor Laurencia nos sorprendió besándonos tras la penumbra del cortinón caído estaba pidiéndole a Dios que me proporcionase un pretexto para terminar con Cristina. La recriminación de sor Laurencia me había llegado a lo vivo, más que por la forma en que me reprendió y que, por venir de ella, tenía que ser a la fuerza cariñosa y dulce, por el concepto que de sus palabras se traslucía que acababa de formar de mí. Esto fué verdaderamente lo que me dolió. Porque, en resumen, lo que vino a decirme sor Laurencia fué que lo que califica las acciones humanas no son los hechos, sino las intenciones. «El hecho—agregó—de que dos amiguitas se quieran y se besen no tiene trascendencia ninguna si no hay en ello una delectación pecaminosa. En Cristina no la puede haber, porque es una criatura angelical que se limita en su inconsciencia a copiar el mal ejemplo que las demás le ofrecen; pero en usted sí, porque usted, en este terreno, no puede alegar desconocimiento del bien ni del mal. Usted sabe de sobra el verdadero alcance que esto tiene, y la prueba de que lo sabe usted es que no hace mucho protestaba contra ello con tal indignación y en términos tan duros, que yo misma me consideré en el caso de defender a estas pobrecitas criaturas tan maltratadas y calumniadas por usted, asegurándole que todos esos escarceos espirituales que de tal modo a usted la sublevaban no eran sino

enfantillages sin consecuencias. ¿Recuerda usted, ma fille?»

Yo bajé la cabeza avergonzada y sor Laurencia prosiguió:

—Conste, pues, que la pobre Cristina es inocente y usted la única culpable, doblemente culpable, porque no sólo comete usted un pecado a sabiendas de que es pecado, sino porque está en el gravísimo riesgo de contaminar y pervertir el preciado candor de una criatura inocentísima.

—Yo le prometo, sor Laurencia, que esta misma tarde reñiré con Cristina.

—No, no, no, no..., nada de brusquedades, suavemente, ma fille, muy suavemente; nada de violencias. Un rompimiento brusco sólo serviría para perturbar la imaginación de Cristina, para abrirle los ojos, y esto sería muchísimo peor. Usted es la que debe arrepentirse y buscar en sí misma los medios de purificarse interiormente. Rece usted a la Virgen, hija mía, récela con fe para que la preserve de malos pensamientos.

Yo me eché a llorar. Me eché a llorar no por el regaño, ni siquiera por la vergüenza del motivo que originó el regaño, sino por la opinión que sor Laurencia tenía de mí. Hubiera podido defenderme; con otra persona cualquiera lo habría hecho. Habría sido tan fácil... ¡Pero con sor Laurencia...! ¡Qué le iba yo a decir a sor Laurencia, si seguramente no me hubiera entendido!

He tenido carta de mamá en contestación a la mía, una carta muy cariñosa. Se duele en ella de lo que

llama mi «desafecto filial» y las «interesadas sugestiones ajenas», pero se aviene a quedarse sin mí y me autoriza a pasar las vacaciones donde guste, aunque después, en la postdata, me dice claramente que, de no ir con ella, lo mejor sería que las pasara en el colegio. Al final de la carta, antes del párrafo de la despedida, hay una frase que me ha impresionado. «Por fortuna para ti—dice textualmente—eres todavía una criatura. Cuando más adelante te des cuenta perfecta de la vida, me juzgarás mejor y me perdonarás.» No ya sólo esta frase, el tono general de la carta me ha conmovido tanto, que he estado a punto de coger la pluma y escribirle que venga inmediatamente por mí sin esperar a que termine el curso. ¡Qué me importa a mí el curso, ni qué tengo que aprender en él! No lo he hecho porque antes he querido conocer la opinión de sor Laurencia y enseñarle la carta.

—Muy bien, muy bien—me ha dicho sor Laurencia después de escuchar atentamente la traducción literal que le he hecho y hacerme repetir algunas frases—. Es tal como nosotros la esperábamos. ¿Ve usted, hija mía, cómo lo teníamos descontado, cómo estaba previsto que su mamá no se opondría? Si usted me lo permite, se lo voy a contar a la directora. Se alegrará muchísimo.

—Aguarde un momento, sor Laurencia. Dígame con entera sinceridad: ¿cree usted de veras que después de esta carta debo yo persistir en no ir este verano con mi madre?

—Desde luego.

—¿Por qué?

—Usted no me ha pedido razones, sino mi parecer.

—Pero este parecer se fundará en alguna razón.

—Yo no puedo juzgar este asunto.

—Pero su opinión de usted es...

—Mi opinión es que no debe usted ir.

—Pero dígame por qué, sor Laurencia, dígamelo.

—Si yo no sé, hijita mía; si no sé nada. Hable usted con la directora. Es muy lista, muy sensata, muy buena; la quiere a usted mucho. Seguramente le aconsejará lo que más le convenga.

No he logrado de ella una palabra más. He tenido que resignarme a ver a la directora. Pero la directora, como dice muy bien sor Laurencia, no obstante lo bondadosa que es, impone un poquito. Impone por su cargo, por su estatura, por la solemne majestad de su porte, por la expresión de su rostro casi siempre serio, demasiado serio hasta cuando se esfuerza en aparecer cariñosa. Le falta flexibilidad, esa gracia cautivadora, esa dulcísima ternura que constituyen la característica personal de sor Laurencia y que tan pronto le hacen ganar las simpatías de cuantos la conocen. Con la directora, la intimidad es muy difícil. Por mucho que una quiera establecerla, se interpone siempre la valla del respeto. Nuestra conversación, pues, más que conversación ha sido un monólogo que yo me he limitado a escuchar respetuosa, bastante conmovida y, ¿por qué no decirlo también?, desorientada, llena de confusiones y de dudas, con la sospecha cada vez más firme de que en el fondo hay algo muy desagradable cuyo verdadero significado se me quiere ocultar.

—No creo, hija mía—ha venido la directora a decirme—, que en estas circunstancias sea conveniente para usted, ni para su madre, encontrarse frente a

frente de manera tan súbita. Las dos tienen, cada cual por su estilo, motivos mutuos de resentimiento; las dos se han ofendido gravemente en lo más hondo de sus afecciones, y las heridas están todavía demasiado sangrantes para que el menor roce no las irrite y exacerbe el dolor. Hay que dejar que estas llagas se cicatricen, que se vayan cerrando poco a poco, y para eso no hay mejor lenitivo que el tiempo. Tenga paciencia, hijita mía, un poco más de paciencia, y piense que cada día que pasa es una distancia que se acorta y un obstáculo que desaparece para encaminarla mejor hacia el corazón de su madre. Y, sobre todo, piense que aquí todos queremos su bien, que sólo deseamos su felicidad y que todos nuestros consejos tienden a este fin. ¿No es cierto, hija mía, que usted se halla convencida de esto?

He asentido y le he dado las gracias muy reconocida. ¡Qué iba a hacer! Ella, satisfecha sin duda por haber obtenido mi aquiescencia a costa de tan poco trabajo, y como broche decisivo para acabar de convencerme, se ha explayado en amenas divagaciones sobre la benignidad del clima, la placidez sedante del ambiente, el encanto *sui genèris* que tiene el colegio en los meses de vacaciones, libre del trajín de las clases y del bullicio escandaloso de tantísima alumna. Aparte de que nunca falta alguna divertida excursión a los alrededores, agradables paseos por el campo y otros esparcimientos que entretengan el espíritu y ayuden a pasar gratamente las horas. Ha concluído aconsejándome que de todas maneras lo reflexione despacio y decida lo que me parezca mejor.

He salido del despacho de la directora llena de confusiones. No puedo dudar de la sinceridad de esta

santa mujer, ni sospechar de la pureza de su interés por mí. ¿Qué le importa a ella en definitiva que yo prosiga en el colegio o que me marche de él? ¿Qué segunda intención inconfesable puede existir en ello? Absolutamente ninguna. Cuando ella me aconseja que me quede, cuando sor Laurencia me lo dice también, es porque las dos tienen la firme convicción de que esto es lo que más me conviene. Ahora bien: ¿por qué me conviene? ¿Qué consideración moral o social se opone a que yo me vaya a vivir con mi madre? Las razones que la directora me ha dado no me parecen suficientes; a mí, por lo menos, no me han convencido. Creo, por el contrario, que cuanto más tiempo transcurra más violenta ha de ser para las dos la primera entrevista, más difíciles las explicaciones y más espinosa al principio la convivencia bajo el mismo techo. Con ser tan dura la escena que las dos tuvimos ante el cadáver de papá, a mí no me asustaría nada afrontar su reconstitución. Mamá no tendría más remedio que reconocer que en mí fué un arrebato impulsivo, justificado por la excitación del momento; y por lo que a ella se refiere, estoy decidida a no recordarlo ni hacer sobre ello la menor alusión. Mientras que si el día de mañana mamá me recrimina por no haber querido ir ahora con ella, ¿qué voy a decirle para sincerarme? ¿Voy a dejarla en la creencia de que soy una rencorosa? ¿Voy a atribuirme el mismo defecto que precisamente en ella censuré? ¿Voy a escudarme con el pretexto pueril de que no me han dejado, de que, en efecto, he obedecido a la presión de «ajenas sugestiones»? No, esto no puede ser; esto no es. La directora es demasiado inteligente y demasiado lista, y demasiado conocedora

del corazón humano, y demasiado esclava de las conveniencias del mundo, para que no se le alcancen los inconvenientes de semejante decisión. Para que se arriesgue a este veto, porque es un verdadero veto lo que ella interpone, es necesario una causa más honda, algo muchísimo más grave que no tiene conmigo la sinceridad de exponer, y que tal vez arranque de la conversación que tuvo con Tavira. ¿Qué le dijo Tavira? ¿Qué opinión aventuró Tavira de mi madre? ¿Qué situación es la de mi madre en Madrid para que Tavira y la directora y sor Laurencia no sólo se opongan a que vaya con ella, sino que los tres tenían descontado que ella este verano no había de mostrar interés en venir a buscarme? ¿Y por qué, efectivamente, ha sucedido así? Porque lo cierto es que ha ocurrido así. No obstante el tono general de la carta tan cariñosamente dolorido, lo cierto es que no le ha costado gran esfuerzo otorgarme la autorización que le pedía. Casi se diría que me la ha concedido gustosa, y que lo estaba deseando. Pero, ¿por qué?, ¿por qué? ¡Dios mío!, ¿por qué? Son tan horribles las cosas que se me ocurren, que yo misma me asusto de pensarlas. Quisiera saberlas, y me da miedo de saberlas. Quisiera preguntarlas, y me falta arranque para decidirme. Si ellos no tienen el valor de decírmelas, ¡con qué cara las voy yo a preguntar!

Ha terminado el curso. Como todos los años, con la misma solemnidad un poco aparatosa de todos los años, se ha celebrado en el salón de fiestas la sesión del reparto de premios, y dos horas después, como todos los años, ha empezado el desfile. Acodada so-

bre la baranda de piedra, bajo las grandes arcadas ojivales de la galería, he visto perderse, blanco de polvo, entre los olmos de la carretera, el cortejo interminable de los automóviles. Ha transcurrido mucho tiempo desde que cruzó el último, se ha hundido el sol, ha finado la tarde, la noche ha ido cubriendo poco a poco de sombras la soledad del campo, y aún he seguido yo reclinada sobre la barandilla mirando a la carretera, pensativa y absorta. Ha sido preciso que una voz vibrante me sacara de mi ensimismamiento.

—¡Señorita María Eugenia...!, ¡señorita de Albrit!

—¿Quién me llama?

—¿En dónde está usted?

—Aquí, en la galería; ¿qué ocurre?

—Sor Laurencia que la busca a usted.

En seguida se ha oído en la escalera el rápido taconeo de unos zapatos, y se han destacado en la obscuridad las albas tocas.

—Pero, ¿qué hace usted aquí, criatura? Todas buscándola, llamándola a usted por todas partes y usted sin contestar...; ¡qué susto nos ha dado! Temíamos ya que le hubiese ocurrido una desgracia... Entre, entre, no esté ahí, que hace fresco... ¿No comprende que a estas horas empieza ya a sentirse un poco de relente...? Qué chiquilla esta; no sabe ni cuidarse.

—No pase cuidado, sor Laurencia, que cuando no me he muerto no me muero ya nunca.

—Ay, hija mía; de estas cosas no sabemos nada. Sólo Nuestro Señor está en el secreto.

—Además, para la falta que yo hago en el mundo...

—Jesús, no diga desatinos. Todos hacemas falta en este mundo. Yo he leído no sé en dónde que na-

die es inútil mientras pueda dar a sus semejantes un poco de bondad y de alegría.

—Lo que es las alegrías que yo dé...

—Sí, ¿por qué no? Ya lo creo... Usted es muy joven y tiene por delante mucho camino que andar... La vida es larga y hay en ella de todo, tristezas y alegrías. La vida es una serie de compensaciones. Lo que ocurre es que somos tan egoístas y tan desmemoriados que nos olvidamos de las cosas buenas, y sólo nos acordamos, para dolernos, de las malas, y naturalmente, al hacer el cómputo nos sale mal la cuenta. Pero esto no es culpa de la vida, sino de nosotros. La compensación existe siempre. Yo estoy tan convencida, que cuando me siento muy contenta en seguida me contengo asustada. ¡Cuánto he reído!—me digo—; ¡lo que voy a llorar! Y al contrario: cuando me oprime una pena muy grande, en el acto me conforto pensando en que va a venir la felicidad compensadora.

—Usted es un ángel, sor Laurencia. Usted no tiene penas.

—Ah, pues las tengo, las tengo...

—Ni usted sabe lo que son penas ni quiera Dios que lo sepa usted nunca.

—Por un poco más va usted a creer que yo vivo en el Limbo.

—En el Limbo, no; pero en el Mundo, tampoco. Usted no sabe lo que son las miserias del Mundo.

Sor Laurencia se me ha quedado mirando de hito en hito con sus grandes ojos tristes serenamente claros; me ha enlazado del brazo, y me ha dicho con su voz aterciopelada y cantarina:

—Señorita de Albrit, vamos a cenar, que es muy tarde.

La primera quincena de vacaciones se ha pasado muy entretenida. Hemos hecho limpieza general. Claro que las faenas verdaderamente rudas, la materialidad de fregar suelos, blanquear paredes, limpiar puertas y lavar cristales ha estado a cargo de las criadas y algunas mujeres del pueblo que a modo de asistentas han venido exclusivamente para eso; pero todo lo demás lo hemos hecho nosotras. Era graciosísimo ver a las hermanas con pañuelo atado a la cabeza y mandil de cocina encaramadas en las escaleras de mano sacudiendo porrazos con los zorros, quitando con los plumeros telarañas de los rincones, polvo de las cornisas, tamo y pelusa de detrás de los cuadros, limpiando los flexibles de las luces eléctricas, desarmando tulipas, puliendo los dorados y lijando las cerraduras. Se han levantado todas las camas, se han deshecho todos los colchones, se han renovado algunas telas y los colchoneros han estado ocho días en los patios vareando lana, y después nosotras ayudándolos a embastar. A mí ya me dolían los dedos. Luego se han desinfectado los dormitorios y se han pintado las camas. Las hemos pintado nosotras mismas con unos grandes botes de esmalte blanco que nos han traído. Yo, que en mi vida me las había visto más gordas, he pintado dos, y han quedado muy bien.

Los dormitorios están preciosos. Es asombroso lo que ensuciamos y lo que destrozamos, sobre todo las medianas y las pequeñas. Hay esterillas de los pies materialmente hechas pedazos; colchas que no pue-

den mirarse; baños que, al verlos, se pregunta una admirada qué cuerpos de bronce han caído en ellos para descascarillarlos de tal modo. Y no hablemos del material de enseñanza, los encerados, las tarimas, los pupitres, los bancos. ¡Qué desastre, Dios mío, qué desastre! Muy cara es la pensión, pero hay que ver el capital que representa cada año restaurar el colegio y ponerlo otra vez en condiciones decorosas para que, cuando en primero de octubre vengan las familias de las alumnas, sobre todo las nuevas, no reciban, como me ocurrió a mí, una impresión desfavorable. ¡Qué viejo, qué feo, qué abandonado y qué sucio me pareció el colegio el primer día que entré! En cambio, ahora ha sido preciso que asistiese, qué digo asistir, que tomara parte directa y personal en este zafarrancho de limpieza, para hacerme cargo de lo violento del contraste. Y es que a todo se acostumbra una. A todo.

¡Quién me iba a decir a mí, tan alegre, tan sociable, tan mundana, tan amiga de divertirme, de corretear por las calles y hacer a todas horas mi santa voluntad, que tan pronto y tan a gusto habría de avenirme a esta vida de quietud y de recogimiento! Porque es el caso que no sólo no echo de menos para nada el bullicio del mundo, sino que, meditándolo a solas en el silencio de la alcobita que me han destinado, una alcobita que parece una celda, toda blanca, toda llena de sol, o paseando por las avenidas del parque, libres ya de vedados y de alambres acotadores, me interrogo a mí misma si este dulce sosiego, esta tranquila placidez de que disfruto ahora no será realmente la aspiración innata de mi espíritu, lo que más se acomoda a mi modo de ser y de sentir; ¡quién sabe,

quién sabe incluso si una advertencia piadosa de predestinación! ¿Estaré yo llamada por las circunstancias de la vida a terminar la mía de este modo? Podrá ser o no ser, pero si fuese, desde ahora declaro que lo vería aproximarse sin temor. No me asustaría nada que sucediera. Lo poquito que hasta ahora he atisbado del mundo, no es ciertamente tan apetitoso que valga la pena de aventurarse a cambiar la seguridad del presente por la incertidumbre de un porvenir lleno de sombras, sinsabores y contrariedades. No ya en el aspecto material, ni siquiera en el sentimental, creo que haya en el mundo esa nivelación compensadora de tristezas y satisfacciones que sor Laurencia pretendía. No es que el cómputo se haga mal porque se olviden valores, es que efectivamente hay desequivalencia. Aun aceptando que en número, al final de la vida, resultasen iguales, ¡qué breves los placeres y qué rápidas las alegrías!; ¡qué largos los dolores y qué profundas las penas! Pero hay más: ¿es que hasta en los momentos en que uno se considera verdaderamente dichoso puede decirse que esta dicha no se ve enturbiada por un poso de sufrimiento? ¿Qué son las dudas, los afanes, los celos, los recelos, las sospechas y las suspicacias más que obstáculos que opone el dolor al vuelo de la dicha? ¿Qué persona podrá haber en el mundo que se atreva a mirar la vida cara a cara con la firme y, al mismo tiempo, dulce serenidad, con la tranquila fortaleza de ánimo con que la mira sor Laurencia? ¿Es que esta firme y dulce serenidad de sor Laurencia no vale más que todas las felicidades posibles que puede ofrecer el bullicio del mundo? Yo creo que sí; yo no tendría inconveniente en cambiarme por ella, en renunciar desde ahora a todas las

probabilidades de dicha que el porvenir me tenga reservadas a cambio de la calma apacible de un presente como el de sor Laurencia.

Pero la garantía de esta calma, ¿dónde ni cómo la puedo yo encontrar? ¿Quién me responde de que, aun renunciando gustosa al espectáculo del mundo, hallaría dentro de mí la confortación necesaria, la energía precisa para no vacilar si un día cruzase por mi mente la sospecha de haberme equivocado? Yo no tengo vocación religiosa. Soy piadosa, soy creyente, poseo confianza plena en el arraigo de mis convicciones, pero me falta, lo reconozco, la exaltación mística, esa intensión de fe indispensable para llegar al sacrificio de la renunciación absoluta. Yo no me siento con fuerzas para tanto. No es que me atraiga el mundo, lo repito; no es eso; es que la vida claustral me parece demasiado dura. Hay cosas a las cuales yo no sé si me podría acostumbrar. Por ejemplo, los rezos; esos rezos de madrugada en las noches heladas del invierno, sobre las losas álgidas de la capilla en sombras. ¡Pobrecitas hermanas! ¡Con qué sincerísima piedad las he compadecido cuando, en los insomnios de mi convalecencia, arrebujada entre las mantas, en el silencio de la enfermería, oía la campana que las llamaba a la oración y sentía el rumor de sus pasos al deslizarse por los corredores! ¡Qué pena me daba la pobrecita sor Laurencia cuando la veía llegar a mi cama con los ojos llorosos, la cara amoratada, las manos ateridas, muertecita de frío, tiritando...!

—Debe de hacer mucho frío en la capilla, ¿verdad, hermana?

—¡Mucho...! ¡Mucho! No tiene usted idea.

—Pero ¿por qué bajan ustedes tan temprano?

—Porque no hay más remedio.

—¡Pero esto es tremendo!

—¡Qué le vamos a hacer!

Lo decía riendo, contenta, casi feliz, como si en ella la mortificación fuera un placer. Yo le cogía las manos y se las envolvía entre las mantas para que se templasen. Y ella se reía, se reía con su risa franca, cristalina y sonora.

Yo no tendría nunca esta valiente conformidad de sor Laurencia.

Y sin embargo adoro esta vida. Cada día que pasa estoy más firmemente persuadida de que esta vida es superior a todo lo que el mundo exterior puede ofrecer. ¡Quién pudiera no salir nunca del colegio! Esta mañana, en un arranque de sinceridad, se lo he dicho a sor Laurencia. Sor Laurencia me ha escuchado muy atentamente; pero en vez de alegrarse y alentarme y felicitarme, como yo suponía, se ha quedado muy seria y no me ha dicho nada. Tan desconcertador ha sido para mí su silencio, que no he podido contenerme.

—¡No me dice usted nada, sor Laurencia!

—¿Qué quiere usted que le diga, hija mía? ¿Qué le voy a decir? Que me parece bien y que celebraré mucho que esos buenos propósitos persistan.

—¿Duda usted de la sinceridad de mis palabras?

—Líbreme Dios. Estoy segura de que en este momento dice usted lo que siente... y hasta que siente lo que dice.

—Entonces de lo que duda es de la firmeza de mis convicciones.

—Sí; y no ciertamente por voluntad de usted; no se enfade conmigo. No es de usted la culpa. Cada uno tiene su manera de ser. Usted es muy buena, pero muy exaltada, muy apasionada, muy vehemente. Obra usted por impulsos y por arrebatos. Se deja llevar demasiado por la imaginación. En estos momentos atraviesa usted una dolorosa crisis sentimental; se juzga una víctima propiciatoria del Destino, una pobrecita mujer muy desgraciada, y, en efecto, en este instante lo es usted; porque la desgracia y la felicidad son estados de ánimo absolutamente subjetivos. Pero esto pasará... como todo. Un día cualquiera, el día que menos lo piense, su corazón se estremecerá alborozado al sentir las palpitaciones de la primavera que renace; el mundo se le antojará de nuevo un jardín delicioso, y sentirá otra vez el ansia de volar hacia él. Usted no es de esos pajaritos que se resignan a vivir prisioneros tras los barrotes de una jaula, aunque la jaula sea de oro; usted necesita el aire libre para poder volar.

—No, no, sor Laurencia, yo no soy así; usted no me conoce bien.

—¿Pero qué mal hay en ello, hija mía? La Dicha, el Amor, la Bondad, la Virtud, están en todas partes. En todas partes se puede ser buena.

—No se trata de bondad, sor Laurencia, sino de tranquilidad, de calma, de sosiego. Es que estoy persuadida de que en ninguna parte se vive como aquí. Usted me dice que todo esto lo pienso porque me juzgo desgraciada; pues no, ¡no! Precisamente es todo lo contrario: yo le aseguro, sor Laurencia, que nunca he sido más feliz que ahora.

—Muy bien, muy bien, me alegro mucho y me ale-

graré más todavía si yo he podido contribuir en algo
—¿En algo? ¡En todo! Pero si es usted, únicamente usted, a quien debo esta felicidad. ¿Quién sino usted me la ha dado con sus consejos, con sus palabras, con sus cariñosísimas reconvenciones, con su solicitud confortadora y sobre todo con la lección constante del ejemplo? ¿En quién sino en usted he visto yo encarnados los ideales supremos de la vida, el cariño, la bondad, la ternura, la plena confianza en uno mismo, la serenidad dulce, la tranquila fortaleza de espíritu que he encontrado en usted? Si la única aspiración mía, si el anhelo más vivo de mi alma es parecerme a usted.
—¿Por qué es usted tan exaltada, hija mía?
—Si no es exaltación, sor Laurencia, si es la pura verdad. Si es que no hay nadie en el mundo que sea como usted, nadie, ¡nadie...!; si es que no ha habido nadie que haya hecho nunca por mí lo que usted ha hecho. Cuando se murió mi padre, ¿quién sino usted fué la que estuvo conmigo a la cabecera de la cama hasta recoger su último aliento, quién le confortó en la agonía, quién le cerró los ojos...? ¿Quién me consoló a mí...? ¿Quién me trajo en el coche echada en su regazo, cubierta con su abrigo, regada con sus lágrimas y acariciada con sus brazos como a una pobre nena abandonada y sola...? Y luego, cuando todo el mundo creyó que me moría, ¿quién fué quien me cuidó? ¿A qué desvelos, a qué solicitudes, a qué fervientísimas intercesiones no debo la vida? ¡Y todavía dice usted que soy exagerada, que soy una exaltada! ¡Pero si yo debía prosternarme ante usted, besar sus hábitos, adorarla en éxtasis como a la Virgen del altar!
—¡Jesús, qué desatinos!
—Pero lo hago, lo hago, dentro de mí lo hago. Yo

le juro, sor Laurencia, que todas las noches cuando me acuesto mi último pensamiento es para usted, y para usted el primero de todos los días.

—Si no tuviera la firme convicción de que no sabe usted lo que se dice, tendría que enfadarme ante tantísimo disparate como está usted soltando.

—¿Es un disparate que yo me sienta agradecida a usted?

—En esa forma, sí; es una forma idolátrica que está a dos dedos del sacrilegio y del pecado y que ni en broma puedo consentirle a usted. Sólo a Dios y a la Virgen se les debe rendir en tales términos esas demostraciones de gratitud.

—Supongo, sor Laurencia, que no me hará usted el agravio de poner en duda la convicción de mis creencias.

—Me hace usted que dude cuando la veo sobreponer lo humano a lo divino.

—Por Dios que no es eso. Usted sabe perfectamente que no es eso lo que quiero decir.

—Empecé por hacerle la justicia de reconocerlo.

—Entonces no hay para qué ponerse de ese modo. En donde no hay intención no puede haber pecado. ¿Qué mal existe en que yo la quiera a usted más que a nadie en el mundo?

—¡Más que a nadie..., más que a nadie...! Siempre la hipérbole y la exageración... ¿Por qué más que a nadie? Quiérame sencillamente como a las demás.

—Es que las demás no me quieren tampoco como me quiere usted.

—Lo mismo, hijita mía. Todas en esta casa la queremos a usted de la misma manera.

—No, no, no... ¡Qué me va usted a decir...! ¡Si lo

sabré yo! Ni en esta casa ni fuera de esta casa. A mí no me ha querido nadie como me quiere usted. Nadie ha demostrado de ese modo su interés por mí. Lo que ha hecho usted por mí no lo ha hecho nadie. ¿Y por qué lo ha hecho usted?

—Por el amor de Dios.

—¿Nada más que por amor de Dios?

—Nada más.

—Entonces, ¿por qué no lo hicieron las otras?

Sor Laurencia se ha puesto toda encendida; ha bajado los ojos y se ha mordido los labios. La he sentido estremecerse como si le hubiese dado un escalofrío y en seguida se ha puesto en pie para marcharse. De un salto me he cruzado ante ella.

—Sor Laurencia, ¿se ha enfadado usted conmigo?

—No, ma fille; yo no me enfado con usted ni con nadie; pero como pudiera suceder que hubiese algo de verdad en lo que usted me ha dicho, será preciso que de hoy en adelante sea menos afectuosa con usted.

Sor Laurencia se ha marchado a Lourdes. Ha ido acompañando a sor Agustina, la profesora de inglés, una pobrecita hermana delgada y consumida que hace muchos años que está enferma, dicen que del riñón. Todos los veranos por esta misma época, acompañada de sor Laurencia, hace la infeliz una excursión a Lourdes. Las dos van a rezar a la Virgen para que la ponga buena. Todos los años vuelve más aliviada.

La directora me llamó ayer para decirme si quería ir con ellas. Le di las gracias y decliné el ofrecimien-

to. He estado dos veces en Lourdes y he prometido no volver. Aparte del clima, que me perjudica bastante —soy un poco artrítica como el pobre papá—, Lourdes me abruma, me deprime, me aplana; es una sensación de sufrimiento, de dolor, de compasión, de angustia superior a mis fuerzas. Siempre recordaré la última vez que estuve. Fué en primavera, en mayo. Nos albergamos en un hotel frente por frente del hospital de los Dolores. Toda la mañana estuvo diluviando. A mediodía aclaró un poco. A eso de las dos empezaron a salir los cochecitos de inválidos y enfermos. Vi pasar a una muchacha de diez y ocho a veinte años, pálida, demacrada, con los ojos hundidos, los labios exangües, las manos sarmentosas caídas sobre el plaid. Apenas habría tenido tiempo de doblar la esquina cuando descargó otro aguacero, un tremendo y formidable chaparrón. Poco a poco empezaron a regresar los cochecitos. Acodada en la ventana los veía desfilar uno tras otro, todos llenos de barro, azotados por la lluvia implacable. Yo no sé por qué extraña sugestión sólo pensaba en la muchacha aquella. ¿Qué habrá sido de esa pobre muchacha?, pensaba yo. ¿Habrá tenido tiempo de llegar a la iglesia? ¿La habrán guarecido dentro de algún portal? Y de pronto la vi venir, la adiviné más que la vi, dentro del coche, por la calle adelante, empapadita en agua, las manos plegaditas, el rosario entre los dedos, los ojos cerrados y en las mejillas dos rosetas de fiebre, dos chapas rojas como carbones encendidos. Aunque cien años viva nunca se me borrará la impresión de aquellas dos chapas de fiebre.

No, no he querido ir a Lourdes. Prefiero la tranquila soledad del colegio, y eso que sin sor Laurencia la

soledad del colegio se me viene encima. No sé cómo ni en qué invertir el tiempo. Nunca se me han hecho más largas las horas que tiene un día. Y es lo curioso que mirándolo en frío no me explico por qué. Ni siquiera puede decirse que sea por el atractivo de la conversación. Hay días, las mañanas especialmente, que apenas nos hablamos; se pasan ratos larguísimos sin dirigirnos la palabra. Ella está atareada en sus ocupaciones y en sus rezos; yo me entretengo en vestir y peinar a las cuatro o cinco chiquillas que han quedado aquí, todas ellas plazas gratuitas, huérfanas de la gran guerra, asiladas por caridad. Hay una de ocho añitos, rubia, con los ojos azules, que es un encanto. Yo la quiero muchísimo y ella me adora con locura. Me dice que cuando salga del colegio que la lleve conmigo para que sea su mamá. Me enternece tanto que me la como a besos. Hay veces que la doy unos estrujones tan fuertes que la debo de hacer daño. Una mañana sor Laurencia me regañó:

—Es usted tremenda, señorita de Albrit, ¡tremenda! No tiene usted término medio: o una frialdad absoluta o un apasionamiento exagerado.

—¡Y qué le voy a hacer, sor Laurencia! Cada uno es como es. Yo soy así.

—Es que no se debe ser así. No hay que tener esa... fogosidad; no hay que ser tan vehemente.

Me callé para que no interpretase mi respuesta como un prurito de discusión ni un argumento en pro de la vehemencia que me censuraba; pero me duele mucho, muchísimo, que sor Laurencia tenga formada esa opinión de mí. Aun suponiendo que, en efecto, pueda pecar de un poco apasionada en la exteriorización de mis sentimientos afectivos—no creo

serlo tanto como sor Laurencia supone—, me parece a mí que siempre será preferible esta sinceridad a la hipocresía de disfrazar lo que se siente. Yo no soy hipócrita; yo no sé fingir. Por mucha violencia que me imponga, ni puedo mostrarme expresiva con una persona que me parezca indiferente o antipática, ni dejar de serlo con otra a quien quiera de veras. Habría de proponérmelo y estoy segura de que me lo conocerían en la cara. Pero, además, no saliéndose de los límites naturales impuestos por la educación y la buena crianza, ¿qué puede haber de malo en estas exteriorizaciones de la simpatía? ¿Es que yo soy un caso excepcional? ¿Es que no procede todo el mundo de la misma manera? ¿Por qué esto que ella llama exaltaciones y vehemencias han de ser en las demás chiquilladas inofensivas y en mí precisamente intenciones pecaminosas? Esto es lo que me duele, lo que me molesta, lo que estoy deseando que llegue la ocasión de aclarar.

Si sor Laurencia no se hubiese ido a Lourdes, ya lo habría planteado; no sé cómo ni de qué manera, pero lo hubiese planteado. Desde la tarde en que acogió de modo tan desabrido y tan extemporáneo aquellas ingenuas expresiones mías de gratitud y de cariño estoy deseando quitarme el aguijón que me dejó clavado su concepto de mí, no sólo por lo que tiene de erróneo y ofensivo, sino porque me está inquietando la sospecha de si esa falsa interpretación tendrá la culpa de la reserva afectiva que de algún tiempo a esta parte viene mostrando sor Laurencia conmigo. Que sor Laurencia no es para mí como era antes, no puedo ponerlo en duda. El caso es tan patente, que tendría que ser ciega y tonta para no ha-

berlo advertido. Desde la tarde aquella sor Laurencia está conmigo circunspecta, grave, comedida, afectuosa, porque naturalmente ella lo es, pero muy reservada. Y yo me pregunto: ¿Por qué este cambio? ¿A qué obedece esta transformación? ¿Qué he hecho yo ni qué he dicho para merecer que se me trate de este modo? ¿Qué ha supuesto sor Laurencia de mí? ¿Qué ha podido creer ella de mí que no sea digno de mí ni de ella? ¿Habrá supuesto tal vez, recordando mi escena con Cristina, que puedo ser capaz de...? No, no, ¡de ningún modo! ¡Cómo va a sospechar eso de mí...! ¡Qué horror...! No quiero ni pensarlo. Sería para morirme de vergüenza.

Mas si no es esto, ¿qué es lo que puede ser? ¿Qué ha visto de censurable en mi conducta que justifique el cambio que ha tenido conmigo? No lo sé; es que verdaderamente no lo sé; cuantas más vueltas lo doy menos lo entiendo; es que me vuelvo loca. Pero, en fin, supongamos que sí; voy incluso a aceptar en principio el disparate de que, en efecto, ella persiste en la creencia de que yo fuí quien solicité a Cristina, de que aquel devaneo fué pecaminoso, de que yo tenía plena conciencia del mal que cometía, en una palabra, que yo soy una criatura viciosa, peligrosa y perversa. Bien sabe Dios que esto no es verdad, que no hubo nada de esto. Pero, en fin, supongamos que ella lo crea. Pues bien, ni aun así. Ni aun así, porque todo eso sucedió en el mes de enero. En febrero cayó enfermo papá; sor Laurencia me acompañó a París; me consta que no fué la directora quien se lo ordenó, sino ella la que se brindó espontáneamente; en París dormimos juntas en la misma alcoba; a la vuelta me trajo en el auto casi todo el trayecto abrazada y aca-

riciándome; durante mi enfermedad no se apartó un instante de mi lado; en la convalecencia ella me lavaba, me desnudaba y me vestía; ella lo abandonaba todo para no separarse de mí. Y, por último, cuando se aproximaron las vacaciones, ¿no fué ella, precisamente ella, la que puso un empeño más grande en que no saliese del colegio? ¿No me dedicaba todas sus horas libres para compensar con el encanto de su conversación el aburrimiento de mi soledad? ¿A qué obedece, pues, esta variación súbita? Porque una de dos: o sor Laurencia no tenía entonces el concepto que tiene ahora de mí, o, si lo tenía, se consideraba, como en realidad debe de ser, por encima de toda suspicacia y de todo recelo en sus relaciones amistosas conmigo. Para que ella, tan ecuánime, tan serena, tan bondadosa, tan cariñosa siempre, haya adoptado de pronto esta actitud de desconfianza y de reserva, es necesario que haya visto en mí algo que le moleste y que le desagrade. Pero este algo, ¿qué puede ser? Yo me miro por dentro, me escudriño, y, por más que busco, no encuentro nada que reprocharme, nada absolutamente.

Repaso mis acciones; repaso mis palabras; las trituro para ver si logro descubrir en una sola la posibilidad de una doble intención... Nada, no encuentro nada. Porque el hecho de que yo le haya dicho que estoy reconocidísima a su comportamiento, y que por eso la quiero más que a nadie, no creo que sea motivo de ofensa; al contrario, la ofensa sería que me mostrase ingrata, que, después de todo lo que ha hecho por mí, no se lo agradeciera. ¿Es que me he extralimitado en la forma? ¿Es que he podido excederme, en mis vehemencias, en inconveniencias de

lenguaje? Tampoco. Pero, además, aunque hubiera ocurrido, aunque en el tono y en la expresión, ya que no en las palabras, hubiera puesto inadvertidamente esa fogosidad que me reprocha, ella me ha dicho muchas veces que lo que califica las acciones humanas no son los hechos, sino las intenciones. En este terreno ella no puede dudar de mí. ¡Cómo va a pensar mal de mi ni a poner en duda la sinceridad de mis sentimientos! Esto no puede ser. Estoy deseando que sor Laurencia regrese de Lourdes para hablar con ella y plantear concretamente la cuestión. Yo necesito desvanecer por completo estas dudas, deshacer los equívocos, acabar de una vez con esta situación intolerable.

Hace seis días que sor Laurencia ha regresado, y esta es la hora en que todavía no he tenido ocasión de hablar con ella, quiero decir largo y tendido, detenidamente, como yo deseo. Siempre hay una dificultad que lo impide, un obstáculo que se cruza. Para remate de contrariedades finaliza septiembre; dentro de cuatro días comenzará el curso. Si en estos cuatro días no hablo con sor Laurencia, no sé cuándo ni cómo lo voy a conseguir.

Han pasado los cuatro días; ha comenzado el curso; llevamos dos semanas de clases, y todo sigue igual. No sé si será exceso de suspicacia mía; pero empiezo a pensar, Dios me perdone si me equivoco, que sor Laurencia me evita deliberadamente. En presencia de todo el mundo está conmigo como siempre,

cariñosa, dulce y afectuosísima; pero en cuanto vislumbra la contingencia de que nos podemos quedar solas cambia de expresión, desaparece o me despide. Y en esta situación, ¿qué hago yo? ¿Cómo la abordo? ¿Cómo empiezo? ¿En qué términos planteo la cuestión? Hace ocho días y ocho noches que lo vengo pensando, y no doy con la fórmula. ¡Es tan difícil, es tan violento para mí! Si la conversación viniera rodada, estoy segura de que me explicaría; pero iniciarla yo, plantearla de pronto, sin más preliminares... Solicitar una entrevista es fácil; mas, ¿y después? Me imagino la escena: «Sor Laurencia, yo necesito hablar con usted.» «¿De qué, hija mía?» «De una cosa muy importante.» «Hable usted; ya la escucho.» ¿Y qué le digo yo? ¿Por dónde empiezo? No lo sé; verdaderamente no lo sé; vamos, es que no se me ocurre. Pero si no hablo, si no me justifico, la situación ha de ser cada vez para mí más complicada y más desagradable. ¿Qué hago yo, Dios mío, qué es lo que debo hacer?

Estoy desesperada, nerviosísima, de un humor tan arisco y tan negro, que todas mis compañeras me preguntan qué es lo que me sucede. Yo les contesto tales tonterías, que sólo consigo ponerme más en evidencia. He perdido las ganas de todo. No juego, no alterno, no hablo casi con nadie. En el recreo me siento en un banco para que me dejen sola. En clase estoy completamente distraída. A veces, sin saber por qué, me entran unas ganas muy grandes de llorar; no lloro por vergüenza, pero yo sé el trabajo que me cuesta vencerme para no salir corriendo a refugiarme en un rincón.

Ayer mañana me ha ocurrido una cosa que puede tener gran trascendencia. No sé si he hecho bien o

si he hecho mal; pero no ha dependido de mí; han sido las circunstancias las que me han arrastrado. Estaba yo muy triste, muy aplanada, muy caída. Entré en la capilla para ver si la Virgen, apiadada de mí, me confortaba, y me arrodillé en un reclinatorio; me puse a rezar; pero eran tan grandes la emoción y la fe, que rompí en llanto. Acodada en el reclinatorio, con la cara en las manos, estuve llorando no sé cuánto tiempo. De pronto sentí que me tocaban en el hombro, y al volver sobresaltada la cabeza me encontré con la madre directora.

—¿Qué es eso, hija mía? ¿Está usted llorando? ¿Qué le sucede a usted?

Y como yo, desconsolada, toda acongojada, no le pudiese contestar, me cogió de los brazos, me alzó del reclinatorio, con su pañuelo me enjugó las lágrimas y volvió a insistir:

—Pero, ¿qué es eso? ¿Qué es eso...? ¿Qué le pasa a usted...? Vamos, cálmese; tranquilícese un poco y venga conmigo.

Enlazada del talle me llevó a su despacho; cerró la puerta con pestillo, me hizo sentar en un sillón enfrente de ella y me dijo:

—Cuénteme qué le ocurre; cuéntemelo, hija mía... No le dé reparo.

Y yo, que tenía el corazón rebosante de pena, una necesidad muy grande de desahogarme y de decirlo todo, todo se lo conté. No le oculté nada, nada, ni el menor detalle. Se lo dije tal como lo sentía, sin detenerme a medir las palabras, con toda la vehemencia arrebatada de mi pena, de mi desconsuelo, de mi inocencia y de mi indignación. Ella me escuchó impasible, sin un gesto en la cara. Sólo cuando al final, an-

gustiada y llorosa, volvía a insistir en mis protestas de inocencia, me interrumpió con su voz grave, tranquila y reposada:

—No se preocupe usted, hijita de mi alma; no se preocupe usted. No hay nada de lo que usted supone. Es usted excesivamente susceptible. No es eso. Sor Laurencia tiene de usted una opinión excelente, irreprochable..., irreprochable, se lo garantizo yo a usted.

—Entonces, ¿por qué este cambio de conducta conmigo?

—Está usted equivocada; no hay cambio de conducta. Sor Laurencia es la misma de siempre. Si, no lo quiera Dios, de nuevo tuviera que necesitar de sus cuidados, otra vez la encontraría lo mismo que la halló. Ella no ha cambiado. Ella es siempre la misma. Lo que ocurre, hija mía, es que usted parte del error, muy disculpable no conociendo a sor Laurencia como la conocemos nosotras, de suponer que ella procede en sus acciones por simpatías personales, por afectos humanos, por correspondencias de amor y gratitud, por todos esos lazos afectivos y sentimentales que unen a las criaturas en el mundo. Usted olvida que sor Laurencia vive fuera del mundo, que el mundo para ella no es otra cosa que un camino para acercarse a Dios y hacerse merecedora de la gracia divina. ¿Va usted ya comprendiendo, ma fille?

—Sí, madre mía; algo parece que vislumbro; pero no lo entiendo del todo. ¿Qué tiene que ver que ella ame a Dios, como debe ser, sobre todas las cosas, para que le ofenda un cariño tan desinteresado, tan puro como el mío?

—No le ofende, hija mía; no es eso.

—Entonces, ¿qué es? Porque ella me dijo bien claro que iba a dejar de ser afectuosa conmigo. Y, como usted ve, lo está cumpliendo.

—Sor Laurencia, ma fille, es una sensitiva, una pobrecita santa mujer pendiente siempre de la inmaculada espiritualidad de su vida interior. Lo que juzga usted en ella falta de cariño es precisamente todo lo contrario, exceso de cariño, miedo de que un afecto, sea el que fuere, sólo por ser humano, se convierta en una atadura que la ligue demasiado a la tierra y le robe con sus preocupaciones un tiempo que quiere dedicar sólo a Dios.

—Entonces, ¿qué debo hacer, madre mía? ¿Qué me aconseja usted que haga?

—Nada; no haga usted nada.

—¿No cree usted que debo darle una explicación?

—Ninguna. Cualquier explicación que intentase sólo serviría para torturarla, para llenarla aún más de preocupaciones y de remordimientos. Déjela usted. A usted debe bastarle la garantía que yo le doy de que sor Laurencia nunca ha pensado mal de usted. De todos modos, mañana es domingo. Haga esta noche examen de conciencia y mañana tempranito confiese y tome comunión. Esto disipará por completo sus dudas y la confortará a usted.

—Gracias, madre mía.

—Hasta luego, ma fille.

Llevo dos meses sin coger la pluma. No tengo nada que decir. No se me ocurre nada, y lo que se me ocurre no sé cómo decirlo. Por primera vez en mi vida me falta esa facilidad de expresión que hace mover

la mano al compás de la idea. Es tan enmarañada la madeja de mis pensamientos, que no doy con el hilo para empezar a devanarlos. Cuatro o cinco días que he intentado hacerlo sólo he logrado malgastar las horas en tanteos y vacilaciones, para tener al fin que renunciar desalentada. Borro, tacho, enmiendo, rompo. De todos mis cuadernos, éste es el único del que faltan hojas; las he tenido que rasgar después de escritas, por absurdas y por desatinadas. Hay momentos en que pienso asustada si estaré loca, si todas estas preocupaciones que me aturden no serán síntomas de un comienzo de trastorno mental. Porque, en definitiva, ¿qué puede importarme que sor Laurencia esté o no esté cariñosa conmigo? Desvanecida la sospecha de que su desafecto pudiera reconocer por causa un concepto ofensivo de mi modo de ser, y eso me lo ha garantizado la directora, lo demás, ¿qué puede interesarme? Aunque me interesara, ¿qué derecho tengo a inmiscuirme en el sagrado recinto de su vida interior? Si ella, en su condición de religiosa, juzga efectivamente que los afectos humanos son ataduras que nos ligan demasiado a la tierra y que es preciso desprenderse de ellos, ¿quién soy yo, pecadora de mí, para oponerme a estos santos propósitos, que sólo debieran merecer mi admiración y mi respeto? Esto es claro como la luz; y, sin embargo, yo no sé qué hay dentro de mí que se rebela cuando lo reconozco. Yo quisiera a sor Laurencia más humana, un poco más humana, aunque con ello desmereciese otro poco su excelsitud divina.

¿Será verdad que soy demasiado vehemente? ¿Tendrá razón sor Laurencia cuando asegura que pongo en mis afectos una exaltación inmoderada y des-

medida, que no se debe ser así? ¡Pero si esto no depende de uno! La voluntad podrá servir para refrenar las pasiones en cuanto al impulso de la realización, para no permitirlas exteriorizarse; pero ¿matarlas, acabar con ellas? ¿Qué va a hacer en eso la pobrecita voluntad? ¿Cómo le va a decir la voluntad al pensamiento: vete, desaparece, huye; no quiero que existas? El pensamiento se echará a reír y le contestará: hijita mía, lo siento mucho, pero tienes que soportarme. Yo no me sé explicar. Comprendo que son cosas demasiado sutiles y excesivamente alambicadas para una criatura como yo; pero no cabe duda de que algo hay en la complejidad de los sentimientos humanos que escapa a la percepción general de las gentes. Las gentes están habituadas a considerar los sentimientos en una forma rectilínea, como si fuesen trenes forzados a no salirse de los rieles. En cuanto un sentimiento intenta separarse de las rígidas vías trazadas por los convencionalismos de la costumbre sobreviene el descarrilamiento con la consiguiente catástrofe moral. Las gentes no gustan de tortuosidades. Todo lo que no sea ir por la línea recta es una desviación peligrosísima y nefanda. Las gentes no aceptan más afectos que aquellos previamente catalogados como lícitos. Con arreglo a estas fórmulas acomodaticias, el padre puede amar honestamente a su hija, y el hijo a su madre, y el hermano a su hermana; pero en cuanto el vínculo familiar desaparece, y falta el freno de la moral pura, ya no hay para las gentes más que la imposición tiránica del sexo, la atracción del hombre hacia la mujer y de la mujer hacia el hombre. Afecto, apasionamiento, exaltación, vehemencia que no esté incluído en el casillero de la

pasión amorosa, es sospechoso para el mundo, escandalosamente inmoral.

Yo misma lo pensaba antes así. Yo era también de las que juzgaban en bloque; de las que establecían entre las acciones humanas una profunda raya divisoria: a un lado lo que debe ser, al otro lo que no debe ser. La vida y la experiencia me están ahora enseñando que esta raya es tan débil, tan débil, tan débil, que hay veces que ni con cuentahilos se lograría vislumbrar. Por ejemplo, mi caso; el caso mío, que es el que a mí me importa. Yo he tenido en la vida cinco grandes amores; amores, pasiones, afectos, cariños..., como quieran llamarse; el nombre me es igual: mi padre, Fernando, Clara de Bassigny, sor Laurencia y Pierrette, la huerfanita rubia que quiere que yo sea su mamá. Dejemos el primero a un lado, porque está incluído en el casillero de los familiares y sobre él no cabe discusión. Veamos los otros cuatro: mi amor por Fernando fué un amor puramente platónico, sin la menor mancha de sensualidad, pero al fin un amor por un hombre, lícito desde el punto de vista del imperativo sexual, ilícito por ser yo una muchacha soltera y él un hombre casado. Con Clara de Bassigny, la cuestión se presenta más complicada y más confusa. Aparentemente se trata de un afecto culpable. Clara de Bassigny es una mujer, una persona de mi propio sexo, y, sin embargo, yo siento cuando estoy a su lado una delectación voluptuosa, una atracción que no puede catalogarse dentro del casillero de las lícitas. A pesar de todo, entre Clara y yo no ocurre nada que no sea absolutamente irreprochable, nada que pueda perturbar la conciencia. Con sor Laurencia de la Consolación el caso es todavía

más claro, más limpio, más transparente, más diáfano. Yo no he sentido por sor Laurencia jamás, jamás, ¡jamás!, nada que no fuese de una total pureza inmaculada. Sor Laurencia para mí no es una mujer, es una santa, un espíritu superior, algo incorpóreo, que está por encima de las groseras realidades del mundo. No obstante, yo quiero a sor Laurencia más que a nadie en el mundo; muerto mi padre, declaro sin rubor que no hay nadie que esté tan dentro de mi corazón como ella. No puedo vivir sin ella. Su despego me está matando. La única compensación que me alivia un poquito es el amor apasionado de Pierrette. A Pierrette la cojo, la estrecho, la abrazo, la estrujo, me la como a besos. ¿Podrá nadie creer que estos besos son pecaminosos? ¿Se podrá suponer que yo siento una delectación sensual con una criatura de ocho años? Yo lo que digo es que cuanto me miro más hacia dentro más convencida estoy de que estos cinco amores son en el fondo exactamente iguales; a primera vista podrá parecer que cada uno tiene su color diferente; pero yo sé que a lo sumo, a lo sumo, son matices del mismo color.

Cada día que pasa, sor Laurencia está conmigo más despegada y más indiferente. Apenas me habla lo indispensable para que las demás no se den cuenta. Realmente, lo hace con una delicadeza tan maravillosa que hasta ahora ninguno lo ha advertido. Yo soy la única que me entero, porque soy la única que puedo apreciar el contraste, la enorme diferencia entre el ayer y el hoy. Cuatro o cinco veces me ha visto en el recreo sola, cabizbaja y triste, y ha pasado de largo.

Me ha visto bien; me venía mirando desde lejos; sus ojos se han encontrado con los míos y han sostenido la mirada; yo he leído en los suyos una tristeza enorme; ella ha comprendido mi soledad y mi pesadumbre y, sin embargo, ha pasado de largo. ¿Por qué este despego? ¿Por qué este desamor?

Inútilmente quiero consolarme con las palabras de la directora: «No es falta de cariño; es todo lo contrario, exceso de cariño, miedo de que un afecto humano la ligue demasiado a la tierra y la distraiga de su amor a Dios.» ¿Pero qué tiene que ver lo uno con lo otro? ¿Qué incompatibilidad puede existir entre su exaltación religiosa y su afecto por mí? ¿Por qué esta incompatibilidad sólo existe de algún tiempo a esta parte? Es sólo ahora, ahora; antes no era ella así. Cuando estuve enferma, cuando después convaleciente, todas las mañanas enlazada del brazo me llevaba al jardín; cuando pasamos el primer mes de vacaciones juntas, ella no era así. Empezó a serlo desde el día en que le dije que la quería más que a nadie en el mundo, que la adoraba como a la Virgen del altar. Apartada la hipérbole sacrílega, que no podía ser sacrílega porque le faltaba la intención, ¿qué había de ofensivo ni de pecaminoso en que yo le dijera esto? ¿Por qué a la expresión de un cariño tan puro, tan desinteresado y tan grande había de corresponder con la indiferencia y la frialdad? ¿Merezco yo este pago? ¿Es justo que se me trate así?

Esta mañana tuve precisión de atravesar uno de los patios cubiertos en donde juegan las pequeñas, porque en este tiempo, con el frío tan crudo que hace, la directora, con muy buen acuerdo, no consiente que bajen al jardín. Sor Laurencia cuidaba de ellas. Esta-

ba sentada en una silla, con un libro en la mano, un libro chiquitito encuadernado en negro, como un devocionario. No sé si me vió o no me vió entrar; lo cierto es que no se movió de la silla ni levantó la mirada del libro. Yo iba a pasar de largo sin decirle nada, cuando Pierrette, que estaba retozando en un rincón, dió un grito al verme y echó a correr a buscarme tan desatinada y tan ciega que tropezó y cayó de bruces. Por pronto que acudí a levantarla, cuando llegué ya sor Laurencia la tenía en sus brazos. La pobrecita lloraba desconsoladamente, dolorida del golpe y toda asustadita porque le sangraban las narices.

—¡Sangre, sangre!—decía la infeliz, aterrada—. ¡Me he hecho sangre!

Sor Laurencia y yo tratamos en vano de calmarla.

—No te asustes, preciosa; no te asustes tú, que no es nada...; no llores, vida mía—le decía yo. Y como a pesar de todos mis consuelos seguía llorando cada vez con más fuerza, me incliné sobre ella para darle un beso; sin darse cuenta sor Laurencia hizo lo mismo, y al bajar las dos la cabeza nuestras caras quedaron unidas y los labios tan próximos que sólo hubo entre ellos los labios de Pierrette. Sor Laurencia se echó hacia atrás, me miró muy pálida, y me dijo:

—Señorita de Albrit, voy un momento a que esta pobre criatura sorba un poco de agua... Hágame el favor de tener cuidado de las otras y no moverse de aquí hasta que yo vuelva.

Y desapareció con Pierrette en brazos.

Yo, toda emocionada, me acerqué a la silla para sentarme, porque las rodillas me flaqueaban. Sobre el asiento había quedado el librito encuadernado en

negro. Era la *Imitación de Cristo.* Estaba abierto por la página 25. Instintivamente comencé a leer:

«CAPÍTULO XIII

CÓMO SE HA DE RESISTIR A LAS TENTACIONES

1. Mientras vivimos en el mundo no podemos estar sin tentaciones.

Escrito está en Job: Tentación es la vida del hombre sobre la tierra.

Nadie hay tan santo ni tan perfecto que no tenga algunas veces tentaciones y pueda vivir sin ellas.

2. Mas las tentaciones son muchas veces útiles aunque sean graves y pesadas, porque de ellas se sale humillado y purificado.

Todos los Santos pasaron por tentaciones y por tribulaciones, y las aprovecharon.

Y los que no las quisieron sufrir y llevar bien fueron tenidos por malos y desfallecieron.

No hay Orden ni religión tan santa, ni lugar tan secreto en donde no haya tentaciones ni adversidades.

3. No hay nadie seguro de tentaciones mientras vive, porque en nosotros mismos está la causa de donde vienen, ya que nacimos con la inclinación al pecado.

Pasada una tentación sobreviene otra, y siempre tendremos que sufrir, porque se ha perdido el bien de nuestra primera felicidad.

Muchos quieren huir las tentaciones y caen en ellas más gravemente.

4. El que sólo quita lo que ve y no arranca la raíz poco aprovechará; antes tornarán a él más presto las tentaciones y se hallará peor.»

Cuando sor Laurencia regresó con Pierrette, me encontró todavía con el libro en la mano.

—¿Estaba usted leyendo el Kempis, hija mía?

—Le estaba hojeando.

—¿Verdad que es un libro admirable?

—No sé; no lo conozco.

—¡Cómo!—exclamó levantando las manos con un gesto de profundo estupor—. ¿Es posible que no haya usted leído el Kempis?

—No, sor Laurencia.

—Pues es preciso que le lea usted: es indispensable. Tome, se lo regalo. Léalo muy despacio y medítelo muy detenidamente. Le hará a usted mucho bien.

Anoche, al salir del refectorio, me dieron la noticia: sor Laurencia se va. Se va a París a la Casa central de la Orden. Dicen que ha sido ella la que ha pedido el traslado. El rumor es ya público. Todo el mundo lo sabe en el colegio, y todas se preguntan intrigadas cuál puede ser la causa de esta inexplicable determinación. Las mayores, naturalmente, son las más consternadas. Entre ellas ha surgido la idea de designar una Comisión que en nombre de todas las alumnas suba esta tarde a visitarla para tratar de disuadirla. Querían que yo formase parte de la Comisión. Me he negado con el pretexto de que no estoy buena. Y en realidad no lo estoy. Llevo una semana que no me siento bien. Hace ocho días se cumplió el primer aniversario de la muerte de mi padre, y desde entonces vengo aplanadísima. La noticia de la decisión de sor

Laurencia ha concluído de aplanarme. No tengo valor para mirarla frente a frente. Además sé que todo es inútil; sé que nadie la convencerá; nada podrá torcer su determinación. Con letras de fuego tengo ante mis ojos las palabras del Kempis: «El que sólo quita lo que ve y no arranca la raíz poco aprovechará.»

Una celadora ha venido a llamarme:

—Señorita de Albrit, en la sala de visitas hay una señora que la espera a usted.

—¡Mamá!—he gritado sin poder contenerme.

—No sé—me ha contestado la celadora—; pero me parece que no es su mamá.

No es mamá: es mi tía Teresa la que me aguarda con la directora.

—Hija mía, vengo a buscarte para que nos vayamos a Madrid. Tu madre se casa dentro de unos días y, como es natural, desea que asistas a la boda.

—¡Que mamá se casa!

—Sí... Ya te contaré.

Me he quedado sin saber qué decir, tan aturdida y tan emocionada, que la directora se ha creído en la obligación de aconsejarme:

—No vacile usted, hija mía. Vaya usted. Está usted en el deber de ir.

Así termina el cuaderno cuarto.

CUADERNO QUINTO

Una de las cosas que más nerviosa me ponen desde que tengo uso de razón y empiezo a darme cuenta más o menos exacta de la vida, es la propensión general de las gentes a comunicar las noticias a medias y rodear los hechos más sencillos de sombras y nebulosidades. Es la única manera de que no sepa uno jamás a qué atenerse, y de que, puesto en la precisión de llenar con suposiciones las lagunas que faltan, concluya indefectiblemente por pensar lo peor. Quién sabe si la mayoría de las calumnias que ruedan por el mundo no habrán tenido como origen, más que el propósito preconcebido de hacer daño, la tentación ingenua de rellenar con presunciones los vacíos que existen en los relatos demasiado... discretos. Digo esto, porque después de veinte días de conversación constante con todos mis parientes, incluyendo, naturalmente, a la abuelita, esta es la hora en que todavía no sé de modo exacto por qué razón se ha casado mi madre, qué motivos han podido justificar en ella esta premura y por qué a todo el mundo la boda le parece muy bien. Claro es que por lo mismo que no lo sé me lo figuro. Y esto es precisamente lo malo: que puesta en la necesidad de suplir la ignorancia de los hechos con supuestos imaginativos, corro el peligro

de extralimitarme, de ir en mis juicios más allá de lo que acaso en realidad debiera.

—Tu madre—me ha dicho la abuelita—es muy buena, muy buena. La pobre ha sido muy desgraciada y ha sufrido mucho. No la hagas sufrir más.

—Tu madre—me ha dicho tía Teresa—no es mala. Tendrá sus defectos como todo el mundo, pero siempre se ha comportado con toda corrección. Si alguna falta cometió en la vida, bastante la ha purgado la pobre con el abandono de tu padre y el desvío tuyo. La prueba concluyente de que tu madre no es una loca, sino que, por el contrario, le ha preocupado siempre mucho proceder de una manera digna, es que ha dado al asunto la solución más honorable. No hay que volver los ojos al pasado, sino aceptar las cosas tales como son.

—Nenita—me ha dicho mi tío—, supongo que sabrás que desde el momento en que tu madre ha contraído nuevo matrimonio ha perdido sobre ti la patria potestad en cuanto se refiere a la administración de tus bienes; tienes un consejo de familia, y yo soy tu tutor. Desde ahora hasta el día en que seas mayor de edad, si es que antes no te casas, encontrarás en mí, para todo lo que necesites, un verdadero apoyo y una ayuda eficaz y desinteresada. Cuenta conmigo incondicionalmente. En mí tendrás siempre un amigo leal. Pues bien; con la lealtad a que me obliga este deber que tengo de velar por ti y mi vivo interés por todo lo que contigo se relaciona, te digo que debes vivir con tu madre. La casa es tuya; te pertenece a ti, eres la poseedora de ella; pero filial, social ni decorosamente no puedes poner a tu madre en la calle, ni lanzarte a los riesgos de vivir sola y por tu cuenta.

Habría de ser tu padrastro, en un escrúpulo de delicadeza, quien lo propusiese, y aun así, no lo podrías aceptar ni yo lo autorizaría. No quiero juzgar a tu madre; la posición difícil en que estoy con ella podría conducirme a ser injusto, y, sin embargo, creo que más que culpable tu madre es una víctima. Y, sobre todo, por encima de todo, tienes que pensar que al fin es tu madre. Yo me hago perfectamente cargo de la situación tirante en que tanto ella como tú os vais a ver, especialmente en los primeros días, pero con un poco de buena voluntad por parte de ambas la conllevaréis bien. Tú eres buena, sensata, inteligente, y no has de dar motivo a nada que sea, no ya incorrecto, ni siquiera desagradable. Ten paciencia, sufre resignada lo que te contraríe, y, en último término, hazte a la idea de que esta situación es transitoria y ella sola se solucionará. No obstante, vuelvo a repetirte que para todo, absolutamente para todo, cuentes conmigo.

Después de esto, ¿qué iba yo a decir ni qué podía hacer más que bajar la cabeza y doblegarme ante la fuerza de las circunstancias? No quedaba otro recurso que aceptar los hechos consumados. Mamá me había recibido muy bien, sin efusiones exageradas que habrían estado fuera de lugar, pero muy cariñosa y muy afectuosa, todo lo afectuosa que ella acostumbra a ser en sus expansiones cordiales. La encontré muy ajada, muy estropeada, con un gesto de amargura en la boca y una sombra de tristeza en los ojos que habrían bastado para desarmarme si yo hubiera llegado con propósitos agresivos. La boda se celebró en familia, en la capilla de casa, y concurrió poca gente. El mismo día ellos se marcharon a Torrelodones, y con el pretex-

to de que mis habitaciones no estaban terminadas—se había querido esperar mi regreso para que yo dirigiera personalmente los últimos detalles—tía Teresa me llevó con ella. En casa de Tavira he permanecido las dos semanas justas que ha durado la ausencia de mi madre y que ha tardado el tapicero en rematar las habitaciones a mi gusto. Se me han reservado cinco, casi todas las de la parte izquierda de la planta baja en donde estaban antes el salón de billar, la salita de esgrima y la ducha, que ahora se ha convertido en mi cuarto de baño. Son cinco habitaciones espléndidas que han quedado preciosas con la transformación y que tienen sobre todo la ventaja de que puedo hacer en ellas vida independiente. Me han dado una doncella para mí sola y tengo la esperanza de que si logro averiguar el paradero de madame Duval no me ha de ser difícil convencerla de que se decida a convivir conmigo. Todo ello me coloca en las mejores condiciones posibles para sobrellevar la triste situación a que me ha conducido la ligereza de mi madre.

En cuanto a él no sé qué pensar, o por mejor decir, no puedo pensar nada. No sé quién es, no le conozco, no le he visto hasta ahora ni he tenido tiempo todavía de formar acerca de él juicio definitivo. Lo único que puedo decir, aunque me duela confesarlo, es que la primera impresión no ha sido tan desfavorable como yo suponía. Me ha parecido un hombre inteligente, serio, formal, correcto, bien educado, un verdadero hombre de mundo. Conmigo está procediendo con un tacto exquisito que no puedo menos de agradecerle, pues rodeándome de atenciones y delicadezas me deja al propio tiempo en absoluta libertad de acción. Hasta ahora no he hablado con él a solas más

que un día; el mismo de la boda, poco antes de que se marchasen a Torrelodones. Mamá había ido a vestirse a su habitación con tía Teresa y él y yo nos quedamos un momento solos en el gabinetito del piano, sin saber qué hacer ni qué decir, cohibidos y confusos bajo el peso de aquella situación embarazosa. Estaba yo buscando un pretexto para escabullirme cuando él, que debió adivinarlo, se acercó a mí y me dijo:

—María Eugenia, un momento; óyeme dos palabras: yo te estimo mucho. Podrás creerme o no creerme, pero te doy mi palabra de caballero de que antes de conocerte sentía por ti gran simpatía y que esta simpatía se ha convertido en hondísimo afecto desde que te conozco. Comprendo que las circunstancias no son las más propicias para aspirar a que este afecto hoy por hoy sea mutuo. Tú tienes contra mí una hostilidad hasta cierto punto disculpable y que a mí me merece muchísimo respeto. No pretendo que me quieras; sería presunción suponerlo. Sólo te pido que no pongas de tu parte nada para que esta hostilidad se acentúe; no tengas prevención contra mí. Yo estoy seguro de que si no la tienes, poco a poco conseguiré ganar tu corazón y acabaremos por ser buenos amigos. ¿Quieres, María Eugenia, que empecemos a ser un poquitín amigos?

Yo le tendí la mano.

—No tengo ninguna prevención contra usted.

—¿Por qué me llamas de usted?

—Porque no puedo llamarle de otro modo. Perdóneme; aunque quisiera no podría. Es para mi demasiado violento.

—Entonces... nada. Yo no quiero nada que pueda ser violento para ti.

Y ya no hablamos más; ya no hemos vuelto a hablar íntimamente. Desde que regresaron de Torrelodones y yo torné a mi casa la vida se desliza entre los tres en una comunión apacible y tranquila, un poco fría, un poco reservada, pero muy correcta. Diríase que los tres tenemos miedo de hablar más de lo justo y que andamos pesando las palabras antes de decirlas; los tres en una constante correspondencia de cortesías y amabilidades, todo de muy buen tono, pero que a mí me crispa los nervios. No sé qué va a pasar aquí el día que cualquiera de los tres demos el estallido.

Porque yo estoy segura de que esta situación tan violenta y tan falsa no puede durar mucho. Mamá parece que está ahora muy humilde, muy abatida y muy acobardada, pero yo sé demasiado en el fondo cómo es mamá. De él no puedo decir nada; no le conozco; mas tampoco me fío mucho. Siempre me han dado miedo estos hombres bien educados, aparentemente tan fríos, tan correctos y tan dueños de sí. Cuando se desbordan son un terremoto. Así era papá. Y en cuanto a mí... no sé. Por más esfuerzos que hago, por mucho que quiero convencerme, no logro, dentro de mi corazón, perdonar a mi madre. Vivos en la memoria tengo dos recuerdos que nada en el mundo conseguirá borrar: la noche aquella en que mi padre me llamó a su despacho para decirme que mamá no cenaría con nosotros, y la mañana de París, cuando, al entrar ella en la habitación, le halló de cuerpo presente. Son cosas éstas que no se pueden olvidar. Y *¿él?* Él... ¡qué sé yo!; personalmente, no tengo nada que decir contra él; no me es odioso, no me es antipático; reconozco que dentro de la situación en que se encuentra sería difícil conmigo comportarse mejor;

pero no puedo remediarlo, no puedo; cada vez que le veo en el comedor en el sitio de mi padre, pasear por las habitaciones de mi padre, sentarse en los muebles de mi padre, coger los libros de mi padre y ponerse a leerlos ante la misma mesa de mi padre, me descompongo; me entran unos deseos locos, unas ansias rabiosas de increparle, de llamar a los criados, y decirles:

—A ver, a ese hombre... ¡que le echen...! A ese intruso... ¡que le arrojen de aquí...! ¡A la calle con él! ¡No quiero verle más en esta casa! ¡Esta casa es mía!

Estoy disgustadísima. Me han fallado todas las gestiones para dar con el paradero de madame Duval. Nadie sabe una palabra de ella. La dueña de la casa de huéspedes en donde vivía cuando estaba conmigo me encaminó al domicilio de un general a cuya hija acompañó después que a mí; esta señorita se casó hace ocho meses, y desde entonces no han vuelto a tener de madame la menor noticia. He recorrido inútilmente todas las agencias de colocaciones, he preguntado a todo el mundo, y, hasta abusando un poco de la amabilidad de mi prima Clotilde, que se ha prestado gustosa a acompañarme, hemos recorrido a pie varias mañanas los sitios céntricos, y por las tardes los cinematógrafos de moda, los bailes del Palace y del Ritz y los saloncitos de Viena y de Freddy's con la esperanza de que el azar nos la deparara si como es de suponer, sigue de acompañante. Por desgracia, hasta ahora todo ha sido inútil. No hemos podido hallar el más pequeño indicio que nos orientara. Verdaderamente todo esto me contraría mucho, pues

aparte del afecto que yo sintiera por madame Duval, y era muy grande, tengo el presentimiento de que me va a ser dificilísimo dar con otra que reúna sus condiciones y pueda sustituirla sin desmerecer ante mis ojos. Por lo pronto, de las cuatro o cinco que me han recomendado, ninguna acaba de convencerme por completo. La única que me satisface algo, aunque sin llenarme del todo, es una muchacha de muy buena familia, una de esas familias que ruedan cuesta abajo, y que al morir el padre se despeñan definitivamente. No me disgusta su presencia fís ca y me interesa su situación, pero la encuentro demasiado joven y demasiado guapa. Tengo miedo de que no me preste la respetabilidad que necesito. Mamá, a quien he consultado el caso, opina como yo. Y yo no sé qué hacer; no concluyo de determinarme. Sin rechazarla en absoluto la he pedido un compás de espera para reflexionar, y en eso estamos.

Lo malo es que el tiempo apremia y no tengo más remedio que decidirme por alguna, sea la que fuere. Ni yo puedo estar sin compañía, condenada a no salir de casa, ni seguir abusando de la amabilidad de Clotilde, que al fin, como mujer casada, tendrá otras cosas que hacer más importantes que andar correteando por las calles conmigo. Aparte de que tampoco me seduce la excesiva intimidad con Clotilde. Hay en ella algo que me desplace, que me desagrada; no puedo decir concretamente lo que sea; más que un motivo razonado, es una especie de recelo instintivo, algo que no me gusta.

Esta familia de Tavira es muy... particular. El padre, don Gonzalo, grande de España, senador del Reino, ex embajador, ex ministro, consejero de todas las

Compañías y Sociedades habidas y por haber, es e tipo perfecto del aristócrata español arruinado que ha tenido que amoldarse a las vergüenzas de la política para apuntalar con destinos y sinecuras la decadencia de una casa que amenazaba derrumbarse. Gracias a estos ingresos, más cuantiosos cada día, Tavira puede sostener sin desdoro, al menos en apariencia, el prestigio de su alcurnia y el esplendor de su apellido. Claro está que él sabe como nadie que tal bienestar es puramente vitalicio, y al fin la muerte se lo llevará de un manotazo; pero aun sabiéndolo y acaso deplorándolo, se limita a inclinar la cabeza bajo la fuerza incontrastable del Destino y a escudarse tras la fórmula acomodaticia: «Después de mí el Diluvio.»

Hombre atentísimo, exquisitamente educado, de una corrección intachable en sus relaciones externas, es en la vida íntima de un egoísmo feroz y de una frialdad desoladora. No he conocido en la vida hombre que sea con los suyos más insensible y más indiferente. No es que se muestre duro, no es que los trate mal, es que le tienen en absoluto sin cuidado Estoy segura de que en la escala de sus afectos, su mujer y sus hijos están muy por debajo del ayuda de cámara. Ellos le pagan con la misma moneda. En los quince días que viví en su casa presencié cosas que me horrorizaron. La primera fué a la mañana siguiente de llegar. Cuando nos íbamos a sentar a la mesa entró en el comedor un criado y le dijo a mi tío:

—El señorito Aivaro no puede subir a almorzar porque está malo.

—Bueno—contestó mi tío sin inmutarse.

—¿Qué tiene?—interrogó mi tía.

—Un golpe, señora duquesa, un golpe tremendo.

Anoche al ir a acostarse entró en la habitación a obscuras, y al buscar la llave para encender la luz había una puerta abierta y se dió con el quicio. Un golpe horrible, señora duquesa. Tiene un ojo así...

Mi tía, toda sobresaltada, se puso en pie con el propósito de salir, pero Tavira la contuvo con un ademán:

—Siéntate; no te alborotes, ni nos des el almuerzo. Luego le verás. Ahora vamos a comer, que es muy tarde y yo tengo muchas cosas que hacer.

No se volvió a hablar del asunto. Comimos como si no hubiese sucedido nada. Terminado el almuerzo mi tío se levantó de la mesa, se puso a leer tranquilamente unas cartas que le trajeron, y se marchó a la calle sin ocurrírsele pasar por la habitación de su hijo. Tía Teresa y yo fuimos a verle. Estaba el pobre chico tumbado todo lo largo que era en un gran butacón, con las piernas sobre unos almohadones y la cabeza apoyada en una mano. En el lado izquierdo de la cara, cogiéndole gran parte de la frente, la ceja y el ojo hasta más abajo del pómulo, tenía una gran mancha acardenalada, tumefacta y negra.

—Sí que estás guapo—le dijo su madre en cuanto entró—. Estás precioso... ¡Pero hasta cuándo, Alvaro, hasta cuándo vas a seguir así...!

—Pero mamá, si fué que anoche...

—No me cuentes nada; lo sé; ya me lo han dicho: una puerta... Otro día será el volante del auto.

—¡Mamá!

—Tú te has propuesto matarme a disgustos.

—¡Mamá!—volvió a insistir Alvaro suplicante. Mi tía crispó la boca con un gesto indefinible de preocupación y de tristeza, bajó la frente y salió de la ha-

bitación. Yo iba a seguirla, pero en el pasillo me atajó:

—Quédate con tu primo. Entretenle un rato, que buena falta le hace.

En vista de ello volví a entrar.

—Pero, chico, ¿qué es eso? ¿Qué te ha pasado?

—Nada, ya ves; que por poco más me salto un ojo.

—Ya, ya..., sí que ha sido un porrazo...

—Calla, mujer; tremendo. Tengo la cabeza como un bombo.

—¿Te molestará entonces que te hable?

—No, no, al contrario; te lo agradezco mucho.

—Oye: ¿has tenido algún disgusto con tu padre? ¿Estáis enfadados?

—No; ¿por qué?

—Hombre, como ni siquiera ha sido para entrar a verte...

—Ah, vamos, creí que era otra cosa... No, eso no tiene importancia. En esta casa todos somos así. No acostumbramos a enternecernos con sensiblerías.

—¿Crees verdaderamente que son sensiblerías?

—Para las almas fuertes y los espíritus recios como papá, sí. Aquí todos somos muy recios.

—¿Tú también?

—¿Yo...? Yo no soy nada, hija mía. Yo no soy más que un desdichado.

—¡Qué barbaridad! Cualquiera que te oyera hablar en ese tono creería que estás harto de la vida.

—Harto... es poco.

—¡A tus años!

—¿Qué años crees que tengo?

—¡Qué sé yo! Veintisiete..., veintiocho...

—Pon cinco más encima; treinta y tres.

—Nadie lo diría; pero aunque así sea, ¿qué? Treinta y tres años...

—A los treinta y tres años murió Jesucristo después de haber cumplido su misión. ¡Y era el Hijo de Dios! Figúrate tú si yo, que sólo soy el hijo de mi padre, habré tenido tiempo de cumplir la mía.

En este tono frívolo y amargo de ironías, paradojas, agudezas y trivialidades se nos pasó la tarde conversando. Salí de allí muy mal impresionada, con el alma oprimida por un sentimiento molesto y angustioso, mezcla al mismo tiempo de antipatía y conmiseración. Cuando subí, tía Teresa se había marchado a las Cuarenta Horas y tuve que estarme en un gabinetito sola y aburrida leyendo periódicos hasta que llegó la hora de cenar.

Menos mal que al otro día fué Clotilde a buscarme. Dimos un paseo por la Castellana, y a las seis nos metimos en el Príncipe Alfonso. Cuando en el primer intermedio se iluminó la sala y empezábamos a entretenernos en curiosear la concurrencia, Clotilde hizo que me fijara en una mujer que había en un palco, una muchachita morena muy graciosa, con unos ojos negros muy interesantes, el pelo en bandós a la moda de mil novecientos y, dentro del conjunto, un poquitín acocotado, primorosamente vestida. Ella, al ver que la mirábamos nos miró también, sobre todo a Clotilde, y aunque no llegaron a saludarse, me pareció descubrir entre las dos como un signo de inteligencia.

—¿La conoces?—le pregunté a Clotilde.

—¿Pero no sabes quién es?—me contestó a su vez interrogándome.

—No; ¿quién es?

—La *Chilenita,* mujer, la amiga de papá.

—Ah, pero tío Gonzalo...

—Tío Gonzalo es un pendón.

—¡Qué me dices! Tan serio y tan respetable como parece. Yo, que le suponía un hombre tan formal.

—Sí, sí; fíate de los hombres formales. Pero no creas, además, que esto es de ahora; toda la vida ha sido igual. Esta es la cuarta o quinta que le conozco. Y todas por el estilo, a cual más bonita. Porque te habrás fijado que ésta es bonitísima; mírala bien, qué fina, qué elegante, ¿verdad? Papá será todo lo que se quiera, pero no hay más remedio que rendirle la justicia de que tiene buen gusto. ¿No te parece?

—Sí..., ésta no está mal.

—Mujer, no digas; es preciosa.

—Lo malo es que le debe costar cara.

—Sí, eso es lo malo. Por muy presuntuoso que uno sea, a cierta edad no se puede aspirar a reciprocidades amorosas sin autorización de la cuenta corriente. Este es el inconveniente grave de papá, tanto más grave en él cuanto que todo lo que tiene dentro de casa de miserable y de tacaño es por fuera de derrochador y de espléndido. Si no fuera por las mujercitas, no te diré que al morir nos dejara millones, pero sí un pasar bastante decente, porque gana muchísimo. Mientras que así se llevará con él la última peseta. Por algo habrás visto que tuve la previsión de buscarme cuarteles de invierno. Si no fuese por eso, ¿cómo crees que me hubiera determinado a cargar con el imbécil de mi marido?

—¡Mujer!

—¡Naturalmente! Mira, cuando yo me casé tenía veintiséis años, dos menos que Alvarito.

—Alvarito me ha dicho que tiene treinta y tres.

—Y yo treinta y uno; cabales. Bueno, pues cómo te digo, entonces tenía yo veintiséis. Cuando una mujer tiene veintiséis años y el espejo le dice que no es fea y sabe que no es tonta y está hecha a una vida de comodidades, posee un alma ambiciosa, un temperamento apasionado, un ansia inextinguible de ternuras y una sed insaciable de exquisiteces y refinamientos, comprenderás que no va a resignarse a tirar por el suelo todo este sueño de color de rosa para unirse por toda la vida a un señor grotesco al que no se quiere ni se puede querer. Cuando esto se hace es porque lo exige una necesidad muy seria: la necesidad de vivir, que es la más seria de todas. Ríete de esas cosas que dicen de que en el matrimonio el amor es lo de menos, que la ilusión pasa y que lo único esencial es la estimación mutua y el afecto reposado y tranquilo. Todo eso son zarandajas para desvirtuar la significación del contrato de venta, porque todo matrimonio en estas condiciones no es más ni menos que un contrato en el que uno compra y en el que otro se vende. Y del mal el menos si la que se casa logra la fortuna de tropezar con un marido de los que se hacen cargo; pero mira tú que si encima del sacrificio se tiene la desgracia de dar con un señor intransigente...

—Oye, el tuyo ¿es muy intransigente?

—Oh, no, ¡pobrecito!, no, no... En eso he tenido suerte; no me puedo quejar. Se da cuenta perfecta de las cosas. No me molesta nada. Bien es verdad que yo tampoco hago nada que le pueda molestar a él.

—¿Nada... nada... nada? ¿En absoluto?

—Mujer, tanto como en absoluto...

—¡Ah!, ¿sí...? Cuéntame.

—¿Qué te voy a contar? Te estoy diciendo que en este momento nada, nada, nada.

—¿De veras?

—De verdad. Te lo confesaría con la misma franqueza. ¿Voy a tener secretos para ti?

A los pocos días volvimos a salir juntas.

—Oye—le pregunté—, y Alvaro, ¿tiene novia?

Me miró estupefacta.

—¿Alvarito? ¡Pero tú estás en el Limbo, hija mía! ¿Es posible que no sepas quién es Alvarito?

—No; no sé nada. Me ha parecido un muchacho muy guapo, muy distinguido, muy inteligente, un poco amargado de la vida, pero nada más; en el fondo «muy bien».

Clotilde frunció la boca con una mueca de amargura y pasó por sus pupilas como una sombra de tristeza.

—El pobre Alvarito es hombre al agua; está completamente desquiciado física y moralmente...; una calamidad... Si él quisiera..., si él tuviera el tesón y la constancia de sobreponerse, de vencerse a sí mismo, yo creo que todavía lograría salvarse; pero como precisamente lo que le falta es voluntad...

Hizo una pausa. Yo me quedé desconcertada con la revelación. Aun sin comprenderla del todo, adiviné en ella algo terrible que, a pesar de la curiosidad que sentía, no me atreví a preguntar. Clotilde prosiguió:

—Es la víctima y el bochorno de la familia, todo al mismo tiempo. Mi marido le odia, papá le desprecia, mamá le injuria y sólo yo, más humana, le compadezco. A mí me da muchísima pena. Me da pena, sobre todo, desde que un médico, amigo mío, a quien se lo conté, me explicó que era un caso muy notable de sensualidad pervertida. Porque verás tú: Alvarito

hasta los veintitrés o veinticuatro años fué un muchacho absolutamente normal. A esa edad tuvo el sarampión, y como ya sabrás que el sarampión cuantos más años tiene uno más grave se presenta, estuvo s se muere o no se muere, porque se le complicó con unas terribles fiebres cerebrales. Sanó por fin, pasó una convalecencia muy larga, se restableció, y cuando todos le considerábamos curado por completo, nos sorprendió con esta extraña modalidad: una aversión feroz a las mujeres. Bueno, a las mujeres y a los hombres; no vayas a creer que... No, no; en absoluto; nada. Su repugnancia se hace extensiva a todo lo que materialmente se relacione con el problema sexual. Y digo materialmente porque esto es lo asombroso, lo insólito del caso. Este muchacho, que vive limpio y puro de todo contacto sensual como un anacoreta del desierto, es cerebralmente de una perversión y un encanallamiento que asustan. No se reúne sino con gente abyecta, con lo más bajo y lamentable de Madrid. Conoce todos los tugurios, todos los lugares innobles, toda la hez repugnante del hampa y la gentuza. ¿Tú te acuerdas de las cosas que cuenta Benavente en *La noche del sábado* de aquel príncipe Florencio que sólo se gozaba en la degradación y en la vergüenza de los demás? Pues Alvarito es otro príncipe Florencio; un príncipe Florencio sin dos pesetas... afortunadamente, ya que si las tuviese sería muchísimo peor, porque éste es más intelectual, más refinado y más listo.

—Eso te iba a decir, que a mí me ha parecido muy inteligente.

—Y lo es. Alvarito tiene mucho talento. Por eso es más lamentable todo lo que le pasa.

—Mujer, ¿y no hay esperanza de que se corrija?

—¿Cómo?

—¡Qué sé yo...! Suceden tantas cosas... Vete a suponer... ¿Quién nos asegura que un día no pueda enamorarse?

—¿Enamorarse? ¡Él...! Pero no te digo que le repugnan las mujeres...

—Pero así, ¿en absoluto?

—En absoluto. Por desgracia en este terreno no cabe discusión. ¿Tú sabes las cosas que hemos hecho? En fin, con decirte que yo misma, ¿oyes?, yo misma le he buscado aventuras, yo... ¡yo...! he descendido a tratar mano a mano con ciertas mujeres, mujeres equívocas, medio artistas, medio cocotas...; he llegado a ajustarlas para él, se las he llevado a casa—ya sabes que él da unas reuniones muy... pintorescas—, se las he echado materialmente en brazos..., mujeres preciosas, estupendas, y...

—¿Nada?

—Nada.

—¡Qué extraño!

—Es un caso perdido.

—¿Y dices que da reuniones en su casa?

—Sí, todos los sábados; creí que lo sabías. Unas reuniones muy... originales. Acuden unos hombres y unas mujeres tan... tan... ¿cómo te diré yo? tan ambiguos... Eteromanas, morfinomanos y algo mucho peor. No se te ocurra jamás bajar a ellas. No es que te pudiera pasar nada; en ninguna parte más segura que allí; allí no se hace otra cosa que hablar y discutir como en una Academia..., la Academia de Ciencias Inmorales, como la llama cínicamente él mismo. Pero, ¡qué cosas se dicen! Te horrorizarías. Soy yo,

que estoy curada de espanto, y te aseguro que las dos o tres veces que hice la tontería de ir salí asqueada. Y ten en cuenta que delante de mí se recataron.

—Pero, ¿qué dicen?

—No lo quieras saber.

Estas confidencias de Clotilde me han tenido varios días preocupadísima, más aun que por lo que me ha dicho por lo que no me ha dicho, por lo que me ha dejado entrever de esta desdichada familia de Tavira, tan complicada y tan... particular. De tal manera me impresionó el retrato que me hizo de Alvarito y la forma tan cruda y tan desafectiva que empleaba al hablar de su padre, que en el primer momento casi estuve a punto de rectificar la impresión antipática que mi tío Gonzalo me produjo cuando le vi en sus relaciones familiares tan desabrido y tan egoísta. Verdaderamente — me pregunté — verdaderamente, ¿qué actitud va a adoptar un hombre digno cuando tiene la desgracia de encontrarse con dos hijos como Clotilde y Álvaro? ¿Qué otra cosa, en su presencia, puede sentir este hombre más que el pesar de haberlos engendrado? Esto fué lo primero que se me ocurrió. Después, pensándolo mejor y más despacio, comprendí que estaba equivocada. Si el caso de Álvaro, como dice Clotilde, y todo parece indicar que está en lo cierto, es un caso de anormalidad, no merece desprecio, sino todo lo contrario, piedad y conmiseración. En este terreno Clotilde es mucho más humana, mucho más piadosa. Todo lo que ella me contó que hizo, y que al principio me pareció muy repugnante,

comprendo ahora que es lo que debe hacerse, lo que yo habría hecho por un hermano mío. Lo inconcebible es que a un hombre así se le abandone a su suerte, no se le ayude, no se le den los medios para curarse, para regenerarse, se le deje que se hunda y se envilezca más. Si realmente Alvaro es un enfermo, ¿qué culpa tiene él? ¿Por qué la familia, por qué la sociedad, en vez de apiadarse de este infeliz le han de hacer objeto de escarnio y de ludibrio? Yo creo que la sociedad es muy injusta.

Bastante peor que él se me antoja moralmente mi tío con su conducta desordenada, porque ése sí, ése tiene conciencia de sus actos y puede exigírsele la responsabilidad de sus acciones aunque sólo sea por el mal ejemplo que da. ¿Es que Clotilde sería acaso lo que es si no hubiese tenido el mal ejemplo en casa? Porque a mí no me puede caber la menor duda de que mi prima engaña a su marido. Sin contar con que ella misma lo proclama en el desenfado de sus conversaciones, he visto cosas en ella que me han escamado mucho. La saludan a veces unas mujeres y unos hombres... unos tipos tan sospechosos... Ella dice que son amistades de Álvaro, pero a mí me parece que aunque fuera verdad no debería consentir de esas gentes ni el saludo. Yo a Clotilde no acabo de entenderla. Es muy guapa, muy guapa, muy bonita, pero de una belleza desconcertadora, una belleza extraña que no acaba de convencerme. No se puede decir que esté aviejada, y, sin embargo, hay en su rostro una expresión de juventud marchita; se la ve recia, fuerte; tiene los brazos gruesos, las caderas anchas, y no obstante, hay días en que amanece demacrada, afilada la nariz, los pómulos salientes, los ojos

hundidos, las ojeras pronunciadísimas, la boca rasgada, cortada en las comisuras de los labios por dos arrugas hondas. El día que está así es cuando yo la encuentro más interesante. Tiene una dejadez, una tristeza, una melancolía que le dan un encanto indefinible. A mí verdaderamente es cuando más me gusta y cuando observo que los hombres la miran más. A pesar de todo hay algo en ella que no sé..., no sé... A mí me escama mucho.

No es precisamente que engañe a su marido. Claro está que a mí esto me parece muy mal; pero en fin, aun pareciéndome muy mal, hasta cierto punto lo justificaría si la falta reconociera como fundamento el arrebato de una gran pasión. Cuando una mujer tiene la desgracia de estar casada con un marido viejo y raro, parece que la tolerancia del mundo la autoriza para disfrutar ciertas compensaciones. Pero el caso de Clotilde no es este. No creo que Clotilde esté apasionadísima por nadie. Por maestra que sea una mujer en el arte de fingir, hay cosas que no pueden fingirse. Yo se lo hubiera conocido. Estoy segura de que ella misma algo me habría insinuado. A todas mis preguntas ha respondido siempre categóricamente que no. Es más, un día que insistí demasiado, se puso seria y me aseguró que estaba decidida a no comprometerse ni a hipotecar su libertad.

—No, hija mía, nada de locuras, nada de ataduras ni de compromisos; yo procuro divertirme todo lo que puedo; me gusta mucho flirtear, muchísimo; soy de las que llegan hasta el mismo borde, pero en el borde me detengo. Como esos toreros malos que en el momento decisivo vuelven la cara y se les encoge el corazón, a mí también me da mucho miedo tirarme a

matar. No me arranco, hija. No paso de banderillera. Mucho flirteo, mucho consentimiento, mucha conversación, y en el momento supremo el paso atrás. Borrón y cuenta nueva. A otra cosa.

—Pero ese juego es muy peligroso.

—Peligroso, ¿por qué?

—En primer término para tu reputación.

—Para mi reputación de... coqueta, porque de mí no se puede decir otra cosa.

—¿Y te parece poco?

—Comparado con la otra cosa, muy poco.

—¡Qué sé yo!

—¿Qué quieres decir?

—¿No te enfadarás si te lo digo?

—No, no; habla.

—Pues, chica, la verdad; que yo no sé qué es peor, si serlo y no parecerlo, o parecerlo y no serlo.

—Cada uno tiene su moral. Yo tengo la mía. Yo estoy segura de que con mi modo de proceder no perjudico a nadie, ni siquiera a mi marido, que en este terreno me conoce lo bastante a fondo para tener en mí completa confianza. Pero te voy a decir más: aun suponiendo—esto es sólo una suposición, ¿eh?; no vayas a tomarlo como premisa cierta—, aun suponiendo que en uno de esos galanteos se me fuesen los pies y llegara al materialismo de la infidelidad, esta falta no sería más grave que las que ellos cometen a diario con nosotras. No comprendo por qué ha de haber dos morales distintas. Sí, ya sé lo que me vas a decir: que si el hogar, que si la familia, que si el problema de los hijos... No me digas nada. Yo no tengo hijos ni los pienso tener; de modo que conmigo no hay problema. Sería una falta leve. En cambio, si

yo me enamorara, si yo cometiese la locura de apasionarme por un hombre, si yo fuese tan ciega que por un hombre me lo jugara todo: reputación, posición, porvenir, ¿no sería muchísimo más grave? Aparte de que yo no lo podría hacer, no podría... Un capricho suelto..., bien, una aventura..., pase; pero la traición consolidada, el engaño perpetuo, el fingimiento hipócrita de todos los días en la convivencia del hogar... ¡Ah, no, no; yo eso no podría hacerlo! Para eso hace falta muchísimo valor.

Era la alusión tan directa y tan clara, que, toda avergonzada, no supe qué decir.

Luego a solas lo he pensado mucho. ¿Clotilde tiene o no tiene razón? Prescindamos del precepto rotundo de que ninguna mujer debe traicionar a su marido. Esto es lo esencial y lo fundamental. Ninguna mujer casada debe engañar a su marido. Pero como, por desgracia, en la realidad este precepto se huella todos los días por centenares de mujeres, lo que conviene saber es, dentro de lo malo, qué puede ser lo menos malo. ¿Cuál procede peor? ¿La que engaña a su marido sin restarle el afecto que le debe y sólo por la simple delectación de los sentidos, o la que lo hace impulsada por la fuerza arrolladora de una pasión superior a su voluntad? Para la mayoría de las gentes, la segunda tiene siempre una justificación más atendible. Entre una mujer que se da por amor y otra que se entrega por vicio, la elección no puede ser dudosa. Yo lo había creído siempre así; siempre..., hasta hoy. Ahora, después de haber hablado con Clotilde, es cuando empiezo a sospechar si lo que en

un principio me pareció una paradoja no tendrá, como todas las paradojas, un fondo de verdad. Porque yo ahora examino «mi caso», mejor dicho, el caso de mi madre. Mi madre no es una loca; mi madre no se arriesgó a lo que hizo por capricho de aventuras ni liviandades de temperamento; lo hizo por amor, estoy segura, única y exclusivamente por amor, porque el amor en ella era tan fuerte que lo arrolló todo. Con arreglo a la lógica del mundo, yo debería perdonar a mi madre, puesto que mi madre no tuvo la culpa, ya que en el corazón no se manda. Y, sin embargo, yo, que alardeo de justa y blasono de buena y me precio de inteligente, me digo y me repito que hubiera sido cien veces preferible que en la falta no hubiese intervenido para nada el amor. ¡Cuánto mejor no habría sido para ella, para mi padre, para mí, para todos, en lugar de un amor verdadero, una liviandad a la manera de Clotilde! Satisfecho el capricho, pasada la ilusión del momento, ella misma se hubiera abochornado, se habría arrepentido, habría pedido perdón, y mi padre, que la adoraba; mi padre, que tenía un alma muy grande y un espíritu muy amplio y un corazón muy generoso, la hubiera perdonado. Mientras que así, ¿qué ha sucedido...? El odio hasta el último instante, el aborrecimiento hasta la muerte, y aun después de la muerte, la herida viva, abierta, sangrando todavía. ¿Cómo voy a absolver a mi madre, cómo la voy a disculpar? ¿Qué atenuantes podrá haber en ella que minoren ni que justifiquen la contradicción de su conducta? ¡El amor! Pero si precisamente este amor es la mayor ofensa que puede hacerme a mí. ¡Cómo la voy yo a perdonar que no amase a mi padre! ¡Cómo ha de

creerse que en el fondo de mi conciencia puedo tolerar impasible que esta mujer que no quiso a mi padre, que no le estimó nunca, que siempre se mostró con él indiferente y fría, bravía y orgullosa, que sólo pensó en trapos y en derrochar dinero, esté loca por este hombre que Dios sabe quién es! Porque está loca, loca; está ciega... No hay más que verla pendiente de sus labios, comiéndosele materialmente con los ojos, siempre pegada a él como una gata en celo. ¡Y él! ¿Quién es este hombre? ¿Con qué derecho viene a usurpar un puesto que no le pertenece, a disponer, a mandar, a querer ser el amo, a darse buena vida con el dinero de mi padre? De mi padre, sí; porque las leyes españolas son tan imbéciles, que la viuda, cuando nuevamente se casa, no pierde siquiera el usufructo; lo conserva todo, todo: el usufructo, los gananciales, la carta dotal, y en una fortuna como la nuestra todo esto es muy considerable, y, sobre todo, es algo que se me quita a mí. Y no es que me duela el dinero, no; bien sabe Dios que yo no he sido nunca interesada. Viuda mi madre, todo me habría parecido poco para ella. Ella habría sido la verdadera poseedora de todo. Pero él no; no, no... En él me duele hasta la gasolina que gasta en el coche.

Le aborrezco; cada día que pasa le aborrezco más. Le odio, le odio tanto, que ni siquiera puedo recatarlo en mis conversaciones.

—Ten cuidado—me ha dicho Alvarito—, ten mucho cuidado. No hay nada más cerca del odio que el amor. Acuérdate de *La Malquerida.* A ver si concluyes por enamorarte de tu padrastro. A ver si resulta que estás enamorada ya y no te has dado cuenta.

Me he quedado, por fin, con la señorita de compañía que «ha venido a menos». No había más remedio que decidirme por alguna, y de todas las recomendadas ésta era la más presentable, estoy por decir que la única decorosamente presentable. Es joven, es bonita, tiene buen tipo, viste bien y desde ahora vestirá mejor, para lo cual he empezado por regalarle un sombrero y hacer que le tiñan un abrigo mío que me compré en París, porque quiero que vaya de negro como yo. Es la manera de no desentonar. En cuanto a los temores de que su juventud y su presencia no fuesen los más a propósito para el cargo que conmigo necesita ejercer, me los han desvanecido los informes irreprochables que me han dado de su honorabilidad y su decencia. En este punto creo que tengo toda clase de garantías. Además, basta charlar con ella diez minutos para convencerse de que es una infeliz. A pesar de todo lo cual, estoy ya medio arrepentida de haberla tomado. Porque la pobrecita no cabe duda de que es una infeliz, muy simpática, muy desgraciada, muy buena, pero de una tontería y una frivolidad desconcertantes. No he conocido en mi vida criatura más insustancial, que hable más y con menos fundamento. ¡Dios mío, lo que habla! A mí me atonta, me marea, me aturde. La mayoría de las tardes me la llevo al cine para que se calle, porque he descubierto que las películas la entretienen mucho; pero se desquita en los intermedios. Conoce a todo el mundo, sabe la historia de todo el mundo, está en el secreto de todas las interioridades de Madrid, y me las cuenta con tal lujo de detalles y por-

menores tan precisos, que a veces sospecho si los está inventando, no por afán de murmuración y de calumnia, sino sencillamente por el gusto de hablar. Tiene además otro defecto más grave todavía: la pobrecita se pirra por los hombres—en el buen sentido de la palabra, naturalmente—. En cuanto uno la mira se le van los ojos. No puede remediarlo. Cuidado que me tiene respeto; cuidado que sabe en este punto lo intransigente que soy. Pues nada; no hay manera; en cuanto me distraigo, ya está. Ya está timándose y yo llamándola al orden.

—¡Carmen!

Indefectiblemente da un salto, y azorada, aturdida, confusa, como si se cayera del Limbo,

—¿Qué...? ¿Cómo? ¿Decía usted...?

—Decía que le tengo a usted dicho...

—No, no, señorita, por Dios, le juro a usted que no... Esta vez sí que no... no, no, no... Está usted equivocada.

Y es que no puede remediarlo, no puede; es superior a su voluntad. Yo me río por dentro porque en el fondo me hace gracia. Parece que la señorita de compañía soy yo.

Fuera de eso repito que la pobre es muy buena. Cordial y comunicativa me cuenta con una sencillez conmovedora las miserias de su casa, la triste situación de su familia, sus fracasos sentimentales, la esperanza ilusoria de hallar al fin un hombre que la redima de la soltería, el eterno príncipe rubio, un príncipe rubio encarnado en un empleado de cinco mil pesetas o un capitán de infantería. Se ve, además, que me há tomado afecto; se le nota que hace cuanto puede por agradarme y tenerme contenta. Muy pri-

morosa, me ha llenado las habitaciones de encajes y lacitos; me «hace las manos» como no he tenido jamás ninguna manicura; por las noches me desata el pelo y me recoge las horquillas; aguarda a que me acueste para taparme y, a pesar de que le he dicho que eso es obligación de la doncella, ella es realmente la que me ayuda a desnudarme y a vestirme y la que tiene cuidado de mi ropa. Creo que si la dejara me limpiaría los zapatos. Un último detalle: está conmigo loca de gratitud y de alegría porque la he permitido que utilice mi baño; se baña en cuanto salgo yo, sin cambiar el agua porque dice que no le da asco y... porque de este modo aprovecha el perfume. Es deliciosísima. Si no fuera tan frívola, tan charlatana y tan insustancial sería insustituíble.

Trasanteayer, es decir, el jueves, en cuanto terminamos de almorzar, mamá me llamó aparte para decirme que al otro día, viernes, llegaría a Madrid un hermano de mi padrastro, y que, como su estancia entre nosotros había de ser muy breve, a lo sumo diez o doce días, me rogaba que durante ese tiempo procurase modificar un tanto mi conducta, saliendo algo menos de casa y tratando de estar con todos un poco más amable.

—No son más que ocho o diez días, María Eugenia... Haz un esfuerzo. Yo te lo suplico.

Me lo dijo con tono tan humilde que casi me conmovió.

—Descuida—le contesté—, quédate tranquila. Yo te aseguro que estaré como debo estar.

En efecto, llegó al día siguiente. Confieso que cuando le vi me sorprendí muchísimo. No sé por qué le había imaginado de otro modo. Pepe Luis no se parece en nada a su hermano Lorenzo, absolutamente en nada. Lorenzo es alto, grueso, fuerte, con las manos vellosas, las cejas muy pobladas, los ojos negros, las facciones duras, que parecen más duras aún quizá por ir afeitado del todo. Pepe Luis es más bajo, bastante más delgado, más fino, más esbelto. A pesar de que está curtido, tostado por el sol, como hombre que ha estado mucho tiempo en el campo, se adivina que su piel es más fina y más blanca que la de Lorenzo. Tiene los ojos azules, unos ojos azules muy bonitos, muy expresivos y muy dulces, y un bigote rubio con las guías un poco en escobillón, a la francesa, que le sienta muy bien. Es, además, muchísimo más joven. Mi padrastro tiene ahora treinta y nueve años y éste tendrá ocho o diez menos. Debe de andar por los treinta. Es ingeniero de minas y viene de Bélgica y de Francia de recorrer las cuencas mineras asoladas por la guerra y estudiar sobre el terreno los trabajos de reparación. Así está el pobre de curtido y de negro. Piensa permanecer en Madrid quince o veinte días y en seguida marcharse a Asturias para hacerse de nuevo cargo en unas minas de su destino de ingeniero.

Atento, correctísimo, muy bien educado, lo mismo que el otro, pero más campechano y más abierto todavía, ha estado muy amable con mamá, muy galante conmigo, y hasta con Carmen se ha permitido algunos chicoleos, que a la infeliz le deben de haber llegado al alma, porque en cuanto nos hemos quedado solas ha venido a decírmelo:

—Qué guapo, qué simpático y qué elegante es el hermano del marido de la señora.

—Sí, no está mal.

—Yo le encuentro muy guapo.

—Vamos, que le ha gustado a usted.

—A usted, ¿no?

—¡Psch...! Ni sí ni no.

—Sí, claro, usted se merece algo más. Tiene usted derecho a aspirar a otra cosa. Este hombre, al fin, no es más que un ingeniero, muy poco para usted. En cambio para otras...

—Pues nada, Carmencita, duro con él.

—No lo decía por mí. Si para usted es poco, para mí es demasiado.

Me dió pena.

—No diga usted eso—exclamé arrepentida cogiéndole las manos y estrechándoselas cariñosamente—. Ni lo uno ni lo otro. No hay nadie que valga más que nadie. Todos somos igual. Si yo le he dicho antes que este hombre me es indiferente, no es porque haya pensado que pueda ser más o menos que yo, sino porque en realidad no me interesa, porque no me puede interesar una persona a quien no conozco. El día que yo me enamore de un hombre, tenga la absoluta seguridad de que no me preocuparé para nada de su posición ni su fortuna; me bastará saber que es digno de mí y que me quiere de veras. Fuera de eso, todo lo demás me tendrá sin cuidado.

—¿Y por qué supone usted que este muchacho no es digno?

—Pero, hijita mía, si no supongo nada. Qué voy a suponer si apenas le conozco; si, como usted, es la primera vez que le he visto en mi vida.

—Pues a mí me parece muy serio y muy formal y muy buena persona. Yo creo que este hombre es capaz de hacer feliz a cualquiera mujer.

—¿Feliz...? ¿Feliz? ¡Quién puede saber eso! Cualquiera sabe en dónde se encuentra la felicidad.

—De modo que si este muchacho se le declarara...

—Pero qué imaginación tiene usted, Carmencita. Es un caballo desbocado. Si este pobre hombre se va a marchar dentro de quince días.

—Se irá o no se irá. Eso dependerá de usted.

—¿De mí?

—¿Qué apostamos a que si usted quiere que no se vaya no se va?

—¿Qué apostamos a que por mí puede irse cuando quiera?

Todo esto ocurría el viernes; ayer por la mañana me pidió permiso para acompañarme; por la tarde volvió a salir con nosotras, y hoy ha traído un palco para que fuéramos todos a la Princesa. Le he agradecido la atención, y le he dicho que, sintiéndolo con toda el alma, no puedo ir, porque estoy de luto. La respuesta le ha molestado. Ha hecho un gesto muy vivo de contrariedad; pero dominándose en seguida, se ha limitado a balbucir a manera de excusa:

—Como te he oído decir que algunas tardes sueles ir al cine...

—Es que en el cine no se guarda luto.

—Ah, no sabía... Perdona.

Nos tuteamos. Realmente era un poco ridículo que nos tratáramos de usted, cuando desde el primer día mamá y él se han hablado de tú, y cuando, cediendo a los requerimientos de todos, venía yo también tuteando a Lorenzo. Me fastidia, porque el tuteo supo-

ne una familiaridad que no me gusta, aun en esta época en que la moda lo ha extendido tanto.

—Pues no sabes cuánto lo siento—ha añadido prosiguiendo la conversación—. Porque ya comprenderás que si me había permitido traer el palco era principalmente por ti.

—Yo te lo agradezco de la misma manera.

—No es por eso; es que me habría gustado proporcionarte una tarde agradable. Son tan aburridas en Madrid las tardes de domingo. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Ay, hijo, no lo sé.

—Supongo que no te quedarás en casa.

—Te repito que no lo sé. Dependerá de las ganas que tenga de salir. Puede que a última hora coja a Carmen y me vaya al Palace.

—Parece que te gusta mucho el Palace.

—Sí, me entretiene bastante.

—¿Bailas?

—Ahora no, porque estoy de luto.

—Entonces, ¿qué haces?

—Hijo, eres muy curioso; ¿qué quieres que haga? Lo que hace todo el mundo que no va a bailar: tomar te, oír la música, hablar con los amigos.

—¿Con los... amigos?

—Sí, con los amigos y con las amigas; todo está comprendido en la misma palabra. ¿Es que te parece mal que yo tenga amistades?

—No, hija, ni bien ni mal. No me parece nada. Y aunque me pareciese, comprenderás que no soy quién para pedirte cuentas.

—¡Ah, naturalmente...! ¡No faltaría más!

Se ha marchado muy molesto y yo me he quedado satisfechísima por el giro de la conversación. Me está

resultando el tal don Pepe Luis un gallito fatuo y presuntuoso, demasiado envanecido de sus hechuras, de sus ojos azules, de su bigote rubio y hasta de su talento. Me parece que se le ha subido la ingeniería a la cabeza. Y lo que es conmigo se va a equivocar. Por ese terreno no se llega hasta mí.

No me cabe duda. Estoy completamente persuadida. Lo veo claro como la luz. Pepe Luis ha venido a Madrid con el único y exclusivo propósito de casarse conmigo. Ha venido llamado por Lorenzo, que de acuerdo o sin acuerdo con mi madre, esto no puedo dilucidarlo aún, le ha propuesto el negocio en términos clarísimos: «Es una chica joven, muy mona, muy rica; no tiene novio; está malhumorada, deseando liberarse de la tutela maternal; tú llegas, le haces el amor, os casáis en seguida y todo queda en casa.» ¡Muy bonito! Lo malo es que basta que se me haya ocurrido esta suposición para que así fuese el partido más ventajoso de la tierra me pareciese el más aborrecible. Habrían de demostrarme que el pobre hombre viene de buena fe, habrían de jurarme todos puestos de rodillas que estoy equivocada, y sólo la sospecha de que alguien haya presumido de mí que soy materia dúctil para esta clase de manejos me irrita de tal modo, que me dan tentaciones de no volver a dirigirle la palabra. No lo hago porque, a pesar de toda mi indignación, reconozco que es en el fondo quien menos culpa tiene, y porque no quiero, para cuatro días que le quedan de estar entre nosotros, que se lleve la impresión de que soy una grosera y una mal educada. Si dentro de cuatro días, o de los

que sean, se tendrá que marchar llevándose la humillación de su fracaso, ¿para qué empañar la pequeña gloria de este triunfo mío con la torpeza de una incorrección? Al contrario, cuanto más amable me muestre, cuanto más simpática le parezca, más doloroso será su desengaño. Hay algo en esto de refinamiento cruel; cierto, lo hay; pero se lo merece. Se lo merecen todos. ¡Qué se habían creído! ¿Que de mí se dispone? ¿Que a mí se me maneja como a una criatura...? ¡Pues no faltaba más!

Y repito que me parece que de todos es en el fondo quien menos culpa tiene. Llego incluso a pensar que en todo este complot es la víctima, la verdadera víctima, la única víctima, porque es el único que ha venido engañado y el único que se va a poner en evidencia y en ridículo. Creo que él mismo se está dando cuenta, porque no es el que era los primeros días. Ha perdido aquella fatuidad, aquella necia presunción de muchacho bonito y de hombre irresistible, aquel empaque tenoriesco que en un principio tan antipático me fué; es más sencillo, más llano..., ¿cómo lo diría yo?, más cobarde, sí, eso es, más cobarde, más tímido. Se ve clarísimo que está deseando declararse, lanzarse de una vez, y, sin embargo, no se decide, no se atreve.

Todas las noches, antes de acostarnos, Carmen me o pregunta:

—¿Qué, se ha arrancado ya?

—No, hija; ni una palabra.

—¡Qué raro!

—Raro, ¿por qué? Al contrario; a mí me parece una prueba de muy buen sentido.

—¿Sigue usted decidida a decirle que no?

—Naturalmente.

—Pues yo creo que este hombre la quiere a usted. No hay más que ver cómo la mira. Se la come a usted con los ojos.

—Eso es que le gusto un poquillo. Caprichito, deseo; pero de eso a querer hay un abismo, Carmen. Ríase usted de las pasiones instantáneas.

—Por algo se empieza.

—Que es precisamente lo que yo no quiero: empezar.

—Pues ya verá cómo se le declara.

—Toma; eso ya lo sé yo.

Tanto lo sé que estoy deseando, como dice Carmen, que se arranque de una vez y acabemos definitivamente. Me tiene muy cohibida y muy violenta esta situación falsa de convivir a todas horas con un hombre que está perdiendo el tiempo en hacerme el amor. Además tengo un poco de miedo. No obstante lo segura que estoy de mí misma, tengo, ¿por qué voy a negarlo?, un poquito de miedo de que pueda cogerme en un momento de debilidad. Porque lo curioso es que a mí Pepe Luis no me disgusta. No me entusiasma, pero no me disgusta. Si en lugar de ser quien es, si en vez de haberme dado desde el primer instante motivo a la sospecha de que ha venido a tiro hecho me le hubiese encontrado en el Ritz o en el Palace, en casa de una amiga o en medio de la calle y se me hubiera declarado, es posible que le hubiese respondido que sí. E un muchacho joven, guapo, inteligente, simpático, agradable, con una carrera muy bonita... Realmente, ¿qué más puede pedir una mujer? ¿Y si fuera cierto que, a pesar de todas las apariencias que le acusan, me quisiera de veras? ¿Y si esta

timidez, esta cobardía, esta falta de decisión que le cohiben cuando está a mi lado fueran efectivamente testimonios de un cariño sincero? ¿No cometeré quizá una ligereza rechazándole en absoluto? ¿No sería más prudente, mucho más razonable proceder con cautela, ir tanteándole poco a poco con paciencia y habilidad hasta descubrir sus verdaderas intenciones? No sé, no sé. Estoy preocupadísima.

Ya está. Ya se zanjó el asunto. Se ha resuelto como se resuelven todas las cosas graves: cuando menos se espera. Bien sabe Dios que yo no lo esperaba. Nunca me ha cogido el embrollo de una conversación más de sorpresa y más desprevenida. Nunca pensé que pudiera pasar lo que ha ocurrido. Es que ha ocurrido, y todavía no acabo de explicarme cómo ha podido ser. Indudablemente hay algo inmaterial que vela por nosotros, algo independiente de nosotros mismos y, sin embargo, en íntima conexión con nosotros, que en los trances supremos de la vida regula el movimiento de nuestras decisiones, deteniéndolas unas veces y otras precipitándolas.

Habíamos concluido de almorzar y de tomar café, y mientras mamá, Lorenzo y Carmen seguían en el comedor de sobremesa, Pepe Luis y yo abrimos la puerta de cristales y nos asomamos a la terraza del jardín. Acodados sobre la barandilla iniciamos una conversación de lo más trivial que puede darse; la hermosura del tiempo, las delicias de la primavera, lo bonito que estaba Madrid..., tonterías por el estilo. Luego, como contraste, él me habló de Asturias, de la vida en las cuencas mineras, la tristeza de la soledad,

lo duro del trabajo, lo ingrato del medio, el influjo embrutecedor del ambiente... Me lo contaba el pobre con una naturalidad tan ingenua, con un gesto de conformidad tan resignado, con un dejo tan abatido de melancolía que llegó a interesarme. Nunca, desde que le conozco, me había tenido más favorablemente dispuesta a su favor. Y en este momento, en este preciso momento, no sé cómo, acaso porque en un rasgo de intuición y clarividencia sorprendió en mis ojos este destello de momentánea simpatía, se le ocurrió dar un giro súbito a la conversación y preguntarme a boca de jarro y sin venir a cuento:

—Oye, María Eugenia, ¿tienes novio?

—No, hijito, no tengo novio.

—¿De veras?

—De verdad.

—Aunque me lo jures en cruz no lo creo.

—¿Por qué?

—Porque es absurdo que una criatura como tú, tan linda, tan atrayente, tan simpática, tan agradable, tan encantadora no tenga los pretendientes a montones. No lo creo, no lo puedo creer.

—Pues por increíble que lo encuentres, es así.

—Me parece muy raro.

—No sé por qué razón ha de ser raro. Si fuéramos a eso, más extraño me parece a mí que no te hayas casado todavía. Eso sí que es extraño. Un muchacho como tú, simpático, agradable, con una carrera terminada, una posición tan bonita... Si no te has casado será porque no hayas querido. A mí no me vengas con historias. Lo que ocurre es que a los hombres, en cuanto pasáis de cierta edad, se os hace muy grata la vida de soltero.

—Estás equivocada, María Eugenia; yo soy de los que creen que no hay nada mejor que el matrimonio.

—Pues nada, chico, a ello.

—Es muy difícil que yo pueda encontrar una mujer.

—¿Por qué ha de ser difícil? Digo, a menos que no seas demasiado exigente. ¿Cuáles son tus aspiraciones?

—Mis aspiraciones se reducen a encontrar una mujer joven, bonita y que me quiera.

—¿Nada más que joven y bonita?

—Nada más—me contestó un poquito azorado—; ¿para qué más?

—Yo creí que había en las mujeres otra cualidad más importante.

—¿Cuál?

—La de buena.

—¡Hombre, naturalmente, por supuesto! De eso no hay ni que hablar. Joven, bonita y buena.

—Pues eso no me parece difícil encontrarlo.

—¿Tú crees?

—Yo creo que sí.

Se transfiguró. Por sus ojos pasó un relámpago de alegría y engalló la cabeza con ese gesto de presunción tan típico en los hombres poseídos de su propio valer.

Al verle tan fatuo sentí la tentación de gastarle una broma; fué un deseo súbito, sin la menor malicia. En aquel momento no había dentro de mí doblez alguna.

—Si no se lo dices a nadie, si me guardas el secreto y me prometes no abusar de él, te doy una noticia. Yo sé de una mujer en las condiciones que deseas

que está dispuesta a aceptarte en cuanto le digas una sola palabra.

—¿Sí?—me preguntó temblando de emoción.

—Yo creo que sí.

—¡Pero es posible!

—Hombre, yo no te diré que esté loca, pero que no le disgustas... En fin, ¿para qué andar con rodeos...? Ella misma me lo ha insinuado.

Le vi desconcertarse.

—Pero, ¿de quién hablas?

—¡Cómo! ¿No has caído? Yo creí que lo habías adivinado. ¿De quién va a ser? De Carmen.

—¿De Carmen...? ¿De tu...?

—Sí, sí, la misma. Chico, yo no sé a esa pobre mujer qué le has hecho; pero desde que has venido la tienes trastornada.

Se puso lívido; dió un paso hacia atrás, entornó los ojos, frunció la boca y escupió estas palabras:

—¡Qué ridícula!

Me hizo daño la frase; más que la frase el tono despectivo y cruel.

—¿Por qué ridícula? No sé por qué ha de ser ridículo que a una mujer le guste un hombre.

Lo dije con un tono tan seco que él comprendió la grosería e inmediatamente trató de enmendarla.

—No es eso—balbució todo azorado—, no ha sido eso lo que quise decir... Es que..., la verdad, no lo esperaba, María Eugenia... ¿Cómo iba a suponer...? Tú misma te harás cargo... Yo no le he dicho a esa mujer una sola palabra para que pudiese hacerse ilusiones. No sé con qué fundamento ha podido creer... Comprenderás, María Eugenia, que no voy a estas alturas a enamorarme de una institutriz.

—Perdona; Carmen no es una institutriz, es una señorita en toda la extensión de la palabra; muy bien educada, de muy buena familia, con un nombre intachable y una conducta tan intachable como el nombre. Si la infeliz se ve hoy por hoy obligada a ganarse la vida harta desgracia es la suya, y no merece por ello que encima se la escarnezca con un inri.

—Mujer, no te pongas así. Te aseguro que no quise ofenderla.

—No, si el que se ofende eres tú mismo con ese modo de pensar. Cuando hace un momento te insinué que a Carmen le gustabas lo hice con la inocente intención de gastarte una broma, nada más; podrás creerlo o no creerlo, como te acomode, pero yo te lo afirmo, no era más que una broma para ver qué decías. Ahora en serio te digo que es verdad. Y te digo más; te digo que será muy difícil, muy difícil que puedas encontrar en la vida otra mujer que valga lo que Carmen.

—Pero ¿hablas en serio?

—Completamente en serio. Carmen te gustará o no te gustará; en eso no me meto; nadie manda en el terreno de la simpatía; pero ¿que la muchacha se merece...? ¡Hombre, por Dios, no lo ha de merecer! Una muchacha joven, bonita, hacendosa, muy mujer de su casa, que conoce por desgracia lo duro de la vida, que le da ventisiete vueltas a un duro y por añadidura buenísima, admirablemente educada...., ¿qué más puede pedir un hombre como tú?

—Vaya, que te has propuesto que yo me case con Carmen.

—No me he propuesto nada. Contesto sencillamente a tu arrebato despectivo.

—No hay arrebato, María Eugenia. A mí esa muchacha me parece muy bien; no tengo nada que decir contra ella; pero comprenderás que...

—Que no es precisamente lo que tú necesitas.

—Eso es.

—Pues haber empezado por ahí.

—Si no me has dejado...

—Hijo, como me dijiste que te contentabas con una mujer joven, bonita y buena, que con eso tenías suficiente... Ahora resulta que además quieres que sea rica...

—Mujer, tanto como rica...

—Sí, hombre, sí, ¿para qué eufemismos? Rica. Tú no buscas una mujer. Lo que a ti te hace falta es una dote.

—¡María Eugenia!

—Pues haberlo dicho. Yo te habría contestado con la misma franqueza: eso no lo vas a encontrar.

Dió media vuelta, salió de la terraza, cogió el sombrero y, sin despedirse, se marchó a la calle. No vino a cenar. Al día siguiente, cuando subí a desayunarme no había salido de su habitación. Me vestí, me fuí con Carmen a misa, y después a casa de Clotilde. Le conté lo que me había sucedido, y ella misma avisó por teléfono que no me aguardasen a almorzar. Al volver por la noche, mi madre me dió la noticia de que Pepe Luis se había marchado a Asturias. Lorenzo no me dirigió la palabra en toda la comida. Esta mañana, al levantarme, he encontrado a mamá desencajada, con los ojos enrojecidos y unas ojeras enormes como de haber llorado. Mi padrastro sigue con la cara apretada. Deben de haber tenido un disgusto tremendo.

Después de unos días deliciosos que hacían presumir la anticipación del verano, nos hemos metido en un verdadero temporal de agua inverniza, uno de esos bruscos e inesperados retrocesos que acostumbra a tener la primavera y que hacen de Madrid un magnífico campo de experimentación para los que quieran pasar impunemente del Ecuador al Polo. Claro que por las tardes sobran recursos para matar las horas; pero por las mañanas no queda otro remedio que encerrarse en casita. Hacendosa como siempre, y como siempre deseando serme agradable y útil, Carmen ha inventado para distraerme una obra magna, la confección de un tapiz; pero no así como se quiera, sino todo un señor tapiz de nudos, de dos metros por tres. Es la labor de última moda. Hemos comprado la lana y la harpillera, nos han hecho el dibujo, y hétenos aquí toda la mañana dale que le das a la aguja. Para acabar más pronto hemos complicado a las doncellas, a la mía y a la de mi madre, y hasta mamá baja de cuando en cuando a echar una manita. Los primeros días me distrajo la novedad, pero pasado el capricho me he aburrido en seguida. Sin contar con que a mí las labores caseras nunca me han seducido, ésta resulta muy dura y muy pesada; duelen los dedos y se estropean las manos; no es que me importe que se estropeen, es que me molesta tenerlas doloridas. Además, como esto de hacer nudos es una tarea absolutamente mecánica que no entorpece la imaginación ni la lengua, la pobrecita Carmen me trae loca con su charla insufrible. Se pone verdade-

ramente inaguantable. Hay momentos en que no tengo más remedio que irme.

Se me hacen las mañanas larguísimas, y eso que me levanto tarde, cada vez más tarde. Como, fiados en el buen tiempo, se había suprimido la calefacción, no tengo más remedido que quedarme en la cama, porque a primera hora están las habitaciones imponentes de frío. Me dedico a leer. Todas las noches me llevo un par de libros cogidos al azar, al tuntún, lo primero que encuentro. En ocho días me he leído *Los tramperos del Arkansas,* de Gustavo Aimard (muy entretenido); *El paraíso perdido* (no he podido pasar del primer canto); *El nabab,* de Daudet (pesadito también aunque en conjunto muy hermoso); *Los diálogos,* de Platón; *Au rebours,* de Huysmans (que me ha dado bastante que pensar), y *Claudina en su casa.* Me parece que la mezcolanza no puede ser más pintoresca.

Me aburro, me aburro mucho. Me pesan las horas. Me abruma la inutilidad de mi vida, la repetición monótona de los días, constantemente iguales; la falta de objetivo, la carencia absoluta de un ideal adonde encaminar el pensamiento. ¡Qué sola estoy, pobre de mí!; ¡qué indefensa y qué desamparada! No hay a mi alrededor ni una persona capaz de compenetrarse conmigo. Si al menos con Carmen se pudiera hablar. ¡Pobrecita Carmen! Es muy buena, muy buena, me quiere mucho; es toda corazón; pero en estas cosas el corazón no basta.

Tan aburrida estoy que algunas veces me acuerdo de Pepe Luis y le echo de menos. Pepe Luis era fatuo, era presuntuoso, era egoísta, interesadamente egoísta; pero era inteligente, instruído, bien educado,

se podía hablar con él; era un flirt agradable. No era Fernando, claro está. ¡Ah, Fernando, Fernando...! ¡Qué razón tenía Clara de Bassigny cuando me auguró que nunca volvería a encontrar otro igual. «Hombres así, de cada ciento, no hay más que uno en la vida.» ¡Qué tremenda verdad!

Hace unas tardes, cuando el tiempo era bueno todavía, al salir de Royalty nos siguió un muchacho muy elegante, muy apuesto, admirablemente vestido. Nos «encerró» en casa y se quedó en la esquina. A través de los visillos, impenetrables para él, porque la habitación estaba a obscuras, Carmen y yo pudimos examinarle atentamente. Quedé muy satisfecha de su presencia. Durante dos días me paseó la calle; cuando salimos nos siguió desde lejos, y al tercero me envió una carta. ¡Dios mío, qué carta! Ni dictada por Carmen. En mi vida he leído nada más pedestre, más trivial ni más prosaico. Se me cayó el alma a los pies. No hay que decir que no volví a mirarle.

Y lo más triste, lo dolorosamente triste es que este hombre no constituye una excepción. La inmensa mayoría de los muchachos que me rodean son iguales. ¡Qué necios, qué majaderos, qué presuntuosos sobre todo qué frívolos, qué faltos de sensibilidad y espiritualidad...! ¡Qué concepto tienen tan vacuo de la vida; qué desconocimiento tan profundo de las ansias sentimentales del corazón de una mujer! Yo no me tengo por una criatura extraordinaria, no soy una romántica, ni una soñadora ni muchísimo menos, ¡Dios me libre!, una super-hembra; soy una pobre mujercita vulgar, una de tantas pobrecitas mujeres que ruedan por el mundo sin otra aspiración que la legítima de que la quieran un poquito, nada más que un po-

quito; con lealtad, sin dobleces, sin malas intenciones, con un amor sincero y limpio que eleve el alma y exalte el pensamiento; que le libre, siquiera sea por unas horas, del molesto escozor de las convivencias cotidianas. Y esto tan fácil, que parece tan fácil, no lo puedo encontrar. No hay un solo hombre que se acerque a mí que a los veinte minutos de conversación no me deje decepcionada y desilusionada. Si se exceptúa a Fernando, esta es la hora en que puedo decir que ni uno solo ha conseguido conmoverme. ¿Seré acaso la insensible yo? ¿Seré yo la que carezca de la emotividad necesaria para sentir en presencia de un hombre esa atracción que llaman simpatía y que, según afirma todo el mundo, es el preludio imprescindible del amor? ¿Será que yo soy incapaz de enamorarme? ¿Será...?—la duda me horripila, me aterra—, ¿será que a mí no me gusten los hombres? He llegado a pensarlo verdaderamente preocupada; he llegado a interrogarme, llena de aprensión, si no seré una anormal como mi primo Alvaro, si no estaré también, como él, maculada por una tacha degenerativa. Me miro hacia dentro, y me digo que no... A mí me parece que no... Yo me encuentro una mujer completamente sana, no siento en mí ninguna tentación que me perturbe... No es que los hombres me desplazcan; no es eso; no es que no me gusten; me gustan; los encuentro agradables; algunos me parecen muy guapos; es... que no me conmueven, no me llegan al alma; toda la impresión que me producen se queda a flor de piel. ¿Tendría razón Clara de Bassigny? ¿Será verdad que lo fundamental en el amor no es la atracción grosera del instinto, la complacencia torpe de la carne, sino algo más sublime y más noble que radica casi exclusivamente

en la compenetración ideológica y espiritual? Yo de mí sé decir que ningún hombre, ninguno, si se exceptúa a Fernando, logró nunca adentrarse en lo hondo de mi alma como supo llegar Clara de Bassigny. Y a mí no me gustaba Clara de Bassigny. A mí no me gustan las mujeres. Si en este punto he podido tener algunas veces una vacilación, estoy ya tranquila en absoluto. Ahí está Carmen, para no buscar el ejemplo más lejos. Carmen es preciosa; lo que se dice verdaderamente preciosa; no hay en ella un detalle que desentone; todo es en ella exquisito y perfecto, los ojos, la boca, la nariz, el pelo, la figura, las manos, hasta el cutis, de una transparencia de porcelana, de una suavidad de seda; tiene un porte distinguidísimo, una soltura y una gracia al andar cautivadoras. Me quiere mucho, la pobrecita no sabe qué hacer por tenerme contenta, y sin embargo a mi esta mujer, como mujer, no me interesa nada, nada absolutamente. La tolero por lo buena que es y por lo desgraciada. Si no fuera por eso, a estas horas la hubiera despedido.

¿Y Clotilde? También Clotilde es muy guapa; para mi gusto mucho más que Carmen, porque tiene dos cosas que Carmen no tiene: expresión e interés. Son dos tipos distintos. Carmen es muy blanca, muy blanca, casi rubia; Clotilde morena, de un moreno pálido, dorado y ambarino; los ojos grandes, muy grandes, enormemente grandes, con las pestañas muy largas y unas ojeras muy profundas y una mirada lánguida y dulcísima de una suavidad de terciopelo; la boca también un poco grande, acaso demasiado carnosa, pero muy sugestiva; la nariz noblemente curvada; todo en ella, hasta su marchitez prematura, su gesto de cansancio y abandono da a su belleza un carácter

extraño y desconcertador. Y sin embargo digo lo mismo que de Carmen: a mí esta mujer, como mujer, no me interesa. No sólo no me interesa, sino que a veces me repugna.

Repito que en este punto estoy tranquila. Mi indiferencia por los hombres no reconoce por fundamento ningún motivo reprochable. No soy yo la que tiene la culpa de que no me entusiasmen los hombres. Son ellos los que no saben llegar hasta mí. ¿Estaré condenada a quedarme soltera? ¿Tendré que transigir? ¿Acabaré por claudicar un día y someterme como todas al criterio común? ¿Seré una más que irá a engrosar la sarta interminable de las uniones convenientes...? ¿Un matrimonio sin amor, un contrato de venta para acabar como Clotilde, como Clara de Bassigny, como mi madre? ¡Oh, no; qué horror! Eso jamás. Yo me casaré verdaderamente enamorada o no me casaré.

No soy mujer a quien le guste lamentarse, mas cuando alguna vez lo hago agobiada por el peso de mis vacilaciones, son tales los consejos que escucho que sólo logro confundirme más. La mayoría vienen a decirme que me preocupo demasiado, que no hay que tomar tan en serio la vida, que a mi edad lo que se debe hacer es divertirse, y no falta quien, entre eufemismos más o menos velados, me indique que de cuanto me ocurre yo me tengo la culpa por ser una orgullosa. Orgullosa porque desdeñé a Pepe Luis; porque no acepto relaciones con ningún muchacho; porque no le perdono a mi madre el que se haya casado con un hombre sin posición y sin fortuna. ¿Pero es posible, Dios mío, que haya nadie que piense eso de mí? Pues lo piensan, lo piensan; esta es la opinión lamen-

table que de mí se tiene. Para la mayor parte de las gentes no soy más que una chiquilla tonta, presuntuosa y ensoberbecida, con la cabeza llena de humo y sin pizca de corazón. Esa soy para las gentes que me conocen, que son precisamente las que no me conocen.

Y contra eso, ¿qué defensa me queda? ¿Qué voy a hacer, pobre de mí? ¿Protestar, rebelarme? No los convencería. Sería peor y contraproducente. Dirían de mí que encima de orgullosa, soberbia. Entonces, ¿qué?, ¿transigir, amoldarme, variar de conducta...? Pero de conducta, ¿en qué sentido?, ¿en el sentido de mostrarme alegre, jovial, despreocupada, en apariencia frívola y en el fondo hipócrita? Yo no puedo hacer eso. Que digan de mí lo que quieran. Yo tengo la conciencia tranquila. Soy como soy. No puedo variar.

De todas las personas que conozco, el único que hasta ahora, a pesar de sus... extravagancias, de su empaque a ratos insufrible, sus paradojas pintorescas y su elegante desdén a lo Oscar Wilde, un desdén puramente literario, ha conseguido comprenderme un poco es mi primo Alvarito. Con todas sus tachas y todos sus defectos, Alvarito me resulta sumamente simpático. Creo que en el fondo es lo mejor de la familia, desde luego mucho mejor que lo que él mismo nos quiere hacer creer.

Entre burlas y veras Alvaro es el único que logra interesarme con sus conversaciones, y sorprenderme con ideas que luego a solas me hacen reflexionar y me sirven a veces de brújula para orientarme entre las nieblas de mis confusiones.

—La felicidad, primita mía—me dijo la otra tarde—, es un don del Destino circunstancial y momentáneo. Hay que aceptarla, agradecidos, cuando viene y no desesperarse demasiado cuando tarda en llegar. Unicamente estimándola así puede gozarse de ella. Pretender perseguirla es caminar a ciegas tras un fin incierto, someter el pensamiento a una tortura inútil y a una ilusión vana como todas las que se cifran en el porvenir, puesto que el porvenir es lo más incierto que hay. Reducida la idea de felicidad al deseo de un bien que puede no existir, que tal vez no llegará nunca, es hacer de la personalidad una esclava del tiempo y del deseo, es perder la personalidad. Para redimirnos de esta esclavitud no queda más camino que pensar en el presente, nada más que en el presente, con toda la intensidad que nos sea dable, sin echar de menos el pasado ni desear el porvenir, porque el pasado es una cosa muerta y el porvenir nos exponemos a que resulte un imposible. La felicidad sólo vale por los placeres de que se compone, y el placer sólo se estima por su concurrencia inmediata, por lo que de él se disfruta en el momento, con exclusión absoluta de antes y después.

Hay que atenerse a la realidad del momento. Bien —me dirás—, pero ¿y cuando la realidad es demasiado grosera, qué se hace? En este caso, ¿qué se puede hacer? Pues en este caso, hija mía, quedan dos recursos: embrutecerse o idealizarse. Y todavía queda otro tercer recurso, que es el que recomendaba Ganivet y el que utilizan la mayoría de las personas que blasonan de honorables y dignas: tomar el término medio, es decir, semiprostituirse amalgamando la idealidad pura con ciertos refinamientos materiales que en el

fondo no son más que sensualidad disfrazada, o si lo quieres más confuso voluptuosidad pervertida.

Esto es, por ejemplo, lo que hace mi hermanita Clotilde sin que nadie se indigne ni alborote. De mi hermana Clotilde nadie puede decir que engaña a su marido. Materialmente no le engaña. Si alguna vez, por excepción, «se le han ido los pies», como ella dice, puedes estar segura que fué en contra de todo su deseo, en un momento de arrebato, del que en seguida se arrepintió y le sirvió de escarmiento para no reincidir. Lo cual no impide que mi señora hermana se pase el día entero y todas las horas de la noche que las conveniencias sociales y su marido la consienten alternando, charlando y flirteando con todo el que le gusta, y en este punto su complacencia y su magnanimidad son tan grandes que creo que le gusta todo el mundo, fíjate bien que digo «todo el mundo» sin hacer distinciones. Y, sin embargo, ahí la tienes escudada tras el amparo de su apellido y de su alcurnia, respetada y bien quista de todos y sin que su reputación padezca lo más mínimo. Indaga por ahí lo que se opina de ella y verás cómo todos te contestan lo mismo. «Coqueta, pero honrada», o viceversa, para el caso es igual. Yo te diré que no es ni lo uno ni lo otro; es sencillamente una voluptuosa pervertida, una mujer que quiere amalgamar la virtud con el vicio y el idealismo con la sensualidad.

¿Quieres otro ejemplo? Te citaré infinitos. ¿A ti no te ha ocurrido alguna vez, en la plataforma de un tranvía, en el pasillo de un teatro, en cualquier aglomeración de muchedumbre, sentirte de súbito violenta por el contacto insinuante de cualquier persona que está cerca de ti? Seguramente. Tú, como es natu-

ral, te has indignado, te ha parecido una incalificable grosería, un repugnante desmán impúdico y grosero. Puede serlo..., y puede no serlo..., según de quien proceda. Según de quien parta, puede ser un impulso de animalidad instintiva o un testimonio de refinada exquisitez. No, no te asombres; te advierto que todo esto que a primera vista parece tan absurdo, es nada menos que la base de diferenciación entre el amor antiguo y el amor moderno. El amor antiguo es un sentimiento absolutamente animal, basado en la exaltación de la belleza y en la satisfacción del placer físico. «Sólo la belleza, Fedón mío, es agradable y contemplable al mismo tiempo—dice a su discípulo amado varón tan puro y tan austero como Sócrates—. Ella es la única forma de la divinidad que recibimos sensualmente y que pueden soportar nuestros sentidos. ¿Qué sería de nosotros si se nos apareciese lo divino en cualquier otra manifestación, si la razón y la virtud y la bondad se nos presentasen en formas sensibles?» No hay más que la belleza como manifestación sensible de lo espiritual. Y dentro ya de la exaltación de la belleza, «el amante es más divino que el amado—sigue diciendo Sócrates—, porque sólo en el amante alienta el Dios.» Fíjate bien: sólo en el amante; el amado no es nada, el amado no es más que el medio, el objeto, la cosa bella y agradable para que nuestros sentidos se deleiten. Compara este concepto materialista y egoísta del amor antiguo con el amor de ahora, y verás inmediatamente que es todo lo contrario. Subsiste, ¿cómo no?, el culto a la belleza; pero la belleza por sí sola no es nada si no la alienta y vivifica la llama del deseo; ya la belleza no es la manifestación sensible de la divinidad, es el

deseo, y no el deseo propio, sino el ajeno; no el del amante, sino el del amado; ahora es el amado en quien alienta el Dios. ¿Lo has comprendido bien? Pues esta es la diferenciación que existe entre un gañán y un exquisito, entre un ciudadano de la Atenas clásica y un hombre siglo XX de París.

Bueno—preguntarás—, ¿y cuál de los dos es el que está en lo cierto? Pues, chica, no lo sé. Quizá ninguno. Lo más probable es que todavía en esto del amor no se haya dado con la fórmula definitiva. Lo único exacto es que la Humanidad está cansada, cansada de lo mismo, desencantada y aburrida de dar vueltas y vueltas a la noria y ver que los cangilones vierten un agua constantemente igual. Todos los adelantos de la civilización y del progreso no han servido para emanciparla de la servidumbre abyecta del instinto, de la monotonía de la vulgaridad y, lo que es aún más doloroso, del espacio reducidísimo de las realidades tangibles. Es en lo único que hasta ahora ha fracasado el genio humano. Un día el hombre encontró demasiado lento y demasiado fatigoso el caminar a pie; domó el caballo y se asentó sobre sus lomos; le pareció que el caballo era molesto todavía; inventó la rueda y le unció a un armatoste que fué perfeccionando a medida que iba sintiendo la necesidad de correr más de prisa; como, a pesar de todo, la tracción animal no era bastante rápida para su deseo, inventó la locomotora, y cuando se hartó de la servidumbre de los carriles inventó el automóvil. Quiso como las aves subir a las alturas: se encaramó en un aeroplano; quiso explorar las profundidades del Océano: se metió dentro de un submarino. Los brazos eran débiles, las manos torpes

para las exigencias que el desarrollo de la civilización le imponían; una tras otra, fué construyendo máquinas que suplieron, prolongaron, afinaron, magnificaron las deficiencias de su trabajo corporal. Su campo de visión era limitadísimo; él sentía la necesidad imperiosa de conocer lo inmensamente grande y lo infinitamente pequeño: ideó el telescopio y el microscopio. Quiso relacionarse con los ausentes, suprimir la distancia: el telégrafo, el teléfono, la telegrafía sin hilos satisficieron sus ideales. En lo único, exclusivamente en lo único en que la ciencia ha fracasado ha sido en el amor. En este punto la ciencia no ha inventado todavía un solo aparato para amar mejor, ni siquiera para amar de otro modo, para ampliar, para afinar, para sublimar, para magnificar las deficiencias naturales. En este terreno el hombre más pervertido y más vicioso, más refinadamente exquisito, está a la misma altura del troglodita que después de solazarse con su hembra roncaba bajo un árbol ahito de bellotas. Exactamente lo mismo. Y esta es, hijita mía, la tortura y el fracaso de la Humanidad: no haber encontrado en el amor una sensación nueva en cincuenta siglos de civilización, que es tanto como decir de sensualismo y de perversidad. Si lo sobrenatural no estuviera tan desacreditado, yo lo intentaría. Palabra de honor. Si en pleno siglo XX hubiese manera de tener trato con el demonio, le pediría que me enseñase un placer nuevo; sacaba patente, y en tres meses me hacía multimillonario.

Aparte de esta afición pedante y pueril que él mismo llama cuando se da cuenta piruetas literarias, de

este afán desmedido de dar brincos sobre las paradojas y hacer con las ideas juegos malabares para presumir de original y de ingenioso, no cabe duda que Alvarito tiene en el fondo un gran sentido práctico y moral, acaso más sólido y más limpio que el de muchos varones ilustres que van por el mundo blasonando de austeros moralistas. Lo que le sucede a Alvarito es que este fondo está tan bajo, tan bajo, que, como dijo Benavente no sé en dónde, antes de llegar a él hay peligro de ahogarse. Pero no cabe duda de que el fondo existe.

Al día siguiente de la conversación que dejo relatada, volvimos a pasar la tarde juntos. No sé a cuento de qué, surgió el tema del matrimonio, y yo le expuse sinceramente las vacilaciones que tenía. Él se echó a reír y me contestó:

—Nada; no te preocupes; todo eso no tiene importancia. El día que un hombre te entre por el ojo derecho, que por lo visto es el camino del corazón, te parecerá el más guapo, el más distinguido, el más simpático, el más inteligente y el más espiritual de todos los hombres. ¡Gracias a Dios!, exclamarás radiante de alegría, ¡gracias a Dios que he encontrado lo que necesitaba! Te volverás loca por él, y creerás, absolutamente convencida, que la Providencia le ha creado a propósito, con el único y exclusivo objeto de traerte la felicidad. A pesar de lo cual creo que no debes casarte con él. Ni con él ni con otro ninguno. Una muchacha como tú, tan inteligente, tan espiritual y tan buena, no puede ser dichosa dentro del matrimonio. Te lo digo en serio. Es muy difícil, muy difícil que puedas ser feliz. Si vivieras en Francia, en Alemania, en Italia, en cualquiera de las naciones

civilizadas europeas todavía podrías lanzarte a la aventura. Un matrimonio por amor te daría, por lo menos, una garantía de un par de años de felicidad, dividida en tres tiempos; verás:

Primera época: ilusión romántica, satisfacción espiritual del absoluto dominio del esposo; concurrencia asidua a todo género de diversiones; contento íntimo de sentirte a todas horas mimada y halagada, y plena hartura de la exaltación sensual. Como ves, felicidad completa, la más completa a que puede aspirar una criatura humana en este pícaro mundo.

Segunda época: minoración de diversiones, restricción necesaria de deleites, comienzo lento y gradual de las ausencias del marido, mas todo compensado todavía por un acrecentamiento de ternura, y sobre todo por la palpitante emoción del terrible misterio que se opera dentro de ti y que va a transformarte de mujer en madre, como antes te había ya transformado de chiquilla en mujer.

Tercera época: resolución del misterio; aparición del bebé, desdoblamiento de tu personalidad en una prolongación de ti misma, carne de tu carne y sangre de tu sangre. Olvido del mundo, desdén de vanidades y diversiones, indiferencia por la parte grosera de la vida y una tolerancia, incluso un poco egoísta, por las esquiveces del marido, que cada día va estando más lejos de las intimidades del hogar. Todavía en esta época hay una felicidad tan grande, que ella sola basta para compensar sobradamente la disminución de las otras que se van perdiendo: el amor al bebé. Pero este amor al bebé te plantea ya el primer terrible dilema que a toda mujer se suscita dentro del matrimonio; o amar al marido o amar al bebé; o renunciar

a la felicidad de ocuparte personalmente del pequeño entregándole a manos mercenarias o sacrificarle a él toda la parte agradable de la vida, diversiones, expansiones, deleites y lo que es peor, la garantía de la fidelidad conyugal, puesto que el marido, al aburrirse de la monotonía y de la vulgaridad del hogar propio, tiene que buscar fuera de casa lo que no tiene en ella. Este problema de los hijos, en la primera edad, es el más grave que puede existir para una mujer buena. Toda mujer que por deseo de goces, por ostentación de brillar en el mundo, por egoísmo de no sacrificarse o por miedo de marchitar o de ajar su belleza no amamanta a su hijo no es una buena madre, no cumple su deber. Para tener hijos y no ocuparse de ellos, para darlos a un ama de cría, es preferible hacer lo que Clotilde, no tenerlos. Con no tener hijos no se comete daño alguno; tenerlos y no cuidarlos como necesitan, puede ser un crimen, un infanticidio.

Y llegamos a la cuarta época: el obstáculo ha desaparecido; el bebé va creciendo, ya no necesita de aquellos cuidados constantes y solícitos de los primeros meses. Tú te has restablecido, estás más fuerte, más alegre, más sana; se te han ensanchado las caderas, se ha redondeado tu cuello, te has puesto más hermosa y empiezas a sentir otra vez la necesidad espiritual y material de la posesión de tu marido. Pero el marido, hijita de mi alma, el marido, por lo menos la concepción ideológica del marido, se ha evaporado ya. El ensueño romántico, la dulce ilusión que sentías por él en el preludio encantador del noviazgo ha desaparecido. La convivencia forzosa con él te ha hecho comprender toda su grosería, todo su

egoísmo, todas sus bajas y ruines pasiones, toda su zafiedad. ¿Te resignas? Muy bien; es lo más honesto, lo más digno, lo más decoroso y a la postre lo más conveniente. Pero despídete de la felicidad. Ya no eres la novia ideal, la mujercita idolatrada. Eres la compañera, la señora, el ama de llaves, una máquina de hacer hijos. Reconocerás, María Eugenia, que esto no tiene nada que ver con la felicidad. ¿No te resignas? ¿Te lanzas a buscar la felicidad por otro lado? Si vivieras en Roma, en París, en Berlín o en Viena, la encontrarías en seguida, porque en todas partes eso es cosa corriente, y hasta cierta manera tolerada; pero aquí, chica, esto del adulterio es pecado gravísimo, tan grave, que honradamente no te lo aconsejo. Aquí perderías la tranquilidad de tu conciencia, la calma necesaria de tu espíritu, la consideración de tus amistades, la cordialidad de tus íntimos y no te quiero hablar del peligro de que tu marido sospechara... Tú no tienes idea de lo que son en este terreno los maridos españoles. Aparte de que la compensación sería muy relativa. Si los maridos españoles son en la intimidad poco agradables, no creas que los amantes valen mucho más. Unos y otros proceden de la misma cantera. Es posible que al poco tiempo te encontraras con la sorpresa desagradable de que el amante era peor que el marido. Y entonces, ¿qué ibas a hacer? ¿Sustituirle también? ¿Ir cambiando de amantes como de vestidos? Comprenderás, riquita, que para eso no vale la pena de casarse. Lanzada en ese declive peligroso es preferible cien veces la irresponsabilidad de una soltera. Piénsalo bien; tú harás lo que quieras, pero yo creo que no debes casarte.

¿Para qué te vas a casar? ¿Qué necesidad tienes

tú de eso? ¿Es acaso porque has oído decir que la finalidad de la mujer es el matrimonio? No lo creas. A lo sumo podrá serlo en las mujeres inferiores que no tienen otro medio de resolver el factor económico que unciéndose a un hombre a cambio de que las eche de comer. Tú, por fortuna, no estás en ese caso; tú no tienes, financieramente, precisión de depender de nadie. No tienes que venderte como Clotilde. ¿La necesidad espiritual? Esto podría ser una razón; pero ya te he demostrado que no vas a lograrla. ¿La satisfacción sensual? ¡Si yo te dijese, chica, que no vale la pena! Contéstame con entera sinceridad, aunque la pregunta, para una muchacha como tú, sea delicada y difícil: ¿Hasta ahora has sentido verdaderamente esa necesidad? ¿Ha sido alguna vez tan imperiosa que te haya perturbado la regularidad tranquila de tu vida, tan exigente que te haya hecho desear en el acto su consecución? ¿No? Pues lo que te ha sucedido hasta ahora te ocurrirá toda la vida. Bastará para ello con que pongas un poco de buena voluntad. La exaltación sensual no se produce nunca sin una excitación material o una autosugestión provocada por el recuerdo de una excitación material pasada o por una delectación morosa de pensamientos malos. Para una muchacha buena, el seguir siendo buena no es ningún sacrificio.

Pero, además, te repito que no vale la pena. Todo eso del deleite sensual no es más que exageración de los poetas y los novelistas. Si se pudiera llegar a la experiencia, tú misma te convencerías de que es mucho menos de lo que la gente murmura. Pero entonces, me dirás, ¿cómo es que todo el mundo no habla más que de eso? Pues se habla de eso porque está

prohibido sencillamente. Abre la espita del libertinaje, proclama el amor libre, o como dicen los alemanes, die wilde Ehe, y saciado el primer ímpetu bestial de las pasiones contenidas durante tantos siglos de prohibición, sería tal la indiferencia de las gentes que acaso hubiera necesidad de prohibirlo otra vez para despertar de nuevo el apetito. Desbordado el torrente y vueltas las aguas a su cauce, el terrible problema quedaría reducido a lo que debió de ser en los primeros tiempos, una función normal sin importancia, limitada quizá exclusivamente a la época del celo. Son las religiones, con sus restricciones prohibitivas, las que han provocado y encendido el deseo al convertir la función en pecado y el apetito en tentación. Por algo San Pablo dijo que antes de la ley no existía el pecado. Pero pecado o no pecado, prohibido o sin prohibir, yo te aseguro que no vale la pena.

¿Que con estas ideas—protestas alarmada—se acabaría el mundo? No lo creas. Siempre habría una masa suficientemente numerosa para seguir perpetuándose, aunque sólo fuese por el afán de llevar la contraria. Pero aunque se acabara, ¿qué? ¿Imaginas el mundo tan delicioso que merezca el trabajo de vivir en él? Nadie que ha nacido quiere morir, es cierto; pero pregunta uno a uno a todos los que viven si les hubiera importado no nacer.

¿Qué otra objeción te queda? ¿El hogar, la familia, los hijos...? De la familia, ¡qué te voy a decir! Vuelve la vista a tu alrededor y dime lo que piensas de los goces del hogar y de la tan decantada felicidad de la familia. ¿Los hijos? ¿Crees realmente que las satisfacciones que brindan están compensadas con los afanes, con los disgustos, con los sobresaltos, con las

preocupaciones, con las enfermedades? ¿Has pensado en el dolor horrible de concebir un monstruo, un loco, un idiota, un malvado, un ser cualquiera inadaptado para la vida? Y aun suponiendo que en este punto el Destino te sea favorable y propicia la suerte, ¿para qué quieres lanzar hijos al mundo? Para que una vez vencidos los sacrificios de criarlos, si son mujeres caigan en manos de un canalla, y si son hombres los asesinen en la guerra? ¿Crees que vale la pena de hacer hijos para convertirlos en carne de cañón? Tú, que eres una muchacha sana y fuerte, profundamente buena y que miras más allá de las cosas, piensa despacio si te consideras capaz de hacer eso.

Confieso que Alvarito me desconcierta. Hay ocasiones en que me sugestiona, en que me pregunto aturdida si de todas las personas que me rodean no será el único que tiene la franqueza de decir la verdad, por lo menos de no seguir la farsa. Hasta la misma forma descarnada y cruda con que siente el prurito de envolver sus ideas, lejos de molestarme me parece una prueba de su sinceridad y su lisura. Expresiones que en labios de otro no las toleraría, en él las encuentro tan naturales, tan atinadas y tan justas que son como interpretaciones de mi propio sentir. ¿Será que, como decía sor Laurencia, en los actos humanos el mal y el bien no está en las palabras, ni siquiera en los hechos, sino en las intenciones? ¿Será que yo estoy persuadida de que conmigo su intención es buena? ¿O será, como él dice, porque esto del pudor es un sentimiento puramente convencional?

—Sí, hijita, sí, puramente convencional. El pudor no es innato; es un producto de la educación. Los niños no adquieren el sentimiento del pudor hasta que las observaciones de los padres no se lo inculcan: «¡Qué postura es esa! ¡Tápate! ¡Eres una cochina!» Y no te digo si la observación va acompañada de un azotito como argumento insinuante. Pues de la misma manera que en el niño el pudor no existe hasta que la educación se lo sugiere, la Humanidad no llegó a conocerlo hasta que se lo enseñó la civilización. En las sociedades primitivas no existía el pudor, pero no creas que en las prehistóricas, en los albores confusos de la infancia del hombre, sino en pueblos plenamente formados, venerandos y gloriosos por su tradición y por su historia. Acuérdate del caso de Susana. Hoy eso no tendría importancia ninguna. ¿Qué mujer, por impúdica y por desvergonzada que fuese, no haría lo que ella? Y, sin embargo, para inmortalizar por ello a una mujer, para merecer que se perpetuara como ejemplo, para elevarlo a la categoría de símbolo era preciso que se tratase de un hecho excepcional. Acuérdate del caso de Friné. Piensa en el escándalo que hoy se promovería si una mujer se desnudase ante el estrado de un Juzgado municipal. Acuérdate de las hijas de Noé. Las hijas de Noé sorprenden a su padre embriagado y desnudo, y se mofan de él, fíjate bien, no se asustan, no se turban, no se ruborizan; se limitan a reirse al encontrarle tan flácido y tan viejo. Y las hijas de Noé no son dos mujerzuelas desvergonzadas, son dos criaturas honestísimas, las hijas del varón más justo y más honorable de su tiempo, como que es nada menos que el designado por Dios para salvar con él a la única familia digna y merecedora de so-

brevivir al tremendo castigo del Diluvio. Las hijas de Noé son dos muchachas de muy buena familia. Es que todavía el pudor no existe.

Supongo que en ese viaje encantador que hiciste por Italia visitarías Pompeya...

—No—le contesté—; no me llevó papá. Dijo que no había tiempo.

—Hizo perfectamente en no llevarte, porque tus púdicos ojos de doncella civilizada se hubieran escandalizado mucho con el espectáculo soez de las visiones pompeyanas. Pero esas pinturas y esos atributos que hoy no puede mirar sin ofenderse ninguna señorita, no alarmaban a las muchachas pompeyanas que los contemplaban a todas horas. Y hay que suponer que entre aquellas muchachas las habría tan puras, tan buenas y tan honestas como tú. Es que el pudor no existe todavía. El pudor es un producto de la civilización, un eczema del refinamiento sensual. Ya advirtió atinadamente Voltaire en su *Diccionario filosófico* que, gracias a los cuidados cada vez más exquisitos de las personas, se han acrecentado los atractivos fisiológicos y aumentado la sensibilidad con voluptuosidades que antes no existían. En las razas primitivas el beso era desconocido, y aun lo sigue siendo en razas inferiores. Observa que cuanto más sensuales son los pueblos más se tapan. En Oriente hay todavía algunos en donde las mujeres no enseñan más que un ojo, y esas mujeres no son precisamente las más castas. No hay que confundir el pudor con la castidad, aunque yo mismo los acabe de utilizar como sinónimos. Pero, ¡a qué buscar ejemplos fuera! ¿Es que muchas de las cosas que yo te digo, en otro no te molestarían? Sin embargo, en mí

no te molestan. ¿Verdad, María Eugenia, que a ti no te ofende nada de lo que yo te digo?

Es verdad, no me ofende. Se ha establecido entre nosotros una conexión tan estrecha y tan íntima de familiaridad y confianza que todo nos está permitido. Álvaro, para mí, no es un hombre, ni siquiera un hermano, es el tipo ideal del amigo perfecto, del verdadero camarada. Entro en sus habitaciones a cualquier hora y sin pedir permiso; le revuelvo los libros, le atisbo los cajones, le curioseo el tocador, le abro las vitrinas y le ando en el armario, un armarito misterioso como una alacena, que tiene en un rincón del fumadero, discretamente oculto tras una gran cortina de damasco y lleno siempre de frascos y botellas que a mí me intrigan mucho porque tengo recientísimos en la memoria los alambicados refinamientos y las complicadísimas combinaciones del señor Des Esseintes. Además, me ha enseñado un mundo nuevo desconocido para mí. Me ha llevado a almonedas y a exposiciones de arte, a estudios de pintores; he presenciado con él el ensayo general de una obra; he recorrido las dependencias de la Plaza de Toros, desde la capilla hasta el patio de caballos; he visto el salón de máquinas de un periódico rotativo, y he conocido gentes muy graciosas, muy pintorescas y muy interesantes. En un auto chiquitito que tiene, un 10-12 de cuatro asientos, un cacharro, como le llama él, pero que no sufre una panne, hemos corrido Madrid de punta a punta; hemos visitado todos los suburbios, desde los Mataderos al Puente de Vallecas, desde las Peñuelas hasta Bellas Vistas, desde Pueblo Nuevo hasta El Pardo: hemos entrado en los merenderos de la Bombilla y de las Ventas, y hemos comido en un ventorro de

los Cuatro Caminos un almuerzo clásico compuesto de aceitunas, tortilla de escabeche, pollos con tomate, ensalada de pimientos, queso manchego y vino pardillo, servido todo sobre una mesa coja y bajo un toldo de esteras y felpudos tendido sobre un enrejado de tablones costeros. Deliciosísimo.

Tres o cuatro noches hemos salido a pie. Ha venido a buscarme después de cenar y, con el pretexto de dar una vuelta por la Castellana, nos hemos lanzado los tres, Carmen, él y yo, a corretear por las calles; pero no por las calles céntricas, sino por los rincones apartados y típicos del viejo Madrid, por todo ese dédalo intrincado de callejas y callejones que partiendo de la plaza de la Villa van a parar al otro lado de la calle de Segovia. Todo lo que de día tienen estos sitios de repugnantes, sórdidos y antipáticos es por la noche cautivador y sugestivo. Parece que la luna los realza, que la obscuridad los ennoblece, que el silencio los dignifica, que el misterio los cubre con el velo romántico de la tradición. Hay rampas, escaleras, rinconadas y recovecos de una poesía encantadora. Lo que me llama más la atención de estas calles es el reposo y la soledad que reina en ellas; apenas cruza un transeunte; no hay un balcón abierto ni una luz encendida. Los pasos retumban en las losas y el eco los repite tan claros que instintivamente se vuelve la cabeza para persuadirse de que nadie camina detrás. Hasta los nombres son interesantes: calle de la Pasa, calle del Toro, plaza del Cordón, Puerta Cerrada, calle del Rollo, travesía del Panecillo, calle de la Ventanilla... Para mi gusto, lo más característico son los alrededores de San Andrés: la plaza de la Paja, en donde está la capilla de San Juan de Letrán, edifica-

da sobre las ruinas del incendiado palacio de Clavijo, aquel famoso Ruy González de Clavijo, camarero de Enrique el Doliente, que, en plena Edad Media, tuvo la humorada de ir como embajador extraordinario de Castilla a saludar a Tamerlán en sus propios feudos del corazón de Asia; la costanilla de San Pedro, en donde existe un baile célebre y una torre árabe que visitó el papa León V, según me ha referido Alvaro, que en esto de vejeces históricas y bajos fondos de Madrid sabe tanto como Pedro de Répide.

Una de las noches que pasamos por delante del baile, le propuse a Alvarito que entráramos.

—¿Estás loca?—me respondió con un gesto de dignidad que me dejó asombrada.

—Si no es más que un momento, dos minutos; entrar y salir, ver lo que es eso. Anda, hombre, no me dejes con la curiosidad.

—¿Pero de veras te atreverías a entrar?

—Contigo, ¿por qué no? ¿No hemos entrado en la Bombilla y en la Ventas y en Amaniel?

—Era otra cosa.

—¿Tan repugnante es esto?

—No, repugnante, no; nada de repugnante; es un baile chulo, sencillamente; un baile de baja estofa y de ínfima categoría por la calidad social de las personas. Por lo demás, tan honesto como puedan serlo los del Palace y el Ritz.

—Con la diferencia de que aquí se bailará en chulo.

—¿En chulo? Repertorio de Jaz-band y de Boldi.

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes, chica, que no vale la pena. Cuando te digo yo que no vale la pena.

Fué inútil insistir. Entre veras y burlas se negó en

absoluto a que entráramos. Carmen, que desde el primer momento estaba asustadísima ante la posibilidad de que la aventura se realizase, terció en su favor con súplicas y ruegos, y yo, que no tenía más interés que el capricho pueril de satisfacer una curiosidad, me di por convencida y pasamos de largo.

A los dos o tres días, en casa, volvió o suscitarme la conversación.

—Oye, ¿de veras tenías interés la otra noche en ver el baile de la Costanilla?

—Hombre, interés, precisamente interés... ninguno. Curiosidad. Ni siquiera curiosidad. Fué un capricho, una sugestión del momento. En aquel momento, sí, te lo digo sinceramente, hubiera entrado... Luego no me he vuelto a acordar.

—Es que si tienes interés te llevo.

—No, hijito, ninguno.

—¿De veras?

—De verdad.

No volvimos a hablar más de ello. Hasta ayer. Ayer vino a casa, tomó el te conmigo, y en un rato que nos quedamos solos, me dijo confidencialmente:

—¿Quieres venir a un baile mañana por la noche?

—¿A un baile? ¿A cuál? ¿Al de la Costanilla?

—Por el estilo, pero todavía más castizo y más clásico; un baile netamente chulo, el baile más chulo de Madrid: *La Rosa Blanca.* ¿Qué, te atreves?

—Hombre, yo por mí, sí; pero con Carmen no es posible. Ya sabes lo que es Carmen.

—¡Ah, no!; es que de ir tiene que ser con la condición de los dos solos. Yo con Carmen no voy.

—¿Por qué?

—Porque no: porque yo no acepto la responsabili-

dad de llevar dos mujeres. Viniendo tú conmigo, no ocurre nada, ni te sucede nada ni puede pasar nada; pero yo no puedo atender a las dos; yo no puedo evitar que un sujeto cualquiera, al ver a dos mujeres, suponga con la mejor buena fe que una de ellas está libre, se propase y provoque un disgusto. Ir con dos mujeres es muy comprometido.

—Pues entonces no podemos ir.

—¿No quieres?

—No es que no quiera, hijito mío, es que no puede ser. ¿En qué cabeza cabe que voy a salir sola contigo, y menos de noche? Tú estás loco.

Sostuvimos una discusión porfiadísima, pero al cabo se salió con la suya. Se salió porque tuvo la habilidad de atacarme en los dos puntos vulnerables que tengo: la curiosidad y el amor propio.

—Nada, mujer, asunto concluído. No discutamos más. A otra cosa. ¿No quieres venir? Lo siento por ti, que te escamoteas un espectáculo interesante. Por lo demás, ¡qué le vamos a hacer! Confieso que me he equivocado. Creí que eras una mujer fuerte, independiente, libre, lo que se llama una verdadera camarada, una mujer que estaba por encima de preocupaciones y convencionalismos, y resulta que eres como todas, tan ñoña, tan pazguata y tan asustadiza como todas. Pero, además, ¿adónde has creído tú que iba a llevarte? ¿A un antro tenebroso de perdición? ¿A uno de esos lugares abyectos, arbitrarios y absurdos que imagina en sus lucubraciones Antoñito de Hoyos? No, rica; yo tengo mucho mejor gusto que todo eso. Nada de pseudoperversidades ni de perversidades siquiera. Todo eso no es más que literatura decadente, afán de exhibición y desconcertar al tranquilo bur-

gués. Mis propósitos eran más modestos, más honestos y más... psicológicos. Pretendía sólo someterte durante diez minutos a la prueba de la realidad, observar qué impresión producía en un espíritu tan fino, tan selecto y tan idealista como el tuyo sentirte contemplada, examinada y deseada como mujer, nada más que como mujer, única y exclusivamente como hembra, con abstracción completa de todo lo demás, es decir, por ti misma. Quería sólo que en la rápida visión de un cuarto de hora, de media hora a lo sumo, pudieras darte cuenta de cómo es el amor en su primitiva sencillez de la atracción del sexo, el amor sin complicaciones, sin idealismos, sin refinamiento y sin literatura, hasta, si me apuras, sin voluptuosidad; el amor por el amor y el deseo por el deseo. Creí que todo esto podía ser para ti un poco interesante. Resulta que no te interesa, y que si te interesa te asusta y te da miedo... Pues no hemos dicho nada. Voy yo solo.

—Pero tú ¿vas a ir?

—¡Ah, ya lo creo! Yo, de todas maneras. A cualquier hora me pierdo un espectáculo como el de mañana.

—¿Pero realmente tiene ese baile algo de particular?

—Mujer, tiene de particular que sólo se celebra sábados y domingos, y mañana es sábado. Además, a este de mañana, no sé por qué, le dan carácter de semiextraordinario. Hay tómbola y rifa y regalos para las señoras. Estará brillantísimo. Gran soirée de gala.

—¿Y qué tiempo te propones estar?

—Yendo solo, no sé; tal vez toda la noche. Contigo hubiera sido la materialidad de entrar y salir.

—¿De modo que partiendo de casa de doce a doce y cuarto, a la una se puede estar de vuelta?

—Naturalmente.

—Aguárdame a las doce en punto en la esquina de casa.

—¿Te atreves a venir?

—Contigo me atrevo a todo.

—¿No te arrepentirás?

—A las doce en la esquina.

Esta mañana temprano me llamó por teléfono.

—Oye, María Eugenia; he pensado en eso, y creo que lo mejor es desistir.

—¿Por qué?

—Mujer... ¡qué sé yo...! No vaya a ser que a última hora, por cualquier cosa, surja algo imprevisto y después me eches a mí la culpa.

—¿Qué puede suceder?

—¡Pueden suceder tantas cosas!

—Vamos, que resulta ahora que el que tiene miedo eres tú.

—Yo ninguno.

—Entonces...

—Lo digo por ti.

—Yo estoy decidida.

—¿Y si te arrepientes?

—No me arrepiento nunca de lo que hago.

—Piénsalo bien.

—A las doce en la esquina.

Maldita sea mi curiosidad, maldito mi amor propio y maldita cien veces la hora en que me presté a la descabellada aventura. ¡Cómo es posible que una

mujer como yo, tan fría, tan reflexiva, tan sensata, tan dueña de mí misma, tan poco novelera, me haya dejado sugestionar por ese imbécil hasta el punto de exponerme a... ¡no lo quiero pensar...! Ha pasado, y de pensarlo sólo me da frío y se me pone carne de gallina... ¡Qué horror, qué horror, Jesús...! ¡Qué loca he sido, qué ligera y qué bruta...! ¡Qué imprudencia la mía!

Pero, en fin, ya pasó; ya no tiene remedio, y con lamentarlo no consigo nada. Quiera Dios que al menos me sirva de lección para lo sucesivo.

Salí a las doce y cuarto por la escalera de servicio. Alvarito me esperaba en la esquina. Estoy tan nerviosa, que no sé si lo podré contar. Salí a las doce y cuarto, acostada ya la doncella y con la complicidad de Carmen, a quien le referí toda la verdad, convencida de que era lo mejor para evitar suspicacias y maliciosas interpretaciones. La pobrecilla trató de resistirse cuanto pudo, y sólo cuando se persuadió de que era inútil se puso enteramente a mi disposición. Yo me había hecho con la llave de la puerta de abajo y ella quedó en aguardarme en la reja para abrir la de arriba sin ruido cuando yo llegara. Me vestí un traje suyo de batista, muy ligerito y muy alegre, muy de circunstancias; me retoqué cargando un poquito la mano, me puse unos pendientes muy bonitos de bisutería que compré por la tarde, me eché un abriguillo y me lancé a la esquina en donde Alvaro me aguardaba ya.

—Eh, ¿qué tal?

—Chica, ¡estupenda! Vas a dar el golpe.

Subimos en un coche de punto que tenía alquilado y, dando un larguísimo rodeo para evitar las calles

céntricas, llegamos a la plaza del Avapiés. Allí despedimos el coche, y torciendo a un lado nos metimos por unas callejuelas de las cuales no tengo idea ni siquiera del nombre. A los diez o doce minutos de andar, Alvaro se paró ante una casa y me dijo: «Aquí es.» Me quedé desconcertada. Jamás se me hubiera ocurrido que en tal lugar pudiese haber un baile. Yo no ví más que una casita de un solo piso con la fachada desconchada y mugrienta, y unas ventanas de cuarterones herméticamente cerradas; en la planta baja, un taller de marmolista, y pegado al taller, un portal estrechísimo. Nos metimos por este portal; cruzamos un pasillo interminable, lóbrego y macabro, lleno de cruces, lápidas y losas de sepulcro adosadas a la pared, y desembocamos, por fin, en un patio, o mejor todavía, en un solar, limitado en el fondo por una tapia de ladrillo, y a cada lado por los tabiques de las casuchas colindantes. De uno a otro corrían tendidas en zig-zag unas tiras de cadeneta de colores, y, colgantes de ellas, hasta media docena de bombillas, tan cansadas y tan llenas de mugre, que apenas alumbraban. Hacia la izquierda, no sé en dónde, sonaba un piano de manubrio, y enfrente, pegados a la tapia, se destacaban unos cuantos veladores de hierro pintados de amarillo, un mostrador de cinc y un gran letrero que decía: AMBIGÚ.

No vi más. Era tal la aglomeración que había de gente, los apretones y el barullo, que durante diez minutos lo menos no pudimos pásar de la puerta, prensados y estrujados por los vaivenes de la muchedumbre. A pesar de que el local estaba al aire libre y la noche era fresca, se sentía un calor horroroso, un calor asfixiante que hacía aún más molesto la pe-

sadez del ambiente, la atmósfera espesa de polvo, de humo y de malos olores, olor a tabaco, a sudor, a cuerpos sucios, a perfumes baratos. Confieso que no hice más que entrar y estaba ya deseando marcharme. Iba a indicárselo a Alvarito, cuando un mocetón cenceño y antipático que estaba al lado nuestro y que no hacía más que contemplarme ansiosamente desde el momento en que me vió, se encaró con nosotros.

—¿Puede ser bailar con la señora?

—No puede ser—le contestó Alvaro muy seco—. La señora no baila más que conmigo.

—¿Ni siquiera una vuelta?

—Ni siquiera.

—Coste que lo he pedido con toda educación.

—Y con toda educación le contesto que no puede ser.

—Usted perdone.

—No hay de qué.

—Como veía que usted no bailaba...

—También en eso está usted equivocado, porque bailo. Tú, vamos a bailar.

Me cogió del brazo y me arrastró hacia el centro. Era materialmente imposible moverse. No se podía dar un paso. Yo iba dolorida, estrujada.

—Vámonos—le supliqué a Alvarito.

—En seguida—me contestó—; en cuanto esto termine. Ahora, como ves, no es posible salir.

—Es que me ahogo.

—Ten un poquito de paciencia. Aguanta. Nos vamos ahora mismo.

Seguimos bailando o haciendo que bailábamos. Dos o tres veces me pisaron y sentí la opresión de un

codo en las espaldas, juraría que intencionadamente. Unos individuos de muy pésima catadura que pasaban cerca de nosotros se quedaron mirando a Alvarito, se echaron a reír y murmuraron: «¡Aysss...!» Alvarito se puso pálido y volvió la cara con una llama tal de fiereza en los ojos, que me dió miedo.

—Vámonos — insistí suplicante—. Vámonos de aquí.

—Espera—me respondió con una calma que me asustó más todavía—. Espérate, mujer; ahora nos vamos.

Ya no sé más. Ya no puedo decir qué es lo que sucedió. Yo sólo vi que el sombrero de Alvaro rodaba por el suelo, que Alvaro se desprendía de mí, alzaba el brazo y descargaba sobre no sé quién un puñetazo formidable; se arremolinaron los hombres, chillaron las mujeres, cesó el piano, se paralizó el baile, y yo, arrastrada en volandas, me encontré sin saber cómo delante de una puerta; me metí por ella, di en un pasillo, que no era el pasillo por donde había entrado, y eché a correr por él desatinada. Cuando más ciega iba un hombre me puso la mano en el pecho y me paró.

—¿Adónde va usted tan loca, divinidad?

—A la calle. ¡Por Dios, hágame usted el favor de sacarme a la calle!

—¿Qué tiene usted? ¿Qué le sucede?

—En la calle se lo contaré. ¡Por Dios, lléveme usted a la calle!

—Sí, hijita de mi alma; adonde usted quiera. ¡No faltaba más! Venga usted por aquí.

Salimos del pasillo, cruzamos un patio, atravesamos un portal y desembocamos en medio de una

plaza. Al verme en ella, no pude reprimir un suspiro:

—¡Ay, muchas gracias! Dios se lo pague.

—Bueno, ¿pero qué ha sido eso? ¿Qué le ha ocurrido a usted? Cuéntemelo.

Era un hombre joven, alto, fuerte, moreno, con la cara sin afeitar, vestido con traje claro y sombrero flexible. A pesar de su aspecto tosco y sus modales ordinarios, no sé por qué se me antojó buena persona. Le conté lo ocurrido, desfigurándolo mucho, naturalmente, limitándome al relato concreto de la riña y de la confusión.

—Ah, vamos, ¿una bronca? Pero, negra mía, si esto ocurre aquí cada cuarto de hora. ¿Era la primera vez que ha venido usted aquí?

—Sí, señor, la primera.

—¡Vaya por Dios! Pues sí que ha tenido usted mala pata. ¿Y con quién ha venido usted?

—Con... un amigo.

—¿Que ha sido el de la bronca? Pues sí que se ha lucido. Bueno, ¿y qué le ha pasado? ¿No lo sabe usted? ¿Quiere usted que entremos a verlo?

—No, por Dios... Yo, lo único que quiero, ya que ha sido usted tan bueno, es que me haga el favor ahora de buscarme un coche. Lo único que quiero es marcharme a mi casa.

—¿Un coche? Va a ser algo difícil que lo encontremos a estas horas y por estos sitios. En fin, vamos allá. ¿Vive usted muy lejos?

—Sí.

—¿Dónde?

—Muy lejos.

Me miró y no me dijo nada. A los pocos pasos, con el pretexto de encender un pitillo, volvió a pararse y

me volvió a mirar. Tampoco esta vez me dijo nada, pero al reanudar el camino me cogió del brazo. Instintivamente me encogí y le esquivé. Él me volvió a mirar.

—¿Le molesta a usted que la lleve del brazo? Yo lo hacía porque las calles son muy malas, y porque, como usted ve, no pasa nadie, nadie nos puede ver... Por lo demás esté usted tranquila. Yo no soy un gañán. Yo sé tratar a las mujeres. A la fuerza, nada.

No le contesté. Él, nuevamente, me tomó del brazo y seguimos andando calle arriba, digo arriba porque trepábamos en cuesta, que fuera de eso yo no sé si era arriba o abajo. Pegado a mí, la cabeza doblada para mirarme bien, la boca tan cerca de mi oído que su voz era como un murmullo y sentía el calor de su aliento en la cara, empezó a cortejarme con un lenguaje extraño de frases a la vez delicadas y crudas, expresiones bonitas, exquisitamente bonitas, y otras soeces y plebeyas, modismos del arroyo, términos de un realismo que hacía daño, todo con una voz pastosa y dulce, con una entonación muy suave y muy baja salpicada de palabras ardientes, interjecciones sueltas que crepitaban como chispas de fuego en el murmullo manso, confidencial de la conversación: ¡Gloria...! ¡Entrañas mías...! ¡Sangre mía...! ¡Madre de mis ojos...! ¡Divinidad!

Yo estaba azoradísima, nerviosa. Apenas me atrevía a levantar los ojos y a balbucir un monosílabo cuando concretamente me hacía una pregunta. Mi único afán era encontrar un coche. Por fin, me pareció oír a lo lejos tintinear un cascabel.

—¿Oye usted?—le dije—. Un coche...

—Sí, en efecto; es un coche. Y va al paso. Debe venir de vacío. Vamos a ver si le pescamos.

Torcimos por una bocacalle y tuvimos la fortuna de dar con él y de que el cochero oyese nuestras voces.

Intenté despedirme.

—Gracias por todo lo que ha hecho usted por mí. Muchísimas gracias.

—Mujer, no faltaba más. Todo lo que usted quiera.

Él mismo me abrió la portezuela para subir. Pero antes de que tuviera tiempo de acomodarme subió también y se sentó a mi lado.

—¿Adónde vamos?

—Yo, a mi casa; pero le suplico a usted que me permita ir sola.

—Me pide usted lo único que no puede ser. ¿En qué cabeza cabe, criatura, que yo voy a dejar a una mujer tan estupenda como usted depués de haber tenido la suerte de encontrarla? Vamos, que ni soñarlo. De eso no hay ni que hablar. Yo voy esta noche con usted a su casa, a la comisaría, a la cárcel, al hospital, al cementerio, adonde usted quiera, pero con usted... Yo no la dejo a usted en toda la noche.

—Es que yo no quiero que venga usted conmigo.

—Daremos un escándalo. Usted verá si le conviene. Yo no tengo nada que perder, y usted, por lo visto, sí: No sea usted chiquilla. No se ponga usted postinera ni tonta. Vamos por las buenas, que a la postre será lo mejor. Usted no me conoce, usted no sabe quién soy yo; pero yo le garantizo que no soy un charrán. Bueno, ¿adónde quiere usted que la lleve? Decídase pronto, porque aguarda el cochero. —Y como yo no contestase, sacó la cabeza por la ventanilla: «—Tira, cochero, a Antón Martín. La una me-

nos cuarto.» Volvió a sentarse, y cambiando de tono:

—¿Por qué es usted así conmigo? ¿Le he hecho a usted algo que le haya molestado? ¿Ha visto en mí nada que pudiera ofenderla? ¿A qué viene esta actitud tan desdeñosa y tan despreciativa? ¿Qué teme usted de mí?

—No es eso—me atreví a contestarle—. No es eso. Yo no tengo nada que reprocharle a usted. Al contrario, le estoy hasta ahora reconocidísima; pero es que no me puede usted acompañar; es imposible.

—Pero, ¿por qué?

—Porque no puede ser.

—Pero, ¿por qué? Deme usted una razón. En cuanto usted me convenza yo la dejo; mas, por lo menos, dígame por qué.

¿Qué le decía yo a aquel hombre? ¿Qué explicación le daba que le satisfaciese? ¿Qué pretexto ponía? No se me ocurría nada. Él insistió:

—¿No es usted libre?

—No.

—¿Está usted casada...? ¿Comprometida acaso...?

Fué para mí como un rayo de luz.

—Sí—le dije—, estoy comprometida. He cometido la locura esta noche de ir al baile ése únicamente por curiosidad y con el propósito de estar antes de la una de regreso en mi casa. Si no estoy, yo no sé lo que me va a pasar... Hágase cargo de mi situación... No es que no quiera que me acompañe usted; es que no puede ser... ¡Es imposible! Usted no sabe a lo que yo me expongo.

Se lo dije tan conmovida, tan exaltada, tan sinceramente, que le vi vacilar.

—Sí, lo comprendo—me contestó—; me hago cargo

de todo; pero usted también hágase cargo de la situación mía. Me gusta usted extraordinariamente. Me gusta usted como no me ha gustado jamás ninguna mujer. Se lo juro a usted, ¡se lo juro! Yo no sé qué hay en sus ojos, en su cara, en su boca, que me han trastornado. Estoy loco de amor y de deseos, loco... La necesito a usted, y cuando usted me ve vibrante de pasión, cuando me había hecho a la idea de que la felicidad era posible, me dice usted que no..., que no puede ser...; es horroroso, es infame, es cruel.

—¡Pero yo no tengo la culpa!

—Sí, la tiene usted, porque si usted quisiera, no es más que media hora, aunque otro día volviéramos a vernos con más calma..., media hora nada más... ¿Qué le importa a usted media hora...? Yo le juro que no la entretengo, que antes de las dos estará usted en su casa... Sea usted buena, sea usted complaciente... Anda, negra mía, entrañas mías, ¡madre de mis ojos, dime que sí!

Me había pasado el brazo alrededor del cuello y me estrechaba contra él tembloroso, apremiante. Su aliento me quemaba la cara; sentí en ella el ardor de sus labios. Fué un momento de una angustía espantosa.

—¿Pero por qué no quieres, sangre mía?

—Porque no puede ser. Ahora no puede ser.

—¿Cuándo entonces?

—Cuando usted quiera..., otro día..., mañana...

Nuevamente le vi titubear. Su titubeo me envalentonó:

—Sí, mañana..., mañana todo lo que usted quiera, en donde usted quiera, a la hora que usted quiera; pero ahora, por Dios, déjeme usted..., se lo pido por Dios.

Me miró ansiosamente.

—Mañana, ¿dónde?

—A las cinco en la plaza de Antón Martín.

—Chiquilla, no me engañes.

—No le engaño.

—Tú no vas a venir.

—Que sí, que sí..., le prometo que sí..., que sí que vengo.

—¿De veras?

—De verdad.

Aun discutimos largo rato, él vacilante, desconfiado y receloso, yo poniendo en mis promesas toda la fuerza de pasión y de sinceridad que podía. Al fin le logré convencer. En la calle de la Magdalena se apeó del coche. Todavía de pie ante la ventanilla, con medio cuerpo dentro del carruaje, siguió apremiándome con sus recelos y sus dudas y sus frases ardientes:

—Nenita de mi alma, no me faltes, que estoy loco por ti... Sangre de mis entrañas, que me tienes loco..., que tú no sabes lo que yo te quiero... Te quiero, te quiero, te lo juro..., ¡te quiero! Te voy a querer como no te ha querido nadie en este mundo..., nadie; te estoy queriendo ya.

—Por Dios, váyase usted.

—Bueno, me voy; dame un beso y me voy... ¡Pero bésame tú!

Me cogió la cabeza con las manos y me besó en la boca, un beso largo, inacabable, inmenso, que me dejó rendida como si me hubiera con él sorbido el alma.

Llegué a casa destrozada, deshecha, con un dolor de cabeza horroroso y unos latidos en las sienes y una debilidad en las rodillas que no sé cómo pude

subir los escalones. Sin hablar apenas con Carmen entré en mi cuarto y me acosté. Inútilmente intenté dormir. Inútilmente. No tuve más remedio que encender la luz. Sobre la mesa había dos o tres libros: Cogí uno al azar. Eran los *Cantos de Vida y Esperanza,* uno de mis libros dilectos. Antes de abrirlo me acordé de una estrofa:

> Potro sin freno se lanzó mi instinto,
> mi juventud montó potro sin freno,
> iba embriagada y con puñal al cinto;
> si no cayó fué porque Dios es bueno.

Llevo unos días malísima. No me quejo, por no alarmar a nadie, y sobre todo por no tener que dar explicaciones, pero estoy pasando una verdadera enfermedad. Me duele todo el cuerpo; estoy aniquilada, con un abatimiento y un cansancio y una angustia y un desasosiego y unas ganas tan grandes de llorar y una dejadez tal en toda mi persona, que me faltan alientos hasta para moverme. Lo único que quiero es estar sola, que no me hablen, que no me importunen. Ni siquiera los libros, que siempre fueron mi refugio en estas crisis de melancolía, logran ahora distraerme, y apenas si me sirven de otra cosa que de pretexto para justificar mi mal humor y conseguir que me dejen en paz. Todos en casa están intrigadísimos con mi retraimiento. Pero, ¿adónde voy yo? ¿Cómo me aventuro a salir a la calle? ¿Cómo me expongo al riesgo de tropezar con ese hombre donde menos lo espere? ¿Cómo le evito, cómo le rehuyo? ¿Qué cara pongo si, como es de suponer, se acerca a

hablarme? ¿Qué le digo, qué explicación le doy que me evite el escándalo? Estoy preocupadísima, más que preocupadísima, aterrada. En mi vida he tenido más miedo; nunca he pasado por situación más angustiosa.

No sé qué hacer. Confieso sinceramente que no sé qué hacer. Por más que pienso no se me ocurre nada. Con todos sus defectos, no obstante ser el culpable de cuanto me sucede, Alvaro es el único que me podría aconsejar, y no le veo. A la mañana siguiente de nuestra trágica aventura, en cuanto me tiré de la cama me llamó por teléfono para preguntarme qué había sido de mí; pero, naturalmente, por teléfono ni él ni yo podíamos descender a detalles. Nos limitamos a la mutua tranquilidad de saber que uno y otro estábamos en nuestros domicilios.

—Ven a verme—le dije—. Yo no puedo salir.

—Yo tampoco—me contestó.

—¿Por qué?

—Porque no puedo. Me di anoche un porrazo en el auto y no me encuentro presentable. En unos días no me podré exhibir. Pero no te preocupes que no es nada. No tiene importancia. Sólo es cuestión de estética.

No era cosa de insistir por teléfono en presencia de Carmen y de la doncella, que estaban escuchando la conversación. La doncella, como era lógico, no sabía nada y a Carmen me había limitado a referirle la primera parte de la aventura, es decir, hasta el momento de la riña y mi huida del baile, que completé con el encuentro providencial de un coche que me trajo a casa. No quise meterme en más honduras conociendo su ligereza y su imprudente charlatanería. A él, sí,

a él me proponía contarle toda la verdad, y ciertamente se la habría contado de haberle visto en los primeros días; pero después, pensándolo mejor, he decidido no confiárselo tampoco y guardarme el secreto. ¡Es tan difícil, tan violento para mí referir ciertas cosas! Por confianza que tenga con Alvaro hay detalles que no puedo decirle. Además, tengo miedo a sus burlas, a sus ironías, a sus extemporáneas salidas de tono. Y además quiero empezar a desviarme poco a poco de él. Aunque un poco tarde, por desgracia mía, al fin me he dado cuenta de que no me conviene la intimidad con Alvarito. Ojalá lo hubiera comprendido antes. Es muy simpático, muy inteligente, pero muy peligroso. Yo no vuelvo más a casa de Alvarito. Si él viene a verme le recibiré, pero nada más; nada de confianzas y mucho menos de salir a la calle. Con Alvarito ni a la gloria. Él es bastante listo para no enfadarse, y si se enfada allá él; me tiene sin cuidado.

Por el momento lo único que me importa, lo único que verdaderamente me preocupa es la contingencia amenazadora de encontrarme cualquier día con ese hombre en medio de la calle. No sé qué me va a pasar el día que le vea. Me voy a morir de vergüenza y de miedo.

Esta tarde en la sobremesa del almuerzo mi padrastro, sin darle importancia, como si fuese realmente una incidencia necesaria de la conversación, ha insinuado por primera vez el plan de veraneo. Dentro de ocho días, el 14 de julio, saldremos de Madrid para La Toja; permaneceremos allí lo que resta de mes y a principios de agosto iremos a Salinas, en donde es-

taremos hasta fin de septiembre. No he dicho nada, ni me he dado por entendida; pero claro está que yo no voy a Asturias. No tengo gana ninguna de volverme a encontrar con Pepe Luis y mucho menos llevando por delante la sospecha de que ésta pueda ser la finalidad del viaje organizado por mi familia. No me interesa Salinas ni me interesa Pepe Luis. Ahora menos que nunca. Aunque me lo diesen engarzado en oro.

En cuanto hemos concluído de almorzar he tomado el auto y me he marchado a ver a la abuelita; le he planteado la cuestión y la he convencido. Ella será quien resuelva el asunto rogándole a mamá que me deje ir con ella, porque está muy vieja y necesita compañía. Después, cuando llegue el momento preciso, yo diré la última palabra. Lo tomen por donde lo tomen y piensen lo que quieran, el asunto está ya para mí satisfactoriamente resuelto. Ellos se van a Asturias o adonde les parezca y yo me marcho con la abuelita a Torrelodones.

17 de octubre.—¡Le he visto...!, ¡le he visto...! Hace dos horas le acabo de encontrar. Yo lo temía, estaba segura de que tarde o temprano tenía que suceder; pero nunca más lejos de mi pensamiento que esta tarde..., y sobre todo en ese sitio... ¡Quién iba a presumir...! Qué susto he pasado, qué rato tan violento y tan desagradable..., ¡qué nerviosa estoy!

No sé cómo empezar. Se me van los recuerdos y se me escapan las ideas; no consigo trabarlas. Necesitaría para tranquilizarme, para encauzarme un poco, repasar unas notas que hice en Torrelodones. Con la precipitación del viaje me dejé el cuaderno en Ma-

drid, dentro de una mesita, y en Torrelodones escribí en pliegos sueltos, que no sé ahora dónde los he metido y que parecerán, como sucede siempre, cuando no me hagan falta. Lo siento porque decía en ellas cosas interesantes que me convendría recordar ahora. En fin, ¡qué le vamos a hacer! Me pasaré sin ellas. Vamos a la cuestión.

Hacía dos semanas que estábamos todos de regreso en Madrid. Yo muy contenta. El veraneo me había sentado maravillosamente. Sería la acción benéfica del campo, los aires puros de la sierra, la tranquilidad que disfrutaba o todo ello reunido, lo cierto es que regresé desconocida, con unas anchuras y unos colores y una salud como no he estado nunca. Desde el primer día me lancé a la calle. Sin habérseme desvanecido, ni muchísimo menos, la preocupación de encontrarme con él, me sentía tan fuerte, tan animosa, tan entera que no me daba miedo. Había llegado a esa sublime heroicidad pasiva del «sea lo que Dios quiera» que da energías para arrostrarlo todo. Y como realmente los días pasaban, yo iba a todas partes y el encuentro no sobrevenía llegué a considerarme poco menos que inmune. Y he aquí que esta tarde, en el Príncipe Alfonso, cuando más distraída y entretenida estaba, cuando no me acordaba en absoluto de él, ¡cómo había de pensar en aquel momento en semejante hombre!, surge en un descanso desde una fila de butacas, se pone en pie, levanta la cabeza y se me queda mirando embebido y absorto. Yo estaba arriba, con Clotilde, en silloncitos de primera fila, las dos solas. Le conocí en el acto; él también me reconoció, estoy segura, aun cuando en seguida, pasada la impresión de la sorpresa, se quedara, como también es

natural, anonadado y aturdido. Debí causarle un efecto desconcertador porque le vi ponerse pálido, agrandar los ojos, ir de una parte a otra inquieto, nerviosísimo, abandonar la sala y aparecer a los pocos minutos en la puerta de la galería para mirarme de perfil. Yo no sabía hacia dónde volver la cara. Aunque inmediatamente conseguí dominarme—yo no sé qué me pasa, pero tengo la suerte de que cuanto más graves son las circunstancias, más dueña soy de mí—, por dentro estaba tan nerviosa o más nerviosa que él. Mi primer impulso fué decirle a Clotilde que nos fuéramos: pero aparte de que esta repentina decisión me habría obligado a explicaciones enojosas, me di cuenta en seguida de que era precisamente lo único que no debía hacer. Seguí, pues, en mi sitio todo lo indiferente y serena que pude. Nunca se me ha hecho un descanso más largo; nunca, lo repito, he pasado un rato más violento y más desagradable. Por fin se iluminó de nuevo la pantalla, se apagaron las luces, él ocupó su puesto y ya, en la semiobscuridad del teatro, me quedé más tranquila. Al salir, como suponía, le encontré en el vestíbulo. Pasé casi rozándole, tan cerca, tan cerca que me fué imposible evitar su mirada. No tuve otro remedio que mirarle, como se mira a un mueble, claro está; pero le miré. El pobre no me dijo nada; ¡qué iba a decir el infeliz si estaba cada vez más atolondrado! Y el desconcierto para él debió llegar al colmo cuando, ya en la acera, vió que las dos nos acercábamos al auto, que el lacayo de Clotilde abría la portezuela del Roll, que nos metíamos en él y que el Roll partía como una flecha hacia la Castellana. ¡Qué estupor debió ser el suyo! ¡Qué tempestad de confusiones y de

dudas no habrá a estas horas dentro de su cráneo!

Soy yo, para quien, ciertamente, después de lo ocurrido, la situación comienza a despejarse, y, sin embargo, estoy aturdidísima. Ahora que lo pienso despacio, ahora es cuando no sé si me ha conocido o no. Por mal fisonomista que pueda ser un hombre, no se confunde a una mujer con quien se ha hablado íntimamente una hora larga, a quien se ha tenido abrazada en un coche, una mujer a la cual se ha besado en la boca. A mí me parece que esto no se puede olvidar. Mas, por otra parte, también me hago cargo de su desconcierto. Este hombre conserva en la memoria la impresión de una muchacha destocada vestida con un traje de batista claro, los labios pintados, retocados los ojos, toda despavorida, trémula y azorada, que se deja besar y acariciar sin la menor protesta, como cualquier golfita trotacalles, y se encuentra de pronto con una señorita vestida de negro, con la cara muy limpia y muy seria, muy entonada, muy empaquetada, al lado de una señora mucho más elegante todavía, y que las dos se van en un auto soberbio que tiene en la portezuela una corona. El contraste es verdaderamente para desconcertar.

Pero este hombre, ¿se dará por vencido? ¿Se dejará tan pronto convencer por lo engañoso de las apariencias? ¿No insistirá, no profundizará, no hará cuanto su afán y su curiosidad y su interés y su amor propio le sugieran para persuadirse definitivamente? Tengo la seguridad, lo juraría, que este hombre está mañana en el Príncipe Alfonso. Este hombre se va a dedicar, desde mañana, a recorrer todos los cines de Madrid, todos los lugares que suponga que puedo frecuentar, hasta conseguir dar conmigo, hasta seguirme, hasta

averiguar quién soy yo. Estoy segura, lo sé; lo he leído en sus ojos. Este hombre me quiere. Cuando cruzaba con Clotilde el vestíbulo y me encontré con su mirada, vi en ella la misma, exactamente la misma exaltación de amor y de deseo que tenía aquella noche cuando me besaba y me decía tembloroso, tremante de pasión: ¡Entrañas mías! ¡Sangre mía! ¡Madre de mis ojos! ¡Divinidad..., te quiero!

¡Y quién es este hombre, Dios mío! ¡Quién será este hombre! ¡Si para él la duda es torcedora, para mí la realidad es aplastante. Si mala fué la primera impresión que me produjo, la de ahora no ha sido ciertamente mucho más favorable. Negro, cetrino, tostado por el sol, desaliñado en el vestir, toscote y rudo, me ha dado la impresión de... ¡qué sé yo!, no me acierto a explicar, de algo muy bajo, aunque luego resulte muy honrado y muy digno. Porque es el caso que dentro de la tosquedad de las facciones, de su aspecto plebeyo, hay en su cara, sobre todo en sus ojos, una expresión de lealtad y de nobleza indiscutibles. Yo juraría que este hombre es bueno; por lo menos no es malo. Lo abona su proceder conmigo, su comportamiento de esta tarde, el respeto con que la noche aquella me trató. Respeto, sí, respeto. En todo, hasta en esto, hay tonos y matices, escaleras y gradaciones. Este hombre me abrazó; me acarició, me solicitó, me besó, pero no pasó de ahí. Hubo un momento en que yo estuve por completo a su arbitrio, entregada, rendida, rendida enteramente. No era sólo que por miedo al escándalo estuviera dispuesta a resignarme a todo, era que me dominó, me trastornó, me subyugó; es que sus frases de pasión me llegaban al alma, es que me hizo sentir dentro de mí algo que hasta en-

tonces no había sentido yo jamás por nadie. Hubo un momento en que pudo haber hecho de mí lo que hubiera querido y, sin embargo, me respetó. Le bastó un ruego, una súplica mía para contenerse; le bastó una promesa para dejarme ir. Confió en mí, creyó en mi lealtad y permitió que me marchase. Este hombre no es un canalla. Un canalla no procede así.

Y hoy mismo, esta misma tarde, ¿ha podido ser su actitud más correcta? Por ansia que tuviese de salir de dudas, ¿ha hecho nada por satisfacerla que no fuese decoroso ni digno? Ni una frase imprudente, ni una palabra suelta, ni un ademán, ni un gesto... nada. No se ha enterado nadie. ¿Es posible conducirse mejor? ¿Quién es este hombre que se comporta así? ¿Qué hay dentro de él para obrar de este modo? Porque este hombre me quiere; estoy segura. Lo he leído en sus ojos. Me lo está diciendo su propio proceder.

¿Y qué hago yo, Dios mío, qué hago yo para defenderme de este hombre? Porque lo espantoso, lo horrible, es que a mi este hombre me gusta. A pesar de su cara, de su tipo, de su tosquedad, de su rudeza, de su aspecto plebeyo, de la triste convicción que tenga de su baja condición social, a pesar de todo, este hombre me gusta. Me gusta como no me ha gustado ninguno. Cuando esta tarde me encontré con sus ojos y su mirada resbaló por mí y la sentí, como si fuera algo tangible, llegar derecha desde sus ojos a mi boca, no fué repugnancia lo que me estremeció, no fué vergüenza como yo temía, fué miedo, mucho miedo, pero miedo de mí. No me acordaba para nada de él, bien sabe Dios que le tenía olvidado, y esta tarde, al clavarse su mirada en mi boca, he sentido, no en la boca, en el alma, todo el fuego del beso que me dió.

Soy la mujer más desgraciada de este mundo. Me gusta un hombre y es el único hombre de quien no me puedo enamorar. No es que me asuste su condición social; no es que me importe que pertenezca a una clase inferior a la mía; todo esto a la larga podría irse obviando. Es que para mí hay otras cosas más esenciales y más fundamentales... Es que no puede ser... no puede ser... ¡Es imposible! Yo no me puedo enamorar de un hombre más que para casarme. ¡Cómo voy a casarme con un hombre que no sabe ni hablar!

Está ocurriendo lo que yo suponía. Le encuentro en todas partes. Este Madrid es tan pequeño, hay en él una vida de relación tan limitada, que en cuanto se ve a una persona tres veces en el mismo sitio, por deducción se puede colegir los restantes lugares que frecuenta. Es indefectible. Y contra esto, ¿qué me cabe hacer? Nada; no es posible hacer nada. Tendría que volver, como en el mes de junio, a imponerme de nuevo el sacrificio de no salir de casa, tendría que cambiar completamente de género de vida, y aun así, como él de veras se lo propusiese, no lograría evitarle. Tal vez fuese mucho peor todavía, porque estoy segura de que a estas horas debe saber quién soy. Encendidas las sospechas, arraigadas cada vez más las dudas, avivado el deseo con las dificultades, sabe Dios a qué medios recurriría. No, no, no... Nada de violentar las cosas. Es preferible cien veces que sigamos así.

Después de todo, hasta ahora el pobre hombre sigue sin propasarse; hasta ahora no ha hecho lo más

mínimo que me pueda ofender. Me ha seguido dos veces hasta casa, pero desde tan lejos y tan discretamente, que Carmen, con toda su perspicacia, no se ha dado cuenta. Estemos donde estemos, en cuanto me ve no me quita los ojos de encima, y, sin embargo, yo no sé qué manera tiene de mirarme que nunca llama la atención de la gente. Jamás he visto a nadie proceder con más tacto, con más delicadeza y con más exquisita corrección. Estoy asombradísima. Y todavía hay algo que me asombra más, que empieza a tenerme verdaderamente intrigada: la transformación que en él se opera. A medida que transcurren los días, este hombre se va, ¿cómo lo diría yo?, se va puliendo, afinando, elegantizando. Se ve en él una preocupación que no había antes de pulcritud en su persona, de dominio en el ademán, de cuidado y esmero en el vestir, pequeños detalles que no llegan todavía a ser refinamientos, pero que denotan una orientación, un afán evidente por aparecer agradable. Otra de las cosas que me maravillan es la calidad de las personas con las cuales se trata; personas distinguidas muchas de ellas, gente «bien» casi toda. En el gesto, en los saludos, en los apretones de manos, en la forma que tienen de conversar con él se adivina una cordialidad y una efusión y un afecto que me dejan desconcertada. Además, tiene muchas relaciones. Le veo alternar con mucha gente. No cabe duda de que es un hombre conocidísimo en Madrid.

¿Quién es este hombre?

Ya sé quién es. Es médico. Se llama Enrique García Carvajal. Tiene veintisiete años; se doctoró hace

poco, este verano, y está haciendo oposiciones a una cátedra de no sé qué. Parece que es hombre de muchísimo mérito, de gran inteligencia y de una seriedad y una honradez reconocidas por todo el mundo. De origen muy modesto, pertenece a una familia humilde de labradores burgaleses, ha hecho la carrera a pulso, y cuanto es se lo debe a sí mismo. Se dedica a la especialidad de enfermedades de mujeres y niños, y es, según me aseguran, un operador formidable que ha obtenido en las clínicas de San Carlos éxitos verdaderamente grandiosos. A pesar de su juventud, está considerado por profesores y compañeros como una de las esperanzas más legítimas de la Medicina española. Como hombre, es sencillo, corriente, afabilísimo y muy buena persona.

Estos son los informes que me han dado. ¿Tendré que decir la alegría que me han producido? Me emocioné de tal manera cuando los oí, que creí que iba a desvanecerme. Se me llenaron de lágrimas los ojos y tuve que oprimirme con las manos el corazón, porque creí que se me escapaba del pecho. No podía hablar de lo conmovida que estaba.

—¿Quiere usted que se le presente?—me dijeron.

—No, no—contesté—; ahora no...; luego, otro día...; si acaso más tarde...; en este momento, no.

—¿Y por qué no ahora? ¿Qué más le da a usted?

—Porque no quiero que pueda suponer que ha partido de mí la iniciativa.

—¿Me permite usted que le diga una cosa?

—Dígala.

—Es él quien me lo ruega. Hace ocho días que me está persiguiendo para que le presente.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Tiene un deseo loco de conocerla a usted, de verla a usted de cerca.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque, según creo, se parece usted extraordinariamente a no sé quién que a él le interesa mucho.

—¿Sí? ¡Qué curioso! ¿Una historia romántica? Cuéntemela usted.

—No sé nada; no me ha dicho más..., y esto en el terreno reservado, confidencialmente, de él para mí... Le ruego no se dé por advertida.

—¡Qué curioso...!

—Bueno, ¿qué? ¿Me permite que se le presente?

—Haga usted lo que guste. Pero aguarde un momento... Deje pasar un rato...

Todo esto ha ocurrido esta tarde en el Ritz. Mi interlocutor era Joaquín Heredia, hijo y ayudante del médico de casa, médico también, como es natural, muy formal, muy serio y que me estima mucho. Con exquisita corrección dejó que transcurriese como una media hora, y al cabo de ese tiempo llegó con él y me le presentó. La entrevista al principio fué un poquito violenta, porque los dos estábamos a cual más azorado; pero en seguida nos repusimos y encauzamos la charla por un terreno tan llano de naturalidad, que se hubiera dicho que nos conocíamos de toda la vida. Habla muy bien; se expresa maravillosamente. Es muy simpático. Me ha dejado encantada. Estoy contentísima de haberle conocido..., contentísima..., ¡qué contenta estoy...!, ¡qué alegría tengo...! Tengo una alegría tan grande, que me dan ganas de llorar de alegría.

Mañana le voy a llevar dos velas a la Virgen de la Paloma.

Nos vemos casi todas las tardes. Aunque, naturalmente, no hemos llegado todavía ni una sola vez al compromiso de una cita concreta, nunca falta en el curso de la conversación una manera hábil de que yo deslice lo que me propongo hacer al día siguiente, y él me indique a su vez si va a acudir o no. Porque es el caso que no siempre se encuentra el pobrecillo en condiciones de poder venir. ¡Tiene tanto que hacer! ¡Está tan ocupado! Yo no me había dado cuenta hasta ahora de lo que es esta complicadísima profesión de médico. No tienen los pobres un momento libre. En cualquier otro ramo de la actividad humana la jornada se divide en intervalos de trabajo, de reposo y de distracción. Un ingeniero, un abogado, un hombre de negocios, un artista tienen sus horas fijas de oficina o de gabinete; pero disponen de otras libres en el resto del día para dedicarlas a lo que les parezca. Un médico no; un médico está siempre pendiente de lo inesperado, del aviso apremiante, de la llamada súbita, del caso urgente de la agravación repentina. El pobrecito mío me da unos plantones que me desesperan. Otras veces viene fatigadísimo, jadeante, sudoroso. Está conmigo media hora, y para eso mirando cada cinco minutos el reloj, tan nervioso, tan sobresaltado, tan violento, que yo soy la primera que tengo que rogarle que se vaya. Y vuelve..., o no vuelve. Así no hay manera de hablar ni de entenderse ni de nada. Estoy disgustadísima. Si llego a casarme con él, la primera condición, no, la primera, no, la única que le voy a imponer será que no ejerza. Yo no me caso con un médico en ejercicio. ¡Qué mar-

tirio constante, qué angustia...! ¡Libreme Dios! De ninguna manera.

¡A quien se le diga que todavía no se me ha declarado! No es que pretenda suponer que sea por falta de tiempo—¡cómo voy a incurrir en semejante majadería!—; pero sí me parece que influye mucho en ello esta falta de sosiego y de continuidad de que adolecen nuestras entrevistas. Es indudable que para estas cosas hace falta reposo, tranquilidad de espíritu, no tener la imaginación perturbada por otras atenciones. Son cosas que no pueden forzarse, deben ellas venir naturalmente y por sus pasos, y más cuando se trata de un hombre como éste, tan delicado y tan correcto, ¡ay!, quizá demasiado correcto...; ya empieza a molestarme tan prolongada corrección. Yo le preferiría menos delicado si con ello había de resultar un poco menos tímido. Es curioso este hombre. En el tono seguro de la voz, en la mirada aquilina de los ojos, en lo descompasado de los ademanes parece cuando habla que se va a tragar el mundo, y luego es tímido como una colegiala. ¿Como una colegiala? Sí, sí..., ¡qué más quisiera! Cuántas medianas de mi pensionado podrían darle en este terreno lecciones de osadía...

Y yo no puedo hacer ya más. Decorosamente no me es posible hacer ya más de lo que hago... No me explico cómo no me comprende. Y... nada, no me comprende, no se entera, y si se entera, no se decide. No hace más que mirarme, mirarme..., se pasa las horas mirándome embobado. La otra tarde me puso tan nerviosa, que sin poder dominarme me arranqué:

—¿Por qué me mira usted tanto? ¿Quiere usted hacerme el favor de decirme qué tengo yo en la cara para que me mire usted de esa manera?

Y cuando yo esperaba una declaración, por lo menos una galantería, un elogio exaltado a mi persona que pudiera encauzar la conversación hacia otro terreno algo más decisivo, se pone serio, engola la voz y me responde:

—La miro porque se parece usted extraordinariamente, ¡ex-tra-or-di-nariamente!, a una mujer que ha sido la preocupación más grande de mi vida.

—Hombre, qué bonito. Yo que creía que me miraba a mí por mí.

Se mordió los labios, y muy encarnado, azoradísimo, balbució:

—No se burle usted, María Eugenia... Usted no sabe lo que quiero decir... ¡Si usted supiera! ¡Si usted pudiera leer en este momento en el fondo de mi alma!

—Estoy dispuesta a leer todo lo que usted quiera. Dígame lo que quiera. Le escucho a usted.

—Fué una aventura extraordinaria.

—Cuéntemela.

—Bueno, la aventura en sí no tiene nada de particular. Lo desconcertante son las derivaciones que después ha tenido.

—Comencemos por la aventura.

—Bueno, pues verá usted: Una noche..., una de esas noches en que no tiene uno nada que hacer, una de esas noches aburridas en que no se sabe cómo matar el tiempo, se me ocurrió ir a un baile, a un baile... público; a un baile... ¿cómo podría explicárselo?; a un baile de lo más bajo, de lo peor de Madrid...; a un baile chulo en pleno Lavapiés: *La Rosa Blanca.*

—Pues sí que frecuenta usted unos sitios...

—No, no los frecuento... Había estado en él dos o tres veces en mi vida, hacía mucho tiempo..., en mis

últimos años de estudiante. No sé qué idea me dió volver aquella noche. Es decir, sí lo sé. Voy a contárselo. Quiero ser con usted absolutamente sincero. Yo tengo una clínica de mujeres en un Consultorio público de la calle del Ave María. Entre mis clientes, casi todas muchachas alegres, había entonces una que me gustaba, muy desgarrada, muy chulona; yo sabía que frecuentaba el baile, y aquella noche me dió la tentación de ir a buscarla.

—Y yo que le creía a usted tan formalito...

—Locuras de muchacho. Tonterías de juventud. ¡Quién no habrá pasado por ellas! Le estoy a usted hablando, María Eugenia, con el corazón en la mano.

—Bien; siga usted.

—Fuí al baile con el único propósito de ver si la encontraba. Pero no llegué a entrar, porque en la puerta me di de manos a boca con una mujer que salía huyendo, descompuesta, nerviosa... Me pidió que la buscara un coche... La acompañé en él, y cuando yo creía que se trataba de una aventura fácil me rogó, poco menos que con lágrimas en los ojos, que la dejara, a cambio de una cita para el día siguiente. Al día siguiente no acudió a la cita. No la he vuelto a ver más.

—Sí; es una aventura; pero vamos, no encuentro que tenga nada de particular.

—Lo particular viene después... Lo particular, lo desconcertante, lo asombroso, es que esa mujer es el vivo retrato de usted, la contrafigura de usted.

—¡Qué curioso!

—Igual, exactamente igual; los ojos, la boca, la expresión, la figura, la estatura, las manos, hasta la

voz, hasta el modo de hablar... Dígame si todo esto no es desconcertador...

—¿Y no volvió usted a verla? ¿No hizo usted nada por encontrarla?

—Hice todo lo que humanamente puede hacer un hombre. Era tal mi obsesión, que un día, ya desesperado, para curarme, para librarme de ella cogí el tren y me marché a mi pueblo.

—¿Para olvidar?

—¡Para olvidar!

—Muy impresionado estaba usted.

—Mucho.

—¿Pero es posible enamorarse de una mujer en una sola noche?

—No lo sé.

—Pero aquella mujer, ¿qué tenía? ¿Qué había en ella de extraordinario?

—No lo sé. Yo lo único que puedo decirle es que cuando al cabo de cuatro meses la vi a usted aquella tarde en el Príncipe Alfonso, sentí una sacudida en el alma como no la habia sentido en mi vida.

—¿Creyó usted que era yo?

—En el primer momento, sí. Usted no sabe el esfuerzo que me costó contenerme y no hablarla.

—¿Y después?

—Después no he tenido más remedio que poco a poco rendirme a la evidencia.

—A pesar de lo cual sigue mirándome porque me parezco a la otra.

—¡Pero de qué manera! Es que usted no puede imaginárselo. Es usted igual: igual... la expresión, la mirada, la voz, el gesto, todo...

—No pretenderá usted...

—Yo no pretendo nada, María Eugenia. ¡Qué voy a pretender, pobre de mí!

Me lo dijo con un tono tan triste que me conmoví toda y no supe qué responder. Él entonces se puso en pie y me tendió la mano.

—¿No le ha ofendido a usted nada de lo que le he dicho, verdad?

—No, hijito mío, ¿por qué?

—¿De veras me perdona usted este arranque que he tenido de sinceridad?

—No sólo lo perdono sino que lo agradezco.

—Entonces seguiremos siendo buenos amigos...

—Ahora más que nunca.

—Gracias, muchas gracias.

Me estrechó muy nervioso las manos, y cuando quise retenerle había desaparecido.

—Pobre hombre—me reprochó Carmen en cuanto las dos nos vimos solas—. Le va usted a volver tarumba.

—Más tarumba estoy yo.

No sé qué pensar de este hombre. Declaro francamente que no lo sé. Cada día me tiene más desconcertada; cada vez le encuentro más enigmático, más complicado y más confuso. No he conocido nadie más difícil de comprender. No blasono de lista, pero tampoco me tengo por tonta. Sin llegar a la vanidad, que a mis años y en mis circunstancias sería ridícula, de echármelas de mujer de mundo, creo tener el trato social y el bastante conocimiento de la vida para no engañarme demasiado en la apreciación de las gentes; en este punto, por regla general, no suelo equi-

vocarme. A falta de otras cualidades más sólidas, tengo una clarísima intuición..., ¿intuición o presentimiento?, no sé, pero algo interior, íntimo y muy seguro que me hace conocer a las personas desde el primer momento y advertirme de cómo son. Con Enrique me he equivocado; mejor dicho, me he despistado; esta es la palabra: despistado. Estoy completamente despistada. No sé lo que pensar.

Que a mí Enrique me quiere, es indudable. Me lo dicen sus ojos, sus largas miradas contemplativas y acariciadoras; la emoción que pone en sus palabras, el calor y el temblor de sus manos cuando estrechan las mías. Estas cosas no se fingen; no se pueden fingir. Mas si me quiere, ¿por qué no me lo dice?, ¿qué temor le detiene?, ¿a qué espera, si sabe demasiado, ¡cómo no ha de saberlo!, que estoy ciega por él?

Los primeros días, lo confieso, creí, ¡tonta de mí!, que todo ello sería timidez, falta de mundo, cortedad de ánimo, y creyéndolo así, me insinuaba... y le alentaba... y le preparaba el terreno...; momento hubo en que sólo faltó que yo fuera la que se declarase. Ahora empiezo a comprender que no es eso. No, no, no, no; no es eso. Este hombre no es un corto de genio, no es un tímido, no es un patán, no es un señorito de pueblo que se turba y se aturde en presencia de una mujer. Es un hombre de mundo, muy de mundo, muy inteligente, muy corrido, ¡muy hombre!, y, sobre todo, muy dueño de sí. Dice únicamente lo que quiere decir. No hace más que lo que quiere hacer. Ahora es cuando estoy convencida. Me ha convencido su postrera y definitiva actitud: la actitud de un hombre que comienza a batirse en retirada.

Por desgracia mía no puedo en este punto hacerme

ilusiones. Se va, me abandona, me deja, y lo más doloroso, lo más triste, es que, viéndole ir, no encuentro modo de poder sujetarle; se va sin que me sea posible retenerle, sin permitirme entrever un resquicio para provocar una explicación; sin dejarme el consuelo de saber siquiera ni por qué se va. Todas mis argucias, todas mis sutilezas, todas mis pobres habilidades femeninas se embotan en la muralla inquebrantable de su tesón y de su voluntad. Es más fuerte que yo. Tiene tal dominio, tal tacto para desviar las conversaciones cuando no le convienen, que no hay manera de contrarrestarle. Además es inútil. Ya, ¿para qué? Entrevisto su propósito claro de alejarse de mí, hiciese lo que hiciese sólo serviría para ponerme más en evidencia. Me deja, me abandona, se va...

Pero, ¿por qué se va? ¿Por qué me deja? ¿Qué ha visto en mí para desencantarse? Este hombre al principio me quería, estaba enamorado, apasionadísimo, loco... ¿Cómo en tan poco tiempo se ha desilusionado? ¿Qué he hecho yo, qué le he hecho yo, Dios mío, qué ha encontrado en mí para desilusionarse tan pronto? Porque es desilusión, desilusión... No puede ser más que eso. Se ha desilusionado. Este hombre venía viviendo la novela romántica de una mujer entrevista una noche en el proceso rapidísimo de una extraña aventura, una mujer asustada, nerviosa, trémula y aturdida, una mujer toda emoción, toda sensibilidad y todo nervios; una pobrecita mujer que, estremecida, desfallecida ya, sin voluntad y sin fuerzas, estrechada en los brazos y besada en la boca, vibrante de pasión y loca de deseos, aún rogaba por Dios que la dejasen. Él tenía sublimada, magnificada por el tiempo y la ausencia la ilusión ideal de esta mu-

jer; hubo un momento en que la imaginó encarnada en mí; pero luego al hablarme, al tratarme de cerca, al encontrarse con una señorita seria, formal, bien educada, irreprochablemente honesta, el contraste le desilusionó. Esto es lo que ha ocurrido; nada más. A este hombre quien le gustaba era la otra. Se acercó a mí porque al principio creyó que era la otra. Siguió hablándome porque me parecía a la otra, y ahora me deja porque se ha convencido de que no soy la otra. Es a la otra a quien él quiere. Yo no le intereso; no le importo.

Esta es mi situación, la situación más triste a que puede llegar una mujer enamorada ciegamente de un hombre, una situación tan falsa, tan dolorosa y tan ridícula, que darían ganas de echarse a reír si no fuera cosa de romper a llorar. Este hombre me quiso por mí misma; de todos los hombres que a mí se han acercado, éste es el único de quien no puede caberme la sospecha de que me ha querido por mí; este hombre me quiso sin saber quién era; me quiso sencillamente porque le gusté, porque le agradó mi cara y le enloquecieron mis ojos y le supieron a mieles los besos de mi boca; le gusté tanto, tanto, es tan hondo el recuerdo que conserva de mí, que con ser yo quien soy, sólo porque cree que no soy no me puede querer.

Ya sé que esta situación se despejaría con una palabra. Pero esta palabra no la puedo decir. ¿Qué concepto formaría de mí este hombre si yo tuviese la osadía de referirle la verdad? ¿Es que me creería? Pero es que, aunque me creyese, ¿podría yo decírselo? ¿Es que tendría valor para decírselo...? Imposible... ¡Jamás...! Que haga lo que quiera... Que me abandone, que me deje... Si este es mi sino, si no hay otro

remedio, me moriré en un rincón de desesperación y de pena, pero yo no se lo digo.

Hace ocho días que no le veo. Ocho días justos que no sé nada de él. He preguntado por teléfono a la Clínica. Me han dicho que no va. Antes de ayer le he escrito una carta. No me ha contestado. Le voy a escribir otra. Si tampoco me contesta, ya no insisto más. No debería insistir...; sé que es inútil; que me estoy poniendo en evidencia, pero ¡qué voy a hacer...!, es la última esperanza. Se la enviaré con Carmen para estar segura de que llega a sus manos... Sé que hago mal, muy mal, pero no quiero tener el remordimiento de que queda por mí.

Voy a escribir la carta.

No he escrito la carta. En el momento en que sacaba el cuadernillo del estuche ha entrado Carmen, azoradísima, y... ¡Dios mío...!, ¡que emoción tengo! No puedo escribir de nerviosa que estoy.

Le he visto. He hablado con él. Ahora mismo se acaba de marchar. Hace cinco minutos. Estaba yo sacando del estuche el cuadernillo de papel de cartas cuando entró Carmen y me dijo:

—Señorita, señorita...

—¿Qué pasa?

—Que está ahí.

—¿Quién?

—Él.

—¿Él?

—Sí; dice que quiere verla a usted.

Me puse tan nerviosa que tuve que apoyarme en la mesa. Creí que me iba a dar algo. En mi vida he sufrido una emoción más honda. Salí conmovidísima. Él me aguardaba de pie. Al verme... No tengo paciencia para entrar en detalles. Mañana, con más calma, lo referiré todo. Ahora no podría; no puedo. Me tiembla el pulso, se me nubla la vista, se me va la cabeza... Estoy toda atontada... Estoy loca de felicidad. ¡Me quiere..., me quiere! ¡Me ha dicho que me quiere...! Me lo ha dicho... ¡Madre mía de mi alma, qué contenta estoy!

Mañana, con toda tranquilidad contaré cómo ha sido. Ahora no sabría... Necesito la noche para tranquilizarme y poner un poco en orden la confusión de mis ideas. Yo misma no me doy cuenta aún de lo que ha sucedido. Ha sido todo tan raro, tan extraño..., ¡he sufrido en tan poquísimo tiempo tantas emociones...! Cuando salí a verle le encontré muy triste. Sin decirme una palabra me tendió la mano y se me quedó mirando fijamente con una de aquellas miradas extáticas y acariciadoras que tanto me perturban. Mas como a pesar de mirarme no me decía nada, yo inicié la conversación:

—¿Ha recibido usted una carta mía?

—Sí, y vengo a pedirle a usted perdón por no haberla contestado. No la he contestado precisamente por eso, porque quería venir yo. Pero deseo que usted sepa que, de todos modos, con carta y sin carta hubiera venido a despedirme.

—¿A despedirse? ¿Es que se va usted?

—Sí, señorita.

—¿Adónde?

—A Granada.

—¿Por unos días?—le interrogué toda inocente—. ¿No conoce usted aquello? Le gustará a usted mucho. Es interesantísimo. ¿Y cuándo vuelve usted?

El se puso serio, y me contestó:

—No, María Eugenia; no voy por unos días. Voy a quedarme allí.

—¡Enrique!

—Usted sabe que yo estaba haciendo oposiciones a unas cátedras de Obstetricia. Me han dado la de Granada, y a Granada me voy.

—¿Y cuándo se va usted?

—Esta noche.

—¡Esta noche!

—Dentro de tres horas. En el correo de Andalucía.

Si me dan un mazazo en la cabeza no me aturdo más. Yo no sé lo que pasó por mí. Debí de poner una cara muy desencajada, porque él, muy pálido, avanzó hacia mí con los brazos tendidos.

—María Eugenia, ¿qué le pasa a usted?

Yo me eché a llorar. Él, entonces, con sus manos me cogió de los codos y, sosteniéndome porque me caía, acercó sus labios a mi oído y, en voz baja, muy baja, me dijo muchas cosas que casi no entendí, de confusa que estaba. Me habló de su vida, de sus afanes, de sus ilusiones, de sus vacilaciones, de sus dudas, de la lucha terrible entre la necesidad de adorarme y el desaliento de no merecerme, y por fin, esta decisión de marcharse, de poner tierra por medio para terminar de una vez.

—Pero si usted me quería—le pregunté por fin, sin poder contenerme—, si usted me quería, ¿por qué no me lo dijo?

—Porque yo no podía decírselo.

—Pero, ¿por qué?

—Porque no.

—¿Porque no tiene usted fortuna y yo soy rica? ¿Por eso, nada más que por eso? ¿Por eso únicamente no se atrevía usted? Pues si no es más que por eso, dímelo. ¿No estás viendo que estoy loca por ti?

Mañana, con más tranquilidad, lo completaré con muchos más detalles. Ahora no podría. Estoy muy nerviosa, muy nerviosa y muy emocionada. ¡Madre mía de mi alma, qué dichosa soy!

FIN

Madrid, diciembre 1921.



